AUDRE LORDE

ZAMI

UNA NUEVA FORMA DE ESCRIBIR MI NOMBRE

UNA BIOMITOGRAFÍA

AUDRE LORDE

ZAMI

UNA NUEVA FORMA DE ESCRIBIR

MI NOMBRE

UNA BIOMITOGRAFÍA

ZAMI

Una nueva forma de escribir
mi nombre

Una biomitografía

AUDRE LORDE

Traducción de

Magalí Martínez Solimán

Capitán Swing

HORAS Y HORAS
EDITORIAL

AGRADECIMIENTOS

Ojalá viva consciente de mi deuda con toda la gente que hace posible la vida.

Desde lo más hondo de mi corazón doy las gracias a todas y a cada una de las mujeres que compartieron cualquier fragmento de los sueños/mitos/historias que conforman este libro.

En particular, deseo expresar mi gratitud: a Barbara Smith, por su valentía a la hora de hacer la pregunta adecuada y por su fe en que esta hallaría respuesta; a Cherrie Moraga, por escuchar con su tercer oído y por oír; y a ambas por su fortaleza editorial; a Jean Millar, por estar ahí cuando aparecí por segunda vez con el libro adecuado; a Michelle Cliff, por su delicado y diestro lápiz, sus plátanos verdes y sus orejas de las Islas; a Donald Hill, que visitó Carriacou y transmitió el mensaje; a Blanche Cook, por hacer que la historia supere la barrera de la pesadilla y se convierta en estructuras de futuro; a Clare Coss, que me conectó con mi matrilinaje; a Adrienne Rich, que insistió en que el lenguaje podría adaptarse y confió en que así sería; a quienes escribieron las canciones cuyas melodías estimulan mis oídos; a Bernice Goodman, que fue la primera en marcar una diferencia en la diferencia; a Frances Clayton, que hace que todo se mantenga cohesionado porque nunca se rinde; a Marion Masone, que dio nombre al para siempre; a Beverly Smith, por recordarme que siga siendo sencilla; a Linda Belmar Lorde, por mis primeros principios de lucha y supervivencia; a Elizabeth Lorde-Rollins y a Jonathan Lorde-Rollins, que me ayudan a que siga siendo honesta y estando al día; a *Ma*-Mariah, *Ma*-Liz, *Aunt* Anni, *Sister* Lou y a las demás mujeres Belmar que revisaron mis sueños; y a todas las demás personas a las que todavía no me puedo permitir nombrar.

DEDICATORIA

¿A quién le debo el poder que hay detrás de mi voz? ¿En qué fuerza me he convertido, que fermenta como sangre súbitamente brotada bajo la magulladura de la piel contusionada?

Mi padre deja su impronta psíquica sobre mí, silenciosa, intensa e implacable. Pero es un alumbrar distante. Algunas imágenes de mujeres, llameantes como antorchas, adornan y definen las orillas de mi travesía, se yerguen como diques entre mí y el caos. Son imágenes de mujeres, amables y crueles, las que me conducen a casa.

¿A quién le debo los símbolos de mi supervivencia?

Días, desde el de Difuntos hasta la noche de Fin de Año, cuando mis hermanas y yo zanganeábamos por casa, jugando al tejo aprovechando los agujeros del linóleo rosado que cubría el suelo del cuarto de estar. Los sábados nos peleábamos por salir de casa a hacer algún recado, por las cajas vacías de copos de avena de la marca Quaker Oats, por quién entraría la última al cuarto de baño al caer la noche y por quién sería la primera en tener la varicela.

El olor de las abarrotadas calles de Harlem durante el verano, después de que un chaparrón o el agua que asperjaban los camiones de riego liberaran el fétido tufo de los adoquines, que volvía a ascender hacia el sol. Yo iba corriendo hasta la tienda de la esquina del Cuellicorto a por leche y pan, aunque me paraba a buscar algunas briznas de yerba que llevar a casa para dárselas a mi madre. Me paraba a buscar peniques escondidos que, cual gatitos, me hicieran un guiño desde debajo de las rejillas de ventilación del metro. Siempre me estaba agachando para atarme los cordones de los zapatos, y siempre me demoraba, tratando de imaginar algo. Cómo alcanzar

las monedas, cómo desvelar el secreto que algunas mujeres llevaban encima como una amenaza a punto de estallar, bajo los frunces de sus floridas blusas.

¿A quién le debo la mujer en la que me he convertido?

DeLois era una vecina de arriba del edificio de la calle 142 y nunca se arreglaba el pelo; a su paso, todas las mujeres del vecindario manifestaban su desaprobación succionándose los dientes. Su cabello crespo resplandecía bajo el sol estival al tiempo que su barriga, grande y orgullosa, la arrastraba edificio abajo ante mi atenta mirada, sin que me importara que fuera o no un poema. Aunque yo, para tratar de escudriñar por debajo de su blusa cuando pasaba por delante de mí, hacía como que me ataba los zapatos, nunca me dirigí a DeLois porque mi madre no le hablaba. Pero ella me encantaba porque se movía como si supiera que era alguien especial, como si fuera alguien a quien me habría gustado conocer algún día. Se movía como me imaginaba que debía de moverse la madre de dios, y mi madre, en otros tiempos, y como algún día tal vez lo haría yo misma.

El cálido mediodía dibujaba un anillo de sol, semejante a un halo, sobre la parte superior de la barriga de DeLois, cual foco de luz, y me hacía lamentar que yo fuera tan plana y solo pudiera sentir el sol en la cabeza y en los hombros. Habría tenido que acostarme boca arriba para que el sol pudiera brillar de aquella manera sobre mi tripita.

Me encantaba DeLois porque era grande y Negra y especial y daba la sensación de estar riéndose toda ella. Me asustaba DeLois por aquellas mismas razones. Un día observé cómo DeLois bajaba el bordillo de la acera de la calle 142 a contraluz, con ademán lento y deliberado. Entonces pasó un tipo mulato en un Cadillac blanco, se asomó a la ventanilla y le gritó: «Date prisa, zorra de pies planos; ¡vaya pinta!, parece que llevas un pañal en la cabeza». El coche por poco la atropella. DeLois no modificó ni un

ápice su sereno porte y ni siquiera se dignó a echar una mirada a su alrededor.

A Louise Briscoe, que murió en casa de mi madre siendo inquilina de una habitación amueblada con derecho a cocina —sin derecho a sábanas—. Le llevé un vaso de leche caliente que no quiso beber y se rio de mí cuando pretendí cambiarle las sábanas y llamar a un médico. «No hay ninguna razón para llamarlo, a menos que sea realmente una ricura», dijo *Miz* Briscoe. «No hay nadie que me haya mandado venir, llegué aquí solita. Y me pienso marchar de la misma manera. Así que solo lo necesito si es una ricura, si de verdad es una ricura». Y la habitación olía a que estaba mintiendo.

«*Miz* Briscoe», le dije, «estoy muy preocupada por usted».

Me miró por el rabillo del ojo, como si le estuviera haciendo una proposición que tuviera que rechazar, pero que de todos modos apreciaba. Su enorme cuerpo hinchado estaba inmóvil debajo de la sábana gris y sonrió con gesto cómplice.

«Bueno, cariño, no te preocupes. No te lo voy a tomar a mal. Ya sé que no puedes evitarlo, eres así por naturaleza y nada más».

A la mujer blanca que he visto en sueños, de pie detrás de mí en un aeropuerto, mirando impasible cómo su criatura choca contra mí una y otra vez, deliberadamente. Cuando me giro para decirle a esa mujer que si no sujeta a su criatura le voy a dar un puñetazo en la boca, me doy cuenta de que ya se lo han dado. Tanto ella como su criatura han sido golpeadas y tienen el rostro contusionado y los ojos morados. Me doy media vuelta y me alejo de ellas, triste y furiosa.

A la muchacha pálida que corrió hasta mi coche en Staten Island a medianoche, en camisón y descalza, gritando y llorando, y me dijo: «Señora, por favor, ay, por favor, lléveme al hospital, señora...». Su voz sonaba a una mezcla de melocotones demasiado maduros y de timbre de

puerta de campana; tenía la edad de mi hija y corría por las curvas pobladas de árboles de Van Duzer Street.

Detuve el coche inmediatamente y me incliné para abrirle la puerta. Era pleno verano. «De acuerdo, intentaré ayudarte», le dije. «Sube».

Y cuando vio mi cara a la luz de la farola, la suya se transformó en la expresión misma del terror.

«¡Oh, no!», gimió. «¡Tú no!». Luego dio media vuelta y echó de nuevo a correr.

¿Qué pudo ver en mi rostro de Negra para que le compensara seguir sumida en aquel horror? Desaprovechando mi ayuda en el abismo entre quien yo era y su propia visión de mí. Abandonada sin remedio.

Seguí conduciendo.

En el retrovisor vi cómo el motivo de su pesadilla le daba alcance a la altura de la esquina —cazadora de cuero y botas, hombre y blanco.

Seguí conduciendo, sabiendo que probablemente aquella joven moriría estúpida.

A la primera mujer que cortejé y que dejé. Me enseñó que las mujeres que quieren sin necesidad son caras y a veces derrochadoras, pero que las mujeres que necesitan sin querer son peligrosas —te chupan la sangre y hacen como si no se dieran cuenta.

Al batallón de brazos al que con frecuencia me retiré buscando refugio, y que a veces encontré. A las demás que me ayudaron, empujándome para que me expusiera al despiadado sol —y yo, saliendo de allí, ennegrecida y plena.

A los fragmentos de obrera especializada que hay en mí.
Haciéndome.
Afrekete.

ZAMI

Una nueva forma de escribir
mi nombre

Una biomitografía

Para Helen, que inventó las mejores aventuras
Para Blanche, con quien viví muchas de ellas
Para las manos de Afrekete

En el reconocimiento del acto de amar
se halla una respuesta a la desesperanza.

Prólogo

Siempre quise ser a la vez hombre y mujer, para incorporar a mi ser, dentro de mi ser, las partes más fuertes y más ricas de mi madre y de mi padre —para distribuir valles y montañas por mi cuerpo de la misma manera que la tierra se reparte en colinas y cumbres.

Me gustaría penetrar a una mujer de la misma manera en que puede hacerlo cualquier hombre, y que me penetraran —dejar y que me dejaran — y estar caliente y dura y suave, todo al mismo tiempo, en pro del hecho de amarnos. Me gustaría ser la que lleva, y otras veces descansar o que me llevaran. Cuando me siento a jugar en el agua de la bañera, me encanta sentir las partes profundas de mi interior, resbaladizas y replegadas y tiernas y profundas. Otras veces me gusta imaginarme su núcleo, mi perla, una parte protuberante de mí, dura, sensible y vulnerable de una manera diferente.

He sentido el arcaico triángulo que forman madre, padre y criatura —en el que el «yo» es su núcleo eterno— alongarse y aplanarse para formar en su desarrollo la tríada de elegante fuerza que conforman la abuela, la madre y la hija, en la que el «yo» se desplaza libremente, fluyendo en cualquier dirección o en ambas, según sea preciso.

Mujer por siempre. Mi cuerpo, representación viviente de otra vida más antigua, longeva y sabia. Las montañas y los valles, los árboles, las rocas. La arena y las flores y el agua y la piedra. Hecha en la tierra.

01

Los habitantes de la isla de Granada y los de Barbados caminan como los de los pueblos africanos. Los de Trinidad, no.

Cuando visité la isla de Granada, comprendí de dónde emanaban los poderes de mi madre caminando por las calles. Pensé: esta es la tierra de mis antepasadas, de mis madres precursoras, aquellas mujeres isleñas Negras que se definían a sí mismas por lo que hacían. «Las mujeres isleñas son buenas esposas; pase lo que pase, saben salir del atolladero». Las aristas africanas se suavizan en esas mujeres que se contonean por las calles tibias de lluvia con una delicadeza arrogante cuya fuerza y vulnerabilidad se ha grabado en mi memoria.

Mi madre y mi padre llegaron a este país en 1924, cuando ella contaba veintisiete años de edad y él veintiséis. Llevaban un año de casados. Ella mintió a los funcionarios de inmigración acerca de su edad porque sus hermanas, que ya estaban aquí, le habían escrito que los estadounidenses querían mujeres fuertes y jóvenes capaces de trabajar para ellos y Linda temía ser demasiado mayor para encontrar empleo. ¿Acaso no la tenían ya por una solterona en casa cuando por fin contrajo matrimonio?

Mi padre consiguió un empleo como peón en el antiguo Waldorf Astoria, en el lugar donde hoy se levanta el edificio del Empire State, y mi madre trabajaba allí como camarera de habitaciones. El hotel cerró por demolición y ella consiguió un empleo de fregona en un salón de té en el cruce de la

Columbus Avenue con la calle 99. Se marchaba a trabajar antes del alba y hacía faena durante doce horas al día, siete días a la semana, sin pausas ni días libres. El dueño le dijo a mi madre que ya se podía dar por contenta con tener un empleo porque normalmente el establecimiento no contrataba a chicas «hispanas». Si el propietario hubiera sabido que Linda era Negra, nunca la habrían contratado. En el invierno de 1928, mi madre enfermó de pleuresía y casi se muere. Durante la enfermedad de mi madre, mi padre fue a recoger sus uniformes del salón de té para lavarlos. Cuando el dueño lo vio, se dio cuenta de que mi madre era Negra y la despidió inmediatamente.

En octubre de 1929 nació el primer bebé al tiempo que se derrumbaba la bolsa, y el sueño de mis padres de regresar a casa quedó postergado. Durante años permanecieron vivas algunas chispitas secretas de aquel sueño, reflejadas en el afán de mi madre por seguir yendo a por frutas tropicales «debajo del puente», en su utilización de lámparas de queroseno, en su máquina de coser con pedal, en sus bananos fritos y en su amor al pescado y al mar. Atrapada. Era tan poco lo que en realidad sabía de aquel país forastero. Cómo funcionaba la electricidad. La iglesia más cercana. En qué lugar se distribuía gratuitamente leche para bebés a través del Free Milk Fund for Babies[1] y a qué hora —aunque no nos dejara beber de caridad.

Sabía cómo había que arrebujarse para luchar contra el despiadado frío. Sabía de las Paradise Plums, aquellos caramelos duros de forma ovalada, de color rojo cereza por un lado y amarillo piña por el otro. Sabía en qué tiendas antillanas de Lenox Avenue las vendían, conservadas en tarros de cristal inclinados colocados sobre los mostradores. Sabía lo mucho que las Paradise Plums les tentaban a los niñitos privados de chucherías, y lo importante que eran para que se mantuviera la disciplina durante las largas expediciones de los días de compra. Sabía exactamente cuántos de aquellos dulces importados se podían chupar y pasear por la boca antes de que la nefasta goma arábiga, con sus gránulos de acidez británica, desgarrara el tejido rosa de la lengua y produjera una erupción de granitos rojos.

Sabía cómo se mezclaban los aceites esenciales para curar los cardenales y los sarpullidos, y cómo había que deshacerse de los trozos de uñas cortadas y de los cabellos que quedaban en el peine. Cómo encender velas antes del día de Todos los Santos para mantener alejados a los *soucoyants*, que les chupan la sangre a los bebés. Sabía bendecir los alimentos y santiguarse antes de las comidas, y decir oraciones antes de dormir.

Nos enseñó una, dedicada a la Virgen, que nunca aprendí en la escuela:

> *Virgen María, llena de gracia, recuerda que nunca se ha sabido de nadie que, habiendo buscado tu protección, implorado tu ayuda o requerido tu intercesión, haya quedado sin atender. Inspirada por esa confianza, busco ahora tu protección, dulce madre, acudo a ti y ante ti me presento con mis pecados y mis pesares. Oh, madre del verbo encarnado, no desoigas mi plegaria y, en tu clemencia y en tu misericordia, escúchame y contéstame ahora.*

De niña, recuerdo oír con frecuencia a mi madre pronunciar esas palabras en voz muy baja, casi en un susurro, cada vez que se enfrentaba a alguna nueva crisis o desastre: la puerta de la nevera que se había estropeado, la luz que nos habían cortado, mi hermana que se había abierto el labio de una caída patinando con unos patines prestados.

Mis oídos infantiles escuchaban aquellas palabras y sopesaban los misterios de aquella madre a la que mi madre, austera y de carne y hueso, podía susurrarle tan hermosas palabras.

Mi madre también sabía cómo asustar a sus hijas para que se comportaran en público. Sabía cómo hacernos creer que la única comida que quedaba en casa era en realidad un plato exquisito, preparado con esmero.

Sabía cómo hacer de la necesidad virtud. Linda echaba de menos el romper de las olas contra el malecón al pie de Noel's Hill, la ondulada y misteriosa ladera de Marquis Island que surgía en medio del agua a menos de un kilómetro de la costa. Echaba de menos los pájaros mieleros de ágil vuelo y los árboles y el áspero aroma de los helechos arborescentes que bordeaban la carretera que bajaba a Grenville Town. Echaba de menos la

música que no era preciso escuchar porque siempre se oía por doquier. Y más que nada, echaba de menos las travesías en barco que ocupaban todo el domingo, cuando iba a visitar a su tía, *Aunt* Anni, en Carriacou.

En Granada, la gente tenía canciones para todo. Había una canción para el estanco de tabaco, que era parte de los grandes almacenes y que Linda había regentado desde los diecisiete años de edad.

Los tres cuartos de una cruz
Y un círculo completo
Se cruzan dos semicírculos y una perpendicular

Era un estribillo para que quienes no sabían leer pudieran identificar la palabra *TOBACCO*.

Para cualquier tema había una canción; incluso había una sobre ellas, las chicas Belmar, que siempre miraban un poco por encima del hombro. Y en la calle no convenía hablar demasiado alto de los asuntos privados porque, de lo contrario, cabía el riesgo de que al día siguiente tu nombre se oyera a la vuelta de la esquina en la letra de una canción. En casa, *Sister* Lou le había enseñado a desaprobar, por vulgar y vergonzosa, aquella deplorable costumbre que tenía la gente de hacer canciones sobre cualquier cosa, impropia de una muchacha decente.

Pero ahora, en aquel frío y estentóreo país llamado América, Linda echaba de menos la música. Incluso echaba de menos la tabarra que daban los clientes los sábados por la mañana, con sus propósitos vulgares pronunciados arrastrando las palabras cuando volvían a casa de beber ron en el bar, dando tumbos.

Sabía de comida. Pero ¿de qué le servía en aquel país de locos en el que vivía, donde la gente cocinaba una pata de cordero sin lavar antes la carne y ponía a asar hasta la carne de buey más dura sin agua ni tapadera? Para ellas, la calabaza no valía más que para decorar fiestas de chiquillos, y trataban mejor a sus maridos de lo que cuidaban a sus hijos.

No sabía orientarse por las galerías del Museo de Historia Natural, pero sabía que aquel era un buen lugar para llevar a las criaturas si una quería que se instruyeran. Siempre sentía aprensión cuando iba allí con sus hijas, y se pasaba la tarde pellizcando a una o a otra en la parte carnosa del brazo. En teoría era porque no nos portábamos bien, pero el verdadero motivo era que, por debajo de la visera bien tiesa de la gorra del vigilante del museo, alcanzaba a ver unos ojos azul pálido clavados en ella y en sus hijas, como si oliéramos mal, y aquello la asustaba. *Aquello* era una situación que no era capaz de controlar.

¿Qué más sabía Linda? Sabía escrutar la cara de las personas y predecir lo que iban a decir antes de que lo hicieran. Sabía qué pomelo era sanguino y rosado antes de que estuviera maduro, y lo que había que hacer con los demás, es decir, echárselos a los cerdos. Solo que no tenía cerdos en Harlem y que a veces esos eran los únicos que se podían encontrar. Sabía cómo evitar que se infectaran los cortes o las heridas abiertas calentando una hoja de olmo silvestre sobre la llama de unas astillas hasta que la hoja se retorcía en la palma de la mano, y entonces frotaba el corte con el líquido que extraía y aplicaba las fibras de un verde pálido ya reblandecidas sobre la herida a modo de apósito.

Pero no había olmos silvestres en Harlem; en Nueva York no podían conseguirse hojas de roble negro. *Ma*-Mariah, su abuela curandera, la había instruido perfectamente bajo los árboles de Noel's Hill en Grenville, Granada, frente al mar. *Aunt* Anni y *Ma*-Liz, la madre de Linda, habían perpetuado esa transmisión. Pero ahora aquel conocimiento ya no tenía aplicación; y a su marido, Byron, no le gustaba hablar de casa porque se ponía triste, y eso debilitaba su resolución de construirse un reino a su medida en aquel nuevo mundo.

Ella no sabía si las historias que leía en el *Daily News* acerca de los esclavistas blancos eran verdaderas o no, pero sabía prohibir a sus hijas que pusieran los pies en cualquier tienda de caramelos. Ni siquiera nos permitía

comprar chicles de bola, que se vendían por una perra gorda en las máquinas expendedoras del metro. Además de ser un despilfarro, con lo que costaba ganar el dinero, aquellas máquinas eran tragaperras y, por lo tanto, diabólicas, o al menos sospechosas por estar vinculadas a la prostitución —*la peor de todas las esclavitudes*, según decía con un tono que no auguraba nada bueno.

Linda sabía que todas las cosas verdes eran valiosas y conocía las cualidades curativas y apaciguadoras del agua. A veces, los sábados por la tarde, después de que mi madre terminara de recoger la casa, salíamos en busca de algún parque en el que sentarnos a observar los árboles. Unas veces bajábamos hasta la orilla del río Harlem, a la altura de la calle 142, a contemplar el agua. Otras veces tomábamos el «Tren D» e íbamos hasta el mar. Siempre que estábamos cerca del agua, mi madre se mostraba apacible, tierna y ensimismada. Entonces nos contaba historias maravillosas de Noel's Hill, la colina de Grenville, Granada, que domina el Caribe. Nos contaba historias de Carriacou, el lugar en el que había nacido, entre el intenso aroma de las limas. Nos hablaba de plantas que curaban y de plantas que te hacían enloquecer, y ninguna de ellas tenía demasiado sentido para nosotras, niñas, porque nunca las habíamos visto. Y nos hablaba de los árboles y de las frutas y de las flores que crecían a la puerta de la casa en la que se había criado y en la que había vivido hasta que se casó.

En una época, «en casa» era para mí un lugar lejano al que nunca había ido, pero que conocía perfectamente a partir de los relatos de mi madre. Ella exhalaba, exudaba y emitía el olor afrutado del frescor de las mañanas y del calor del mediodía en Noel's Hill, y yo tejía imágenes de sapodilla y mango, como una red, sobre mi catre del apartamento de alquiler de Harlem, en la ronroneante oscuridad que rezumaba el sudor de la pesadilla. Cosa que resultaba soportable porque había algo más. El aquí y ahora era un espacio, una morada temporal, que nunca debía considerarse definitiva ni totalmente vinculante ni definitoria, por mucha energía y atención que

nos exigiera. Porque si vivíamos decentemente y con frugalidad, si mirábamos a derecha y a izquierda antes de cruzar la calle, algún día podríamos volver a aquel dulce lugar, «a casa».

Recorreríamos las colinas de Grenville, Granada, y cuando el viento soplara en la buena dirección, nos llegaría el perfume de los limeros de Carriacou, la vecina isla de las especias. Escucharíamos el mar tamborileando contra Kick'em Jenny, el arrecife cuya potente voz desgarra la noche cuando las olas del mar golpean sus costados. Carriacou, de donde zarparon en goleta los gemelos Belmar en una travesía de isla en isla que les llevó en primer y en último lugar a la ciudad de Grenville, donde se casaron con las hermanas Noel, dos chicas del continente.

Las chicas Noel, Anni, la hermana mayor de *Ma*-Liz, volvió con su Belmar a Carriacou, donde llegó en calidad de cuñada y acabó quedándose para ser ella misma. Recordó los secretos de las plantas que le había enseñado su madre, *Ma*-Mariah. Aprendió otros poderes de las mujeres de Carriacou. Y en una casa de las colinas por detrás de L'Esterre, ayudó a traer al mundo a las siete hijas de su hermana *Ma*-Liz. Mi madre, Linda, nació entre las expectantes palmas de sus amorosas manos.

Allí, *Aunt* Anni vivió entre las demás mujeres que despedían a sus hombres cuando estos zarpaban en sus veleros, y luego cuidaban de las cabras y de los cacahueteros, sembraban cereal, regaban la tierra con ron para fortalecer el maíz, construían cabañas para ellas y colectores de agua, cogían las limas y tejían sus vidas junto con las de sus criaturas. Mujeres que sobrevivían con facilidad a la ausencia de sus hombres marineros porque habían aprendido a amarse unas a otras, con un amor que perduraba tras el regreso de sus hombres.

Madivine. Lazos de amistad. Zami. La manera en que las mujeres de Carriacou se aman es legendaria en Granada, como lo es su fuerza y su belleza.

En las colinas de Carriacou, entre L'Esterre y Harvey Vale, nació mi madre, una Belmar. Pasó los veranos en casa de *Aunt* Anni, cogió limas con las mujeres. Y creció soñando con Carriacou igual que yo un día soñaría con Granada.

Carriacou, nombre mágico, que evoca la canela, la semilla y la cáscara de la nuez moscada, esos deliciosos cubitos de dulce de guayaba, cada uno exquisitamente envuelto en retazos de papel de estraza del que se utiliza para envolver el pan, recortados con precisión, los largos palos de vainilla seca, el aroma dulce de las habas *tonka*, las pepitas marrones de chocolate cubiertas de cacao en polvo para hacer chocolate a la taza, todo ello colocado sobre un lecho de hojas de laurel en una caja de lata que todos los años llegaba por Navidad perfectamente envuelta.

Carriacou, que no aparecía ni en el índice del atlas escolar *Goode* ni en la *Junior Americana World Gazette* ni en ningún mapa que pudiera encontrar; así que, cuantas veces busqué aquel lugar mágico en clase de geografía o durante las horas de estudio en la biblioteca, nunca lo hallé y llegué a pensar que la geografía de mi madre era una fantasía o un despropósito o, cuando menos, que estaba demasiado obsoleta y que de hecho tal vez estuviera hablando de un lugar que otra gente llamaba Curaçao, una colonia holandesa al otro lado de las Antillas.

Pero, subyacente en todo ello a medida que iba creciendo, «en casa» seguía siendo un lugar dulce situado en otra parte que todavía no habían conseguido plasmar sobre el papel, ni a estrangular y a encuadernar entre las páginas de un libro de texto. Era nuestro, mi auténtico paraíso privado de la banana pelipita y del fruto del árbol del pan colgando de las ramas, de la nuez moscada y la lima y el sapadillo, de las habas *tonka* y las Paradise Plums rojas y amarillas.[2]

---

[1] Free Milk Fund for Babies*:* fondo para la distribución gratuita de leche a personas sin recursos de la ciudad de Nueva York, fundado en 1921 por Millicent Hearst y su esposo, William Randolph

Hearst, magnate de la prensa de aquella época.

[2] Al cabo de los años, en el marco de mis estudios de documentalista, realicé un detallado estudio comparativo de diversos atlas, señalando sus méritos y puntos fuertes particulares. Uno de los objetivos de mi proyecto fue la isla de Carriacou. Solo la encontré una vez, en el *Atlas of the Encyclopedia Britannica*, que siempre se ha jactado de la precisión con que están cartografiadas las colonias británicas. Tenía veintiséis años cumplidos cuando por fin encontré Carriacou en un mapa.

02

A menudo me he preguntado por qué me siento siempre tan cómoda en las posiciones más distantes; por qué los extremos, aunque difíciles y a veces dolorosos de mantener, me resultan siempre más cómodos que el entorno de una línea bien recta situada en el liso centro.

Lo que realmente me encaja es un tipo particular de determinación. Obstinada, dolorosa, exasperante, pero que a menudo funciona.

Mi madre era una mujer muy poderosa. Aquello ocurría en una época en la que la combinación de ambas palabras, *mujer* y *poderosa*, era prácticamente inexpresable en la lengua común blanca estadounidense, a menos que fuera acompañada de algún adjetivo explicativo aberrante, tal como ciega o jorobada o loca o Negra. Por lo tanto, en mi niñez y juventud, *mujer poderosa* equivalía a algo bastante distinto de una mujer normal, de «mujer» sin más. Por otra parte, desde luego, no equivalía a «hombre». ¿A qué entonces? ¿Cuál era la tercera designación?

De niña siempre fui consciente de que mi madre era distinta de las demás mujeres que yo conocía, ya fueran Negras o blancas. Solía pensar que era porque se trataba de mi madre. Pero ¿distinta en qué sentido? Nunca lo supe muy bien. Había otras mujeres antillanas en mi entorno, muchas en nuestro vecindario y en nuestra parroquia. También había otras mujeres Negras con la piel tan clara como ella, particularmente entre las mujeres de las Pequeñas Antillas. Las llamaban *redbone.*[3] *¿Diferente en qué sentido?*

Nunca lo supe. Pero por ello a fecha de hoy sigo creyendo que siempre ha habido tortilleras Negras a su alrededor —entendidas estas como mujeres poderosas que sienten atracción por otras mujeres—, que antes habrían preferido morir que utilizar ese término para designarse. Y esto se refiere también a mi mamá.

Siempre pensé que aprendí de mi padre algunos de mis primeros modales a la hora de tratar a las mujeres. Desde luego, él se comportaba con mi madre de una forma muy diferente. Compartían las decisiones y el establecimiento de todas las normas, tanto en lo profesional como en casa. Siempre que había que decidir algo que se refiriera a nosotras, las tres niñas, incluso la compra de abrigos nuevos, se metían en el dormitorio para mantener una conversación cara a cara durante un ratito. A través de la puerta cerrada oíamos el zumbido de los retazos de conversación, unas veces en inglés, otras en *patois*, el dialecto de la isla de Granada, una lengua compuesta que era su lengua franca. Luego ambos salían y anunciaban la decisión que habían tomado. Durante toda mi infancia, mi padre y mi madre se pronunciaron con una voz única, indivisible e inapelable.

Tras el nacimiento de sus hijas, mi padre hizo un curso de gestor inmobiliario y empezó a administrar pequeñas pensiones en Harlem. Cuando por la tarde llegaba a casa de la oficina, se tomaba rápidamente un vaso de coñac de pie en la cocina, después de que lo hubiéramos saludado y antes de quitarse el abrigo y el sombrero. Acto seguido mi madre y él se metían en el dormitorio, donde los oíamos conversar acerca de los acontecimientos de la jornada al otro lado de la puerta cerrada, aunque no hacía más que unas horas que mi madre se había marchado de la oficina que compartían.

Si alguna de nosotras había transgredido las normas, era entonces cuando empezábamos a temblar de verdad de la cabeza a nuestros zapatos ortopédicos, porque sabíamos que nuestro destino estaba siendo objeto de discusión y que los términos del castigo se estaban sellando al otro lado de

aquella puerta. Cuando esta se abría, se oía una sentencia compartida e irrefutable. Cuando mamá y papá hablaban de algo importante y aparecía cualquiera de nosotras, inmediatamente se pasaban al *patois*.

Puesto que mis padres compartían todo lo referente al establecimiento de las normas y a la toma de decisiones, desde mi punto de vista infantil mi madre necesariamente era *distinta* de las demás mujeres. Aunque, desde luego, no era un hombre. (Ninguna de nosotras tres habría tolerado durante demasiado tiempo aquella privación de feminidad; probablemente habríamos cogido nuestra *kra*[4] y habríamos regresado al lugar de donde habíamos venido antes del octavo día —opción que tienen todas las almas africanas inocentes que vagan por un medio que les es hostil).

Mi madre era diferente de las demás mujeres, y a veces aquello me producía un placer y una sensación de ser especial que constituía uno de los aspectos positivos de sentirme diferente. Pero otras veces me resultaba doloroso y se me antojaba que era la razón de tantas de mis penas infantiles. *Si mi madre fuera como todo el mundo, tal vez la gente me querría más*. Pero la mayoría de las veces su diferencia era como una estación o un día frío o una noche tórrida en el mes de junio. Simplemente era, sin que fuera necesaria ninguna explicación ni invocación.

Mi madre y sus dos hermanas eran mujeres grandes y elegantes cuyos amplios cuerpos daban la sensación de reforzar la determinación con la que se movían por sus vidas en el extraño mundo de Harlem y de América. Para mí, la sustancia física de mi madre y la presencia y el dominio de sí misma de los que hacía gala constituían una parte importante de lo que la hacía *diferente*. El aire de competencia responsable que mostraba en público resultaba sereno y eficaz. En la calle la gente se dirigía a mi madre para consultarla acerca de asuntos de gusto, economía, opinión y calidad, por no hablar del tema de quién tenía derecho al primer asiento libre en el autobús. En cierta ocasión presencié cómo mi madre clavaba sus ojos castaños verdoso-azulados en un hombre que corría hacia un asiento vacío en el

autobús que recorría Lenox Avenue y que a mitad de camino se detuvo vacilante, sonrió avergonzado, y cómo, en un mismo ademán, se lo ofreció a una anciana que estaba a su lado. Muy pronto adquirí conciencia de que a veces la gente modificaba su actitud de resultas de alguna opinión que mi madre nunca llegaba a expresar, o que ni siquiera le importaba especialmente.

Mi madre era una mujer muy reservada y, de hecho, bastante tímida, pero con una presencia muy impactante y que transmitía sentido común. De senos generosos, orgullosa y de estatura nada despreciable, echaba a andar por la calle como un barco a toda vela, por lo general arrastrándome a mí, que iba dando tumbos tras sus pasos. No eran muchas las almas bien templadas que se atrevían a cruzar por delante de su proa a escasa distancia.

Algunas personas, totalmente desconocidas, solían dirigirse a ella en el mercado de la carne y preguntarle si, en su opinión, un determinado corte de carne estaba fresco, era sabroso o se prestaba para cocinar tal o cual plato; y el carnicero, impaciente, esperaba, obviamente algo fastidiado aunque respetuoso, a que ella se manifestara. Las personas desconocidas se fiaban de mi madre y yo nunca supe por qué, pero de niña aquello me hacía pensar que tenía mucho más poder del que en realidad ejercía. Mi madre, por su parte, estaba muy apegada a esa imagen de sí misma y ahora me doy cuenta de que hacía todo lo posible por disimular ante nosotras, cuando éramos niñas, las múltiples manifestaciones de su impotencia. Ser Negra y forastera y mujer en la ciudad de Nueva York en las décadas de 1920 y 1930 no era sencillo, en particular cuando ella era lo suficientemente clara de tez para pasar por blanca, pero sus hijas no.

En 1936-1938, la parte de la calle 125 comprendida entre Lenox Avenue y la Octava Avenida, que más tarde se convertiría en la meca de las compras en el Harlem Negro, era todavía una zona en la que había una mezcla de razas, controlada fundamentalmente por los propietarios blancos de los establecimientos comerciales. Había tiendas en las que la gente

Negra no siempre era bien recibida, y en aquellos establecimientos no había dependientes Negros. Cuando aceptaban nuestro dinero, lo hacían con reticencias: y a menudo nos pedían más de la cuenta. (Fue en aquellas condiciones en las que el joven Adam Clayton Powell júnior organizó piquetes para boicotear los mercados de Blumstein y Weissbecker en 1939, en un intento, coronado por el éxito, de que se crearan puestos de trabajo para personas Negras en la calle 125). Las tensiones en la calle eran importantes, como lo son siempre en zonas de transición en las que conviven varias razas. De muy niña, recuerdo que me amilanaba un ruido en particular, una especie de carraspeo gutural áspero y ronco, porque a menudo anunciaba un asqueroso escupitajo gris que acababa aterrizando en mi abrigo o en mi zapato al instante siguiente. Mi madre lo limpiaba con trocitos de papel de periódico que siempre llevaba en el bolso. A veces echaba pestes contra aquella gente vulgar que no tenía nada mejor que hacer que escupir al aire ni modales para reprimirse, estuviera donde estuviera; comentario con el que pretendía que yo pensara que la humillación a la que me acababan de someter era puramente fortuita. Nunca se me ocurrió dudar de ello.

Habían pasado muchos años de aquello cuando, en una conversación, le pregunté: «¿Te has dado cuenta de que la gente ya no escupe al aire tanto como lo hacía antes?». Y la mirada que me echó mi madre me hizo saber que me había adentrado sin querer por uno de aquellos lugares secretos de sufrimiento que nunca había que volver a mencionar. Pero, cuando yo era niña, era muy típico de mi madre que, puesto que no podía evitar que la gente blanca escupiera a sus hijas porque eran Negras, ella insistiera en que lo hacían por otro motivo. Aquella solía ser casi siempre su forma de plantearse el mundo: cambiar la realidad. Si no puedes cambiar la realidad, cambia tu percepción de la misma.

Tanto mi padre como mi madre nos hicieron creer que, en lo fundamental, tenían el mundo entero en la palma de la mano, y que si las

hermanas nos portábamos bien —lo que significaba trabajar mucho y hacer lo que nos mandaban—, nosotras también podríamos tener el mundo en la palma de la mano. Aquello resultaba una educación bastante desconcertante, máxime teniendo en cuenta la insularidad de nuestra familia. Si algo nos iba mal en la vida, era siempre consecuencia de una decisión que nuestros padres habían tomado por nuestro bien. Si algo iba bien, era porque nuestros padres habían decidido que así era como iba a ser. Cualquier duda con respecto a la realidad de aquella situación se consideraba un intento pequeño aunque intolerable de rebelión contra la autoridad divina y se sofocaba rápidamente y de forma sumaria.

Todos nuestros libros de cuentos hablaban de gentes muy distintas de nosotros. Eran personas rubias y blancas que vivían en casas rodeadas de árboles y tenían perros que se llamaban Spot. Yo no conocía a nadie de ese tipo, como tampoco conocía a Cenicientas que vivieran en su castillo. Nadie escribía historias sobre nosotros, pero, aun así, la gente siempre le preguntaba el camino a mi madre.

Fue aquello lo que me hizo decidir desde niña que teníamos que ser ricos, incluso cuando mi madre no tenía suficiente dinero para comprarse unos guantes con los que proteger sus manos llenas de sabañones, ni un buen abrigo para el frío. En los días de invierno terminaba de hacer la colada y me vestía a toda prisa para ir a recoger a mis hermanas al colegio a la hora de la comida. Para cuando llegábamos a la escuela de Saint Mark, a siete manzanas de nuestra casa, sus hermosas y ahusadas manos ya estaban cubiertas de espantosas ronchas rojas. Luego recuerdo que mi madre se frotaba enérgicamente las manos bajo el agua fría y las retorcía con gran dolor. Pero, cuando le preguntaba qué hacía, me despachaba con un «Así lo hacemos en casa», y yo le seguía creyendo cuando me decía que odiaba llevar guantes.

Por la noche, mi padre volvía tarde a casa de la oficina o de alguna reunión política. Después de la cena, las tres hacíamos los deberes sentadas

alrededor de la mesa de la cocina. Luego mis dos hermanas se iban a la cama, al final del pasillo. Mi madre me abría el catre en el dormitorio principal y vigilaba cómo me preparaba para acostarme.

Apagaba todas las luces y desde mi cama podía verla, a dos habitaciones de distancia, sentada en la misma mesa de la cocina, leyendo el *Daily News* a la luz de una lámpara de queroseno y esperando a que llegara mi padre. Siempre decía que lo hacía porque la lámpara de queroseno le recordaba su «casa». De mayor me di cuenta de que trataba de ahorrar unos cuantos centavos de electricidad mientras llegaba mi padre, el cual, al entrar, encendía todas las luces y le preguntaba: «Pero, Lin, ¿qué haces ahí sentada a oscuras?». A veces me iba a dormir con el apacible «chiquitichiquitichic» de la máquina de coser con pedal Singer con la que cosía sábanas y fundas de almohada de percal sin blanquear que había conseguido a precio de saldo «debajo del puente».

De niña solo vi llorar a mi madre en dos ocasiones. La primera, tenía yo tres años de edad y estaba sentada en el reposapiés de un sillón de dentista en la clínica municipal de ortodoncia de la calle 23: un estudiante de cirugía dental en prácticas le sacó todas las piezas de un lado de la mandíbula superior. Estábamos en una sala inmensa llena de sillones de dentista ocupados por otras personas que gemían de dolor, y de hombres jóvenes de bata blanca inclinados sobre aquellas bocas abiertas. El sonido de las numerosas fresadoras dentales y de otros instrumentos hacía que aquel lugar pareciera una obra en construcción en la esquina de una calle.

Después, mi madre se sentó en la calle en un largo banco de madera. La vi apoyar su cabeza contra el respaldo, con los ojos cerrados. No se inmutó cuando traté de reclamar su atención dándole palmaditas a ella y tironcitos al abrigo. Me subí al banco y escudriñé su rostro para ver por qué se había dormido en pleno día. De debajo de sus párpados cerrados se escapaban las lágrimas, que le corrían por las mejillas hasta las orejas. Toqué las gotitas

de agua a la altura de sus pómulos, al mismo tiempo horrorizada y asombrada. Se me estaba hundiendo el mundo: mi madre estaba llorando.

La segunda vez que vi a mi madre llorar fue unos cuantos años más tarde, una noche, cuando se suponía que yo ya estaba dormida en el dormitorio de mis padres. La puerta que daba al cuarto de estar estaba entreabierta y por una rendija pude ver lo que sucedía en la otra habitación. Me desperté y oí las voces de mis progenitores hablando en inglés. Mi padre acababa de volver a casa y olía a alcohol.

«Nunca creí que llegaría el día en el que tú, Bee, te dedicarías a recorrer los bares y a beber en compañía de alguna mujer ligera de cascos».

«Pero, Lin, ¿de qué estás hablando? No es eso en absoluto, ¿sabes? En política hay que hacer amistades. Eso no significa nada».

«Y si te murieras antes que yo, yo no pondría ni siquiera la mirada en otro hombre; y digo yo que podré esperar que tú hagas lo mismo»f rv.

La voz de mi madre sonaba extrañamente entrecortada por las lágrimas.

Aquello sucedía en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuando la Gran Depresión se cobró aquel precio tan terrible, particularmente entre la gente Negra.

Aunque a nosotras, las niñas, nos podían dar una paliza por perder una perra gorda cuando volvíamos a casa después de ir a la tienda, a mi madre le gustaba hacer el papel de doña generosa, papel que luego me acusaría amargamente de interpretar años más tarde en mi vida, siempre que le regalaba algo a alguna amiga. Pero uno de mis primeros recuerdos de la Segunda Guerra Mundial se remonta precisamente a los tiempos previos a su estallido, un día en que mi madre repartió el contenido de una lata de café de medio kilo entre dos viejas amigas de la familia que habían venido a hacernos una de sus infrecuentes visitas.

Mi madre, a pesar de que siempre insistía en que ella no se metía en política ni en los asuntos del Gobierno, había sentido en alguna parte vientos de guerra y, a pesar de lo pobres que éramos, había empezado a

hacer sistemáticamente acopio de azúcar y café, que almacenaba en su alacena secreta debajo del fregadero. Mucho antes de lo de Pearl Harbor, recuerdo cómo abría cada saco de azúcar de dos kilos y medio que comprábamos en el mercado y cómo vaciaba un tercio del mismo en una lata bien fregada que guardaba debajo del fregadero, a salvo de los ratones. Lo mismo hacíamos con el café. Solíamos comprar café Bokar en A&P, donde lo molían y lo empaquetaban. Luego repartíamos el contenido del paquete entre la lata de café que se guardaba detrás del fogón y las cajas que se escondían debajo del fregadero. Aunque a casa nunca vino demasiada gente de visita, nadie se marchó nunca de ella durante la guerra sin llevarse una taza de azúcar o de café, en tiempos en los que aquellos productos estaban estrictamente racionados.

La carne y la mantequilla no se podían almacenar y, durante los primeros tiempos de la guerra, debido a que mi madre se negaba en redondo a utilizar sustitutos de la mantequilla (solo «los demás» utilizaban margarina, los mismos «demás» que alimentaban a sus criaturas con bocadillos de crema de cacahuete a la hora de comer, utilizaban salsa para sándwiches en lugar de mayonesa de verdad y comían costillas de cerdo y sandía), nos ponía a hacer cola a la puerta de los supermercados de toda la ciudad en las gélidas mañanas de sábado, a la espera de que abriera la tienda, para que cada una pudiera entrar entre los primeros clientes y conseguir la cantidad de mantequilla sin racionar a la que teníamos derecho. A lo largo de toda la guerra, mi madre guardó una lista mental de todos los supermercados a los que podíamos llegar sin hacer transbordo en el autobús, y solía llevarme a mí porque yo era la única que viajaba sin billete. También tenía anotado en la cabeza en cuáles eran amables y en cuáles no, y mucho tiempo después de que hubiera terminado la guerra nunca comprábamos en ciertas carnicerías o tiendas de ultramarinos porque alguien durante la guerra se había negado a despacharle a mi madre alguno de aquellos preciados productos escasos, y mi madre no olvidaba nunca y raras veces perdonaba.

[3] *Redbone*, en inglés «huesos rojos», es un término que se utilizaba, principalmente en el sur de Estados Unidos, para designar a personas mestizas *(N. de la T.)*.

[4] *Kra*, alma humana en algunas religiones africanas *(N. de la T.)*.

03

Cuando tenía cinco años de edad y todavía era oficialmente ciega, empecé a ir al colegio a una clase especial para niños con problemas visuales en la escuela primaria local de la esquina de la calle 135 con Lenox Avenue. En aquel mismo cruce había una caseta de madera azul en la que unas mujeres blancas distribuían gratuitamente leche a madres Negras que tuvieran niños pequeños. Yo me moría de ganas de beber leche del Hearst Free Milk Fund, [5] de aquellas botellitas tan monas con sus tapones rojos y blancos, pero mi madre nunca me dejó que cogiera ninguna porque decía que aquello era caridad, algo malo y degradante, y que además la leche estaba templada y que me podía sentar mal.

La escuela estaba justo enfrente, cruzando la avenida, del colegio católico al que iban mis dos hermanas mayores y, hasta donde se remonta mi memoria, la institución pública había sido utilizada contra ellas como una amenaza. Como no se portaran bien y no sacaran buenas notas en las asignaturas y en conducta, corrían el riesgo de que las «transfirieran». Aquella «transferencia» tenía la misma connotación siniestra que la que décadas más tarde tendría la «deportación».

Por supuesto, todo el mundo sabía que en los colegios públicos los escolares no hacían otra cosa más que «pelearse», y todos los días corrías el riesgo de que te «pegaran» a la salida de la escuela, en lugar de que te acompañaran con paso marcial hasta la puerta del establecimiento en dos

ordenadas filas, como pequeños robots, en silencio, pero a salvo y sin que fueras víctima de ninguna agresión, hasta la esquina donde esperaban las madres.

Pero el colegio católico no tenía jardín de infancia, y desde luego no para niños ciegos.

A pesar de mi miopía, o tal vez debido a ella, aprendí a leer al mismo tiempo que aprendí a hablar, cosa que se produjo solo aproximadamente un año antes de que empezara a ir al colegio. Tal vez *aprender* no sea la palabra que mejor describa mis comienzos con el habla, porque todavía hoy no sé si no empecé a hablar antes porque no sabía hacerlo o si no hablaba porque no había nada que pudiera decir sin que me castigaran. El instinto de conservación se desarrolla muy temprano en las familias antillanas.

A leer me enseñó la señora Augusta Baker, la bibliotecaria infantil de la vieja biblioteca municipal de la calle 135 que entonces acababan de demoler para construir un nuevo edificio destinado a la biblioteca que habría de albergar la Colección Schomburg de Historia y Cultura Afroamericana. Aunque aquella mujer no hubiera hecho ninguna otra buena obra en su vida, para mí se había ganado el cielo. Porque aquella obra me salvó la vida, si no entonces, seguramente más tarde, cuando a veces la única cosa a la que podía agarrarme era ser consciente de que sabía leer y que con eso podría salir adelante.

Aquella hermosa tarde, mi madre me estaba tirando de la oreja mientras yo, tendida cuan larga era en el suelo de la sala de lectura infantil como un sapito marrón furioso, chillaba como si me estuvieran degollando, poniendo a mi madre en una situación terriblemente embarazosa.

Sé que debía de ser primavera o principios del otoño porque no me protegía un grueso abrigo, por lo que todavía puedo sentir un agudo dolor en el brazo. Ahí, en el lugar de la carne en el que los acerados dedos de mi madre ya habían intentado pellizcarme en silencio. Para escabullirme de aquellos inexorables dedos, me había tirado al suelo, rugiendo de dolor al

verlos avanzar de nuevo en dirección a mis orejas. Estábamos esperando para recoger a mis dos hermanas mayores que salían de la sesión de cuentacuentos que se desarrollaba en otra planta, más arriba, en la tranquila biblioteca que olía a seco. Mis chillidos desgarraron aquel silencio reverencial.

De repente, miré hacia arriba y allí estaba una bibliotecaria, de pie por encima de mí. Mi madre había dejado caer las manos a lo largo de los costados. Desde el suelo donde yo estaba tirada, la señora Baker parecía otra de aquellas mujeres kilométricas, dispuesta a acabar conmigo. Tenía unos ojos enormes, claros, de párpados caídos, y una voz muy sosegada que, en lugar de regañarme por el escándalo que estaba armando, dijo: «Nena, ¿quieres oír un cuento?».

En parte mi rabia se debía a que no me habían dejado ir a aquella fiesta secreta que llamaban el cuentacuentos porque era demasiado pequeña, y ahí estaba ahora aquella extraña señora ofreciéndome un cuento solo para mí.

No me atrevía a mirar a mi madre, básicamente por miedo a que dijera que no, que era demasiado mala para que me contaran cuentos. Todavía estupefacta por el repentino giro que habían tomado los acontecimientos, me subí al taburete que la señora Baker me trajo y le presté toda mi atención. Aquello era una experiencia nueva para mí y sentía una curiosidad insaciable.

La señora Baker me leyó *Madeline* y *Horton empolla un huevo*, dos cuentos en verso que tenían unas preciosas y enormes ilustraciones que podía ver gracias a las gafas que acababan de comprarme y que llevaba atadas a mi indomable cabeza mediante una cinta elástica negra que iba de una patilla a otra. También me leyó otro libro de cuentos sobre un oso llamado Herbert que se comía uno por uno a todos los miembros de una familia, empezando por los padres. Cuando terminó con aquella historia, yo me había hecho adicta a la lectura para el resto de mi vida.

Cuando la señora Baker acabó de leer, le cogí los libros de las manos y con el dedo seguí el dibujo de las grandes letras negras, al tiempo que volvía a contemplar los hermosos y vivos colores de las ilustraciones. Fue precisamente entonces cuando decidí que iba a encontrar la manera de hacer aquello por mí misma. Señalé los caracteres negros que ahora podía distinguir como letras separadas, distintas de las de los libros para niñas algo mayores de mis hermanas, y cuyo tamaño tan pequeño de letra hacía que las páginas no fueran para mí más que una nebulosa gris. Y dije, en voz bastante alta, para que cualquiera que estuviera a mi alrededor pudiera oírme: «Quiero aprender a leer».

La sorpresa y el alivio de mi madre superaron cualquier enfado que todavía pudiera sentir por lo que ella solía llamar mis rabietas pueriles. Desde el fondo de la sala, que había estado recorriendo mientras la señora Baker leía, mi madre se acercó rápidamente hacia nosotras, tranquilizada e impresionada. Yo había hablado. Me levantó del taburetito en el que yo estaba sentada y cuál no fue mi sorpresa cuando me dio un beso, delante de toda la gente que estaba en la biblioteca, incluida la señora Baker.

Aquello fue una muestra sin precedentes y absolutamente insólita de afecto en público, cuyo motivo no acerté a comprender. Pero era una cálida sensación de felicidad. Obviamente, por una vez había hecho algo bien.

Mi madre me volvió a sentar en el taburete y le dirigió una sonrisa a la señora Baker.

«¡Los milagros no dejan de ocurrir!». Su emoción me devolvió a mi silencio prudente.

No solo había estado sentada durante más tiempo del que mi madre habría considerado posible, y sentada tranquilamente. También había hablado en lugar de gritar, cosa de la que mi madre, después de cuatro años y mucha preocupación, había dejado de esperar que pudiera suceder. Incluso una palabra inteligible era un acontecimiento muy poco frecuente en mí. Y a pesar de que los médicos del hospital habían cortado el frenillo

para soltarme la lengua y le habían garantizado a mi madre que yo no era retrasada, esta seguía teniendo miedo y dudas. Así que se sintió verdaderamente feliz cuando vio una posible alternativa, cualquiera que esta fuera, a lo que temía fuera mi mudez. Se le olvidó seguir tirándome de la oreja. Mi madre aceptó de buen grado el alfabeto y los cuentos que la señora Baker le dio para mí, y allí empezó todo.

Sentada a la mesa de la cocina con mi madre, aprendí a dibujar las letras y a identificarlas. Enseguida me enseñó a recitar el abecedario al derecho y al revés, como se hace en la isla de Granada. A pesar de que no había pasado de la escuela elemental, le habían encargado que les enseñara las letras a los niños de primer curso en la escuela del señor Taylor en Grenville. Mientras me enseñaba a escribir mi nombre, me contaba historias acerca de la severidad de aquel maestro.

No me gustaba el rabo de la Y que colgaba por debajo de la línea en Audrey, y siempre me olvidaba de dibujarlo, lo que solía irritar mucho a mi madre. Con cuatro años de edad ya me encantaba la regularidad de AUDRELORDE, pero me acordaba de poner la Y porque eso le agradaba a mi madre, y porque, como ella siempre me recordaba insistentemente, así era como tenía que ser porque así era como era. No cabía ninguna desviación con respecto a lo que ella consideraba que era lo correcto.

Así que, cuando llegué a la clase de jardín de infancia para niños con problemas de visión, relimpia, con mis trenzas y mis gafas, ya sabía leer libros con letra grande y escribir mi nombre a lápiz. Luego me llevé mi primer gran chasco con la escuela. Lo que allí esperaban de ti no tenía nada que ver con tu capacidad.

Solo éramos siete u ocho niñitos Negros en un aula enorme, todos con diversas y graves deficiencias visuales. Algunos éramos bizcos, otros miopes, y una niñita llevaba un ojo tapado con un parche.

Para escribir nos dieron unos cuadernos especiales, apaisados, de hojas amarillas, con las líneas muy separadas. Se parecían a los cuadernos de

música de mi hermana. También nos dieron unos gruesos lápices de cera negros. Pero una no crece gorda, Negra, casi ciega y ambidextra en una familia antillana, particularmente en casa de mis padres, y sobrevive, sin ser un poco rígida o sin volverse así bastante pronto. Como en casa ya había recibido unos buenos azotes en distintas ocasiones por haber cometido esa falta, sabía perfectamente que una no escribía con lápices de cera ni escribía en los cuadernos de música.

Levanté la mano. Cuando la maestra me preguntó lo que quería, pedí papel normal y un lápiz corriente para escribir. Y ese fue mi error. «Aquí no tenemos lápices corrientes», me dijeron.

La primera tarea que nos pusieron consistía en copiar la inicial de nuestro nombre en aquel cuaderno con el lápiz negro. La maestra pasaba por los pupitres y escribía la letra en cuestión en cada uno de nuestros cuadernos.

Cuando llegó mi turno, escribió una gruesa A en el ángulo superior izquierdo de la primera página y me tendió el lápiz.

«No puedo», le dije, porque sabía perfectamente que los lápices de cera negros servían para hacer garabatos en las paredes y que te dieran un azote por ello, o para rematar los contornos de un dibujo, pero no para escribir. Para escribir tenías que utilizar un lápiz normal. «¡No puedo!», dije aterrorizada, y me eché a llorar.

«¡Será posible, una niña tan grande como tú! ¡Qué vergüenza! Se lo tendré que decir a tu madre, que ni siquiera quisiste intentarlo. ¡Una niña tan grande como tú!».

Y era verdad. A pesar de mi corta edad, era la más alta de toda la clase, un hecho que no se le había escapado al niñito que estaba sentado detrás de mí y que ya había empezado a decir en voz baja «¡Gorda! ¡Gorda!» cada vez que la maestra estaba de espaldas.

«Tendrás que intentarlo, niña. Estoy segura de que puedes escribir la A. Tu madre estará tan contenta de ver que al menos lo intentaste». Me dio unas palmaditas en mis rígidas trenzas y se fue hacia el pupitre siguiente.

Evidentemente, había dicho las palabras mágicas, porque por agradar a mi madre habría caminado de rodillas sobre granitos de arroz. Cogí su viejo lápiz de cera todo despuntado e hice como si se tratara de un bonito lápiz de mina de grafito que mi padre hubiera afilado elegantemente aquella misma mañana a la puerta del cuarto de baño con la navajita que siempre llevaba metida en el bolsillo del albornoz.

Incliné la cabeza sobre el pupitre, que olía a saliva y a goma de borrar y, en aquel ridículo papel amarillo con aquellas líneas grotescamente separadas, escribí la mejor versión de AUDRE que pude. Nunca se me había dado demasiado bien escribir recto entre las líneas, por muy separadas que estuvieran, por lo que aquellas letras caían un poco al bies, algo parecido a esto:

A
U
D
R
E

Los cuadernos eran apaisados, por lo que en aquella página ya no quedaba espacio para nada más. Así que pasé la hoja y de nuevo me puse a escribir, concienzuda y laboriosamente, al tiempo que me mordía el labio:

L
O
R
D
E

y ello en parte por hacerme la interesante y en parte por deseo de agradar.

Para entonces, la Maestra ya había vuelto a su sitio frente a la clase.

«Ahora, niños», dijo, «cuando hayáis acabado de dibujar vuestra letra, levantad la mano derecha».

Y su voz expresaba una especie de gran sonrisa. Me sorprende que todavía pueda oír esa voz pero no consiga ver su cara, y ni siquiera sé si era Negra o blanca. Recuerdo cómo olía, pero no el color de sus manos sobre mi pupitre.

Pues bien, cuando oí aquello, levanté la mano con entusiasmo, agitándola frenéticamente. Solo había una cosa que mis hermanas me habían advertido insistentemente que no hiciera en el colegio: hablar sin antes levantar la mano. Así que levanté la mano, buscando afanosamente un reconocimiento. Ya me estaba imaginando lo que la maestra le diría a mi madre cuando viniera a buscarme a mediodía. Mi madre sabría que había seguido al pie de la letra su instrucción de que fuera «buena».

Así que la señora Maestra se acercó por un lado y se detuvo detrás de mi pupitre, mirando desde arriba hacia mi cuaderno. De repente el aire alrededor de su mano, que se hallaba junto al cuaderno, se quedó absolutamente quieto, se volvió amenazador.

«Pero… ¡Vamos a ver!», dijo con voz cortante. «Creí que te había dicho que copiaras esta letra. Ni siquiera quieres intentar hacer lo que se te dice. Ahora quiero que pases esta hoja y que dibujes tu inicial como todo el mundo...».

Y cuando pasó la hoja, vio que había escrito mi apellido ocupando toda la siguiente página.

Hubo un momento de un silencio glacial, y supe que había hecho algo malo, muy malo. Pero entonces ya no sabía cuál era el motivo de que se hubiese enfadado tanto, aunque desde luego no estaba orgullosa de que hubiese escrito mi nombre.

Rompió el silencio para decir con un tono de maldad en la voz:

«Ya veo... Ya veo que tenemos a una señorita que no quiere hacer lo que se le manda. Tendremos que contárselo a su madre».

Y el resto de la clase se rio por lo bajo cuando la maestra arrancó la hoja de mi cuaderno.

«Ahora te voy a dar una última oportunidad», dijo, al tiempo que trazaba otra implacable A en el encabezamiento de una nueva hoja. «Y ahora copias esta letra exactamente como está aquí, y el resto de la clase tendrá que esperar a que termines».

Y volvió a colocarme con firmeza el lápiz de cera entre los dedos.

Para entonces yo ya no tenía ni idea de lo que aquella señora quería de mí, así que me eché a llorar y lloré y lloré durante el resto de la mañana hasta que mi madre vino a buscarme a mediodía para llevarme a casa. Seguí llorando por la calle cuando paramos a recoger a mis hermanas, y durante la mayor parte del camino de vuelta a casa, hasta que mi madre me amenazó con darme unas buenas bofetadas si no dejaba de avergonzarla en plena calle.

Aquella tarde, cuando Phyllis y Helen se habían vuelto a marchar al colegio y yo estaba ayudando a mi madre a limpiar el polvo, le conté a mi madre que me habían dado un lápiz de cera para escribir y que la maestra no quería que yo escribiera mi nombre. Cuando mi padre volvió a casa por la noche, los dos se encerraron para mantener un conciliábulo. Decidieron que mi madre hablaría con la maestra a la mañana siguiente cuando me acompañara a la escuela, para ver qué es lo que había hecho mal. La decisión me la comunicaron en un tono que no dejaba de ser inquietante, porque por supuesto debía de haber hecho algo mal para que la señora Maestra se enfadara tanto conmigo.

A la mañana siguiente, en la escuela, la maestra le dijo a mi madre que no pensaba que estuviera preparada para asistir al jardín de infancia, porque no era capaz de obedecer sus órdenes y porque no hacía lo que se me decía.

Mi madre sabía perfectamente que sí sabía obedecer, porque ella misma había dedicado una buena dosis de energía y de fuerza física a que las cosas se me hicieran muy cuesta arriba cuando no era obediente. Y también pensaba que la función de la escuela consistía en gran parte en conseguir que yo aprendiera cómo hacer lo que se me mandaba hacer. En su opinión, si aquella escuela no era capaz de conseguir aquello, entonces no valía gran cosa y habría que buscar otra escuela. En otras palabras, mi madre había decidido que mi lugar era la escuela.

Aquella misma mañana, me llevó al colegio católico, en la acera de enfrente, y allí convenció a las monjas de que me pusieran en primero, puesto que ya sabía leer y escribir mi nombre en papel normal con un lápiz de verdad. Si me sentaban en la primera fila, alcanzaría a ver la pizarra. Mi madre también les dijo a las monjas que, a diferencia de mis dos hermanas, cuya conducta era modélica, yo era muy rebelde, y que debían darme un azote cada vez que fuera preciso. La madre Josefa, la directora, accedió, y yo empecé a ir al colegio.

Mi maestra de primero se llamaba sor María del Perpetuo Socorro y era una fanática de la disciplina, tal como le gustaba a mi madre. Una semana después de que yo empezara, le mandó una nota a mi madre pidiéndole que no me pusiera tantas capas de ropa, porque aquello me impedía sentir los correazos en el trasero cuando me castigaba.

Sor María del Perpetuo Socorro dirigía el curso de primero con mano de hierro. Seguramente no tendría más de dieciocho años. Era alta y rubia, al menos eso creo, porque en aquellos tiempos nunca llegábamos a ver el pelo de las monjas. Pero tenía las cejas rubias y se decía que estaba plenamente entregada, como las demás hermanas del Sagrado Sacramento, a cuidar de las criaturas de Color e Indias de América. Pero el hecho de que las cuidaran no significaba siempre que les importaran. Y siempre daba la sensación de que sor MPS odiaba o bien la enseñanza o bien a las criaturas.

Había dividido la clase en dos grupos, los Rubitos y los Morenitos. En los tiempos actuales de suma sensibilidad hacia el racismo y la referencia al color de la piel, huelga explicar quiénes eran los buenos alumnos y quiénes los malos. Yo siempre acababa entre los Morenitos, bien porque hablaba demasiado, bien porque me había roto las gafas o había cometido alguna otra horrible infracción de las interminables normas de buen comportamiento.

Pero en dos gloriosas ocasiones durante aquel año conseguí estar entre los Rubitos durante breves periodos de tiempo. Te mandaban a los Morenitos si te portabas mal o si no conseguías aprender a leer. Yo ya sabía leer las letras, pero no los números. Cada vez que sor MPS sacaba a unos cuantos de nosotros a la pizarra para la clase de lectura, solía decir:

«Muy bien, niños, ahora abrid los libros por la página seis».

O bien:

«Id, por favor, a la página diecinueve y empezad a leer desde la primera línea».

El caso es que yo no sabía a qué página tenía que ir y me avergonzaba de no ser capaz de leer los números, porque cuando me tocaba leer no podía hacerlo porque no estaba en la página en la que había que estar. Sor María me susurraba unas palabras y pasaba al siguiente, y yo enseguida volvía a encontrarme entre los Morenitos.

Aquello sucedió en torno al segundo mes de colegio, en octubre. Mi compañero de pupitre era Alvin, y era el peor alumno de toda la clase. Llevaba la ropa sucia y olía a no haberse lavado; además, corría el rumor de que en cierta ocasión había insultado a sor MPS, pero eso era imposible porque, de haber sido así, lo habrían expulsado definitivamente del colegio.

Alvin solía obligarme a que le prestara el lápiz para dibujar interminablemente aviones de los que caían enormes bombas fálicas. Cada vez me prometía que me daría los dibujos cuando los hubiera acabado. Pero, por supuesto, cuando los terminaba, siempre decidía que el dibujo era

demasiado bueno para una niña, así que tenía que quedárselo y hacerme otro. A pesar de ello, yo no dejé de esperar que algún día me diera uno porque dibujaba muy bien los aviones.

También se solía rascar la cabeza y sacudir la caspa encima de nuestro libro común de ortografía o de lectura, y luego me decía que las partículas de caspa eran piojos muertos. En eso también le creía y siempre estaba aterrorizada ante la idea de contagiarme. Sin embargo, Alvin y yo inventamos nuestro propio sistema de colaboración para la lectura. Él no sabía leer, pero en cambio se sabía todos los números, y yo podía leer las palabras, pero no era capaz de dar con la página indicada.

A los Morenitos nunca los sacaban a la pizarra; teníamos que leer en el anonimato de nuestro banco de pupitre de dos plazas, sentados cada uno en un extremo y dejando suficiente sitio en el centro para que se sentaran nuestros ángeles de la guarda. Pero siempre que teníamos que compartir el libro, nuestros ángeles de la guarda tenían que saltar por encima de nosotros y sentarse cada uno en un extremo de nuestro banco. Así Alvin podía señalarme la página a la que había que ir cuando la hermana la anunciaba, y yo le susurraba las palabras correctas cuando le tocaba leer. En menos de una semana después de haber diseñado aquella estratagema, habíamos salido del grupo de los Morenitos a la vez. Como compartíamos el libro, siempre salíamos juntos a la pizarra a leer con los Rubitos, con lo que durante una buena temporadita las cosas funcionaron realmente de maravilla.

Pero Alvin enfermó un poco antes del Día de Acción de Gracias y faltó mucho a clase, y después de Navidad ya no volvió al colegio. Yo echaba de menos sus dibujos de bombarderos, pero sobre todo echaba de menos los números de las páginas que me soplaba. Después de que unas cuantas veces saliera a la pizarra sola y no fuera capaz de leer, acabé de nuevo entre los Morenitos.

Años más tarde me enteré de que Alvin había muerto de tuberculosis en Navidad, y por eso, el primer día que volvimos a clase después de aquellas vacaciones, a todos nos habían mirado por rayos X en el salón de actos después de misa.

Pasé unas cuantas semanas más entre los Morenitos con la boca prácticamente cerrada durante la clase de lectura, excepto los días en que tocaba las páginas ocho o diez o veinte, que eran los tres números que me sabía.

Un día nos dieron nuestra primera tarea escrita para hacerla en casa durante el fin de semana. Teníamos que coger periódicos de casa y recortar palabras cuyo significado conociéramos, componiendo con ellas frases sencillas. Solo podíamos utilizar una vez el artículo. Como por aquel entonces yo ya leía tebeos, aquello me pareció una tarea sencilla.

El domingo por la mañana, después de la iglesia, cuando solía hacer los deberes, me fijé en un anuncio de la marca de té White Rose Salada en la contraportada de *The New York Times Magazine* que mi padre solía leer en aquella época. Se veía una preciosa rosa blanca sobre un fondo rojo, y decidí que aquella rosa tenía que aparecer en mi composición: porque teníamos que ilustrar nuestras frases. Busqué por toda la publicación hasta que encontré las palabras *a*, *mí*, y luego *me* y *gusta*, que recorté cuidadosamente junto con mi rosa, y las palabras *White*, *Rose*, *Salada* y *té*. Conocía bien el nombre de aquella marca porque era el té preferido de mi madre.

El lunes por la mañana, todos colocamos nuestros recortes en la ranura del listón en la que se ponen las tizas, apoyándolos contra la pizarra. Y allí, entre los veintitantos mensajes del género «El niño corrió» y «Hacía frío» podía leerse «Me gusta el té White Rose Salada» junto a mi preciosa rosa blanca sobre fondo rojo.

Aquello era demasiado para una Morenita. Sor María del PS frunció el entrecejo y dijo:

«Niños, creía haberos dicho que esto tenía que ser un trabajo personal. ¿Quién te ayudó con tu frase, Audre?».

Le contesté que lo había hecho yo sola.

«Los ángeles de la guarda lloran cuando no decimos la verdad, Audre. Quiero que mañana me traigas una notita de tu madre en la que ponga que estás arrepentida por haberle mentido al Niño Jesús».

En casa conté lo ocurrido y al día siguiente llevé efectivamente una nota de mi padre que decía que era cierto que había hecho la frase yo sola. Triunfante, recogí mis libros y volví a integrarme en el grupo de los Rubitos.

Lo que mejor recuerdo del primer curso era lo incómodo que resultaba siempre tener que dejarle sitio a mi ángel de la guarda en aquellos bancos tan estrechos, y también el ir de atrás hacia delante y vuelta atrás en el aula según iba pasando de los Morenitos a los Rubitos y viceversa.

En aquella ocasión permanecí entre los Rubitos bastante tiempo, porque por fin había empezado a reconocer los números. Me quedé hasta el día en que se me rompieron las gafas. Me las había quitado para limpiarlas en el cuarto de baño y se me escurrieron de la mano. Tenía prohibido quitármelas, así que me sentí desolada. Las gafas me las hacían en la clínica oftalmológica del centro de salud, y tardaron tres días en darme un nuevo par. No podíamos permitirnos comprar más de un par a la vez, y mis padres tampoco consideraron que aquella extravagancia fuera necesaria. Sin ellas prácticamente no podía ver, pero mi castigo por haberlas roto fue ir al colegio de todos modos, a pesar de que no veía nada. Mis hermanas me llevaron hasta mi aula con una nota de mi madre diciendo que había roto las gafas a pesar de llevarlas atadas con una cinta elástica.

Se suponía que no podía quitarme las gafas más que para dormir, pero sentía una infinita curiosidad por ver qué eran aquellos círculos de cristal mágicos que se estaban convirtiendo rápidamente en una parte de mí, transformando mi universo, pero sin dejar de ser de quita y pon. Siempre

intentaba examinarlos a simple vista, con mis ojos miopes, proceso en el cual era frecuente que se me cayeran.

Como no veía lo suficiente la pizarra como para poder hacer ninguna tarea, sor María del PS me mandó sentarme al fondo del aula en el poyete de la ventana con unas orejas de burro sobre la cabeza. Al resto de la clase le hizo decir una oración por mi pobre madre, que tenía una hija tan mala que rompía las gafas y les causaba inútilmente tanto gasto extraordinario a sus padres que tenían que comprarle unas nuevas. También les obligó a que dijeran una plegaria especial para que yo dejara de ser una niña tan mala.

Yo me entretenía contando los arcoíris multicolores que bailoteaban como un halo alrededor de la lámpara que sor María del PS tenía en su escritorio, mirando los estrellados dibujos de luz a los que quedaba reducida la bombilla incandescente cuando no llevaba puestas las gafas. Pero las echaba de menos y lamentaba no poder ver. Atrás quedaban los días en los que creía que las bombillas eran dibujos de colores en forma de estrella, porque eso era lo que me parecían.

Aquello debió de ocurrir cuando casi era ya verano. Sentada con las orejas de burro puestas en la cabeza, recuerdo que el sol se colaba por la ventana del aula y me calentaba la espalda, mientras el resto de la clase entonaba aplicadamente los avemarías por mi alma y yo jugaba a juegos secretos con los distorsionados arcoíris de luz, hasta que sor María se dio cuenta y me mandó que dejara de parpadear tan frenéticamente.

De cómo me hice poeta

«Adondequiera que volara el pájaro sin patas, daba con árboles sin ramas».

Cuando las palabras más impactantes que expresan lo que tengo para ofrecer salen de mí resonando como palabras cuyo recuerdo las pone en boca de mi madre, puedo hacer dos cosas: volver a analizar el sentido de

todo lo que tengo para decir ahora o revisar el valor de sus viejas palabras.

Mi madre tenía una relación especial y secreta con las palabras, relación que ella daba por supuesto que era la esencia del lenguaje porque dicha relación siempre estaba presente. Yo no empecé a hablar hasta que cumplí cuatro años de edad. Cuando tenía tres, el deslumbrante mundo de extrañas luces y fascinantes formas en el que yo habitaba se convirtió en la definición común de las cosas, y aprendí otra naturaleza de estas que la que se ve a través de las gafas. Aquella percepción de las cosas era menos multicolor y borrosa, pero mucho más cómoda que aquella a la que se habían acostumbrado mis ojos miopes y desenfocados.

Recuerdo un día a mi madre tirando de mí por Lenox Avenue cuando íbamos a buscar a Phyllis y a Helen al colegio a la hora de comer. Era a finales de la primavera, porque sentía las piernas ligeras y reales, sin el agobio de los pantalones de nieve. Me estaba entreteniendo a lo largo de la valla que rodeaba el parque público en cuyo interior crecía un solo plátano raquítico. Me quedé maravillada al mirar hacia arriba, ante la súbita revelación de la unicidad y particularidad de cada una de las hojas verdes, de precisas formas y surcadas por prístinas líneas de luz. Antes de que llevara gafas, para mí los árboles eran grandes columnas marrones rematadas con abultados remolinos de toques verde pálido, muy parecidos a los dibujos de árboles que figuraban en los libros de cuentos de mis hermanas en los que tanto aprendí de mi mundo visual y que yo solía analizar con detenimiento.

Pero de boca de mi madre salía un mundo de comentarios en cascada cuando se sentía a gusto o en su elemento, lleno de construcciones picarescas y de escenas surrealistas. Nunca nos vestían con ropa demasiado ligera, siempre íbamos «a capas». *¿A capas?* Las distancias infinitas o imposibles se traducían por un «Desde Hog hasta Kick'em Jenny». *¿Hog? ¿Kick'em Jenny?* ¿Cómo iba yo a saber, hasta que no me hice mayor y me

convertí en poeta con la boca llena de estrellas, que aquellos eran dos pequeños arrecifes en las islas Granadinas, entre Granada y Carriacou?

Los eufemismos referentes al cuerpo también resultaban asombrosos y no menos peculiares. Cuando te regañaban un poco, recibías no un azote en el culo, sino un «tastás en el trasero» o en el «pompis». Te sentabas en el «bam-bam», pero cualquier cosa situada entre las caderas y la parte superior de los muslos recibía el nombre genérico de «región inferior», expresión que siempre consideré de origen francés, como si dijeran: «No te olvides de lavarte *l'orégion*[6] antes de acostarte». Para descripciones más precisas y clínicas, siempre se utilizaba la fórmula «entre las piernas», pronunciada en un susurro.

El componente sensual de la vida quedaba enmascarado y resultaba críptico, aunque se hablaba de él en frases perfectamente codificadas. De alguna manera todas las primas sabían que nuestro tío, *Uncle* Cyril, no podía levantar cargas pesadas por culpa de su «bam-bam-coo», y el tono de voz muy bajo en el que se hablaba de su hernia nos recordaba que aquello estaba relacionado con algo de «por ahí abajo». Y en las escasas aunque mágicas ocasiones en las que mi madre realizaba su maravillosa imposición de manos para curar una tortícolis o una contracción muscular, no te daba un masaje en la espina dorsal, sino que te «levantaba el *zandalee*».

Yo nunca me enfriaba, sino que me daba «co-hum, co-hum», y luego todo se volvía «cro-bo-so», acababa patas arriba o, al menos, un poco torcido.

Soy un reflejo de la poesía secreta de mi madre, así como de sus iras secretas.

Sentada entre las piernas separadas de mi madre, que con sus fuertes rodillas apretaba firmemente mis hombros como si fuera un tambor que tuviera bien afianzado, con mi cabeza en su regazo, mientras me cepillaba y peinaba y trenzaba y untaba el pelo de brillantina. Siento las manos fuertes y ásperas de mi madre entre mi rebelde cabellera, mientras no paro de

moverme, sentada en un taburete o en una toalla doblada y colocada en el suelo, los insurrectos hombros encorvados y dando sacudidas ante los afilados dientes del peine. Después de peinar y trenzar cada crespa porción de pelo, le da unas palmaditas cariñosas y pasa a la siguiente.

Oigo la exclamación *sotto voce* de las amonestaciones que puntuaban cualquier discusión que mi madre tuviera con mi padre.

«¡Pon recta la espalda! ¡Demonios, estate quieta! ¡Pon la cabeza así!». *Scrach, scrach...*

«¿Cuándo te lavaste el pelo por última vez? ¡Mira cuánta caspa!». *Scrach, scrach,* la verdad del peine exacerbando mi dentera. Pero aquellos eran algunos de los momentos que más echaba de menos cuando comenzaron nuestras verdaderas guerras.

Recuerdo el cálido aroma atrapado entre las piernas de mi madre y la intimidad de nuestros contactos físicos anidados en la ansiedad o el dolor, como una nuez moscada acurrucada en su macis protectora.

La radio, los tirones del peine, el olor a parafina de la brillantina, la presión de sus rodillas y mi dolorida cabellera —*los ritmos de una letanía, los rituales de las mujeres Negras que peinan los cabellos de sus hijas.*

Sábado por la mañana. La única mañana de la semana en que mi madre no salta de la cama para prepararnos a mis hermanas y a mí para el colegio o la iglesia. Me despierto en el catre colocado en el dormitorio de mis padres, consciente solamente de que es uno de esos días felices en los que ella se ha quedado en la cama, sola. Mi padre está en la cocina. El sonido de los cacharros y el lejano olor del beicon frito se mezclan con el aroma del café Bokar en la cafetera.

El tintineo de su alianza contra el cabecero de madera. Está despierta. Me levanto, me acerco y me meto en la cama de mi madre. Su sonrisa. Su olor a toalla empapada en glicerina. El calor. Se recuesta de lado, con un brazo extendido y el otro sosteniéndole la frente. La bolsa de agua caliente con una funda de franela, que solía utilizar para calmar sus dolores de vesícula

por la noche. Sus pechos grandes y suaves bajo el camisón de franela abotonado.

Más abajo, el bulto redondeado de su tripa, silencioso y que invita a la caricia.

Me arrastro hasta su cuerpo, jugando con la bolsa de goma y su funda de franela, que está tibia. La toqueteo, le doy palmaditas, la arrastro hasta la redondez de su tripa contra la sábana tibia, entre la curva del codo y la de la cintura por debajo de sus pechos, y la bolsa se deforma lateralmente dentro de la franela estampada. Debajo de las sábanas, la mañana tiene un olor suave y soleado y lleno de promesas.

Jugueteo con la bolsa de agua y el líquido que contiene, dando palmaditas y frotando su suavidad, cuya firmeza cede. La agito lentamente, la mezo hacia delante y hacia atrás, invadida de repente por la ternura, al tiempo que la froto con delicadeza contra el cuerpo apacible de mi madre. El cálido olor a leche matutino nos envuelve.

Al contacto con la suave y profunda firmeza de sus pechos contra mis hombros, a veces se me sube el pijama por la espalda y, cuando me atrevo, la siento contra las orejas y las mejillas. Doy golpecitos y palmaditas y el agua borbotea dentro de su funda de goma. A veces el leve sonido de la alianza contra el cabecero cuando mueve la mano por encima de mi cabeza. Baja el brazo por mi cuerpo y me sujeta contra el suyo durante un momento, y de repente pone fin a mi retozar con un:

«¡Ya está bien!».

Acaricio con el hocico su dulzura, fingiendo que no he oído.

«¡He dicho que ya está bien! ¡Basta! Ya es hora de salir de la cama. Espabila, y ten cuidado con no derramar el agua».

Antes de que haya podido abrir la boca, ya se ha marchado con grandes ínfulas. El intencionado latigazo de su bata de chenille sobre su abrigado camisón de franela y la cama que ya se está quedando fría a mi alrededor.

Adondequiera que volara el pájaro sin patas, daba con árboles sin ramas.

[5] Véase la nota 1 del capítulo 1 *(N. de la T.)*.

[6] En el original inglés, «región inferior» es *lower region*; de ahí que, dicho deprisa suene *l ′orégion (N. de la T.)*.

04

Cuando tenía alrededor de cuatro o cinco años de edad, habría dado todo lo que tenía en el mundo, excepto a mi madre, a cambio de una amiga o una hermanita pequeña. Sería alguien con quien podría hablar y jugar, alguien de una edad lo suficientemente parecida a la mía como para que no tuviera que tenerle miedo, ni ella a mí. Compartiríamos nuestros secretos la una con la otra.

Aunque tenía dos hermanas mayores, crecí con la sensación de ser hija única, porque ellas se llevaban muy poco tiempo y en cambio eran bastante mayores que yo. En realidad, crecí con la sensación de ser un planeta solitario o un mundo aislado en un firmamento hostil o, cuando menos, poco amigable. El hecho de que mi ropa, mi casa y la comida que me daban fuera mejor que la de muchos otros niños y niñas de Harlem en aquellos años de la Depresión no era algo que estuviera demasiado presente en mi conciencia infantil.

Gran parte de mis fantasías de infancia giraban en torno a cómo podría conseguir a esa personita femenina que sería mi compañera. Me centraba en medios mágicos, habiéndome percatado muy pronto de que mi familia no tenía ninguna intención de satisfacer aquella necesidad mía particular. La familia Lorde no iba a aumentar de tamaño.

En cualquier caso, todo lo relacionado con el embarazo resultaba misterioso, estaba repleto de secretas indiscreciones de esas que se

percibían con el rabillo del ojo, como hacían mi madre y mis tías siempre que se cruzaban en la calle con una mujer que llevara una de esas grandes camisolas con mucho vuelo por delante, que tanto me intrigaron siempre. Me preguntaba qué gran fechoría habrían cometido esas mujeres estigmatizadas por aquel blusón, tan obvio como las orejas de burro que a veces me ponían en la cabeza cuando me mandaban al rincón en la escuela.

La adopción también estaba descartada. Del tendero de la esquina podías conseguir un gatito, pero no una hermanita. Aquello no era para nosotros, como tampoco lo eran los cruceros, los internados y las literas en el tren. La gente rica, como el señor Rochester en la película *Jane Eyre*, solitario en su gran finca poblada de árboles, podía adoptar a una criatura, pero nosotros no.

Ser la pequeña en una familia antillana tenía muchos privilegios, pero no daba derecho a nada. Y dado que mi madre estaba decidida a no hacer de mí una niña «mimada», hasta esos privilegios eran en gran medida ilusorios. Por consiguiente, yo sabía que, si mi familia hubiese decidido incorporar a otra personita voluntariamente, probablemente esa personita sería un chico, y desde luego le pertenecería a mi madre, y no a mí.

A pesar de ello, verdaderamente pensaba que si realizaba aquellos esfuerzos mágicos con suficiente frecuencia, en el lugar más adecuado y de la manera más adecuada, intachablemente y con el alma pura, acabaría teniendo una hermanita pequeña. Y la quería literalmente pequeña. Frecuentemente nos imaginaba a mi hermanita y a mí en fascinantes conversaciones, ella sentada de cuclillas en el hueco de la palma de mi mano. Allí estaba ella, hecha un ovillo y cuidadosamente protegida de la inquisitiva mirada del resto del mundo y, en particular, de mi familia.

Cuando tenía tres años y medio y me pusieron las primeras gafas, dejé de tropezar al andar. Pero seguía caminando con la cabeza baja, todo el rato, contando las rayas del pavimento de las aceras de todas las calles por las que pasaba, colgada de la mano de mi madre o de alguna de mis hermanas.

Había decidido que si era capaz de pisar todas las líneas horizontales en un día, aquella personita mía aparecería como un sueño hecho realidad, estaría esperándome en la cama cuando llegara a casa. Pero siempre fallaba, o me saltaba una, o alguien me tiraba del brazo en el momento clave. Y la personita nunca aparecía.

A veces, los sábados de invierno, mi madre nos hacía a las tres una masita de harina, agua y sal de la marca Shaker tipo Diamond Crystal. Yo siempre moldeaba figuritas con mi parte de la masa. Solía rogar que me dieran, o coger yo misma, un poco de extracto de vainilla de la balda de la cocina en la que mi madre guardaba sus maravillosas especias, hierbas aromáticas y extractos, y lo mezclaba con aquella masa. A veces le daba con él a las figuritas unos leves toques a ambos lados de la cabeza, detrás de las orejas, como le había visto hacerlo a mi madre con la glicerina y el agua de rosas cuando se arreglaba para salir.

Me encantaba cómo aquella vainilla marrón oscura de ricos matices perfumaba la masa; me recordaba las manos de mi madre cuando preparaba caramelo de cacahuete y ponche de huevo los días de fiesta. Pero más que nada me encantaba el vivo color con el que teñía aquella pasta blanquecina.

Sabía a ciencia cierta que la gente de carne y hueso podía tener tonos de piel muy variados, beis, marrón, crema y rojizo, pero ninguna persona real, aunque se definiera como blanca, presentaba aquel color blanquecino de la mezcla de harina, sal y agua. Por eso la vainilla era fundamental si quería que mi personita fuera real. Pero colorearla tampoco cambió las cosas. Por muchos y complejos rituales que hiciera y encantamientos y fórmulas mágicas que pronunciara, por muchos avemarías y padrenuestros que dijera, por muchas cosas que le prometiera a dios a cambio, la masa teñida de vainilla se resecaba y endurecía y poco a poco se volvía quebradiza y se agrietaba, y luego se desmoronaba convirtiéndose en un granuloso polvo de harina. Por muy intensamente que rezara o maquinara, las figuras nunca

cobraban vida. Nunca se daban la vuelta en el hueco de la palma de mi mano ni se levantaban sonriendo y diciéndome «¡Hola!».

Mi primera amiguita la conocí cuando tenía unos cuatro años de edad. Y aquello duró aproximadamente diez minutos.

Era mediodía, en pleno invierno. Mi madre me había puesto mi grueso mono de nieve de lana y me había calado el gorro y enrollado una abultada bufanda. Tras enfundarme en todo aquel equipo propio de los fríos del Ártico, haberme calzado unas botas de agua por encima de los zapatos y haber anudado otra bufanda alrededor de todo ello como si quisiera conservar la masa intacta, me sacó al rellano exterior del edificio de apartamentos mientras ella se vestía apresuradamente. Aunque a mi madre nunca le gustaba perderme de vista ni un minuto, aquella vez lo hizo para evitar que me agarrara un catarro mortal por estar tan abrigada dentro de casa y luego salir a la calle toda sudada.

Después de muchos y muy serios avisos de que no me moviera de aquel lugar, de funestas descripciones de lo que me podía suceder si lo hacía y de cómo debía gritar si algún extraño se dirigía a mí, mi madre desapareció por los pocos metros de pasillo que me separaban de la puerta de nuestro apartamento para coger el abrigo y el sombrero y para comprobar que todas las ventanas de la casa habían quedado cerradas.

Me encantaban aquellos escasos minutos de libertad y los atesoraba en secreto. Eran las únicas ocasiones en que podía estar fuera sin que mi madre me estuviera metiendo prisa para que caminara a su lado, con mis piernitas cortas y regordetas que nunca conseguían correr lo suficiente para ir al ritmo de sus decididos pasos. Me quedé tranquilamente donde me había dejado, sentada en las lajas de pizarra que remataban la barandilla de piedra de la escalera de acceso. Los brazos se me quedaban ligeramente separados del costado debido a lo abultado de la ropa que llevaba puesta, me pesaban los pies, me sentía rara con aquellos gruesos zapatos y botas y tenía el cuello rígidamente sujeto entre el gorro y la bufanda que lo envolvía.

La lechosa luz del sol invernal se reflejaba sobre la acera de enfrente y sobre los pocos montones de nieve sucia de hollín que quedaban a lo largo del arroyo. Alcanzaba a ver hasta Lenox Avenue, a unas tres casas de distancia. En la esquina más próxima a la línea de edificios, el zapatero remendón seguidor de Father Divine[7] regentaba su negocio Paz Hermano Paz en un destartalado quiosco de madera que calentaba con una pequeña estufa redonda. Del tejado del quiosco subía una delgada nube de humo. El humo era la única señal de vida. Yo no veía a nadie más. Me habría gustado que hiciera calor en la calle y que estuviera bonita y llena de gente y que tuviéramos melón para comer en lugar de la caliente sopa de guisantes que se quedaba borboteando en la parte de atrás del fogón a la espera de que volviéramos a casa.

Casi había terminado de hacer un barco con papel de periódico justo antes de tener que empezar a vestirme para salir, y me preguntaba si mis trocitos de periódico seguirían encima de la mesa de la cocina cuando volviéramos o si mi madre estaría recogiéndolos para tirarlos al cubo de la basura. ¿Conseguiría rescatarlos antes de la comida o acabarían cubiertos de sucias y húmedas mondas de naranja y de posos de café?

De repente me di cuenta de que había una criaturita de pie en uno de los escalones del portal principal, mirándome con ojos claros y una sonrisita. Era una niñita. Era sencillamente la niñita más hermosa que jamás había visto en mi vida, y era de verdad.

Mi eterno sueño de una muñeca que de repente cobrara vida se había hecho realidad. Ahí estaba ahora delante de mí, sonriendo y preciosa con aquel increíble abrigo de terciopelo granate del que sobresalía una falda muy amplia, dejando al descubierto unas delicadas piernitas enfundadas en unas medias de hilo de Escocia. Llevaba los pies calzados con un par de merceditas de charol negro totalmente inapropiadas para el frío que hacía, cuyas hebillas plateadas brillaban alegremente en la luz gris del mediodía.

Sus cabellos de un castaño rojizo no estaban peinados con cuatro trenzas como los míos, sino que enmarcaban perfectamente con sus rizos su carita de barbilla afilada. Iba tocada con una boina de terciopelo color granate a juego con el abrigo, rematada con un gran pompón blanco de piel.

A pesar de los cambios que ha sufrido la moda a lo largo de las décadas desde aquel encuentro y del paso del tiempo que todo lo desdibuja, aquel era el atuendo más hermoso que había visto en los casi cinco años de vida que llevaba observando la ropa.

Su piel de color miel tenía un brillo rojizo que hacía juego con la tonalidad de su melena, y sus ojos combinaban con ambos de una curiosa manera que me recordaba a los ojos de mi madre, la manera en que, aunque llenos de luz propia, refulgían a la luz del sol.

No tenía ni idea de qué edad tendría.

«¿Cómo te llamas? Yo me llamo Toni».

Aquel nombre me recordó un libro de dibujos que acababa de terminar de leer, y la imagen que me vino a la mente fue la de un *niño*. Pero lo más seguro era que aquella deliciosa criatura que tenía delante fuera una niña, y yo la quería para mí —para mí para qué, eso no lo sabía, pero para mi persona—. Empecé a imaginar mentalmente dónde podría guardarla. Tal vez podría arroparla entre los pliegues debajo de la almohada, acariciarla por la noche cuando todo el mundo estuviera durmiendo y yo luchaba contra una pesadilla en la que me llevaba el demonio. Por supuesto, tenía que tener cuidado de que no fuera a quedar aplastada en el catre por la mañana, cuando mi madre lo doblaba, lo cubría con una vieja colcha de cretona con estampado de flores y lo empujaba para guardarlo cuidadosamente en un rincón detrás de la puerta del dormitorio. No, desde luego, así no podría ser. No cabía duda de que mi madre la encontraría cuando, a su peculiar manera, ahuecara las almohadas.

Mientras estaba tratando de imaginar un lugar seguro para guardarla mediante una rápida sucesión de imágenes mentales, Toni se había acercado

a mí y se encontraba ahora entre mis dos piernas separadas, enfundadas en el mono de nieve, con sus ojos claroscuros de encendido brillo a la altura de los míos. Con mis manoplas de lana colgando de los cordones que salían de los puños de cada una de mis muñecas, extendí los brazos y acaricié los suaves hombros de terciopelo de su abrigo con un movimiento de arriba abajo.

Del cuello le colgaba un manguito de piel blanca a juego con el pompón blanco que remataba su boina. También toqué aquel manguito y luego alcé la mano para tocar el pompón de piel. La suave y sedosa calidez de la piel hizo que mis dedos se estremecieran, cosa que no había conseguido el frío, y lo sobé y acaricié hasta que Toni acabó por sacudir la cabeza para que quitara la mano.

Empecé a tocar los pequeños y brillantes botones dorados de su abrigo. Desabroché los dos primeros de arriba, solo para poder volverlos a abotonar, como si fuera su madre.

«¿Tienes frío?». Tenía la mirada clavada en sus orejas rosa y beis, que poco a poco se estaban poniendo coloradas del frío. De cada delicado lóbulo colgaba un zarcillo dorado.

«No», contestó, acercándose todavía más a mis rodillas.

«¿Jugamos?».

Metí las dos manos por las aberturas de su manguito de piel y ella soltó una carcajada de agrado al sentir mis dedos fríos alrededor de los suyos calientes en el interior de los acolchados huecos oscuros de la piel. Sacó una mano pasándola por debajo de la mía y la abrió mostrándome dos caramelos de menta en forma de flotador que se habían derretido con el calor de su mano.

«¿Quieres uno?». Saqué una mano del manguito y, sin apartar los ojos de su cara, me metí uno de aquellos aros de caramelo a rayas en la boca. Tenía la boca seca. La cerré y chupé el caramelo, sintiendo cómo el jugo de menta me corría por la garganta, me quemaba, tan dulce que casi resultaba áspero.

Durante años y años después de aquello, siempre relacioné aquellos caramelos de menta con los caramelos del manguito de Toni.

Estaba empezando a impacientarse. «¿Juegas conmigo, por favor?».

Toni dio un paso atrás, sonriendo, y de repente me aterrorizó la idea de que pudiera desaparecer o salir corriendo, y seguramente el sol se desvanecería con ella de la calle 142. Mi madre me había advertido que no me moviera del lugar en el que me había dejado. Pero no me cabía la menor duda: no podía soportar la idea de perder a Toni.

Extendí el brazo y la atraje suavemente hacia mí, sentándomela atravesada en el regazo. Resultaba tan ligera a través del acolchado de mi mono de nieve que pensé que podría salir volando y que yo no sentiría la diferencia entre tenerla encima y no.

Rodeé con mis brazos su suave abrigo de terciopelo rojo y, entrelazando los dedos de las manos, suavemente la acuné de la misma manera que lo hacía con la gran muñeca de Coca-Cola de mis hermanas, cuyos ojos se abrían y se cerraban y que bajaba de la estantería del armario todos los años por Navidad. Nuestra vieja gata Minnie la Gorrona no resultaba mucho más ligera cuando me la ponía sobre las rodillas.

Volvió la cara hacia mí con otra de sus carcajadas de placer, que sonaban como los cubitos de hielo en la copa que mi padre tomaba por las noches. Podía sentir cómo su cuerpo desprendía un calor que se difundía lentamente por la parte delantera de mi cuerpo a través de las múltiples capas de ropa y, cuando giró la cabeza para hablar conmigo, el húmedo calor de su aliento me empañó las gafas ligeramente en aquel frío aire invernal.

Empecé a sudar dentro de mi mono de nieve, como siempre me pasaba, a pesar del frío. Quería quitarle el abrigo y ver lo que llevaba puesto por debajo. Quería quitarle toda la ropa y tocar su cuerpecito marrón y asegurarme de que era de carne y hueso. El corazón se me salía del pecho de un amor y una felicidad para los que no tenía palabras. Nuevamente empecé a desabrocharle los botones del abrigo.

«¡No, no hagas eso! A mi abuela no le va a gustar. Pero puedes acunarme un poco más». Se arrebujó de nuevo entre mis brazos.

Volví a rodearle los hombros con mis brazos. ¿Era una niñita o una muñeca que había cobrado vida? Solo se me ocurría una manera de averiguarlo de verdad. Le di la vuelta y la tumbé sobre mis rodillas. De repente dio la sensación de que la luz del rellano cambiaba a nuestro alrededor. Eché una sola mirada hacia la entrada que conducía al descansillo, medio asustada de pensar en quién podría estar allí.

Le levanté a Toni la parte posterior del abrigo de terciopelo granate y los múltiples pliegues del vestido de tira bordada verde y falda con mucho vuelo que llevaba por debajo. Le levanté la enagua para verle las braguitas de algodón blanco de perneras rematadas con un volante bordado justo por encima del liguero elástico que le sostenía las medias.

Por el pecho me corrían gotas de sudor que acababan retenidas en la cintura por la apretada goma de mi mono de nieve. Normalmente odiaba sudar dentro del mono porque me daba la sensación de que tenía cucarachas corriendo por la parte delantera de mi cuerpo.

Toni volvió a reír y dijo algo que no alcancé a oír. Se arrebujó cómodamente entre mis rodillas y volvió la cabeza, con su dulce rostro mirando de soslayo hacia el mío.

«Mi abuela se olvidó mis leotardos en mi casa». Metí la mano debajo de la cintura del vestido y la enagua y agarré la goma de sus braguitas. ¿Sería su trasero real y estaría caliente o resultaría ser de dura goma con una ranurita moldeada como la muñeca de Coca-Cola, que tan decepcionante resultaba al final?

Las manos me temblaban de emoción. Vacilé por un instante, un pelín demasiado largo. Cuando estaba a punto de bajarle a Toni las braguitas, oí que se abría la puerta de mi casa y por el pasillo venía mi madre a toda prisa, ajustándose el ala del sombrero según salía al rellano exterior.

Sentí que me había pillado en medio de un acto embarazoso y terrible del que no había manera de esconderse. Paralizada, me quedé inmóvil mientras Toni, al levantar la vista y ver a mi madre, se bajó indolentemente de mi regazo y se arregló la falda al incorporarse.

Mi madre se acercó a las dos. Yo me estremecí, temiendo la inmediata reprimenda de sus eficaces manos. Pero, evidentemente, mi madre no se había percatado de la enormidad de mi intención. Tal vez no le importara que yo estuviera a punto de usurpar aquella prerrogativa secreta que era exclusiva de las madres cuando se disponían a dar un azote o de las enfermeras con termómetro en mano.

Mi madre me agarró por el codo y de una manera algo extraña me obligó a levantarme.

Me quedé allí de pie por un momento como una muñeca de nieve embutida en ropa de lana, con los brazos ligeramente despegados del cuerpo y las piernas levemente separadas. Ignorando a Toni, mi madre empezó a bajar las escaleras que conducían a la calle y me dijo: «Date prisa, que vamos a llegar tarde».

Volví la cabeza y miré por encima del hombro. La visión de ojos claros con abrigo granate estaba en lo alto de la escalera y sacó una mano de su manguito de piel de conejo blanca.

«¿Quieres otro caramelo?», me preguntó. Negué con la cabeza frenéticamente. Se suponía que no debía aceptar ningún caramelo de nadie, y mucho menos de personas desconocidas.

Mi madre me hizo bajar las escaleras a toda prisa. «Ten cuidado dónde pisas».

«¿Puedes salir mañana a jugar?», siguió preguntando Toni. Mañana. Mañana. Mañana. Mi madre ya estaba un escalón más abajo y su mano firme sobre mi hombro impidió que me cayera cuando casi no vi un escalón. Tal vez mañana...

Una vez llegadas a la acera, mi madre volvió a agarrarme de la mano y echó a andar con decisión. Mis cortas piernas, con su abultado embalaje y las botas, iban dando tumbos mientras yo trataba de mantenerme a su altura. Aunque no tuviera prisa, mi madre caminaba con paso largo y decidido, con las puntas de los pies ligeramente vueltas hacia fuera, de una manera muy femenina.

«Ahora no puedes entretenerte», me dijo. «Sabes que son casi las doce».

Mañana. Mañana. Mañana.

«Qué vergüenza, dejar que una cosita tan flaca salga a la calle con este tiempo sin mono de nieve ni un par de leotardos que le abriguen las piernas. Así es como otras niñas como tú se enferman mortalmente por el frío». O sea, que no era un sueño. Ella también había visto a Toni. (¿Y qué clase de nombre era ese para una chica, por cierto?). Tal vez mañana...

«Mami, ¿puedo yo tener un abrigo rojo como el suyo?».

Mi madre bajó la mirada hacia mí mientras estábamos esperando a que cambiara el semáforo.

«¿Cuántas veces tengo que decirte que no me llames Mami en plena calle?». El semáforo se puso verde y continuamos caminando a toda prisa.

Seguí dándole vueltas a mi pregunta con mucho detenimiento mientras caminaba a toda prisa detrás de ella, decidida esta vez a plantearla de la forma adecuada. Finalmente di con ella.

«Por favor, Madre, ¿me comprarás un abrigo rojo?». Mantuve la mirada clavada en el traicionero suelo para evitar tropezar con mis pies enfundados en aquellas botas, y seguramente las palabras quedaron sofocadas por la bufanda que llevaba al cuello o se perdieron en ella. En cualquier caso, mi madre siguió caminando deprisa y en silencio, aparentemente sin oír lo que había dicho. Mañana, mañana, mañana.

Nos tomamos nuestra sopa de guisantes partidos y a toda prisa volvimos a recorrer el camino de vuelta al colegio de mis hermanas. Pero aquel día mi madre y yo no volvimos directamente a casa. Cruzamos a la acera de

enfrente de Lenox Avenue y tomamos el autobús número 4 hasta la calle 125, donde fuimos a hacer la compra a Weissbecker para preparar el pollo del fin de semana.

Mi corazón se hundió en la miseria mientras estaba de pie esperando, golpeando los pies contra la viruta que cubría el suelo del mercado. Debí imaginármelo. Había deseado demasiado que ella fuera real. Había anhelado demasiado volverla a ver para que aquello pudiera suceder.

En el mercado hacía demasiado calor. Mi piel sudorosa me picaba en lugares a los que era imposible que llegara para rascarme. Si estábamos haciendo la compra hoy, significaba que mañana sería sábado. Mis hermanas no iban al colegio los sábados, lo que significaba que no iríamos a buscarlas a la hora de la comida, lo que significaba que me pasaría todo el día en casa porque mi madre tenía que limpiar y cocinar y porque nunca nos dejaban salir solas a jugar al rellano.

El fin de semana se me hizo eterno y no era capaz de ver más allá.

Al lunes siguiente, volví a esperar en el rellano. Estuve sentada sola, envuelta como de costumbre, pero no vino nadie excepto mi madre.

No sé cuánto tiempo estuve esperando a Toni a mediodía, un día tras otro, sentada en el rellano. Al final su imagen se fue alejando hacia ese lugar del que están hechos todos mis sueños.

---

[7] Nombre por el que se conocía a George Baker júnior (1876-1965), líder espiritual afroamericano que fundó el movimiento Misión de Paz Internacional, que llegó a convertirse en una gran congregación multirracial; en la época de la Depresión, su movimiento financió, inicialmente en Harlem, una serie de pequeños negocios para sus seguidores.

05

Hasta el día de hoy, para mí la esencia de la pena y de la tristeza, cual naturaleza muerta de Picasso eternamente viva, es la visión triste, desamparada y grabada en mi memoria de una media de seda vieja, enganchada en un ladrillo y colgando en la parte expuesta a la lluvia y el viento de la fachada del edificio de apartamentos frente a la ventana de nuestra cocina, de la que yo estaba suspendida de una mano, gritándole a mi hermana mayor que se había quedado a cargo de las tres mientras mi madre había salido a hacer la compra.

He olvidado por completo qué había pasado entre nosotras para que yo me viera en aquella situación, pero mi madre volvió a casa justo a tiempo de tirar de mí para volverme a meter en la oscura cocina, salvándome de una caída desde el primer piso al vacío de abajo. No recuerdo el terror y la furia, aunque sí los latigazos que recibimos mi hermana y yo. Más aún, recuerdo la tristeza, el abandono y la soledad de aquella media de seda vieja, rota y enganchada en el ladrillo, desgarrada y colgando contra la fachada bajo la lluvia que caía sobre el edificio.

Siempre tuve muchos celos de mis dos hermanas, porque eran mayores y, por lo tanto, tenían más privilegios, y porque ellas se tenían la una a la otra como amigas. Podían hablar la una con la otra, sin censura ni castigo, o al menos eso creía yo.

En lo que a mí respecta, Phyllis y Helen llevaban una vida mágica y maravillosa en su cuarto, al final del pasillo. Aquella habitación era pequeña pero tenía de todo y les brindaba intimidad y un lugar en el que zafarse de la mirada siempre vigilante de nuestros progenitores, que era lo que me tocaba a mí, porque solo podía jugar en los espacios comunes de la casa. Yo nunca estaba sola ni lejos de la atenta mirada de mi madre. La puerta del cuarto de baño era la única de la casa detrás de la cual se me permitía encerrarme, e incluso esa se abría con ademán inquisitivo si me demoraba demasiado en el váter.

La primera vez en la vida que dormí en un lugar que no fuera el dormitorio de mis padres marcó un hito en mi travesía hacia esta casa propia mía. Cuando tenía entre cuatro y cinco años de edad, mi familia pasó una semana de las vacaciones de verano en la costa de Connecticut. Aquello era algo mucho más fabuloso que una excursión de un día a Rockaway Beach o a Coney Island, y mucho más emocionante.

En primer lugar, dormíamos en una casa que no era nuestra y Papá estaba con nosotras durante el día. Luego había toda una colección de alimentos nuevos, como el cangrejo azul de caparazón blando que mi padre pedía para comer, convenciendo algunos días a mi madre para que me permitiera probarlo. A las niñas no nos daban esos platos tan exóticos, aunque los viernes comíamos gambas fritas y buñuelos de almeja picada. Aquello estaba buenísimo y era muy distinto de los pastelillos de bacalao y patata que nos hacía mi madre y que era nuestra cena favorita de los viernes en casa.

Una resplandeciente luz plateada baña todas las playas en mi recuerdo. Los radiantes veranos de mi infancia, que brillaban como las gruesas gafas de cristal que no me dejaban llevar por culpa de las gotas dilatadoras que me habían puesto en los ojos.

Aquellas gotas las utilizaban los médicos del centro de salud para examinar cómo progresaba mi vista, y como al parecer los efectos de estas

duraban semanas, recuerdo que aquellos principios de verano iba parpadeando todo el rato para protegerme de la dolorosa y agónica luz directa del sol, al tiempo que tropezaba con todo tipo de obstáculos que no alcanzaba a ver, pues la luz me deslumbraba.

En la arena, distinguía los caparazones de cangrejo de las conchas de almeja, no por la forma, sino por la textura diferente que percibía bajo los dedos de los pies. Los delicados caparazones de cangrejo se resquebrajaban como papel de vidrio alrededor de mis talones, mientras que las conchas crujían seca y sonoramente debajo de la planta de mis regordetes pies.

Sobre la arena, no muy lejos del hotel, por encima de la línea de marea, había una vieja barca abandonada varada de costado, en la que se sentaba mi madre, día tras día, con sus frescos vestidos de algodón. Con los tobillos cruzados, como mandan los buenos modales, y los brazos cruzados, nos vigilaba a mis hermanas y a mí mientras jugábamos en la orilla. Dirigía una mirada muy suave y tranquila al mar y yo sabía que estaba pensando en «casa».

Una vez mi padre me cogió en brazos y me metió en el agua, y yo gritaba de alegría y de temor al verme tan alta. Me dejó caer al agua, sujetándome por los brazos, y recuerdo que, cuando me volvió a sacar, berreaba de indignación por el escozor que me producía el agua salada en las narices, que me hacía debatirme o llorar.

El primer año que pasamos allí dormí en un catre en el dormitorio de mis padres, como de costumbre, y siempre era la primera en irme a la cama. Al igual que en casa, los colores deslavazados del crepúsculo se colaban por la ventana y me aterrorizaban, con su resplandor verdoso a través de las contraventanas descoloridas que parecían ojos cerrados por encima de mi cama. Odiaba el color del crepúsculo e irme a la cama temprano, porque me separaba de las voces familiares y reconfortantes de mi madre y de mi padre, que se quedaban abajo en el porche de aquel hotel perteneciente al

colega de mi padre en el negocio inmobiliario, quien nos lo arrendaba a buen precio para una semana.

Aquella penumbra amarillo verdosa que filtraban las contraventanas representaba para mí el color de la soledad, y esa sensación nunca me ha abandonado. Todo lo demás de aquella primera semana de veraneo en Connecticut se ha borrado de mi memoria, excepto por dos fotografías en las que aparezco, como de costumbre, enfurruñada y guiñando los ojos por culpa del sol.

El segundo año éramos todavía más pobres, o tal vez el colega de mi padre había subido el precio. Cualquiera que fuera el motivo, los cinco compartíamos un dormitorio, y no quedaba sitio para un catre supletorio. La habitación tenía tres ventanas y dos camas de matrimonio que se hundían ligeramente en el centro de su superficie cubierta por sendas colchas de chenille blanco. Mis hermanas y yo compartíamos una de aquellas camas.

Todavía me mandaban a acostarme antes que a mis hermanas, a las que les permitían quedarse a escuchar el serial radiofónico «Me encantan los misterios» en la vieja radio que había en el salón del piso de abajo, cerca de la ventana que daba al porche. Sus suaves sonidos llegaban atravesando el porche hasta las mecedoras con fundas de cretona, puestas en fila en la noche ligeramente salada de aquel lugar de veraneo de costa situado en segunda línea de playa.

Aquel año ya no me molestaban tanto los crepúsculos. Teníamos una habitación que daba a la parte posterior del edificio, donde oscurecía un poco antes, por lo que, cuando yo me iba a la cama, siempre era de noche. Como ya no tenía miedo a los tonos verdes de la penumbra, no tenía problema en quedarme dormida.

Mi madre controlaba que me hubiera cepillado los dientes y que hubiera dicho mis oraciones, y después de asegurarse de que todo aquello estaba en orden, me daba las buenas noches con un beso y apagaba la bombilla desnuda y de escasa intensidad.

Se cerraba la puerta; yo permanecía tumbada y despierta, rígida de excitación mientras esperaba que se hubiera acabado la radionovela y que mis hermanas se acostaran a mi lado. Hacía tratos con dios para que me mantuviera despierta. Me mordía los labios y me clavaba las uñas en las zonas suaves y carnosas de la palma de la mano para evitar quedarme dormida.

Después de una eternidad de unos treinta minutos durante los cuales revisaba el contenido completo de la jornada, incluido lo que debía y lo que no debía haber hecho, oía los pasos de mis hermanas por el pasillo. Se abría la puerta del dormitorio y ellas entraban a oscuras.

«Eh, Audre, ¿todavía estás despierta?». Esa era Helen, que me llevaba cuatro años y era la siguiente a mí. Me paralizó la indecisión. ¿Qué debía hacer? Si no contestaba, igual me hacía cosquillas en los pies, y si contestaba, ¿que había de decirle?

«Di, ¿estás despierta?».

«No», susurré con una vocecita chillona que me parecía muy propia de estar durmiendo.

«¿Ves? Ya te lo decía yo, todavía está despierta», oí que Helen le susurraba disgustada a Phyllis, antes de inspirar profundamente al tiempo que se succionaba los dientes. «Mira, tiene los ojos abiertos como platos».

La cama crujió a un lado.

«¿Se puede saber qué haces todavía despierta mirando como una boba? Según entraba, para que te enteres, le he dicho al coco que viniera y te comiera la cabeza, y ya está de camino: viene a por ti».

Sentí cómo la cama se hundía bajo el peso de sus cuerpos, a sendos lados del mío. Mi madre había decretado que yo durmiera entre las dos para evitar que me cayera de la cama, y también para separar a mis dos hermanas. Estaba tan encantada ante la idea de compartir cama con ellas que aquello no importaba lo más mínimo. Helen se estiró y me dio un pellizquito previo.

«¡Ay!». Me froté la molla del antebrazo, dolorida por la acción de sus dedos, fortalecidos por los ejercicios de piano.

«¡Vas a ir a mamá! Le voy a contar que me has pellizcado y ya verás cómo te da un azotaina». Y luego, en tono triunfante, les lancé un órdago: «Y además, voy a ir a decirle lo que hacéis las dos en la cama todas las noches».

«Eso es, idiota, abre la boca. De tanto abrirla, se te va a caer de la cara y luego ya verás lo que te va a pasar cuando te coma los dedos de los pies». Helen volvió a succionarse los dientes, pero apartó la mano.

«Anda, duérmete ya, Audre», dijo Phyllis, mi hermana mayor, que siempre era la conciliadora, la plácida, la razonable, la que no se implicaba.

Pero yo sabía perfectamente para qué me había estado pellizcando la palma de la mano; y estaba esperando, prácticamente incapaz de contenerme.

Porque aquel verano, en aquella calurosa habitación de atrás de aquel cutre hotelito de veraneo, finalmente había descubierto lo que mis hermanas hacían por la noche en casa en la habitacioncita que compartían al final del pasillo, aquel tentador cuarto al que nunca me permitían entrar sin permiso, excepto si me invitaban, cosa que no sucedía nunca.

Se contaban historias la una a la otra. Se contaban historias por interminables capítulos, inventando los episodios a medida que avanzaban, a partir de fantasías que ideaban inspirándose en las radionovelas a las que en aquellos tiempos éramos todas adictas.

Estaba *Buck Rogers* y *Me encantan los misterios*, *Jack Armstrong, un chico americano*, *El avispón verde* y *Silencio, por favor*. Estaba *El FBI en tiempos de paz y de guerra*, *El fiscal del distrito*, *El Llanero Solitario* y mi preferida de todos los tiempos, *La Sombra*, cuyo protagonista tenía el poder de obnubilar a las personas de modo que estas no pudieran verle, poder que le envidié hasta hace muy poco tiempo.

La idea misma de que se pudieran contar historias sin que te dieran correazos por decir mentiras me parecía la cosa más maravillosa que se me podía ocurrir, y todas las noches de aquella semana rogué que pudiera escuchar, sin darme cuenta de que ellas no podían impedirlo. A Phyllis no le importaba, siempre y cuando yo mantuviera la boca cerrada, pero cuando llegaba la hora de irse a la cama, Helen ya estaba saturada de una hermanita insoportable que la freía a preguntas. Y las historias de esta última siempre eran con mucha diferencia las mejores, pobladas de niñas valientes que se vestían de chico y que siempre descubrían al criminal, resolviendo todas las situaciones. El héroe de Phyllis era un muchacho dulce y fuerte, parco en palabras, que se llamaba George Vaginius.

«Por favor, Phyllis», supliqué para engatusarla. Hubo un largo silencio durante el que el succionado de dientes de Helen no presagiaba nada bueno, y finalmente Phyllis dijo en un susurro: «De acuerdo. ¿A quién le toca esta noche?».

«Yo no digo ni una palabra hasta que no se haya dormido», anunció Helen en tono firme.

«Por favor, Phyllis, por favor, déjame escuchar».

«¡No! ¡Ni hablar!», replicó Helen, inflexible. «Te conozco demasiado bien, hasta en la oscuridad, no necesito ni encender la luz».

«Por favor, Phyllis, te prometo que no diré ni una palabra». Podía sentir que Helen se estaba hinchando a mi lado como un sapo, pero insistí, sin darme cuenta o sin que me importara que apelar a la autoridad de Phyllis como la mayor que era no haría más que enfurecer todavía más a Helen.

Phyllis no solo tenía un gran corazón, sino que era muy práctica; tenía el pragmatismo propio de una mujer antillana de once años de edad.

«¿Pero prometes que nunca, nunca, te vas a chivar?».

Me sentí como si me estuvieran introduciendo en la más secreta de las sociedades.

«Que me muera si no», contesté, porque las niñas católicas nunca pensaban que algún día se iban a morir.

Obviamente, Helen no estaba convencida. Reprimí un gritito cuando me volvió a pellizcar, esta vez el muslo.

«Me estoy cansando de todo esto, ¿sabes? Así que si alguna vez dices siquiera una sola palabra de mis historias, en ese mismo instante aparecerá el coco a buscarte y te sacará los ojos como a un arenque para echarlos a la sopa», dijo Helen haciendo un sonoro y elocuente chasquido con los labios.

Yo ya veía los globitos blancos de consistencia gomosa nadando en el fondo de la sopa de pescado del viernes, y me estremecí.

«Te lo juro, Helen, por estas. No le diré una palabra a nadie, y estaré muy callada, ya lo verás».

Crucé los dedos sobre los labios en la oscuridad, sin parar de revolverme, de pura emoción.

Le tocaba a Helen empezar.

«¿Por dónde íbamos? Ah sí, o sea que Buck acababa de recuperar el caballo alado cuando Doc...».

No pude evitarlo y me quité las manos de delante de la boca.

«No, no, Helen, todavía no. ¿No te acuerdas? Doc no estaba todavía en ese punto, porque...». No quería perderme ni una palabra de la aventura.

Los deditos marrones de Helen corrieron por debajo de la ropa de cama y me pellizcaron las nalgas tan fuerte que me hicieron gemir de dolor. Con voz aguda e indignada y llena de una rabia impotente, dijo, casi gritando de ira:

«¿Ves? ¿Ves? ¿Qué te dije, Phyllis? ¡Lo sabía! ¡Es incapaz de tener esa miserable lengua suya quieta en la boca! ¡Pues claro! Te lo dije, ¿verdad? ¿O no? ¡Y encima ahora quiere robarme mi historia...».

«¡Shhhh! ¡Callaos las dos! Va a entrar mamá de un momento a otro y ya veréis por vuestra culpa la que nos va a caer».

Pero Helen ya no quería jugar. Sentí cómo se giraba de costado, dándome la espalda muy enfadada. Y luego sentí cómo la cama temblaba con sus sollozos iracundos, sofocados en la almohada empapada de sudor.

Me habría dado de manotazos. Me aventuré a pronunciar un «De veras que lo siento, Helen». Y lo sentía de verdad porque me di cuenta de que, por ser tan bocazas, me había quedado sin el episodio de aquella noche, y probablemente sin los del resto de la semana. También sabía que nuestra madre no me quitaría al día siguiente la vista de encima el tiempo suficiente como para que pudiera alcanzar a mis hermanas mientras estas corrían hacia la playa y terminaban su relato en secreto.

«De verdad, Helen, que no quería», intenté por última vez, extendiendo el brazo para tocarla. Pero Helen movió con rudeza el cuerpo hacia atrás y me dio con el culo en el estómago. Oí su aviso todavía ofendidísimo, silbado a través de sus dientes apretados:

«¡Y no te atrevas a tocarme!». Había sido suficientes veces el extremo receptor de sus dedos como para saber cuándo dejarla en paz.

Así que me di la vuelta boca abajo, le di las buenas noches a Phyllis y acabé por quedarme dormida yo también.

A la mañana siguiente me desperté antes que Phyllis y Helen. Me quedé tumbada en medio de la cama, teniendo cuidado de no tocar a ninguna de las dos. Mientras miraba al techo, escuchaba los ronquidos de mi padre en la cama de al lado y el sonido de la alianza de mi madre contra el cabecero mientras dormía, cuando movía el brazo para taparse los ojos y protegerse de la luz de la mañana. Saboreé la tranquilidad de aquel instante, el olor distinto de aquellas sábanas extrañas y del aire cargado de sal marina, y los rayos de sol directos y amarillos que se colaban por las altas ventanas como la promesa de un día interminable.

Y en aquel preciso instante, antes de que nadie se despertara, decidí inventar mi propia historia.

06

En los veranos de Harlem de mi infancia, caminaba entre mis dos hermanas mientras ellas planeaban derrocar universos, en el lenguaje de fantasía de los tebeos. Para ir a por aquellos tebeos, la otra pasión devoradora y posesiva de nuestros días de verano además de la biblioteca, caminábamos durante kilómetros cuesta arriba. Con determinación y gran decisión, subíamos la colina de Sugar Hill por la calle 145 desde Lenox hasta Amsterdam, para cambiar los tebeos usados en la tienda de tebeos de segunda mano situada en Amsterdam Avenue en los Washington Heights, un barrio reservado para los blancos en los tiempos de antes de la guerra, y en el que ahora vive mi madre.

La tienda la regentaba un hombre blanco y gordo con ojos acuosos y una tripa que le colgaba por encima del cinturón como si fuera gelatina mal solidificada. A los tebeos que no vendía les arrancaba las portadas y los liquidaba a mitad de precio o los cambiaba por otros tebeos usados que estuvieran en buen estado, a razón de dos de estos por uno de los suyos. Había filas y filas y más filas de cajas llenas de tebeos multicolores sin portada; en cuanto mis hermanas se metieron por una de las filas en busca de sus aventuras preferidas, las de Buck Rogers y el Capitán Maravilla, yo me puse a buscar dibujos de Bugs Bunny. El viejo me siguió por un lateral, dando caladas a su nauseabundo puro.

Traté de volver corriendo hacia mis hermanas, pero era demasiado tarde. Su volumen ocupaba toda la hilera y me di cuenta con espanto de que, en cualquier caso, no debí haberme apartado de ellas.

«Déjame que te levante, preciosa, para que veas mejor», me dijo, y enseguida sentí sus gruesos dedos que parecían salchichas agarrarme por las costillas y levantarme por encima de las volutas de repugnante humo de puro hasta el borde de las cajas llenas de tebeos de Bugs Bunny y de Porky Pig. Cogí el primero que encontré y me revolví para que me soltara, deseosa de volver a notar el suelo bajo mis pies y asqueada por el blandengue tacto de su sebosa tripa contra mis riñones.

Sus malvados dedos se movían furtivamente de arriba abajo por mi cuerpo, atrapados entre su insistente panza y el borde de la caja. Cuando por fin me soltó y me dejó bajar al bendito suelo, me sentí sucia y asustada, como si hubiese participado en algún ritual indecente.

No tardé en aprender que podía evitarle si me quedaba pegada a mis hermanas. Si corría hasta la otra punta de la fila, no me seguía, pero cuando mis hermanas cerraban sus transacciones, no añadía ningún tebeo de regalo «para esta nenita tan encantadora». Los dedos blandengues y la barriga nauseabunda eran el precio que yo tenía que pagar por un ejemplar roto y sin portada de un viejo tebeo de Bugs Bunny. Durante años tuve pesadillas en las que me levantaban hasta el techo y no había manera de que pudiera bajar.

Subir aquella colina era una expedición que nos llevaba todo el día, a tres niñitas color chocolate, una de las cuales ni siquiera sabía leer. Pero era una excursión de verano, preferible a quedarnos sentadas en casa hasta que volviera nuestra madre de la oficina o de hacer la compra. Nunca nos permitían salir a jugar a la calle sin más. Ir y volver nos ocupaba todo el día, cruzando las dos manzanas de la ciudad que nos separaban de la Octava Avenida, donde se encontraba el quiosco de reparación de calzado de Father Divine, y luego las interminables colinas, una manzana tras otra.

A veces, cuando mi madre le anunciaba a mi padre después de la cena la expedición que habíamos previsto para el día siguiente, se pasaban al *patois* para una breve consulta. Escudriñando sus rostros, yo sabía que estaban discutiendo acerca de si estaban o no en condiciones de dedicar unos cuantos centavos a financiar aquella expedición.

En otras ocasiones, nuestro padre nos encargaba que le lleváramos los zapatos al puesto de Father Divine para que le pusieran medias suelas. Aquello también incluía sacarles brillo, una extravagancia que nos podíamos permitir porque solo costaba tres centavos y además recibías un saludo de Paz Hermano Paz.

Nada más recoger el desayuno, mi madre se marchaba a la oficina y caminábamos con ella hasta la esquina. Allí, nosotras tres girábamos a la izquierda por la calle 145, pasábamos por delante de la bolera del Lido, por unos cuantos bares y por un número indeterminado de tiendas de caramelos y de ultramarinos cuyo principal negocio consistía en vender unos boletitos blancos en los que estaban garabateados unos números.

Tres niñitas Negras rellenitas, con las rodillas regordetas bien frotadas y relucientes de aceites, la melena peinada con trenzas atadas con cintas. Mi hermana mayor, que estaba empezando a hacerse mujer, todavía no se avergonzaba de nuestros vestiditos de verano de algodón, que mi madre nos hacía.

Subiendo la cuesta, pasábamos por el Stardust Lounge, la peluquería Micky, que hacía permanentes y planchados, el Harlem Bop Lounge, el Dream Café, la barbería Freedom y el estanco Óptimo, que tenía sucursales decorando todas las esquinas importantes de las calles en aquella época. Estaba la casa de comidas Aunt May y la tienda de confección para señora y niños Sadie, y también el restaurante asiático Lum y la iglesia de la misión baptista Shiloh, pintada de blanco con ventanas de colores, la tienda de discos con su gran radio puesta en la calle y atada con una gruesa cadena, que marcaba el ritmo de la acera cuando empezaba a templar la

mañana. Y en la esquina de la Séptima Avenida, mientras esperábamos a que el semáforo se pusiera verde cogidas del brazo, de la fresca oscuridad del Noon Saloon, atravesando sus medias puertas entreabiertas, nos llegaba un olor misteriosamente sugerente a levadura.

Iniciábamos el ascenso a la colina, que en realidad eran seis colinas. Empezando abajo en la Octava Avenida y mirando hacia arriba a la clara luz del sol, aquello parecía eterno. Las vías verticales del tranvía surcaban las colinas. Las aceras parecían cintas de asfalto y de gente. A mitad de la subida, a la derecha, entre Bradhurst Avenue y Edgecombe Avenue, se perfilaba la gran superficie de denso césped, rodeada de una alta verja de hierro forjado, que era Colonial Park. No era un parque público, o al menos la entrada al mismo no era gratuita. Como nunca teníamos los diez centavos que costaba la entrada, nunca habíamos estado en su interior.

Tenía el brazo dolorido de que tiraran de él, pero ese era el precio que tenía que pagar si se me ocurría quedarme rezagada. Igual que llevarme con ellas era el precio que mis cultas hermanas, ávidas lectoras de tebeos, tenían que pagar si querían salir. Siempre estaba demasiado extenuada para poder quejarme.

Cruzábamos la animada calzada de la calle 145, las tres de la mano. Nos deteníamos a mitad de camino en Bradhurst para pegar nuestros rostros a los barrotes de hierro forjado de la verja de Colonial Park. En la distancia alcanzaba a oír muy tenue el sonido del agua fresca y clara y la líquida risa que se elevaba de la piscina privada y medio escondida. Pero incluso aquellos débiles y refrescantes sonidos aportaban algo de frescor a nuestras bocas resecas. Para entonces ya teníamos la impresión de que llevábamos toda la vida caminando. El sol brillaba implacablemente en el cielo despejado por encima de Colonial Park. No había ni media sombra. Pero alrededor del parque el aire era algo más fresco. Nos quedábamos allí un rato aunque por fuera no hubiera bancos. La afanosa actividad de la circulación de Harlem continuaba a nuestro alrededor.

A pesar de que nuestra madre nos advertía de que no nos entretuviéramos, nos quedábamos un buen rato cerca del olor verde y fresco de la piscina. Mis hermanas sujetaban sin soltarlas ni un instante las bolsas con los tebeos y yo agarraba con mis sudorosas manos una bolsa de galletas saladas y tres plátanos que llevábamos de tentempié. En casa teníamos esperándonos la comida ya preparada.

Nos tomábamos una galletita salada cada una, apoyadas contra la verja del parque. Mi hermana Helen refunfuñaba porque había roto las galletas al columpiar la bolsa cuando trotaba para seguirles el paso. Limpiábamos las migas con la servilleta que llevábamos en la bolsa y seguíamos nuestra expedición por aquellas colinas, aparentemente interminables, cuesta arriba.

Finalmente llegábamos a lo alto de Amsterdam Avenue. En los días más claros, si me ponía de puntillas y miraba hacia el oeste, conseguía vislumbrar, entre los edificios de Broadway, la vía rápida del Riverside Drive. Por detrás de la depresión brusca del parque por el que iba la vía se hallaba la línea desdibujada, casi imaginada, de agua del río Hudson. Durante años, cada vez que oía la canción *America the Beautiful*, recordaba aquellos momentos en lo alto de Amsterdam Avenue. En mi mente, visualizaba la frase «del mar al mar resplandeciente» como aquel espacio entre los ríos East y Hudson.

Mientras esperábamos a que se pusiera verde el semáforo del cruce de Amsterdam Avenue con la calle 145, me di la vuelta y miré hacia abajo, por el estrecho valle que recorría esta calle. Mis ojos divisaban las manzanas llenas de coches, de carros de caballos y de gente, desde lo alto de la colina hasta abajo, abarcando Colonial Park y Father Divine y el bazar de Lenox Avenue, hasta el puente que cruza el río Harlem y que conduce al Bronx.

De repente me estremecí con un espasmo de terror. ¿Y si me cayera en este punto preciso? Podría bajar rodando una colina tras otra hasta llegar de nuevo a Lenox Avenue, y si resultaba que no acertaba a coger el puente, podría caer rodando al agua. Todo el mundo se apartaría de un salto para no

chocarse conmigo según fuera cayendo colina abajo, igual que lo hacía la gente en el cuento de *Johnny Cake*. Saltarían a un lado para evitar que les atropellara y que aquella niñita gorda y chillona se los llevara por delante en su caída a las aguas del río Harlem.

Nadie me agarraría ni me detendría ni me salvaría, y finalmente flotaría lentamente hasta el mar pasando el Arsenal y la calle 142 y la boca del río, donde mi padre solía ir a maniobrar con los guardacostas los fines de semana. La funesta corriente que atravesaba el río desde aquel mítico lugar llamado «el diablo que escupe» y contra el que nos había puesto en guardia nuestro padre, me arrastraría hasta el océano: aquella corriente, que les costaba la vida a tantos compañeros de colegio cada verano, hasta que por fin construyeron la vía rápida de Harlem, cortando el acceso a las aguas refrescantes y gratuitas del río para todos aquellos niñitos Negros acalorados y polvorientos que no tenían ni un centavo para acceder al frescor verde de la piscina de Colonial Park, ni hermanas que les llevaran a cambiar tebeos.

07

La guerra llegó a nuestra casa por la radio un domingo por la mañana después de misa, en algún momento entre *Olivio, el muchacho tirolés* y las Hermanas Moylan. Era el domingo de Pearl Harbor.

«Los japoneses han bombardeado Pearl Harbor», anunció mi padre muy serio, cuando volvía de enseñarle una casa a un potencial comprador, precipitándose hacia la radio.

«Y eso ¿dónde está?», preguntó Helen levantando la mirada y apartándola de la gata Cleo, a la que trataba de enfundar en un vestido que le acababa de hacer.

«Será por eso por lo que no conseguimos captar *Olivio*», dijo Phyllis con un suspiro de decepción. «Ya me *parecía a mí* que pasaba algo, porque siempre lo emiten a esta hora».

Y mi madre salió del cuarto de estar y fue a la cocina a comprobar el estado de su almacén de café y azúcar debajo del fregadero.

Yo estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra el mueble de madera de la radio. Tenía en el regazo el *Blue Fairy Book.*[8] Me encantaba leer y escuchar la radio al mismo tiempo, sentir las vibraciones del sonido contra la espalda como un trasfondo estimulante para las imágenes que desfilaban por mi cabeza, inspiradas por los cuentos. Alcé la mirada, confundida y desorientada durante un instante, como solía ocurrirme

cuando interrumpía de repente la lectura. ¿De verdad habrían atacado los troles un puerto en el que había escondido algún tesoro de perlas?

Me di cuenta de que algo real y terrible había sucedido, por el olor que tenía el aire del cuarto de estar y por la manera en que la voz de mi padre resonó, más grave y tensa que de costumbre, mientras giraba el sintonizador hacia un lado y hacia otro en busca de la voz de Gabriel Heatter o de H. V. Kaltenborn o de algún otro de sus locutores predilectos de los programas informativos. Estos eran su vínculo permanente con el mundo exterior, después de *The New York Times*. Y comprendí que algo había pasado porque aquella noche no emitieron ni *El Llanero Solitario* ni *La Sombra* ni *Este es su FBI*.

En lugar de aquellas radionovelas, la radio difundió un boletín informativo tras otro, en los que unas voces graves y nerviosas hablaban de muerte y de destrucción y de víctimas y de barcos en llamas y de hombres valientes y de guerra. Finalmente, dejé el libro de cuentos para concentrarme en la radio, cautivada y asustada por el tremendo drama que se estaba produciendo a mi alrededor y, por una vez, lo suficientemente sensata para mantener la boca cerrada. Pero mis padres estaban demasiado pendientes de las noticias para acordarse de mandarme a la cocina. Incluso la cena se sirvió más tarde que de costumbre aquella noche.

Mi madre dijo algo en *patois* y mi padre le contestó. Mirándoles a los ojos, supe que estaban hablando de la oficina y de dinero. Mi madre se levantó y volvió a la cocina.

«Venga, que es hora de cenar», anunció al cabo de un rato, asomándose a la puerta del cuarto de estar. «No hay nada que podamos hacer con respecto a esto».

«Efectivamente, Lin. Pero esto es la guerra». Mi padre extendió el brazo y apagó la radio, y nos fuimos a la cocina a cenar.

Al cabo de unos días, después de las clases, reunieron en el salón de actos a todo el alumnado, ordenado por clases y en fila, y las monjas nos

repartieron unos pequeños discos color crema en los que figuraba escrito con tinta azul nuestro nombre, dirección, edad y algo que llamaban *grupo sanguíneo*. Todos debíamos llevar aquel disco colgado del cuello de una larga cadena de níquel sin cierre, y no nos lo podíamos quitar nunca jamás hasta el final, so pena de cometer un pecado mortal, o algo peor aún.

Aquella expresión de «hasta el final» empezó a cobrar una vida tangible y una energía propia, como «eternidad» o «para siempre».

Las monjas nos dijeron que más tarde tendríamos máscaras de gas y que todos debíamos rezar para no correr la misma suerte que los pobres niñitos ingleses —que tuvieron que abandonar a sus padres y fueron enviados al campo por seguridad—. En el fondo de mi corazón pensé que aquello era una perspectiva la mar de apetecible y deseé que llegara a ocurrir. Bajé la cabeza como todos los demás, pero no pude rezar para que aquella eventualidad no sucediera.

Luego rezamos otros diez padrenuestros y diez avemarías por las almas de los valientes muchachos que habían entregado la vida en Pearl Harbor el domingo anterior, y luego otros cinco de cada por los niños que pasaban hambre en Europa.

Cuando terminamos de rezar, todos nos pusimos en pie y la madre Josefa nos enseñó cómo cruzar los brazos por encima del pecho y tocar el hombro opuesto, la posición más segura en caso de que nos cayéramos mientras corríamos. Luego practicamos cómo correr hasta el sótano de la iglesia a través de un pasadizo, en caso de que se produjera un ataque aéreo. Practicamos aquel ejercicio hasta que fuimos capaces de realizarlo en silencio y rápidamente. Me empezó a impresionar la seriedad de todo ello, pues la cosa se prolongó durante lo que me parecieron horas, mientras que nuestras madres nos esperaban sentadas en el salón de actos. Cuando por fin regresamos a casa en medio del frío de diciembre, casi estaba anocheciendo y las calles tenían un aspecto extraño y fantasmagórico, con las farolas a medio gas cubiertas por arriba y las ventanas tapadas con cortinas opacas.

La primavera siguiente convocaron a todas las madres a que acudieran regularmente al colegio para que ayudaran a vigilar la aparición en el cielo de las fuerzas aéreas enemigas que se le pudieran haber colado a nuestra defensa costera. Muchas madres de toda la ciudad de Nueva York estaban haciendo lo mismo desde los tejados de todos los colegios. Debido a la estricta censura de las noticias, no creo que nadie, ni siquiera nuestros padres, fuera consciente de lo plausible que era que se materializara la amenaza de un bombardeo procedente de la costa, porque en realidad había submarinos alemanes en el estrecho de Long Island. Lo único que sabíamos es que, estando asomada a la costa oriental, frente a Europa, Nueva York era un blanco fundamental para un ataque.

Incluso las conversaciones más banales pasaron a ser sospechosas. *El silencio es oro*, ¿acaso no rezaban eso todos los carteles? A pesar de que no tenía en absoluto secretos que contar, sentía cierto placer siempre que pasaba por la farola de la esquina de la calle 140 con Lenox Avenue. Allí colgaba una pancarta de vivos colores en la que se veía a un hombre blanco que se había llevado un dedo a los labios. Por debajo de su rostro medio girado, en grandes letras de molde, figuraba la siguiente advertencia: ¡UNA PALABRA DE MÁS PUEDE HUNDIR UN BARCO![9] Sentí que mis silencios estaban avalados por la sociedad y por la patria.

Pero entretanto la vida continuaba casi como de costumbre, y a los siete años de edad resultaba difícil distinguir entre aquel drama de la vida real y aquellos otros a los que yo era tan aficionada y que se difundían por la radio. Las madres de Saint Mark vigilaban la aparición de aviones enemigos desde una azotea que estaba junto al aula de tercero y a la que se llegaba por una puerta que estaba frente a esta. En tercero teníamos clase de ortografía justo antes de la comida y el turno de vigilancia de mi madre era de once a doce del mediodía.

Inclinada sobre mi libro de ortografía bajo la cálida luz primaveral, mi estómago ronroneaba de hambre. Justo al otro lado de la ventana alcanzaba

a ver a mi madre de pie con su traje de lana oscuro sin gracia, sus austeros zapatos de tacón cuadrado y un sombrero de fantasía aunque sin excesos dando sombra a sus ojos grises y penetrantes. Tenía los brazos cruzados sobre su generoso pecho y escudriñaba el cielo con mucha concentración desde debajo del ala del sombrero, desafiando la aparición de cualquier avión enemigo.

Yo estaba henchida de orgullo por el hecho de que aquella mujer tan importante fuera mi madre. Era la única madre en mi clase que vigilaba la aparición de aviones, y también participaba en el misterioso proceso de distribuir cartillas de racionamiento sentada tras una mesa de aspecto oficial que se colocaba en la parte de atrás del salón de actos de la escuela el día reservado para aquella actividad. Y también era la única madre que yo conocía que se sentaba detrás de otra mesa los días en que había elecciones, en el *hall* de la escuela pública de infausta memoria, para comprobar los datos de los votantes en unos enormes libros mágicos y custodiar las mágicas urnas de cortinas grises. Aunque era la única madre que yo conocía que nunca se pintaba los labios, ni siquiera los domingos para ir a misa, también era la única madre que yo conocía que «iba a la oficina» todos los días.

Yo estaba orgullosísima de ella, pero a veces, solo a veces, deseaba que fuera igual que las demás madres, que me estuviera esperando en casa con un vaso de leche y unas galletas caseras y un delantal de volantes, como la madre rubia y sonriente de *Dick y Jane*.

Los días de fiesta católica en los que no había colegio, me encantaba bajar a la oficina con mi madre y sentarme ante el escritorio de roble de mi padre, en su gran sillón giratorio de madera, a observar cómo mi madre escribía los recibos del alquiler o se entrevistaba con posibles inquilinos o discutía enérgicamente con el carbonero sobre si el carbón lo dejaba en la acera o lo metía en la carbonera que había en el sótano.

Durante los años de la guerra recuerdo que algunos días mi madre y yo nos quedábamos paradas delante de las inmensas cristaleras que solían abrirse girando hacia el interior, pero que entonces estaban herméticamente cerradas contra el frío. Nos veo esperando nerviosas, vigilando Lenox Avenue con la esperanza de ver llegar el camión de los servicios públicos que tal vez traería algo de carbón de pésima calidad, del que no hubiera sido requisado para el «esfuerzo bélico», y que permitiría desentumecer un poco el ambiente de aquellas lúgubres habitaciones de las pensiones que mi madre y mi padre gestionaban. A veces también estaba mi padre, aunque la mayor parte del tiempo él estaba o bien enseñando alguna vivienda o bien resolviendo algún asunto inmobiliario o bien haciendo chapuzas en alguna de aquellas casas destartaladas que él administraba. A medida que fue avanzando la guerra y que creció la demanda de mano de obra, cada vez vimos menos a mi padre en la oficina, porque se había empleado de noche como encargado de mantenimiento en una fábrica de la industria bélica situada en Queens que producía piezas de aluminio para los aviones. Trabajaba en el turno de noche y se iba directamente de la fábrica al despacho, muy temprano por la mañana. Hacía las reparaciones y otras chapuzas que fueran necesarias, comprobaba fugas en las tuberías en verano y si se congelaban en invierno. Luego, si no tenía ninguna cita para enseñar alguna vivienda, subía a una habitación vacía del piso de arriba y dormía unas cuantas horas mientras mi madre llegaba a la oficina y tomaba el relevo. Si tenía alguna cita, subía a la habitación de arriba a afeitarse, lavarse y cambiarse de ropa, y luego volvía a salir, para regresar a la oficina por la tarde a dormir unas cuantas horas más.

A mediodía, cuando mi madre nos llevaba a casa a comer, se ocupaba de recalentar y envasar una comida caliente para mi padre. Solían ser las sobras de la cena de la noche anterior o alguna exquisitez que hubiera preparado aquella misma mañana. Metía la comida en unas botellas que envolvía en toallas para mantenerla caliente y, después de dejarnos en el

colegio, seguía hasta la oficina y despertaba a mi padre, o esperaba a que este volviera.

Llevaba las cuentas, resolvía los problemas, cosía sábanas y fundas de almohadas con la máquina de coser Singer que guardaba en el cuarto trasero, arreglaba las habitaciones del piso de arriba. Si la mujer que estaba contratada para la limpieza había faltado aquel día, mi madre limpiaba las habitaciones que estaban vacías. Y enseguida llegaba la hora de recogernos del colegio a diez manzanas de su oficina y llevarnos a casa.

Algunos días, cuando el tiempo y la necesidad lo permitían o lo requerían, iba andando hasta el mercado de la calle 125 para tratar de encontrar un trozo de carne para la cena o algo de pescado fresco y de verdura de los mercados antillanos que había de camino. Después de la compra, tomaba el autobús de vuelta a la parte alta de la ciudad para recogernos del colegio, con los brazos cargados de bolsas. En aquellos días, tenía cara de cansada y una mirada particularmente dura cuando se bajaba del autobús en la esquina de la calle 138, donde las tres la esperábamos en silencio y vigilantes. Yo trataba de leer y de descifrar la expresión del rostro de mi madre en cuanto se paraba el autobús y ella bajaba los escalones, con las bolsas de la compra golpeándole las piernas por los lados. Su mirada me informaba de cómo sería el trayecto de vuelta a casa a lo largo de las siete manzanas de distancia. Una boca apretada solía significar azotes para alguna de nosotras, generalmente para mí, la ayudáramos o no a llevar las bolsas.

Una vez llegadas a casa, se posponía la disciplina y las regañinas hasta que se preparaba la cena y se ponía al fuego. A continuación, los malos informes que les habían dado sobre mí a mis hermanas en el colegio eran sometidos a audiencia y a examen, a lo cual seguía la mano implacable de la justicia doméstica de mi madre.

En otras ocasiones, ante infracciones particularmente graves y reprensibles, el implacable veredicto solía ser: «Ya verás cuando llegue tu

padre». Mi padre nunca nos pegaba. Entre nuestra familia del extranjero se contaba la leyenda de que *Uncle* Lorde era tan fuerte que si te ponía la mano encima podía llegar a matarte. Pero su propia presencia en la administración del castigo convertía en cierto modo a este en oficial y, por consiguiente, en algo mucho más terrible y terrorífico. Probablemente, el aplazamiento y el temor durante la espera operaban el mismo efecto.

No sé si lo del poder letal de mi padre era cierto o no. Era un hombre muy grande, fuerte, y su constitución de un metro noventa en las fotografías de la playa de aquella época no muestra demasiada grasa. Tenía los ojos pequeños pero penetrantes y cuando apretaba la mandíbula y ponía su tono de voz grave, áspero e intenso, que significaba que estaba hablando de negocios, daba mucho miedo.

Recuerdo una feliz tarde de las de antes de la guerra en la que mi padre regresó a casa de la oficina. Yo estaba sentada en el regazo de mi madre, que me estaba cepillando el pelo. Mi padre nos levantó a las dos a la vez y nos balanceó por encima de su cabeza, riéndose y llamándonos «excedente de equipaje». Recuerdo que aquella atención por su parte me emocionó y me entusiasmó, y también cómo me aterrorizó ver que el entorno familiar se convertía en «cro-bo-so».

Durante la guerra, mi padre casi nunca estaba en casa por la tarde, excepto los fines de semana, por lo que los castigos, en general, se hicieron mucho más inmediatos.

Como la guerra se alargaba, entre la gente Negra empezó a circular cada vez más dinero, y el negocio inmobiliario de mi padre fue floreciendo. Después de las revueltas raciales de 1943, la zona de los alrededores de Lenox Avenue y la calle 142 pasó a denominarse el *polvorín de Harlem*. Mi familia se trasladó «colina arriba», la misma larga serie de colinas que mis hermanas y yo solíamos atravesar en los días de verano para ir a cambiar los tebeos.

[8] *The Blue Fairy Book*, libro de cuentos de 1889 del escritor escocés Andrew Lang (1844-1912), perteneciente a una serie de doce libros de cuentos y leyendas publicados entre 1889 y 1910, cada uno de ellos designado con un color *(N. de la T.)*.

[9] El cartel rezaba en inglés: «A slip of the lip may sink a ship», con una aliteración fácil de recordar *(N. de la T.)*.

08

De niña, la peor situación que podía imaginar era cometer un error y que me descubrieran. Los errores significaban vulnerabilidad, acaso aniquilación. En casa de mi madre no había lugar para cometer errores, no había lugar para equivocarse.

Crecí Negra como creció mi necesidad de vida, de afirmación, de amor, de compartir —copiando de mi madre lo que había en ella, sin realizar—. Crecí Negra como *Seboulisa,* a la que habría de encontrar varias vidas más tarde en las frescas casas de adobe de Abomey —y como un ser solitario—. Las palabras de mi madre me enseñaron toda clase de astucias y de maniobras de distracción aprendidas de boca de su padre, para defenderme de la lengua del hombre blanco. Ella había tenido que utilizar aquellos mecanismos de defensa y había sobrevivido gracias a ellos, y también había muerto un poco al hacerlo, al mismo tiempo. Todos los colores cambian y se convierten unos en otros, se funden y se separan, fluyen en arcoíris o en lazos.

Estoy tumbada junto a mis hermanas en la oscuridad: ellas se cruzan conmigo en la calle sin reconocerme ni aceptarme. ¿Cuánto de ello es un supuesto rechazo de mí misma convertido en inamovible máscara protectora y cuánto el odio programado que nos alimentó para que siguiéramos formando parte de la vida, pero aparte?

Un día (recuerdo que todavía estaba en segundo curso), mi madre había salido a hacer la compra y mis hermanas estaban hablando de alguien *de Color*. A mi manera de niña de seis años, aproveché aquella ocasión para averiguar de qué iba aquello.

«¿Qué significa *de Color*?», pregunté. Para mi sorpresa, ninguna de mis hermanas estaba muy segura.

«Pues…, a ver. Las monjas son blancas y el tendero cuellicorto es blanco, y el padre Mulvoy es blanco, y nosotras somos de Color», dijo Phyllis.

«¿Y mamá qué es, blanca o de Color?».

«No lo sé», contestó Phyllis con impaciencia.

«Pues si alguien me pregunta a mí lo que soy, contestaré que soy blanca, como mamá».

«¡Uyyyyyyyyyy, mejor que no lo hagas!», exclamaron las dos a coro, horrorizadas.

«¿Por qué no?», pregunté, más confundida que nunca. Pero ninguna de las dos pudo decirme por qué.

Aquella fue la primera y única vez que mis hermanas y yo abordamos el tema de la raza como realidad de mi casa, o al menos como algo que tenía que ver con nosotras.

Nuestro nuevo apartamento estaba situado en la calle 152, entre Amsterdam Avenue y Broadway, en lo que se llamaba Washington Heights, y que ya entonces se describía como un barrio «cambiante», lo que significaba que era un barrio en el que la gente Negra podía empezar a encontrar apartamentos carísimos para salir del deprimido y decadente corazón de Harlem.

El bloque de apartamentos al que nos mudamos pertenecía a un pequeño propietario. Hicimos la mudanza a finales del verano y aquel año empecé el colegio en una nueva escuela católica que estaba nada más cruzar la calle.

Dos semanas después de cambiarnos de casa, nuestro propietario se ahorcó en el sótano. El *Daily News* informó que la causa del suicidio era su

desesperación por haber tenido que alquilar sus propiedades a gente Negra. Yo fui la primera alumna Negra de la escuela de Saint Catherine, y todos los niños blancos de mi clase de sexto curso se enteraron de la noticia del propietario que se había ahorcado en el sótano por mi culpa y la de mi familia. Era judío y yo era Negra. Eso nos convertía en carnaza para la cruel curiosidad de mis compañeros de clase preadolescentes.

Ann Archdeacon, la niña pelirroja que era la preferida de las monjas y de monseñor Brady, fue la primera en preguntarme qué sabía yo de la muerte del arrendador. Como de costumbre, mis padres habían hablado de todo aquel asunto en *patois*, y yo del periódico solo me había leído las viñetas de tebeo.

«No sé nada», le contesté, de pie en el patio del colegio a la hora de la comida, al tiempo que me retorcía las trenzas y buscaba desesperadamente algún rostro amigo. Ann Archdeacon soltó una risita y el resto del grupo que se había reunido a nuestro alrededor prorrumpió en carcajadas, hasta que sor Blanche acudió corriendo a ver lo que estaba pasando.

Aunque las hermanas del Sagrado Sacramento de la escuela de Saint Mark nos miraban por encima del hombro, al menos su racismo quedaba disimulado en el contexto de su misión. En la escuela de Saint Catherine, las Hermanas de la Caridad eran claramente hostiles. Eran racistas sin ambages, sin disimulo, y aquello me resultó particularmente doloroso porque no estaba preparada para ello. En casa tampoco me ayudaban. Los niños de mi clase se burlaban de mis trenzas, así que sor Victoire, la madre superiora, le envió una nota a casa a mi madre diciéndole que me peinara el pelo de una manera más «adecuada», porque según ella era demasiado mayor para llevar «coletas».

Todas las niñas llevaban uniforme de gabardina azul que en primavera olía un poco a moho a pesar de que se lavaba en seco con frecuencia. Después del recreo, muchas veces volvía al aula y me encontraba notas en mi pupitre que decían: «Apestas». Se las enseñaba a sor Blanche, pero ella

me decía que sentía que era su deber cristiano informarme de que *era verdad* que la gente de Color olía de una manera distinta que la gente blanca, aunque los niños eran crueles por escribir notas mezquinas, pues yo no podía evitarlo; y que si me quedaba en el patio al día siguiente después del recreo tras el almuerzo mientras el resto de la clase volvía al aula, ella les amonestaría y les pediría que se portaran mejor conmigo.

Al frente de la parroquia y de la escuela estaba monseñor John J. Brady, quien le dijo a mi madre cuando me matriculó que nunca pensó que llegaría a tener niños de Color en su colegio. Su pasatiempo predilecto era sentar a Ann Archdeacon o a Ilene Crimmons en su regazo y jugar con sus rizos rubios o cobrizos con una mano mientras les metía la otra por la espalda, por debajo del uniforme de gabardina azul. A mí me daba igual su lascivia; lo que me fastidiaba era que me hiciera quedarme todos los miércoles por la tarde después de las clases para memorizar nombres en latín.

A los demás niños de mi clase les daban un cuestionario general para comprobar que se sabían aquellas palabras y luego los dejaban que se marcharan temprano, puesto que el miércoles era el día reservado para la instrucción religiosa.

Acabé odiando las tardes del miércoles, sentada sola en el aula tratando de memorizar el singular y el plural de una larga lista de nombres latinos y su género. Aproximadamente cada media hora, el padre Brady se asomaba desde sus dominios y pedía que le recitara aquellas palabras. Bastaba que dudara en una palabra o en su plural o en su género, o que la dijera en un lugar que no era el que le correspondía en la lista, para que él diera media vuelta enfundado en su sotana y desapareciera otra media hora aproximadamente. Aunque la salida era a las dos de la tarde, algunos miércoles no llegaba a casa hasta después de las cuatro. Algunos de aquellos miércoles tenía pesadillas por la noche y veía la hoja blanca policopiada, con su olor acre y su lista: *agricola*, *agricolae*, fem. *(sic),*[10] «agricultor». Tres años más tarde, cuando ingresé en el instituto Hunter y

tuve que tomarme el latín en serio, había llegado a tal grado de bloqueo con aquella asignatura que no fui capaz de aprobar los dos primeros trimestres del curso.

Cuando en casa me quejaba de cómo me trataban en la escuela, mi madre se enfadaba conmigo.

«¿Se puede saber qué más te da lo que digan de ti, de todos modos? ¿Acaso te dan ellos de comer? Vas a la escuela a aprender, así que aprende y olvídate de todo lo demás. No necesitas amigos». Yo no me daba cuenta de su desesperación ni de su dolor.

Yo era la más lista de la clase, lo que en nada contribuía a mi popularidad. Pero las hermanas del Sagrado Sacramento me habían enseñado bien y estaba muy adelantada en matemáticas y en cálculo mental.

En la primavera de sexto curso, sor Blanche anunció que íbamos a celebrar elecciones para nombrar a dos delegados de curso, una chica y un chico. Nos dijo que cualquiera se podía presentar y que votaríamos el viernes de aquella semana. Añadió que la elección se haría en función de los méritos, el esfuerzo y el espíritu de clase, pero lo más importante eran las notas.

Por supuesto, Ann Archdeacon enseguida fue una de las candidatas. No solo era la chica más popular del colegio, sino que era la más guapa. Ilene Crimmons también salió candidata, respaldada por sus bucles rubios y su condición de favorita de monseñor.

Le presté a Jim Moriarty diez centavos que le robé a mi padre del bolsillo a la hora de la comida, y Jim me nombró candidata. Un cuchicheo recorrió el aula, pero yo lo ignoré. Estaba en el séptimo cielo. Sabía que era la chica más lista de la clase. Tenía que ganar.

Aquella tarde, cuando mi madre llegó a casa de la oficina, le comenté lo de las elecciones y que me iba a presentar y a ganar. Se puso furiosa.

«¿Qué demonios crees que estás haciendo participando en tanta tontería? ¿Acaso no tienes más sentido común que eso? ¿Para qué narices necesitas

unas elecciones? Te mandamos a la escuela a que trabajes, no a que andes tonteando con que si delegada, con que si elecciones. Apéate de la burra, niña, y deja de contar sandeces».

Nos pusimos a preparar la comida.

«Pero, mamá, es que igual gano. Sor Blanche dice que será delegada la niña más lista de la clase».

Quería que comprendiera lo importante que aquello era para mí.

«Deja de darme la lata con esa tontería. No quiero oír ni una palabra más del tema. Y no vuelvas aquí el viernes con la cara larga diciéndome, "Mamá, no he sido elegida", porque no quiero oír eso tampoco. Tu padre y yo tenemos bastantes preocupaciones para conseguir que estés en el colegio, así que ni me hables de elecciones».

Dejé de hablar del tema.

Aquella semana se me hizo muy larga y muy emocionante. La única manera en que podía llamar la atención de mis compañeros de clase de sexto era teniendo dinero, y gracias a una serie de incursiones cuidadosamente planificadas a los bolsillos de los pantalones de mi padre cada noche de aquella semana, me aseguré de disponer de él en abundancia. Todos los días a mediodía cruzaba la calle corriendo, me tragaba a toda prisa la comida que mi madre me había dejado preparada y volvía al patio del colegio.

A veces, cuando llegaba a casa a mediodía, mi padre estaba durmiendo en el dormitorio que compartía con mi madre, antes de volver al trabajo. Yo entonces tenía ya mi propia habitación, y mis hermanas compartían otra. La víspera de las elecciones, crucé de puntillas el apartamento hasta la habitación de mis padres, cuyas puertas estaban acristaladas y, a través de estas, que estaban entreabiertas, comprobé que mi padre estaba durmiendo. Daba la impresión de que las puertas temblaban con sus sonoros ronquidos. Observé cómo su boca se abría y se cerraba con cada ronquido, unos rugidos estentóreos que salían de debajo de sus crespos bigotes. Se había

destapado un poco, dejando ver sus manos, que, dormido, había metido por debajo de la chaqueta del pijama. Estaba tumbado de costado, mirando hacia mí, y se le había entreabierto la bragueta del pantalón del pijama. Solo acertaba a ver sombras entre los vulnerables secretos que oscurecían la apertura de los pantalones, pero de repente me estremeció aquella imagen tan humana de él y la idea de que podía espiarlo sin que él se diera cuenta, incluso dormido. Di un paso atrás y cerré la puerta apresuradamente, apurada y avergonzada de mi propia curiosidad, pero deseando que su pijama hubiese estado más abierto para haber podido saber a fin de cuentas cuál era exactamente el misterioso secreto que los hombres llevaban entre las piernas.

Cuando tenía diez años de edad, un niñito me había quitado las gafas en la azotea y, como veía mal, lo único que recordaba de aquel encuentro, cuando recordaba algo de él, era una cosa alargada parecida a un lápiz que sabía que no podía guardar relación alguna con mi padre.

Sin embargo, antes de cerrar la puerta metí la mano por detrás de las cortinas, donde estaba colgado el traje de mi padre. Separé un billete de un dólar del delgado rollo que llevaba en el bolsillo del pantalón. Luego reculé hasta la cocina, lavé mi plato y mi vaso y volví a toda prisa al colegio. Tenía campaña electoral.

Sabía que era mejor no volver a mencionarle el tema de las elecciones a mi madre, pero aquella semana estuve imaginando cómo anunciarle la noticia cuando llegara a casa aquel viernes. «Mamá, por cierto, ¿puedo quedarme más tarde el lunes en el colegio, que tenemos reunión de delegados?». O: «Madre, ¿me puedes firmar esta nota autorizándome a aceptar el cargo de delegada?». O tal vez incluso: «Madre, ¿podría dar una merienda en casa a mis amigas para celebrar mi elección?».

El viernes até una cinta alrededor del pasador de acero que sostenía mi crespa mata de pelo firmemente pegada a la nuca. Las elecciones se celebraban aquella tarde y, cuando llegué a casa a la hora de comer, por

primera vez en mi vida estaba demasiado nerviosa para poder tragar nada. Escondí la lata de sopa Campbell que mi madre había dejado fuera para mí muy por detrás de las demás latas que había en la despensa, con la esperanza de que no hubiera contado cuántas quedaban.

Formamos una fila en el patio y subimos al aula de sexto curso. Las paredes seguían engalanadas con adornos verdes, restos de la decoración del día de San Patricio. Sor Blanche nos pasó unos trocitos de papel en blanco a modo de papeletas.

Mi primera decepción se produjo cuando anunció que el chico que resultara elegido sería delegado, y la chica, solo subdelegada. Aquello me pareció monstruosamente injusto. ¿Y por qué no al revés? Puesto que, como explicó la monja, no podíamos tener dos delegados, ¿por qué no una chica delegada y un chico subdelegado? «En realidad da igual», me dije a mí misma. «Puedo soportar ser subdelegada».

Voté por mí misma. Recogieron las papeletas, las llevaron a la primera fila e hicieron cuidadosamente el recuento. James O'Connor fue el chico que ganó; Ann Archdeacon, la chica; Ilene Crimmons resultó segunda. Yo conseguí cuatro votos, uno de los cuales era el mío. Me quedé desconcertada. Todos aplaudimos a los ganadores y Ann Archdeacon se dio la vuelta en la silla y me mostró su sonrisa de comemierda. «Qué pena que perdieras». Le devolví la sonrisa, con unas ganas terribles de partirle la cara.

Era demasiado hija de mi madre para permitir que nadie pensara que aquello me importaba lo más mínimo. Pero sentí que me había hecho polvo. ¿Cómo era posible que hubiera sucedido? Era la chica más lista de la clase. No me habían elegido subdelegada. Era así de sencillo. Pero algo se me escapaba. Había un terrible error. No era justo.

Una niñita muy dulce llamada Helen Ramsey había decidido que era su deber cristiano hacerse amiga mía, y en cierta ocasión me había prestado su trineo durante el invierno. Vivía cerca de la iglesia y aquel día, después del

colegio, me invitó a su casa a tomar una taza de chocolate. Salí corriendo sin contestarle y a toda prisa crucé la calle para meterme en el espacio seguro de mi casa. Corrí escaleras arriba, con la bolsa de los libros golpeándome las piernas. Saqué la llave que llevaba prendida en el bolsillo del uniforme y abrí la puerta de nuestro apartamento. La casa estaba caliente y oscura y vacía y en silencio. No dejé de correr hasta que llegué a mi habitación, a la entrada de la vivienda, donde tiré los libros y el abrigo en un rincón y me derrumbé sobre el sofácama, gritando de rabia y de decepción. Allí, en la intimidad de mi habitación, por fin dejé correr las lágrimas que llevaban dos horas quemándome los ojos, y lloré y lloré.

No era la primera vez que no conseguía lo que quería, me había pasado tantas veces que había acabado por creer que, si de verdad quería algo lo suficiente, mi propio afán por conseguirlo era una garantía de que no lo conseguiría. ¿Fue eso lo que ocurrió con las elecciones? ¿Lo había querido demasiado? ¿Era de eso de lo que siempre hablaba mi madre? ¿Por qué se había enfadado tanto? ¿Por qué quererlo significaba que no lo conseguiría? Pero de alguna manera esta vez era diferente. Era la primera vez que había deseado algo con tanta intensidad y que estaba segura de que controlaba el desenlace. Se suponía que tenía que salir elegida la chica más lista de la clase, y no cabía ninguna duda de que esa era yo. Era algo que yo había hecho por mí misma y que debía garantizarme la elección. La más lista, aunque no la más popular, esa era yo. Pero no había sucedido. Mi madre tenía razón. No había ganado las elecciones. Mi madre tenía razón.

Aquel pensamiento me dolía casi tanto como el hecho de no haber ganado, y cuando fui plenamente consciente de ello, grité con renovada furia. Me regodeé en mi dolor en la casa vacía de una manera que habría sido imposible si hubiese habido alguien allí.

Perdida en mi llanto y sumida en mis lágrimas, arrodillada y con la cara hundida en los cojines de mi sofá, no oí la llave entrar en la cerradura ni la puerta de la casa abrirse. Lo primero de lo que fui consciente fue de que allí

estaba mi madre de pie en la puerta de mi habitación, con una nota de preocupación en la voz.

«¿Qué ha pasado, qué ha pasado? ¿Qué te ocurre? ¿Qué es todo este escándalo que estás armando?».

Desde el sofá, volví la mirada hacia ella. Quería un poco de consuelo para mi dolor y, levantándome, empecé a caminar hacia ella.

«He perdido la votación, mamá», le dije llorando, olvidando sus advertencias. «Soy la chica más lista de la clase, eso dice sor Blanche, pero en vez de elegirme a mí han votado por Ann Archdeacon». Nuevamente me invadió aquel sentimiento de injusticia y prorrumpí en sollozos.

A través de las lágrimas, vi cómo la expresión del rostro de mi madre se endurecía de rabia. Las cejas se le juntaron a medida que levantaba la mano, que todavía sostenía el bolso. El primer bofetón que recibí en la cara, de lado, cortó en seco mi llanto. Mi madre no era ninguna blandengue y di un paso atrás, zumbándome los oídos. Tenía la sensación de que todo el mundo se había vuelto loco. Solo entonces recordé nuestras conversaciones anteriores.

«Ya ves, el pájaro olvida, pero la trampa no. ¡Te lo advertí! ¿Qué maneras son estas de gritar así en esta casa, por unas elecciones? Te lo he dicho una y cien veces: no te metas en los asuntos de esa gente, ¿o es que no te lo he dicho? ¿O a qué clase de estúpida he educado que se cree que esos blancos inútiles y engreídos van a preferir elegirte a ti en vez de a una pequeña arrogante?». ¡Plas! «¿Qué te acabo de decir?».

Me volvió a pegar, alcanzándome esta vez en los hombros, porque me había hecho un ovillo para evitar sus golpes furiosos y las aristas de su cartera.

«¿Acaso no te había advertido de que no volvieras a casa llorando por culpa de una absurda elección?». ¡Plas! «¿Para qué demonios crees que te mandamos al colegio?». ¡Plas! «Más vale que no te metas en los asuntos de

los demás, y deja de llorar de una vez». ¡Plas! Me obligó a levantarme del sofá en el que había vuelto a derrumbarme.

«¿Es eso lo que quieres, llorar? Pues te voy a dar buenas razones para llorar». Y otra vez empezó a pegarme, esta vez menos fuerte. «Y ahora levántate de ahí y deja de comportarte como una idiota, preocupándote por los asuntos de esa gente que no son cosa tuya. Maldita sea, levántate y límpiate la cara. ¡Y empieza a comportarte como un ser humano!».

Y alejándome de ella de un empujón, mi madre volvió a la cocina cruzando el cuarto de estar. «Vuelvo cansada de la calle y ahí estás tú, comportándote como si se acabara el mundo. Pensé que te había ocurrido algo terrible, y resulta que solo es lo de las elecciones. Y ahora ayúdame a guardar toda esta comida».

Me alivió oír que su furia se había aplacado y me sequé los ojos. Pero me seguí manteniendo a una distancia prudente de sus manos de hierro.

«Solo es que no es justo, Madre. Ese era el único motivo por el que lloraba», dije, abriendo las bolsas de papel marrón que estaban encima de la mesa. Aceptar que me sentía herida seguramente no habría sido un motivo legítimo de tristeza para ella. «No me importa el resultado de las elecciones, lo que me duele es que sea tan injusto».

«Justo, justo, ¿qué te crees que significa justo? Si lo que quieres es justicia, dirígete a dios». Mi madre estaba ocupada echando las cebollas en el cesto. Se detuvo, se volvió hacia mí y me levantó el rostro abotargado poniendo la mano debajo de mi barbilla. Su mirada tan dura y penetrante de antes se había convertido en hastío y tristeza.

«Niña, ¿por qué te preocupa tanto lo que es justo y lo que no es justo? Limítate a hacer lo que tienes que hacer y deja que los demás se ocupen de sí mismos». Apartó algunos mechones de cabello de mi cara y sentí que sus dedos ya no estaban enfadados. «Mira cómo tienes el pelo todo revuelto de ponerte así, de esa manera tan tonta. Ve a lavarte la cara y las manos y ven a ayudarme a preparar el pescado para la cena».

[10] *Sic*: *agricola, agricolae* es masculino en latín *(N. de la T.)*.

09

Excepto en materia de política, mi padre era un hombre de pocas palabras. Pero por la mañana mantenía animadas conversaciones consigo mismo en el cuarto de baño.

Durante los últimos años de la guerra, mi padre solía estar más tiempo fuera de casa que dentro o, como mucho, dormía en casa unas horas antes de volver a salir a trabajar por las noches en la fábrica de la industria bélica.

Mi madre, al salir de la oficina, volvía corriendo a casa después de pasar por el mercado, se ocupaba un poco de nosotras y preparaba la cena. Phyllis, Helen o yo ya habíamos puesto el arroz o las patatas, y a veces mi madre había dejado marinando unas horas antes algún trozo de carne encima del fogón, acompañado de una nota para una de nosotras con la instrucción de ponerlo a cocer a fuego lento cuando llegáramos a casa. O tal vez había guardado intencionadamente algún resto de la cena de la noche anterior («Dejad un poco de eso para la cena de mañana de vuestro padre»). Aquellas tardes, yo no esperaba a que mi madre volviera a casa, sino que preparaba yo misma la comida y tomaba el autobús para ir a su oficina.

Calentaba cada porción por separado hasta que estuviera ardiendo. Con mucho cuidado, vertía el arroz caliente y los sabrosos trozos de estofado de carne o de pollo especiado con su salsa en unas botellas de leche bien lavadas que conservábamos con ese fin. Las verduras las ponía aparte en otra botella, con una nuez de mantequilla si había, y si no, de margarina, por

encima. Envolvía cada botella en varias capas de periódico y luego en una vieja toalla para conservar la comida caliente. Luego las metía en una bolsa de la compra junto con la camisa y el jersey que mi madre había dejado preparados para que se lo llevara a mi padre, y bajaba en autobús hasta la oficina, orgullosa ante la idea de que estaba cumpliendo una misión.

El autobús que salía de Washington Heights bajaba atravesando la calle 125. Yo me apeaba en Lenox Avenue y caminaba tres manzanas hasta la oficina, pasando bares y tiendas de ultramarinos y pequeños grupos de gente reunida en animada conversación en la calle.

A veces, cuando llegaba, mi padre ya estaba abajo en el despacho, revisando los libros de cuentas, los impuestos o las facturas. A veces todavía estaba dormido en la habitación de arriba, y el portero tenía que subir y llamar a la puerta para despertarlo. A mí nunca me permitieron subir a la habitación de arriba, en la que dormía mi padre, ni entrar en ella. Siempre me pregunté qué misterios podían ocurrir «arriba» y qué era lo que había allí arriba que mis padres no querían que viera. Creo que era la misma vulnerabilidad que me había impresionado y hecho sentir incómoda el día que estuve observando a mi padre, en casa, a través de la puerta de su dormitorio. Su humanidad corriente y moliente.

Cuando mi padre bajaba, yo le daba un beso y él iba al cuarto trasero de la oficina a lavarse las manos y la cara antes de comer. Yo colocaba cuidadosamente la comida en una mesa especial que había en ese cuarto. Si alguien venía a ver a mi padre mientras estaba comiendo, era yo la que, orgullosa, escribía el recibo o le transmitía el mensaje. Para mi padre, comer era un pasatiempo demasiado humano para permitir que cualquiera lo viera dedicado a él.

Si no venía nadie, me quedaba sentada tranquilamente en el cuarto trasero y lo observaba mientras comía. Era meticulosamente ordenado; colocaba los huesos pulcramente alineados sobre la servilleta de papel que tenía junto al plato. A veces mi padre levantaba la mirada y me veía

observándolo. Entonces extendía el brazo y me daba un trozo de carne o un poco de arroz con salsa de su plato.

En otras ocasiones me sentaba con mi libro y me ponía a leer tranquilamente, esperando en secreto que tuviera alguna atención conmigo. Aunque yo acabara de comer exactamente la misma comida, o incluso aunque fuera algún plato que no me gustaba especialmente, aquellos sabores de la comida de mi padre recibida de su plato en el cuarto trasero de su oficina tenían una magia especial que resultaba deliciosa e inestimable. Constituyen las memorias más queridas y cercanas que conservo de los cálidos momentos que compartí con mi padre. Y no son muy abundantes.

Cuando mi padre había terminado de comer, yo enjuagaba las botellas, fregaba los platos y los cubiertos, los volvía a colocar en la balda acondicionada para ello y los tapaba con el mantel de tela que quedaba allí con ese fin, para protegerlos del polvo en el cuarto trasero. Con mucho cuidado volvía a meter las botellas en la bolsa de la compra y cogía la moneda niquelada que mi padre me daba para el viaje de vuelta en autobús. Le daba otro beso y me iba a casa.

A veces no intercambiábamos más de dos o tres frases durante todo el tiempo que pasábamos juntos en la oficina. Pero recuerdo aquellas tardes, especialmente en primavera, como un tiempo muy especial y satisfactorio.

10

La primera vez que fui a Washington DC fue a principios del verano en que se suponía que me tocaba salir de la infancia. Al menos eso es lo que nos dijeron en la graduación de octavo curso. Mi hermana Phyllis terminó ese mismo año el instituto y yo me preguntaba de qué se suponía que tenía que salir ella. Pero, como regalo de graduación para ambas, toda la familia junta hicimos un viaje el 4 de Julio[11] a Washington DC, la famosa y legendaria capital de nuestro país.

Era la primera vez que me subía a un tren de día. Cuando era pequeña y solíamos ir a la costa de Connecticut, siempre viajábamos de noche en el tren lechero porque era más barato.

El ambiente de nuestra casa estuvo marcado por los preparativos incluso antes de que se hubiera acabado el colegio. Preparamos equipaje para una semana. Había dos maletas grandísimas que llevaba mi padre y una caja con comida. De hecho, mi primer viaje a Washington fue una fiesta ambulante; empecé a comer en cuanto nos acomodamos en nuestros asientos, y no paré hasta un poco más allá de Filadelfia. Recuerdo que era Filadelfia porque me decepcionó que no pasáramos por delante de la Campana de la Libertad.

Mi madre había asado dos pollos y los había cortado en pequeñas porciones individuales. Había metido rebanadas de pan negro con mantequilla y pimienta verde y palitos de zanahoria. Había unos pastelitos lobulados cubiertos de un glaseado amarillo chillón que se llamaban

caléndulas, comprados en la pastelería Cushman. Llevábamos un bollo especiado y pastelitos comprados en Newton, la pastelería antillana que había cruzando Lenox Avenue frente al colegio de Saint Mark, y té helado en un tarro de mayonesa envuelto en papel. También había encurtidos suaves para nosotras y picantes para mi padre, y melocotones que todavía conservaban su piel aterciopelada, envueltos individualmente para evitar que se golpearan. Y, para limpiarnos, llevábamos un montón de servilletas y una cajita con una toallita empapada en agua de rosas y glicerina para quitarnos los restos de comida de la boca.

Yo quería comer en el coche-restaurante porque había leído sobre aquel servicio, pero mi madre me recordó por enésima vez que la comida en el coche-restaurante siempre costaba demasiado y que, además, nunca podías estar segura de qué manos habrían tocado aquellos alimentos, ni de dónde habían estado aquellas manos justo antes de hacerlo. Mi madre nunca mencionó que, en 1947, a la gente Negra no se le permitía entrar en el coche-restaurante de los trenes que iban al sur. Como de costumbre, mi madre ignoraba todo aquello que no le gustaba pero que no podía cambiar. Tal vez, si no le prestaba atención, aquello acabaría por desaparecer.

Me enteré posteriormente de que el viaje de fin de curso de Phyllis había sido a Washington, pero que las monjas le habían devuelto a mi madre en privado el dinero que había entregado para la reserva, explicándole que la clase, cuyos alumnos eran todos blancos excepto Phyllis, se iba a alojar en un hotel en el que Phyllis «no se iba a sentir muy cómoda», lo que significaba, como le explicó papá, también en privado, que no tenían habitaciones para Negros.

«Os llevaremos a Washington a todas nosotros mismos», había dicho mi padre, «y no solo por una noche a un hotelucho lleno de pulgas».

El racismo en Estados Unidos era una realidad nueva y devastadora a la que mis padres tuvieron que enfrentarse cada día desde que llegaron a este país. Lo manejaron como si fuera una cuestión privada. Mi madre y mi

padre creían que la mejor manera de proteger a sus hijas de las realidades de la raza en Norteamérica y del hecho del racismo estadounidense era no nombrándolos jamás, y mucho menos hablando de su naturaleza. Nos decían que nunca confiáramos en la gente blanca, pero nunca nos explicaban el *porqué*, ni la naturaleza de la mala intención de aquellas personas. Al igual que tantas otras informaciones vitales en mi niñez, se suponía que yo debía estar al tanto sin que me lo explicaran. Siempre me pareció un planteamiento bastante extraño, procediendo de mi madre, que se parecía tanto a cualquiera de esas personas en las que nunca debíamos confiar. Pero algo siempre me advertía de que no le preguntara a mi madre por qué no era blanca y por qué tampoco lo eran las tías, *Aunti* Lillah y *Aunti* Etta, a pesar de que todas tuvieran ese color de piel tan problemático y tan distinto del de mi padre y del mío, e incluso del de mis hermanas, que en cierto modo estaban a medias entre ambos.

En Washington DC, teníamos una gran habitación con dos camas de matrimonio y una cama supletoria para mí. Era un hotel de una calle secundaria perteneciente a un amigo de mi padre que estaba metido en el negocio inmobiliario, y me pasé todo el día siguiente después de misa parpadeando delante del monumento a Lincoln en el que Marian Anderson había cantado después de que las DAR[12] no la hubieran dejado cantar en su auditorio porque era Negra. O porque era «de Color», como dijo mi padre cuando nos refirió el hecho. Salvo que, probablemente, lo que entonces dijo fue «Negra», porque para sus tiempos era bastante progresista.

Yo parpadeaba porque sufría aquella agonía silenciosa que caracterizó todos los veranos de mi infancia, desde que se acababa el colegio en junio hasta finales de julio, debida a mis pupilas dilatadas y vulnerables expuestas a la resplandeciente luz del verano.

Veía los meses de julio a través de una dolorosa corola de deslumbrante blanco y siempre odié el 4 de Julio, incluso antes de darme cuenta de lo

falsa que aquella ceremonia resultaba para la gente Negra de este país.

Mis padres no eran partidarios de que lleváramos gafas de sol ni de que se gastara dinero en ellas.

Me pasé la tarde parpadeando delante de los monumentos dedicados a la libertad, a anteriores presidentes y a la democracia, preguntándome por qué la luz y el calor eran mucho más intensos en Washington DC que en donde vivíamos, en la ciudad de Nueva York. Hasta el pavimento de la calle era de un color un poco más claro que en nuestra ciudad.

A última hora de aquella tarde en Washington mi familia y yo bajábamos por Pennsylvania Avenue. Formábamos una auténtica caravana, la madre café con leche, el padre chocolate y las tres niñas de tonalidades intermedias con una gradación regular. Conmovido por aquel entorno histórico y por el calor de aquel atardecer, mi padre nos propuso darnos otro capricho. Tenía un gran sentido de la historia y cierta afición al drama sin sobresaltos, así como cierto sentido de lo especial de una ocasión y de un viaje.

«¿Hacemos un alto y nos tomamos un refresco, Lin?».

A dos manzanas de nuestro hotel, la familia se detuvo para tomarse una copa de helado de vainilla en Breyer, especialista en helados y refrescos. En el interior, el local estaba oscuro y tenía un ventilador, lo cual supuso un delicioso alivio para mis ojos doloridos.

Con nuestra ropa de algodón acanalado y almidonado, los cinco nos sentamos en fila en la barra. Yo estaba entre mi madre y mi padre, y mis dos hermanas al otro lado de mi madre, y cuando la camarera habló, al principio ninguno de nosotros comprendió lo que estaba diciendo, por lo que permanecimos en nuestros asientos.

La camarera recorrió la fila hasta llegar a mi padre y volvió a decir: «Que digo que les puedo servir algo para llevar, pero no pueden ustedes quedarse aquí a tomar nada. Lo siento». A continuación, bajó la mirada

aparentemente muy molesta y de repente nos dimos cuenta todos a la vez de lo que estaba diciendo, alto y claro.

Con la cabeza alta y gesto de profunda indignación, uno por uno los miembros de mi familia y yo nos apeamos de los taburetes de la barra, dimos media vuelta, nos dirigimos hacia la puerta y salimos del establecimiento, tranquilos y ultrajados, como si nunca hubiésemos sido Negros antes de aquello. Nadie quiso contestar a mi insistente pregunta con otra cosa que no fuera un silencio culpable. «¡Pero si no habíamos hecho nada!». ¡Aquello no era justo! ¿Acaso no había escrito yo poesías sobre Bataán y la libertad y la democracia para todos?

Mis padres no comentaron aquella injusticia, no porque hubieran contribuido a ella, sino porque sentían que debieron haberla previsto y evitado. Aquello me enfadó todavía más. Nadie iba a responder a mi ira con una ira de igual intensidad. Hasta mis hermanas imitaron a mis padres fingiendo que no había sucedido nada de particular ni de antiamericano. No me secundaron cuando dije que iba a escribir una carta al presidente de Estados Unidos, aunque mi padre me prometió que podría pasarla a máquina en la oficina la semana siguiente, después de enseñarle el borrador que iba a escribir en mi cuaderno.

La camarera era blanca y la barra era blanca y el helado que nunca llegué a comer en Washington DC, aquel verano en que salí de la infancia, era blanco; y el calor blanco y el pavimento blanco y los monumentos de piedra blanca de mi primer verano en Washington me causaron un empacho para todo el resto del viaje, que a fin de cuentas tampoco resultó ser un regalo de graduación tan estupendo.

---

[11] Fiesta nacional que celebra el día de la independencia de Estados Unidos en conmemoración de la firma de la Declaración de Independencia, el 4 de julio de 1776.

[12] DAR, siglas de Daugthers of the American Revolution (Hijas de la Revolución Norteamericana).

11

De niña había en casa de mi madre especias que se rallaban y especias que se machacaban, y siempre que machacabas alguna especia o ajo u otras hierbas, utilizabas el mortero. Cualquier mujer antillana que se preciara tenía su propio mortero. Si por alguna razón se te perdía o rompía el almirez, por supuesto, te podías comprar otro en el mercado de Park Avenue, debajo del puente, pero solían ser morteros portorriqueños y, aunque eran de madera y funcionaban exactamente igual, por algún motivo nunca llegaban a ser realmente tan buenos como los de las Antillas. La verdad es que nunca supe muy bien de dónde venían los mejores morteros, pero sabía que debía de ser de cerca de aquel lugar amorfo y místicamente perfecto llamado «casa». Y todo lo que procedía de «casa» era necesariamente especial.

El mortero de mi madre era de un tipo muy refinado y en ello bastante distinto del resto de sus posesiones y, desde luego, de la imagen de sí misma que proyectaba en los demás. El mortero se hallaba, sólido y elegante, en una balda del armario de la cocina desde tiempos inmemoriales, y yo le tenía un enorme cariño.

Estaba tallado en una fragante madera exótica, demasiado oscura para ser cerezo y demasiado roja para ser avellano. Para mi mirada de niña, el exterior presentaba una talla elaborada y de lo más encantadora. Se veían ciruelas redondas y frutas ovaladas indeterminadas, algunas largas y

aflautadas como los plátanos, otras en forma de huevo, con la base más ancha, como los aguacates maduros. Entre medias había formas redondeadas más pequeñas, parecidas a las cerezas, dispuestas en racimos apretados.

Me encantaba tocar con los dedos el relieve redondeado y duro de aquellas frutas talladas y la terminación siempre sorprendente de las formas del reborde del mortero, a partir del cual empezaba una acentuada pendiente hacia el interior del cuenco, suavemente cóncava, pero de repente muy profesional. La pesada solidez de aquel utensilio de madera me hacía sentirme segura y de alguna manera plena; como si todos los sabores incrustados en su pared interior se conjuraran para invocar visiones de deliciosos festines, tanto los ya celebrados como los venideros.

La mano del almirez era alargada y terminaba en punta, y estaba hecha de la misma madera rosa misteriosa. Se agarraba de una manera casi perfecta y familiar. Su forma me recordaba un calabacín de verano de cuello curvado que hubieran enderezado y retorcido ligeramente. También podría haber sido un aguacate, con cuello de pera, solo que estirado y todo ello optimizado para la función de machacar, sin perder nunca la suave firmeza aparente y el carácter frutal que sugería la madera. Era ligeramente más grande en el extremo inferior que la mayoría de las manos de almirez, y dicho extremo ancho y redondeado encajaba con facilidad en el hueco del cuenco. El prolongado uso y los años de golpear y de machacar productos en el hueco del cuenco habían ablandado la superficie del mortero de madera, hasta el punto de que una fina capa de fibras rotas cubría la cabeza de la mano del almirez cual forro de terciopelo. Una capa idéntica de esa madera desgastada y aterciopelada cubría la base del interior del cuenco.

A mi madre no le gustaba especialmente moler las especias, y consideraba la llegada al mercado de los productos ya molidos como una bendición para las cocineras. Pero algunos platos requerían una mezcla

particular y sabrosa de ajo, cebolla cruda y pimienta, y los marinados eran uno de ellos.

En los marinados de nuestra madre no importaba qué tipo de carne se utilizara. Podían ser corazones o recortes de alguna pieza de vaca, o incluso cuellos y despojos de pollo cuando éramos tan pobres. Era la mezcla de especias y de hierbas que se untaba en la carne antes de dejarla marinar durante unas cuantas horas para luego cocinarla lo que hacía que el plato resultara tan especial e inolvidable. Pero mi madre tenía algunas ideas muy asentadas acerca de lo que más le gustaba cocinar y acerca de cuáles eran sus platos predilectos, y los marinados definitivamente no pertenecían a ninguna de esas dos categorías.

En las rarísimas ocasiones en las que mi madre permitía a alguna de las tres hermanas elegir una comida —contrariamente a ayudar a prepararla, que era rutina diaria—, en aquellas ocasiones, mis hermanas solían elegir alguno de aquellos platos prohibidos que tanto apreciaban nuestros corazones, que recordábamos haber comido en la mesa de algún pariente y que se consideraban de contrabando, por lo que era muy poco frecuente que los comiéramos en casa. Solíamos pedir perritos calientes, a veces con salsa kétchup o acompañados de judías gratinadas a la bostoniana; o pollo a la americana, primero empanado y luego frito en aceite como lo hace la gente del sur; o algún plato con crema que alguna de mis hermanas había comido en el colegio; croquetas de lo que fuera o algo rebozado; una vez incluso nos atrevimos a hacer la osada y extravagante petición de rajas de sandía fresca, que vendía en la parte de atrás de una camioneta descubierta que llevaba sobre las tablas de los costados el polvo de las carreteras del sur un joven Negro escuálido con la gorra visera puesta del revés, que asomaba, medio gritando, medio cantando: «¡La traigo buena, la sandía, oigan, la traigo buena!».

Había muchos platos norteamericanos con los que también soñaba, pero una o dos veces al año en las que me tocaba a mí elegir la comida, siempre

pedía carne marinada. Con ello sabía que podría utilizar el almirez de mi madre, y aquello era ya en sí más extraordinario que cualquiera de los platos prohibidos. Además, si de verdad quería perritos calientes o croquetas de lo que fuera, siempre podía robarle algún dinero a mi padre del bolsillo y comprarlo en la cantina del colegio.

«Madre, hagamos carne marinada», decía yo, y desde que lo decía no paraba de pensar en ello. El sabor evocado de la suave carne especiada estaba inseparablemente asociado en mi mente a los placeres táctiles del mortero de mi madre.

«¿Pero tú te crees que alguien va a encontrar tiempo para machacar todo lo que hace falta?». Mi madre me clavaba su penetrante mirada gris desde debajo de sus espesas cejas. «Es lo que tenéis los críos, que no dejáis de maquinar». Y volvía a centrarse en lo que fuera que estuviera haciendo. Si acababa de volver de la oficina con mi padre, tal vez estuviera repasando los recibos del día o lavando los interminables montones de sábanas sucias que al parecer las habitaciones alquiladas producían sin descanso.

«¡Pero, mamá, yo puedo machacar los ajos!», sería mi siguiente frase en el guion que había escrito alguna mano arcana y secreta, y allá que me iba a la despensa a bajar de la balda el pesado almirez de madera y su mano.

Sacaba una cabeza de ajos del bote en el que se conservaban en la nevera y, separando diez o doce dientes, les quitaba cuidadosamente la piel color lavanda, cortando cada diente por separado en dos, a lo largo. Los echaba uno a uno en el amplio cuenco del mortero que estaba esperando. De una cebolla, cortaba una fina rodaja y reservaba el resto para utilizarla más tarde con la carne; la rodaja la cortaba en cuartos y también la echaba al mortero. A continuación, le tocaba el turno a la pimienta negra fresca, burdamente molida. Y luego añadía una generosa capa de sal sobre todo ello. Por último, si es que teníamos, le agregaba unas cuantas hojas de la parte de arriba de un manojo de apio. A veces mi madre le ponía también una rodaja de pimiento verde, pero a mí no me gustaba la textura de la piel del

pimiento bajo la mano del almirez y prefería echarla más tarde junto con la cebolla cortada, dejando reposar la mezcla sobre la carne sazonada mientras se marinaba.

Una vez que tenía todos los ingredientes en el mortero, cogía la mano y la metía en el cuenco, dándole lentamente unas cuantas vueltas y pasándola por encima de todos los ingredientes para mezclarlos. Solo entonces levantaba la mano del almirez y, sujetando firmemente con mi mano el cuenco por la parte labrada, acariciando las frutas talladas en la madera con mis dedos perfumados, apretaba con decisión hacia abajo, sintiendo cómo la sal se escapaba y los duros trocitos de ajo salpicaban hasta el mango del almirez de madera. Arriba, abajo, vuelta y arriba..., y así empezaba la cadencia.

El *golpe-machaca-frota-vuelta-arriba* se repetía una y otra vez. El impacto sordo del mortero contra el lecho de especias que había que moler, la sal y la pimienta absorbiendo los jugos que poco a poco iban saliendo del ajo y de las ramas de apio.

Golpe-machaca-frota-vuelta-arriba. La fusión de fragancias que emanaban del mortero.

Golpe-machaca-frota-vuelta-arriba. La sensación de la mano del almirez que envuelven mis dedos y del cuenco como una fruta que se hace redonda en el hueco de mi mano, apretado contra mi cuerpo.

Todo aquello me transportaba a un mundo de aromas, de ritmos, de movimientos y de sonidos que se iban haciendo más excitantes a medida que los ingredientes se iban licuando.

De vez en cuando mi madre miraba levantando la cabeza con ese gesto de fastidio divertido que se interpretaba como una muestra de ternura.

«¿Qué es lo que te crees que estás preparando, caldo de ajo, o qué? Ya basta, ahora ve a por la carne».

Y yo cogía, por ejemplo, los corazones de cordero de la nevera y me ponía a prepararlos. Les quitaba las venas endurecidas en el extremo de los

músculos lisos y firmes, dividía cada corazón oval en cuatro trozos en forma de cuña y, cogiendo con los dedos un poco de la especiada mezcla del mortero, frotaba cada uno de los cuartos con la sabrosa mezcla, mientras un aroma penetrante a ajo, cebolla y apio invadía la cocina.

El último día que machaqué especias para hacer carne marinada fue en el verano de mis quince años. Aquel fue un verano bastante ingrato para mí. Acababa de terminar mi primer año de instituto. En lugar de que me dejaran visitar a mis nuevas amigas, que vivían todas en otras partes de la ciudad, tenía que acompañar a mi madre a hacer la ronda de los médicos, con los que mantenía largas conversaciones susurradas. Solo un asunto importante podía tenerla apartada de la oficina tantas mañanas seguidas. Pero mi madre estaba preocupada porque yo tenía catorce años y medio y todavía no había tenido la regla. Tenía pecho, pero no menstruaba, y temía que me pasara algo «malo». Sin embargo, como nunca había hablado conmigo de aquel misterioso asunto de la menstruación, obviamente no se suponía que yo pudiera saber de qué iba todo aquel cuchicheo, aunque se refería a mi propio cuerpo.

Por supuesto, sabía todo lo que había podido averiguar en aquellos días de los libros difícilmente accesibles que se hallaban en la «estantería cerrada» detrás de la mesa de la bibliotecaria en la biblioteca pública, a la que había llevado de casa una nota falsificada que me autorizaba a leerlos bajo la atenta mirada de la bibliotecaria y en una mesa especial reservada para ese fin.

Aunque no contenían una información apabullante, eran libros fascinantes en los que figuraban palabras tales como *regla*, *ovulación* y *vagina*.

Pero cuatro años antes había tenido que averiguar si me iba a quedar embarazada porque un chico del colegio mucho mayor que yo me había invitado a subir a una azotea cuando volvía a casa de la biblioteca y luego me había amenazado con romperme las gafas si no le dejaba meter su

«cosa» entre mis piernas. Y en aquel momento yo solo sabía que quedarse embarazada tenía algo que ver con el sexo y que el sexo tenía algo que ver con esa «cosa» parecida a un lápiz y que en general era malo y no había que hablar de ello con la gente de bien, y estaba asustada de que mi madre pudiera enterarse y de lo que me haría si así fuera. En cualquier caso, no había ningún motivo por el que yo tuviera que estar mirando los buzones del portal de aquella casa, aunque Doris era una niña de mi clase en Saint Mark que vivía en aquella casa y yo siempre estaba sola en verano, particularmente en aquel verano de mis diez años.

Cuando llegué a casa, me lavé de arriba abajo y mentí acerca del motivo por el que me había entretenido en la biblioteca, y me dieron un correazo por llegar tarde. Aquel debió de ser un verano duro para mis padres en la oficina también, porque fue el verano en que me dieron candela casi todos los días por un motivo o por otro entre el 4 de Julio y el Día del Trabajo.[13]

Cuando no me daban correazos, me escondía en la biblioteca de la calle 135 y falsificaba notas de mi madre para poder sacar libros de la «estantería cerrada» y leer sobre el sexo y sobre cómo se hacían los bebés, a la espera de quedarme embarazada. Ninguno de los libros me aclaraba demasiado la relación entre tener la regla y tener un bebé, pero todos eran muy claros acerca de la relación entre el pene y quedarse embarazada. O tal vez fuera yo la que tenía mucha confusión en la cabeza, porque siempre fui una lectora muy rápida, pero no muy atenta.

Así que cuatro años más tarde, a los quince años de edad, era una muchacha muy asustada, todavía medio horrorizada ante la perspectiva de que alguno de aquella interminable retahíla de médicos mirara en el interior de mi cuerpo y descubriera mi vergüenza de cuatro años antes y le dijera a mi madre: «¡Ajá! Conque eso es lo que pasaba. Su hija está a punto de quedarse embarazada».

Por otra parte, si le contaba a mi madre que sabía lo que estaba pasando y que conocía el propósito de aquellos safaris médicos, tendría que contestar

a sus preguntas sobre por qué y cómo lo sabía, puesto que ella no me lo había dicho, lo que supondría al mismo tiempo revelar toda la horrible y comprometedora historia de los libros prohibidos, de las autorizaciones falsificadas y de las azoteas y las conversaciones en las escaleras de los edificios.

Un año después del incidente de la azotea, nos mudamos de barrio. Daba la sensación de que las alumnas de la escuela de Saint Catherine sabían mucho más de sexo que las de Saint Mark. En octavo curso robé dinero para comprarle a mi compañera Adeline una cajetilla de tabaco y ella me confirmó mis sospechas, de fuente teórica, acerca de cómo se hacían los bebés. Mi respuesta a sus gráficas descripciones fue pensar para mis adentros: *Obviamente, tiene que haber otra manera que Adeline no conoce, porque mis padres tienen hijas y que yo sepa nunca hicieron nada parecido*. Pero los principios básicos estaban ahí y se parecían mucho a los que yo había leído en *El libro de la familia explicado a la juventud*.

Así que en mi decimoquinto verano, mientras pasaba de una camilla a otra, mantuve las piernas abiertas y la boca cerrada, y cuando vi sangre en mis bragas una cálida tarde de julio, las lavé en secreto en el cuarto de baño y me las volví a poner húmedas porque no sabía cómo contarle a mi madre la noticia de que tanto sus preocupaciones como las mías habían acabado. (Durante todo aquel tiempo al menos había comprendido que tener la regla era señal de que no estabas embarazada).

Lo que ocurrió fue como una pieza de un baile antiguo y elaborado entre mi madre y yo. Ella acaba por descubrir, por una mancha en la tapa de la taza del váter que dejo aposta a modo de anuncio sin palabras, lo que ha sucedido; me regaña: «¿Por qué no me dijiste nada, eh? No hay motivo para que te preocupes. Ahora eres una mujer, ya no eres una niña. Ahora ve a la tienda y pídele al hombre que te dé...».

Me sentí aliviada de que toda aquella maldita historia hubiera terminado. Es difícil hablar de dobles mensajes cuando no tienes la lengua doble. Mi

madre verbalizaba evocaciones y restricciones de pesadilla: «Eso significa que a partir de ahora más vale que tengas cuidado y que no andes por ahí con todo bicho viviente...» (lo cual seguramente hacía alusión al hecho de que, después de las clases, me quedaba charlando con mis amigas, porque de hecho no conocía a ningún chico); y lo de: «Y recuerda también que, después de envolver las compresas en papel de periódico, no debes dejarlas por ahí en el suelo del baño donde tu padre pueda verlas; no es que sea nada vergonzoso, pero de todos modos, que no se te olvide...».

Junto con todas aquellas advertencias había algo más en mi madre que yo no acertaba a definir. Era la aparición de aquella media sonrisa con el entrecejo fruncido, medio divertida, medio fastidiada, tan típica suya, que me hacía sentir —contrariamente a la manera que tenía de acosarme con las palabras— que algo muy bueno y satisfactorio y que le resultaba agradable acababa de suceder, y que las dos estábamos simulando otra cosa por razones muy sabias y secretas. Más tarde ya entendería aquellas razones, a modo de recompensa, si me portaba bien. Para terminar, mi madre me tiró la caja de compresas Kotex a las manos (la acababa de traer de la farmacia en su discreto embalaje junto con un cinturón higiénico) y me dijo: «Pero fíjate la hora que se ha hecho ya. Me pregunto qué vamos a cenar esta noche». Esperó. Al principio no comprendí, pero enseguida me di cuenta. Había visto los recortes de carne en la nevera aquella mañana.

«Mamá, por favor, hagamos carne marinada, yo machacaré los ajos». Dejé la caja encima de una silla de la cocina y me puse a lavarme las manos, encantada ante la perspectiva.

«Bueno, pero primero quita tus cosas de ahí. Ya te he dicho que no dejes eso tirado por ahí». Sacó las manos del fregadero donde estaba faenando y me tendió la caja de compresas en su embalaje. «Tengo que salir, se me olvidó comprar té en la tienda. Asegúrate de que frotas bien la carne».

Cuando volví a la cocina, mi madre había salido. Me fui a la despensa para bajar el almirez. Sentía mi cuerpo como algo nuevo y especial y

desconocido y sospechoso, todo ello al mismo tiempo.

Podía sentir ondas de tensión recorriéndome el cuerpo de parte a parte, como vientos lunares rozando la superficie de la Luna. Sentía entre las piernas el leve roce de la suave protuberancia de la compresa de algodón y el delicado olor a pan de frutas que emanaba de delante de mi blusa estampada, mi propio olor de mujer, tibio, vergonzoso, pero, en realidad, totalmente delicioso.

Años más tarde, ya de adulta, siempre que pensaba en el olor de aquel día imaginaba a mi madre: se había secado las manos después de hacer la colada, se había desatado el delantal que había doblado cuidadosamente y había bajado la mirada hacia mí, que estaba tumbada en el sofá; y luego, lentamente, con esmero, nos tocábamos y acariciábamos en nuestros lugares más secretos.

Bajé el almirez y machaqué los dientes de ajo con el borde de la parte inferior del cuenco para separar la fina piel casi de papel más aprisa. Los corté y los eché al cuenco del almirez junto con un poco de pimienta negra y algunas hojas de apio. Eché la sal blanca, que cubrió como si fuera nieve el ajo, la pimienta negra y las pálidas hojas de apio. Eché la cebolla y unos trocitos de pimiento verde y agarré la mano del almirez.

Se me escurrió de entre los dedos y cayó al suelo con estruendo, describiendo un semicírculo en ambas direcciones, hasta que me agaché para recogerla. La agarré por el mango y me incorporé. Los oídos me zumbaban levemente. Sin siquiera limpiarla, la metí en el cuenco, sintiendo cómo cedía la capa de sal y se rompían los dientes de ajo bajo la superficie de esta. El movimiento hacia abajo de la mano del almirez se ralentizaba tras el impacto; luego giraba hacia un lado y hacia otro lentamente y luego alteraba suavemente su ritmo para incluir una cadencia de arriba abajo. De adelante atrás, en redondo, de arriba abajo, de adelante atrás, en redondo, en redondo, en redondo, de arriba abajo. En mi interior había una pesada plenitud, excitante y peligrosa.

A medida que iba machacando las especias, tuve la sensación de que se establecía una conexión vital entre los músculos de mis dedos, que abrazaban con firmeza la suave mano del almirez en su insistente movimiento hacia abajo, y el centro en fusión de mi cuerpo, cuya fuente emanaba de una nueva y madura plenitud situada justo por debajo de la boca del estómago. Aquel hilo invisible, tenso y sensible como un clítoris al aire, conectaba mis dedos firmes con mi brazo torneado y moreno, hasta la realidad húmeda de mis axilas, cuyo olor penetrante y tibio con un matiz extraño y nuevo se mezclaba con el aroma del ajo maduro procedente del almirez y los olores generales más dulces y pesados del pleno verano.

El hilo me recorría las costillas y descendía por la columna vertebral, cantando y haciéndome sentir un cosquilleo, hasta llegar a la cuenca situada entre mis caderas y que ahora apoyaba contra la mesa baja de la cocina ante la que me hallaba, machacando las especias. Y dentro de aquella cuenca había un mar de sangre cuyas mareas, que se habían vuelto muy reales, me proporcionaban su fuerza y su conocimiento.

Las ondas de choque que enviaba la mano del almirez envuelta en terciopelo al contacto con el lecho de especias recorrían una trayectoria invisible a lo largo del hilo hasta llegar a mi centro, y pronto la dureza de aquellos impactos reiterados se hizo cada vez menos soportable. La cuenca de grandes mareas suspendida entre mis caderas se estremecía a cada nuevo golpe, que ahora parecía un ataque. Sin que yo lo hubiera decidido, el impulso de la mano del almirez se fue reduciendo poco a poco, hasta que la superficie aterciopelada acabó rozando levemente el puré líquido al fondo del mortero.

El propio ritmo de mis movimientos acabó por ralentizarse y relajarse y permanecí allí, con una mano envolviendo levemente el mortero esculpido, apretado contra el centro de mi cuerpo, mientras que la otra mano frotaba y aplastaba la pasta de especias con un movimiento amplio y circular.

Tarareé para mis adentros una melodía indefinida mientras trabajaba al calor de la cocina, pensando aliviada lo sencilla que sería mi vida ahora que ya era mujer. Me había sacado de la cabeza la lista de las siniestras advertencias para después de la menstruación que me había hecho mi madre. Tenía el cuerpo fuerte, pleno, abierto y cautivado por el suave movimiento de la mano del almirez y por los ricos aromas que inundaban la cocina, así como por la plenitud del calor estival.

Oí el sonido de la llave de mi madre en la cerradura.

Entró impetuosamente en la cocina, como un navío a toda vela. En el labio superior tenía finas gotas de sudor y entre las cejas, unas arrugas verticales.

«¿Quieres decir que todavía no está lista la carne?». Mi madre tiró el paquete de té sobre la mesa y, echando una ojeada por encima de mi hombro, se succionó los dientes en señal de profundo desagrado. «¿Y ahora qué piensas hacer? ¿Es que vas a quedarte ahí toda la noche jugando con la comida? Conque yo me voy hasta la tienda y vuelvo y tú ni siquiera has acabado de machacar unos pocos ajos para sazonar la carne. ¿Es que no sabes hacer las cosas mejor? ¿Por qué te empeñas en sacarme de mis casillas?».

Cogió el mortero y la mano del almirez y empezó a moler lo que había dentro con vigor. Y todavía había pedacitos de ajo que se habían quedado en el fondo del cuenco.

«¡Así es como tienes que hacerlo!». Metió la mano del almirez en el cuenco con decisión, moliendo los pedacitos de ajo que quedaban. Oí el impacto de la madera contra la madera en su enérgico movimiento hacia abajo, y sentí aquel impacto duro en todo mi cuerpo, como si algo se hubiera roto en mi interior. Pum, pum, hacía la mano del almirez, decidida, al subir y bajar con aquel movimiento tan familiar.

«Ya lo estaba machacando, Madre», me atreví a protestar, al tiempo que me iba hacia la nevera. «Sacaré la carne». Me quedé sorprendida ante el

descaro con el que le estaba contestando.

Pero algo en mi voz hizo que mi madre interrumpiera sus eficaces movimientos. Ignoró mi contradicción implícita, que en sí era un acto de rebeldía estrictamente prohibido en nuestra casa. El pum, pum se detuvo.

«¿Y ahora qué te pasa? ¿Te encuentras mal? ¿Te quieres ir a la cama?».

«No, estoy bien, Madre».

Pero sentí sus fuertes dedos sobre mi brazo, agarrándome para que me diera la vuelta, al tiempo que me ponía la otra mano bajo la barbilla y me miraba fijamente a la cara. Su voz se suavizó.

«¿Es la regla la que te hace estar más lenta hoy?». Me sacudió levemente la barbilla y yo clavé mis ojos en los suyos grises de pesados párpados, que me miraban casi con cariño. De repente sentí que en la cocina hacía un calor y un silencio sofocantes y sentí que empezaba a estremecerme de los pies a la cabeza.

Los ojos, sin que yo acertara a comprenderlo, se me llenaron de lágrimas al darme cuenta de que la manera en que me había enseñado a machacar las especias, a base de golpes con la mano del almirez, y que tanto me gustaba, sería diferente a partir de entonces, y también al pensar que en la cocina de mi madre solo había una manera de hacer bien las cosas. Tal vez mi vida no iba a ser tan sencilla, a fin de cuentas.

Mi madre se apartó de la encimera y me rodeó los hombros con su pesado brazo. Pude oler la tibieza femenina que emanaba de entre su brazo y su cuerpo, mezclada con el aroma de la glicerina y el agua de rosas y con el olor de su espesa mata de pelo.

«Ya acabo yo de preparar la cena». Me sonrió y había una ternura en su voz y una ausencia de enfado que recibí encantada, a pesar de que aquello me resultara una novedad.

«Ahora vete al cuarto de estar y túmbate en el sofá. Te voy a hacer una taza de té bien caliente». Sentí su brazo alrededor de mis hombros, tibio y ligeramente húmedo. Apoyé la cabeza sobre su hombro y me di cuenta con

deleite y sorpresa, cuando me acompañó al fresco salón en penumbra, de que yo era casi tan alta como mi madre.

---

[13] En Estados Unidos el Día del Trabajo (*Labor Day*) se celebra oficialmente desde 1882 el primer lunes del mes de septiembre, y no el 1 de mayo (*May Day*), como se hace en el ámbito internacional *(N. de la T.)*.

12

En casa, mi madre decía: «No olvidéis comportaros como hermanas en presencia de extraños». Se refería a la gente blanca, como la mujer que pretendía que me levantara para que le cediera el asiento en el autobús número 4 y que olía a detergente. En Saint Catherine, decían: «Comportaos como hermanas en presencia de extraños», y se referían a los no católicos. En el instituto, las chicas decían: «Comportaos como hermanas en presencia de extraños», y se referían a los hombres. Mis amigas decían: «Comportaos como hermanas en presencia de extraños», y se referían a los carrozas.

Pero en el instituto mis verdaderas hermanas eran extrañas, mis profesores eran racistas y mis amigas eran de ese color de piel que tiene la gente en la que se suponía que no debía confiar.

En el instituto, mis mejores amigas eran «las Marcadas», como nuestra comunidad de rebeldes gustaba de llamarse a sí misma. Nunca hablábamos de las diferencias que nos separaban, solo de aquellas cosas que nos unían frente a *los demás*. Mis amigas y yo hablábamos de quién estudiaba alemán o francés, de quién prefería la poesía o el twist, de quién salía con chicos, de quién era «progresista». Incluso hablábamos de nuestra condición como mujeres en un mundo supuestamente gobernado por los hombres.

Pero nunca llegamos a hablar de lo que significaba ser blanca o Negra ni de cómo te hacía sentir, ni de cómo incidía en nuestra amistad. Por

supuesto, cualquier persona con sentido común lamentaba la discriminación por razón de raza, desde la teoría y sin discusión posible. Bastaba ignorarla para vencerla.

Yo me había criado en un mundo tan aislado que me resultaba muy difícil reconocer en la diferencia otra cosa que no fuera una amenaza, porque en general solía serlo. (La primera vez que vi a mi hermana Helen desnuda en la bañera yo casi tenía catorce años y pensé que era una bruja porque sus pezones tenían un color rosa pálido que contrastaba con el color café con leche de sus pechos, y no de un violeta oscuro como los míos). Pero a veces casi me volvía loca creyendo que había alguna cosa secreta y anormal en mí personalmente que constituía una barrera invisible entre el resto de mis amigas, que eran blancas, y yo. ¿Qué es lo que impedía que la gente me invitara a su casa, a sus fiestas o a sus residencias de veraneo para el fin de semana? ¿Acaso era que a sus madres no les gustaba que tuvieran amigas, como ocurría con mi madre? ¿Acaso sus madres les advertían de que no se fiaran nunca de los extraños? Pero se hacían visitas unas a otras. Había algo en todo ello que se me escapaba. Como el único lugar en el que conseguía ver claramente era en mi interior, obviamente, el problema lo tenía yo. No tenía palabras para el racismo.

En lo más profundo de mí, probablemente supiera entonces lo que sé ahora. Pero a mi mente infantil no le venía bien comprender, y yo necesitaba seguir siendo una niña durante un poco más de tiempo.

Éramos las Marcadas, el Sector Radical, nos sentíamos orgullosas de nuestra extravagancia y de nuestra locura, de escribir con pluma y tintas de extraños colores. Aprendimos a burlarnos de la gente bien y a cultivar nuestra paranoia de grupo, convirtiéndola en un instinto de autoprotección que siempre nos permitió detener nuestras travesuras justo antes de que nos expulsaran. Escribíamos oscuros poemas y nos encantaba nuestra rareza, botín de nuestras carencias, y en el proceso aprendimos que el dolor y el rechazo hacían daño pero que no resultaban fatales y que,

aunque no pudieran evitarse, si podían resultar útiles. En aquella época, sufrir era evidentemente lo que mejor hacíamos. Nos convertimos en las Marcadas porque aprendimos a hacer de ello virtud.

Escaso fue el sustento que gané durante los cuatro años que pasé en el instituto; y, sin embargo, qué importante ha sido ese sustento para mi supervivencia. Recordar esa época es como observar viejas fotografías mías en un campo de prisioneros sacando del montón de la basura restos comestibles y sabiendo que sin esos desechos podía haberme muerto de hambre. El abrumador racismo de tantos profesores, incluidos aquellos que suscitaron mis más turbadores enamoramientos de colegiala. Porque me contentaba con poco en materia de contacto humano, comparado con aquello que conscientemente deseaba.

Fue en el instituto donde empecé a pensar que era diferente de mis compañeras de clase blancas, no porque fuera Negra, sino porque yo era yo.

Durante cuatro años, el instituto Hunter fue mi cuerda de salvamento. Independientemente de lo que fuera en realidad, tenía algo que yo necesitaba. Por primera vez conocí a chicas de mi edad, Negras y blancas, que hablaban una lengua que en general podía comprender y en la que les podía contestar. Conocí a chicas con las que pude compartir sentimientos, sueños e ideas sin temor. Encontré a personas adultas que toleraron mis sentimientos e ideas sin castigar mi insolencia, e incluso unas pocas que los respetaban y admiraban.

Escribir poesía se convirtió en una ocupación habitual, dejó de ser un vicio secreto y rebelde. Las otras chicas de Hunter que escribían poesía no me invitaban a su casa tampoco, pero me eligieron para el cargo de editora literaria de la revista de arte del instituto.

En mi segundo año de instituto, libraba batallas abiertas en todos los frentes de mi vida que no fueran los académicos. Las relaciones con mi familia habían acabado pareciéndose a una versión antillana de la Segunda

Guerra Mundial. Cada conversación con mis padres, particularmente con mi madre, era como volver a pasar la batalla de las Ardenas sobre fondo negro y con sonido estereofónico. La *Blitzkrieg*[14] se convirtió en el símbolo predilecto de lo que representaba para mí mi casa. Imaginaba todas mis relaciones con ellos ante un telón de fondo que representaba a Juana de Arco en Reims o la guerra de Independencia estadounidense.

Todas las noches limpiaba mis fusiles y fundía mis balas de plomo después de medianoche, cuando todo el mundo en casa estaba durmiendo. Había descubierto un nuevo mundo llamado soledad voluntaria. Después de medianoche era el único momento en el que podía acceder a él en casa de mi familia. A cualquier otra hora, una puerta cerrada seguía considerándose un insulto. Mi madre interpretaba cualquier acto de separación de ella como un cuestionamiento de su autoridad. Solo se me permitía cerrar la puerta de mi habitación si estaba haciendo los deberes y ni por un instante más. Mi habitación daba al cuarto de estar y, una hora después de terminada la cena, podía oír a mi madre que me llamaba.

«¿Para qué sigues teniendo la puerta cerrada? ¿Es que todavía no has terminado los deberes?».

«¿Y no puedes sacar el libro y estudiar aquí fuera? Mira tu hermana, está trabajando en el sofá».

Cualquier solicitud de intimidad se interpretaba como un acto manifiesto de insolencia cuyo castigo era inmediato y doloroso. En primer curso me sentí agradecida por la llegada del televisor a nuestra casa. Me dio una excusa para retirarme a mi habitación y cerrar la puerta por una razón aceptable.

Cuando finalmente me iba a la cama, distintas escenas de violencia y destrucción poblaban mis pesadillas cual pimienta blanca y negra. Solía despertarme y encontraba la funda de la almohada roja y tiesa porque durante la noche me había sangrado abundantemente la nariz, o húmeda e inundada por el olor acre de las lágrimas y el sudor del terror.

Abría la cremallera de la funda de la almohada y la lavaba a mano a escondidas todos los fines de semana cuando cambiaba la cama. La colgaba en la parte de atrás del radiador de mi cuarto para que se secara. Aquella funda de almohada se convirtió en el implacable registro de percal sin blanquear de todas las batallas nocturnas de mi guerra afectiva. En secreto, me gustaba bastante el olor rancio y fuerte de mi almohada e incluso las manchas amarillentas que quedaban después de que lavara la sangre. Aquellas manchas, por muy antiestéticas que fueran, eran, igual que los olores, la prueba de algo vivo para mí, que tantas veces tenía la sensación de que me había muerto y que me despertaba en un infierno llamado mi casa.

Me aprendí de memoria el poema *Renacimiento*, de ocho páginas, de Edna Saint Vincent Millay. Me lo recitaba a mí misma con frecuencia. Los versos eran tan hermosos que me hacían feliz, pero era la tristeza y el dolor y la sensación de renovación las que me daban esperanza.

> Porque el este y el oeste pellizcarán el corazón
> que no los puede separar con fuerza
> y el cielo caerá poco a poco
> sobre aquel cuya alma es plana.

Mi madre respondió a aquellos cambios que se produjeron en mí como si yo fuera un ser extraño y hostil.

Intenté recabar el apoyo de una orientadora del instituto. Era también la directora del departamento de Inglés, y me decía continuamente que podía hacer mucho más si me lo proponía y que con ello podría llegar de verdad a ser el orgullo de mi gente.

«¿Tienes algún problema en casa, hija?».

¿Cómo lo sabía? Al fin y al cabo, tal vez podía ayudarme. Le abrí mi corazón y le conté todas mis desgracias. Le dije lo severa, mezquina e injusta que era mi madre y que no me quería porque yo era mala y estaba gorda, contrariamente a mis hermanas, que eran pulcras y tenían buenos

modales. Le dije a la señora Flouton que quería irme de casa cuando tuviera dieciocho años o irme a estudiar fuera, pero que mi madre no estaba de acuerdo.

El sonido del tráfico al otro lado de la ventana que daba a Lexington Avenue se fue intensificando. Eran las tres y media de la tarde. La señora Flouton echó un vistazo a su reloj.

«Ahora tendremos que dejarlo aquí, chica. ¿Por qué no le dices a tu madre que venga a verme mañana? Estoy segura de que podemos arreglar este problemilla».

Yo no sabía a qué problemas se refería, pero su sonrisa condescendiente me resultaba amable y por una vez me sentía bien de tener a una persona adulta de mi parte.

Al día siguiente, mi madre se marchó temprano de la oficina y vino a Hunter. La noche anterior le había dicho que la señora Flouton quería verla. Me clavó una mirada penetrante por el rabillo de sus ojos cansados.

«¿No me irás a contar que en esa escuela también estás creando problemas?».

«No, Madre, es por lo de ir al *college»*. Alguien de mi parte. Esperé sentada a la puerta del despacho de la orientadora mientras mi madre estaba dentro hablando con la señora Flouton.

La puerta se abrió. Mi madre salió precipitadamente del despacho y se dirigió hacia la salida del centro sin siquiera mirarme. ¡Oh, cielos! ¿Me permitirían ir al *college* si conseguía una beca?

Alcancé a mi madre a la altura de la puerta que daba a la calle.

«¿Qué te ha dicho la señora Flouton, Madre? ¿Puedo ir al *college*?».

Justo antes de llegar a la calle, mi madre por fin se volvió hacia mí y me di cuenta horrorizada de que sus ojos estaban enrojecidos. Había estado llorando. No había ira en su voz, solo un pesado y horrible dolor. Todo lo que me dijo antes de marcharse fue: «¿Cómo le has podido decir esas cosas de tu madre a esa mujer blanca?».

La señora Flouton le había repetido a mi madre todas mis palabras, deleitándose morbosamente con cada detalle. Nunca sabré si fue porque pensó que mi madre era una arrogante mujer Negra que rechazaba su ayuda o porque nos veía a las dos como un experimento sociológico carente de sentimientos humanos, de confidencialidad y de sentido común. Fue la misma orientadora que al año siguiente me sometió a un test de aptitudes y me dijo que debía plantearme hacerme protésica dental porque había sacado una puntuación muy alta en ciencias y en destreza manual.

En casa, todo me parecía muy sencillo y muy triste. Si mis padres me hubiesen querido, no les habría molestado tanto. Pero, como no me querían, merecían que les molestara lo más posible dentro de los límites de mi propia supervivencia. A veces, cuando mi madre no me estaba chillando, la pillaba observándome con mirada asustada y llena de dolor. Pero mi corazón anhelaba dolorosamente algo que no era capaz de nombrar.

---

[14] Término alemán que designa la estrategia militar de la «guerra relámpago» *(N. de la T.)*.

13

Durante mi primer año en Hunter había otras tres chicas Negras en mi curso, aunque no en mi misma clase. Una de ellas era muy recatada y evitaba siempre que podía a todas las Marcadas. Las otras dos habían estudiado en el mismo colegio en Queens y siempre iban juntas y se apoyaban la una a la otra.

A mitad de mi segundo curso vinieron a Hunter otras dos chicas Negras. Una de ellas era la hermana de Yvonne Grenidge, que había estado saliendo con mi primo Gerry. Aquello hizo que mis dos mundos, el del instituto y el de casa, se conectaran peligrosamente. Estaba acostumbrada a verlos como planetas independientes.

La otra chica se llamaba Gennie.

Gennie supuso para mí el comienzo de mi doble vida en Hunter; en realidad, era una triple vida. Estaban las Marcadas, con las que hacía sesiones de espiritismo invocando los espíritus de Byron y de Keats. Estaba Maxine, mi tímida amiga judía que tocaba el piano y con la que me entretenía en la sala de las taquillas después del toque de queda, y que luego sufrió una depresión nerviosa porque estaba convencida de que se iba a morir de lepra. Y estaba Gennie.

Cada parte de mi vida escolar estaba separada de la otra, sin conexión excepto a través de mí. Ninguna de la otra gente que participaba en ellas tenía nada que ver con el resto. Maxine pensaba que las Marcadas eran

demasiado peligrosas y Gennie, que eran demasiado extravagantes. Las Marcadas pensaban que Maxine era una niña mimada y que Gennie era una arrogante. Gennie pensaba que eran todas unas sosas y lo decía en voz alta a la menor provocación.

«Desde luego, vaya gente más rara es esa con la que andas por ahí. Actúan como si pensaran que las estrellas fueran sus ligueros».

Yo me reía cuando rellenaba de lana sus zapatillas de ballet y se las ataba alrededor de los tobillos. Gennie siempre estaba o volviendo de clase de danza o yendo a ella.

Compartía las horas de clase y del almuerzo con las Marcadas, algunas comidas y momentos de ocio después de las clases con Maxine, y las horas de estudio, y cualquier otra ocasión que pudiera aprovechar, con Gennie. Ella era la única a la que veía los fines de semana.

De repente la vida se convirtió en un juego emocionante que consistía en averiguar cuánto tiempo podría pasar con la gente con la que me apetecía estar. Aprendimos a apreciar detrás de las taquillas la dulzura que cada una de nosotras teníamos, actividad a la que llamábamos por todo tipo de nombres de juegos: tula, qué-te-produce, yo-puedo-más-que-tú. Hasta que un día Gennie me dijo: «¿Es esta la única manera que conoces de hacer amigas?».

Y en aquel preciso instante empecé a aprender otras maneras.

Aprendí a sentir primero y a hacer las preguntas después. Aprendí cómo apreciar primero la apariencia exterior y luego el hecho de ser una fuera de la ley.

Aquel trimestre de primavera, Gennie y yo hicimos cosas que hicieron que las Marcadas me parecieran niñas de jardín de infancia. Fumábamos en los aseos y en la calle. Hacíamos novillos y escribíamos notas la una para la otra falsificando la letra de nuestras respectivas madres. Nos escondíamos en casa de Gennie y tostábamos *malvaviscos* en la cama de su madre. Robábamos monedas de los monederos de nuestras madres y recorríamos la

Quinta Avenida cantando canciones sindicalistas. Jugábamos a juegos sexis con los chicos latinos en las rocas de granito de Morningside Park. Y, sobre todo, hablábamos y hablábamos. Acababa de comenzar el puente aéreo con Berlín Occidental y el Estado de Israel representaba una esperanza recién nacida para la dignidad humana. Nuestra conciencia política emergente ya nos hacía sentir asqueadas de la democracia tipo Coca-Cola.

Gennie había recibido una formación de ballet clásico. Nunca la vi bailar, excepto en privado, para mí. Al principio de nuestro curso de primero abandonó Hunter porque decía que quería dedicarle más tiempo a la danza. En realidad, era porque odiaba los deberes. Entonces nuestra amistad empezó a estar menos conectada con el instituto. Gennie fue la primera persona de mi vida a la que amé conscientemente.

Fue mi primera amiga de verdad.

El verano de 1948 fue un momento de tremendos cambios en todo el mundo. Gennie y yo nos sentíamos parte de él, como la mayoría de las chicas del instituto Hunter. Envidiábamos a las muchachas que eran judías y que ya estaban haciendo planes para ir a Israel a trabajar en un kibutz en aquel país nuevo. Aquel hombrecillo enjuto de delicados modales envuelto en su manto blanco había vencido y finalmente la India era un país libre, pero a él lo habían matado por ello. Ya a nadie le cabía prácticamente duda de que China no tardaría en convertirse en la China Roja, y tres hurras para los comunistas. Mi fervor revolucionario, que había empezado cuando una camarera blanca se había negado a servirle a mi familia un helado en la capital de nuestra nación, era un posicionamiento que tenía cada día más claro, una lente a través de la cual mirar el mundo.

Nos habíamos escondido a toda prisa debajo de los pupitres de la escuela durante los avisos de ataque aéreo y nos habíamos estremecido de terror ante la idea de que toda la ciudad quedara de repente destruida por una bomba atómica. Habíamos bailado en las calles y escuchado las sirenas de los camiones de bomberos y de los remolcadores por el río el día que

terminó la guerra. Para nosotras, en 1948, la Paz era un tema muy real y candente. Miles de chicos estadounidenses habían muerto para que el mundo pudiera acoger la democracia, aunque mi familia y yo no pudiéramos acceder a que nos sirvieran un helado en Washington DC. Pero Gennie y yo íbamos a cambiar todo aquello, con nuestras faldas de vuelo y nuestras zapatillas de ballet, el New Look.

Soplaba un viento nuevo por todo el planeta, y nosotras formábamos parte de él.

Gennie vivía con su madre en un apartamento de un dormitorio y cocina americana en la calle 119, entre la Octava Avenida y Morningside Avenue. Gennie ocupaba el dormitorio y su madre, Louisa, dormía en un gran sofá en el salón.

Louisa iba a trabajar todos los días. Yo despertaba a Gennie siempre que me presentaba en su casa, cuando hacía novillos de las clases de verano, y dedicábamos un par de horas a decidir lo que ella se iba a poner y lo que las dos íbamos a representar para el mundo ese día. Si no encontrábamos nada que nos convenciera, nos confeccionábamos algo utilizando faldas de vuelo y grandes pañuelos que uníamos con puntadas o con imperdibles. Como Gennie era más delgada que yo, era frecuente que tuviéramos que arreglar las prendas sobre la marcha para que me valieran a mí, pero siempre lo hacíamos de modo que resultara fácil devolverlas a su estado inicial.

Nos pasábamos las horas arreglándonos la una a la otra; a veces, en el último minuto, nos volvíamos a cambiar todo el atuendo para convertirnos en dos personas diferentes; y siempre nos hacíamos muchos cumplidos mutuos. Por fin, después de horas de poner alfileres e hilvanes y de tomar decisiones de último minuto ante la tabla de la plancha, salíamos tan pimpantes.

Aquel verano, todo Nueva York, incluidos sus museos, sus parques y sus avenidas, fueron nuestro patio de recreo. Cuando había algo que queríamos

pero que no nos podíamos permitir, les robábamos el dinero a nuestras madres.

Bandidas, gitanas, forasteras de todo tipo, brujas, prostitutas y princesas mexicanas: había un traje para cada papel y lugares adecuados en la ciudad a los que ir a representarlo. Siempre había cosas que hacer que encajaban con quién hubiésemos decidido ser.

Cuando decidíamos ser obreras, nos poníamos pantalones holgados, llevábamos el cabás con la comida lustrado con betún y nos atábamos unos pañuelos rojos al cuello. Recorríamos de arriba abajo la Quinta Avenida en uno de esos viejos autobuses jardinera, y gritábamos consignas y cantábamos a voz en cuello himnos sindicales.

¡Viva la solidaridad! ¡La unión hace la fuerza!
Cuando el estímulo del sindicato corra por las venas de los trabajadores...

Cuando decidíamos ser unas pícaras, nos poníamos faldas tubo y unos tacones tan altos que nos dolían los pies, y seguíamos por la Quinta Avenida y por Park Avenue a hombres apuestos con el aspecto respetable característico de los abogados, haciendo en voz alta lo que considerábamos comentarios salaces y expertos sobre su anatomía:

«¡Qué trasero tan mono tiene!».

«Apuesto a que duerme con el ángulo descubierto». Aquel era el eufemismo que utilizábamos en Hunter para decir «desnudo».

«Hace como si no nos oyera, el muy bobo».

«No, es que le da demasiada vergüenza darse la vuelta».

Cuando hacíamos de africanas, nos envolvíamos la cabeza con faldas de alegres estampados y, en el metro que nos llevaba al Village, hablábamos en una lengua que nos habíamos inventado. Cuando hacíamos de mexicanas, nos poníamos faldas de vuelo, camisolas de campesina y huaraches, y comíamos tacos que comprábamos en un puestecito que había enfrente de la joyería Fred Leighton en la calle MacDougal. En cierta ocasión, sustituimos

la palabra *madre* por *japuta* en la conversación durante todo un día, y el iracundo conductor del autobús número 5 acabó echándonos. A veces deambulábamos por el Village ataviadas con nuestras faldas de peto y nuestros cinturones de cuero y con flores en el pelo, y nos turnábamos tocando la guitarra de Gennie y cantando canciones que adaptábamos de los primeros poemas de Nicolás Guillén.

Todos esos yanquis rojos
son hijos de un camarón,
y los parió una botella,
una botella de ron.

A veces nos inventábamos nuestros propios versos:

Bebiendo ginebra, maldita sea, bebiendo ginebra,
bebiendo ginebra, maldita sea, bebiendo ginebra,
si no bebes ginebra conmigo, maldita sea,
no beberás con ningún maldito hombre,
bebiendo ginebra, maldita sea, bebiendo ginebra…

que acompañábamos con un ritmo de lo más machacón y monótono.

En el Village nos encontrábamos a veces con Jean, una amiga de Gennie que también era bailarina. Era muy morena y hermosa y vivía a la vuelta de la esquina de casa de Gennie e iba a la Academia de Música y Arte. Jean salía con un chico blanco llamado Alf que había dejado los estudios y se había ido a México a pintar con Diego Rivera. A veces yo las acompañaba a alguna de sus clases de ballet en el New Dance Group de la calle 59.

Pero generalmente Gennie y yo salíamos por la ciudad las dos solas. Por acuerdo tácito, no nos vimos mucho los fines de semana aquel verano, debido a nuestras familias. Los fines de semana se convirtieron en unos interminables y aburridos puentes entre el viernes y el lunes. Todo aquel verano se compuso de días gloriosos y emocionantes con Genevieve y de noches de guerra en casa, empezando por las que libraba con mi madre. «¿Dónde has estado metida todo el día y por qué no te has arreglado la

ropa?». O por qué no había limpiado mi habitación o el suelo de la cocina o comprado la leche.

Salíamos al sol de la tarde a lanzar nuestro asalto conjunto a la ciudad. En los días en que ya no nos quedaba dinero para el billete del transporte público al centro, íbamos a Central Park a ver los osos. A veces sencillamente nos agarrábamos de la mano y paseábamos por las calles de Harlem alrededor de su casa. Me parecían mucho más animadas que las calles de Washington Heigths, donde vivía yo. Me recordaban las calles del barrio en el que me había criado, en la calle 142.

Comprábamos y tomábamos unos granizados que preparaban rascando y machacando un gran bloque de hielo y servían en vasitos de cartón literalmente cubiertos de brillantes y pegajosos siropes que se guardaban en un arcoíris de botellas alineadas a ambos lados del bloque de hielo. Los vendían en unos carromatos de madera de fabricación casera que llevaban unas sombrillas de vivos colores para proteger del sol el hielo, que, a pesar de ello, siempre se derretía bajo una toalla de felpa gruesa de dudosa limpieza.

Aquellas copas heladas de hielo granizado eran el refresco más delicioso del mundo, y lo era todavía más por la vehemencia con la que tanto mi madre como la suya nos las tenían prohibidas. Muchas madres Negras sospechaban que aquellos granizados habían propagado la polio por Harlem y decían que había que evitarlos, igual que las piscinas públicas. Al final La Guardia, a la sazón alcalde de Nueva York, prohibió la presencia en las calles de aquellos carromatos de venta de granizados. Dondequiera que estuviéramos, cuando las sombras del final de la tarde empezaban a alargarse, emprendíamos el camino de vuelta a casa. Las dos sabíamos que era lo único que podíamos hacer si no queríamos que nos privaran de nuestra libertad y tratábamos de no franquear esa línea. A veces metíamos la pata y transgredíamos alguna norma ignorada, y entonces Gennie se quedaba castigada en casa durante varios días. En cuanto a mí, en casa los

castigos siempre eran más rápidos, más directos y más cortos, y muchos días de aquel verano tuve los brazos y la espalda doloridos del impacto del arma que en aquel momento tuviera a mano mi madre y con la cual me pudiera golpear.

Cuando Gennie estaba castigada, yo solía ir a su casa a pasar el día. Nos sentábamos y hablábamos y bebíamos café en la mesa de la cocina o nos tumbábamos desnudas en el sofácama de su madre que estaba en el salón y escuchábamos la radio y bebíamos Champale[15] que el hombre de la tienda de la esquina le apuntaba a Gennie en la cuenta porque pensaba que era para su madre. A veces visitábamos a su abuela, que vivía en el piso de arriba y nos dejaba poner sus discos de Nat King Cole.

> *Dance Ballerina dance*
> *and do your pirouettes*
> *in rhythm with your aching heart.*[16]

La madre de Gennie había criado sola a su hija desde que nació. Su padre había abandonado a Louisa antes de que Genevieve naciera. Me gustaba la señora Thompson. Era joven y hermosa y muy razonable, me parecía a mí, comparada con mi madre. Había ido al *college* y eso en cierto modo la hacía todavía más aceptable a mis ojos. Genevieve y ella podían dialogar de una manera que resultaba impensable entre mi madre y yo. Louisa parecía muy moderna. Genevieve y ella compartían muchos intereses comunes y la ropa, y yo pensaba en lo emocionante que tenía que ser tener una madre que llevara y eligiera el mismo tipo de ropa que tú.

Aquel verano, Genevieve vio a su padre, Phillip Thompson, por primera vez. Cayó totalmente en las redes de su seducción. Era un hombre rápido y amargo, muy astuto y poco cariñoso, que iba a la caza de cualquier muestra de admiración que pudiera encontrar. (Genevieve tenía quince años cuando conoció a su padre. Le faltaban dos meses para cumplir los dieciséis cuando murió).

Gennie iba con frecuencia a visitar a Phillip y Ella, la mujer con la que él vivía. Ella y Louisa empezaron a pelearse cada vez más por el hecho de que Gennie fuera a ver a su padre. Louisa había trabajado durante quince años ella sola para proporcionarle a Gennie un hogar y alimentos y ropa y una educación. Y ahora de repente aparecía Phillip, apuesto e irresponsable, para arrebatarle a Gennie. Y Louisa Thompson no era una mujer que tuviera pelos en la lengua.

A mediados del verano, inducida por Phillip, Gennie decidió que quería ir a vivir con él y con Ella. Louisa estaba fuera de sí y dejó muy claro que se oponía. Fue entonces cuando Gennie empezó a decirme, a mí y a cualquiera que quisiera escucharla, que se iba a suicidar al final del verano.

Yo al mismo tiempo la creía y no la creía. No es que se pusiera muy pesada con el tema. A veces pasaban los días sin que mencionara el suicidio, y yo pensaba que se le había olvidado o que había cambiado de parecer de repente y con firmeza, como era característico en ella hacerlo. Luego, de repente, en el autobús, como de pasada, hacía un comentario o referencia a algo que planeábamos hacer más adelante o al tiempo que quedaba antes de que ella muriera.

Aquello me producía una sensación siniestra y no quería pensar en ello. Gennie hablaba de acabar con su vida como si fuera una decisión irreversible y definitiva, como si no quedara ninguna duda y yo solo tuviera que aceptarlo con la misma resignación con la que aceptaba que se acercaba el invierno. Algo en mi interior siempre gritaba «No, no, no». Un día, volviendo de Washington Square Park, le dije: «Pero, Gennie, ¿qué va a ser de todas las personas que te queremos?», refiriéndome a mí y a Jean y a todo el resto de sus amistades, a las que yo no conocía pero que me imaginaba que tendría. Gennie dio ese arrogante y familiar meneo suyo a las dos largas trenzas negras que llevaba. Arrugó las pobladas cejas por encima de sus grandes ojos oscuros y dijo con su tono más imperioso:

«Pues bueno, supongo que lo único que tendréis que hacer todas es cuidaros, ¿no crees?». Y de repente me pareció que había dicho una tontería y me quede sin respuesta que darle.

El día que Gennie eligió para morir fue el último día de agosto. Era un sábado húmedo y lluvioso, y yo estaba tumbada en el sofá del cuarto de estar en la penumbra de casa de mis padres, abrazando un cojín y rezando a dios para que no permitiera que Genevieve muriera. Hacía mucho tiempo que no hablaba con dios y en realidad ya no creía en él. Pero estaba dispuesta a agarrarme a un clavo ardiendo. Me sentía incapaz de hacer nada más.

Le prometí que dejaría de sisar el dinero que me daban para la colecta de la iglesia y que volvería a confesarme después de tantos años.

Era el sábado anterior al Día del Trabajo y el verano se había terminado. Gennie llevaba todo el verano diciendo que, cuando este acabara, se cortaría las venas.

Y eso fue exactamente lo que hizo.

Pero su abuela la encontró fumando un cigarrillo manchado de sangre en una bañera llena de agua caliente y ya enrojecida.

Llevábamos dos semanas sin vernos, pero hablábamos todos los días por teléfono. Gennie decía que la fastidiaba aquel intento fallido, pero que estaba satisfecha con el resultado. Louisa había accedido a que se fuera a vivir con Phil y Ella.

Yo me sentía agradecida de que estuviera todavía con vida. Empecé a ir de nuevo a misa los domingos durante un tiempo y encontré una iglesia algo apartada en el East Side donde me fui a confesar.

El otoño llegó muy pronto. Gennie y yo nos veíamos cada vez menos porque estábamos en institutos diferentes. Le dije por teléfono que la echaba de menos. Me daba la sensación de que la vida con Phil y Ella era muy diferente de la que había llevado con Louisa, pero a Gennie no le gustaba demasiado hablar de ello. A veces iba a visitarla allá y nos

sentábamos en el sofácama de la habitación de Phil y Ella y bebíamos Champale y comíamos *malvaviscos* que clavábamos en un lápiz y tostábamos con una cerilla. La cosa consiste en que la llama vaya quemando el dulce alrededor.

Pero yo no me sentía a gusto en aquella casa y me daba la sensación de que Gennie era otra persona cuando estaba allí, probablemente porque siempre oía a Ella escuchando al otro lado de la puerta cerrada, donde estaba barriendo o limpiando el polvo. Parecía que Ella siempre estaba limpiando la casa, llevaba unas gamuzas en los pies y un trapo en la cabeza y canturreaba la misma melodía una y otra y otra y otra vez en voz baja.

Nunca podíamos ir a mi casa porque mis padres no permitían las visitas cuando ellos no estaban. No aprobaban las amistades, en general, y Gennie no les gustaba mucho porque mi madre la consideraba demasiado «escandalosa». Por eso solíamos quedar en Columbus Circle o en Washington Square Park y, durante un tiempo, las hojas muertas caídas cerca de las fuentes ocultaban la dureza de los colores indecisos y desconocidos que se amontonaban en nuestro camino.

Sin Gennie, Hunter era otro mundo con sus historias. Aquel otoño fue principalmente de Maxine y su música y su tratamiento contra el acné y su desesperado enamoramiento de la directora del departamento de Música. Yo misma me enamoré de la última incorporación al departamento de Inglés, que llevaba traje sastre y zapatos sin tacón y tenía un espacio entre los incisivos delanteros sumamente atractivo. Y luego estaban los problemas que siempre nos buscábamos por quedarnos en la sala de las taquillas después de clase.

Nunca supimos en realidad de qué nos acusaban que estuviéramos haciendo allí abajo. Solo sabíamos que no debíamos estar allí, pero aquel era el único lugar en el que podíamos estar totalmente solas, es decir, sin nuestras madres. A ninguna nos apetecía volver a casa a enfrentarnos a las guerras familiares. Las taquillas eran un mundo privado para Maxine y para

mí. A veces, cuando merodeábamos por la sala de taquillas, nos cruzábamos brevemente al pasar con los mundos privados de otras fugitivas de las trincheras, que conversaban animadamente por parejas en los pasillos que quedaban entre las taquillas.

Yo me las daba de caballero galante y aplastaba, sin miedo y con descaro, las rápidas cucarachas de resistente caparazón que parecía que recorrían aquellos lugares como si fueran a caballo. Era muy habitual verlas, rodeadas de chicas que chillaban paralizadas de horror. Me convertí en la exterminadora oficial de cucarachas entre la sociedad que frecuentaba las taquillas, y eso me sirvió para hacerme más valiente. Una vez incluso maté una enorme y reluciente cucaracha americana que medía diez centímetros de largo. Tardé años en admitir que a mí también me espeluznaban. Era demasiado importante para mí parecer intrépida y valiente y capaz de hacerme cargo de la situación, ser la campeona reconocida de las exterminadoras de cucarachas.

Tal vez en eso consista la valentía, en un temor todavía mayor a no ser valiente.

Gennie y yo nos peleamos a finales del mes de enero por alguna razón sin importancia. No nos hablamos ni nos vimos durante dos semanas. Me llamó para mi cumpleaños y quedamos al cabo de unos días, el día del cumpleaños de Washington.[17] Caminamos agarradas de la mano por el zoo de Central Park y estuvimos observando los monos. El mandril nos miró con sus grandes ojos tristes y acordamos con él que, estuviéramos o no enfadadas, nunca volveríamos a estar tanto tiempo sin hablarnos porque nuestra amistad era demasiado importante y, además, ninguna de las dos era capaz de acordarse del tema por el que habíamos discutido.

Después nos fuimos a su casa. Empezó a nevar y nos tumbamos en el sofá. Gennie apoyó su cabeza en mi tripa y tostamos *malvaviscos* y fumamos cigarrillos. Aquel dormitorio era la única habitación privada de la casa. Gennie dormía en el sofá del salón, excepto cuando venía su tío,

ocasiones en las que lo hacía en el suelo. Me comentó que odiaba no tener un sitio fijo en el que dormir o en el que guardar su ropa.

Era mediados de marzo cuando Gennie vino a mi casa una noche. Llamó y me dijo que tenía que hablar conmigo y me preguntó si podía venir. Mi madre accedió a regañadientes. Le dije que teníamos que estudiar para un parcial de geometría. Eran casi las nueve de la noche cuando llegó Gennie. No era hora de visitas en día de clase, comentó mi madre agriamente tras el saludo de Gennie.

Nos fuimos a mi habitación y cerramos la puerta. Gennie tenía un aspecto horrible. Tenía ojeras y largos y feos arañazos en las dos mejillas. Sus largas trenzas, normalmente impecables, estaban despeinadas y enmarañadas. Lo único que me dijo fue que ella y su padre se habían peleado y que no tenía ningún lugar donde dormir y que ya no quería hablar más de ello. Me preguntó si podía pasar la noche en casa. Yo sabía que aquello era imposible. Mis padres nunca lo permitirían y querrían saber por qué. Yo me sentía desgarrada, pero sabía que ya había tensado la cuerda hasta el límite con la visita.

«¿No puedes ir a quedarte con Louisa?», le pregunté. ¿Qué padre arañaría así a su hija? «Por favor, Gennie, no vuelvas allá».

Gennie me miró como si yo no fuera capaz de entender nada, pero su voz no tenía la nota habitual de impaciencia. Parecía cansada. «No puedo volver allí, ya no tiene sitio para mí. Ha arreglado el dormitorio y el resto de la casa, y además me dijo que yo tenía que elegir y lo hice. Me dijo que si me marchaba a casa de Phillip ya no podría volver. Y ahora Ella se ha ido al sur a ver a su madre y mi padre y el tío Leddie no paran de beber. Y cuando Phillip bebe no sabe lo que...».

Tuve la sensación de que Gennie se iba a echar a llorar y de repente me sentí terriblemente asustada. Oí a mi madre, que nos dio un aviso en voz muy alta desde el cuarto de estar:

«Son las nueve y media de la noche, chicas, ¿habéis terminado? ¿Estáis seguras de que lo que estáis haciendo es estudiar a estas horas de la noche?».

«Gennie, ¿por qué no llamas al menos a tu madre?». Se lo estaba suplicando. Tendría que marcharse enseguida. Dentro de un minuto, mi madre entraría en la habitación despotricando.

Gennie se puso en pie recuperando de repente algo de su antigua energía. «Ya he dicho que no, y es que no. No puedo hablarle a mi madre de Phil. A veces está loco». Señaló los arañazos de su cara. «Bueno, me voy. Mira, te veré en Hunter el viernes cuando hayas acabado los exámenes, ¿vale? ¿A qué hora terminas?». Se estaba poniendo el abrigo.

«A las doce en punto. ¿Qué vas a hacer, Gennie?». Estaba preocupada por el aspecto que tenía. Al mismo tiempo me aliviaba saber que se marchaba. Ya me imaginaba de antemano la escena entre mi madre y yo en cuanto Gennie se hubiera ido.

«No te preocupes por mí. Me voy a casa de Jean. Suerte con los exámenes. Te veré el viernes cerca de la entrada de la calle 68, a mediodía». La acompañé hasta la puerta y nos enfrentamos juntas a la hostilidad del cuarto de estar.

«¿Qué hay, Genevieve?», dijo mi padre en tono severo, volviendo a clavar los ojos en el periódico. Él no se metía en aquellos asuntos a menos que yo le estuviera dando mucha guerra a mi madre.

«Buenas noches, querida», dijo mi madre amablemente. «¿A tu padre no le importa que vayas por ahí sola tan tarde?».

«No, señora. Voy a coger ahora mismo el autobús a casa de mi madre», mintió Gennie con desenvoltura, dedicándole a mi madre una de sus más radiantes sonrisas.

«Pues es muy tarde». Mi madre acompañó el comentario con un brevísimo carraspeo de reprobación. «Date prisa y que llegues bien a casa;

y saluda a tu madre de mi parte». Vi que mi madre escrutaba el rostro arañado de Gennie y la empujé rápidamente hacia el recibidor.

«Adiós, Gennie. Por favor, ten cuidado».

«No digas tonterías, no necesito tener cuidado, solo necesito dormir». Cerré la puerta detrás de ella.

Cuando volví al cuarto de estar, me sorprendió ver que mi madre estaba más preocupada que enfadada.

«¿Y qué es lo que le pasa a tu amiga?». Mi madre me miró con atención por encima de sus gafas.

«No le pasa nada, Madre. Tenía que darme algunos de sus apuntes de geometría».

«Tenéis todo el día para trabajar en clase. Llegas a casa y ¿de repente necesitas unos apuntes de geometría a estas horas de la noche? ¡Ejem!». Mi madre no estaba convencida. «Dame las sábanas de tu cama si quieres que te las lave mañana». Se levantó, dejando a un lado la costura y me siguió hasta mi habitación.

Mi madre tenía una corazonada, pero no se preguntó qué sería. No tenía costumbre de cuestionar sus intuiciones; y yo no me fiaba del tono de preocupación de su voz. ¡Cómo se atrevía a seguirme a mi habitación, como recordándome ostensiblemente que ningún lugar de aquella casa estaba fuera de su sacrosanto control!

Mi madre olía el problema, pero su preocupación erraba el tiro: no era yo la que estaba en peligro.

Revolvió en mi ropa sucia durante un momento, sumida en su preocupación, y luego cogió con un dedo una combinación que estaba rota.

«¿No tienes nada mejor que ponerte que esta especie de harapo que llamas combinación? Cualquier día vas a salir a la calle andando con una mano delante y otra detrás». Tiró la prenda a un lado mientras yo agrupaba el resto de mi ropa sucia.

«Escucha, niña mía, déjame que te diga algo por tu propio bien. No te entrometas en los asuntos de esa chica y de sus padres, ¿me oyes? Qué clase de mujerzuela es esa..., dejar que su hija se vaya con ese inútil que dice ser su padre...». Mi madre había conocido en cierta ocasión a Phil Thompson en la calle 125 cuando estábamos comprando el uniforme del colegio. Gennie se lo había presentado orgullosa y él había mostrado su lado más cortés y superficial.

Me cogió la ropa de las manos. «Bueno, en cualquier caso, escucha, no quiero que estés a todas horas y hasta las tantas con esa chica. No sé lo que estará haciendo, pero sí sé que se está buscando problemas, entérate bien. No me sorprendería que apareciera con un bombo...». Sentí que la rabia me velaba los ojos como una fina cortina.

«Madre, Genevieve no está haciendo nada malo porque ella no es de esa clase de chicas». Me esforzaba por que mi voz no traicionara mi indignación. Pero ¿cómo podía decir algo así de Gennie? Si ni siquiera la conocía. Solo porque éramos amigas.

«Que no te vuelva a oír que le hablas en ese tono a tu madre, jovencita», advirtió mi padre en tono amenazador desde el cuarto de estar.

La insolencia real o supuesta con mi madre era un pecado mortal y siempre sacaba a mi padre de su actitud de observador neutral de la guerra que librábamos mi madre y yo. Mi padre estaba a punto de inmiscuirse y eso era lo último que yo necesitaba.

Una de mis hermanas estaba pasando un informe a máquina. El sonido entrecortado que procedía de la habitación que compartían atravesó las puertas correderas que la separaban del cuarto de estar. Me pregunté si Gennie habría llegado ya a casa de Jean. Si discutía con ellos ahora, es posible que tuviera que volver directamente a casa después de los exámenes esa semana. Me tragué la furia y se quedó atascada como un huevo podrido entre mi estómago y mi garganta. Podía sentir su sabor agrio en la boca.

«No quería hablarle en ese tono, papá. Lo siento, Madre». Salí del cuarto de estar dando marcha atrás. «Buenas noches».

Antes de regresar a la relativa seguridad de mi habitación, les di a cada uno un beso, como es debido.

No lloramos por aquello que antaño fue una criatura
no lloramos por aquello que fue una criatura
no lloramos por aquello que fue
ni por los profundos y oscuros silencios
que devoraron la carne tan joven.
Pero lloramos al ver a dos hombres de pie, solos
recortándose contra el cielo, solos,
echando a paladas la tierra, como un manto
que retendrá en el suelo la joven sangre.
Porque nos vimos a nosotras mismas envueltas en el oscuro
y cálido manto de la madre tierra
nos vimos sumidas en el seno henchido de la tierra
—habíamos dejado de ser jóvenes—
y supimos por primera vez que estábamos
muertas y solas.
No lloramos por aquello —lloramos por aquello—
no lloramos por aquello que antaño fue
una criatura.

22 de mayo de 1949

---

[15] Bebida alcohólica espumosa a base de malta fermentada que da lugar a una cerveza cuyo sabor recuerda el del champán. Se empezó a fabricar en 1959 y tuvo gran éxito entre la comunidad afroestadounidense, a la que se dirigía en gran medida la publicidad.

[16] Baila, bailarina, baila/ y haz tus piruetas/ al ritmo de tu doliente corazón.

[17] El 22 de febrero, cumpleaños de George Washington (1732-1799), primer presidente de Estados Unidos. Ese día, también llamado Día del Presidente, es fiesta nacional en Estados Unidos *(N. de la T.)*.

14

Cosas que nunca hice con Genevieve: permitir que nuestros cuerpos se tocaran y expresaran las pasiones que sentíamos. Ir a un bar gay del Village, o a cualquier bar en cualquier lugar. Fumar porros. Hacer descarrilar el tren que llevaba los animales de circo a Florida. Hacer un curso de obscenidades internacionales. Aprender suajili. Ir a ver a la compañía de baile de Martha Graham. Visitar a Pearl Primus. Decirle que nos lleve con ella a África la próxima vez. Escribir EL LIBRO. Hacer el amor.

La voz de Louisa al teléfono a las tres y media de la tarde, tensa e incrédula.

«Han encontrado a Gennie en las escaleras del centro comunitario de la calle 110 esta mañana. Ha ingerido matarratas. Arsénico. No creen que pueda sobrevivir».

Eso no era cierto. Gennie iba a sobrevivir. Nos iba a volver a engañar a todos. *Gennie*, *Gennie*, *por favor, no te mueras, te quiero.* Algo la va a salvar. Algo. Tal vez se haya escapado. Tal vez solo sea que se ha vuelto a escapar. Pero esta vez no a casa de sus parientes de Richmond. Oh, no. A Gennie se le ocurrirá algún lugar en el que nadie haya pensado y luego al final aparecerá tranquilamente con un nuevo atuendo que habrá conseguido que alguien le compre y con esa súbita sacudida suya característica de la cabeza, diciendo: «Si he estado bien todo el rato».

«¿Dónde está, señora Thompson?».

«Está en Sydenham. Obviamente, anduvo por el metro toda la noche, eso es lo que le dijo a la policía, pero nadie sabe dónde estuvo antes. Ayer no fue al instituto».

Oigo el sonido de la máquina pinchadiscos del café de Mike interrumpiendo la voz de Louisa. Ayer, después de clase, oyendo la canción preferida de Gennie por aquella época —las ricas sonoridades que se estiran con la voz chocolate de Sarah Vaughan que repite una y otra vez:

I saw the harbor lights they only told me we were parting
The same old harbor lights that once brought you to me
I saw the harbor lights, how could I help the tears
were starting.
Were starting.
Were starting...[18]

Mike se acercó y le dio una patada a la máquina. «Magia potagia», dijo sonriendo, y volvió detrás del mostrador. El espantoso sabor del café negro con limón en mi boca. *Gennie, Gennie, Gennie, Gennie.*

«¿Puedo ir a verla, señora Thompson? ¿Cuál es el horario de visitas?». ¿Podía ir a ver a Gennie y llegar a tiempo antes de que mi madre regresara a casa?

«Puedes venir cuando quieras, cielo, pero más vale que te des prisa».

Rebusqué en viejos monederos de mi madre los diez centavos que costaba el billete del autobús. Mi estómago vacío haciendo ruido. Las lágrimas de Louisa cuando me saluda en la puerta de urgencias, cuando me toma las manos.

«Están volviendo a ocuparse de ella, cielo. Ni siquiera la admiten en planta. Dicen que no pasará de esta noche».

La cama del hospital en el cubículo acristalado detrás de la sala de urgencias del hospital de Harlem. Su madre y su abuela y yo, abrazándonos en busca de consuelo. El olor a Noche en París de Louisa, que siempre me

hacía estornudar. Mi cabeza, un interminable caleidoscopio de imágenes detenidas, fragmentadas, repetidas.

Curso de dicción, la única clase que tuvimos juntas jamás.

> Jenny ven átame, Jenny ven átame, Jenny ven,
> átame la hermosa corbata.
> La he atado por detrás y la he atado antes
> y la he atado tantas veces que ya no la ato más.

La monótona voz de la señorita Mason que nos hace repetir el ejercicio una y otra vez. «Pronunciad las aes bien abiertas, así. Otra vez, repetimos». La abuela de Gennie, su insistente voz sureña en busca de una explicación.

«Esta vez no habló de ello. Nadie lo sabía. Si por lo menos hubiera dicho algo. Esta vez le habría creído...». El joven médico blanco. «Ahora pueden entrar, pero está dormida».

Gennie Gennie Gennie nunca antes te había visto dormida. Estás exactamente igual que cuando estás despierta, solo que tus ojos están cerrados. Tus cejas siguen juntándose en el centro como si estuvieras frunciendo el entrecejo. ¿A qué hora vuelve mi madre a casa? ¿Y si resulta que me subo al mismo autobús en el que vuelve ella a casa desde la oficina? ¿Qué les diré cuando llegue a casa?

Mi madre estaba en casa cuando yo llegué. Como no tenía ganas de compartir ninguna parte de mi mundo privado, ni siquiera el dolor, mentí. Dije que Gennie estaba en el hospital porque accidentalmente había ingerido un veneno. Tintura de yodo, del botiquín.

«Pero ¿qué clase de casa es esa para que una chica se críe en ella? ¿Cómo pudo cometer semejante error, pobrecita? ¿Acaso no estaba su madrastra en casa?».

«No lo sé, Madre. Eso es todo lo que su padre me dijo». Ante la mirada de curiosidad de mi madre, tuve cuidado de mantener una expresión impasible.

A la mañana siguiente, muy temprano. Utilizo los fondos que he sustraído de la colecta de la iglesia para el billete. El olor del hospital y el sonido sofocado de los anuncios por altavoz. Nadie alrededor, nadie que me detenga. La cama de hospital en el cubículo acristalado. *No puedes morir así, Gennie, todavía no hemos disfrutado de nuestro verano. ¿No te acuerdas? Lo prometiste.* No puede morir. Demasiado veneno, dicen. Metió matarratas en las cápsulas de gelatina y se las tragó una tras otra. Habíamos comprado dos docenas de cápsulas el viernes.

Una flor marchita sobre la cama del hospital. El arsénico es un corrosivo. Todavía resistía, ennegrecida y húmeda, con una espuma de olor metálico en las comisuras. Las trenzas de Gennie, desordenadas, deshechas. Los quince últimos centímetros de las trenzas, que resultaban ser postizos. ¿Cómo es posible que nunca me diera cuenta? Gennie había trenzado mechones postizos con su propio cabello. Estaba tan orgullosa de su pelo largo. A veces se las ataba alrededor de la cabeza como si fueran una corona. Ahora se deshacían sobre la almohada del hospital a medida que iba girando la cabeza a un lado y luego a otro, con los ojos cerrados en el vacío y la tranquilidad de la luz de aquella primera hora de la mañana de domingo en el hospital. Le cogí la mano.

«Gennie, se supone que tendría que estar en la iglesia, pero tenía que venir a verte». Sonrió, sin abrir los ojos. Volvió su cabeza hacia mí. Jadeaba y tenía mal aliento.

«No te mueras, Gennie. ¿Todavía quieres morirte?».

«Claro que quiero morirme. ¿Acaso no te dije que lo iba a hacer?».

Me incliné sobre ella y toqué su frente. «Pero ¿por qué, Gennie, por qué?», susurré.

De repente sus grandes ojos negros se abrieron. Su cabeza se movió sobre la almohada en una parodia de su antigua arrogancia. Sus cejas se unieron en el centro. «¿Por qué qué?», dijo con brusquedad. «No te hagas la tonta. Sabes perfectamente por qué».

Pero yo no sabía por qué. Escudriñé su rostro vuelto hacia mí, con los ojos nuevamente cerrados y el entrecejo todavía fruncido. No sabía por qué. Solo que para mi amada Gennie el dolor se había convertido en una razón suficiente para no quedarse. Y nuestra amistad no había sido capaz de cambiar eso. Recordé los versos favoritos de Gennie de uno de mis poemas. Los había encontrado garabateados en los márgenes de un montón de páginas de los cuadernos que me había confiado para que se los cuidara aquel viernes por la tarde en el cine:

> y en el breve instante que es hoy
> una esperanza loca sacude a esta soñadora
> pues he oído susurrar
> que hay vida en otras estrellas.

Ninguno de nosotros le había dado una razón suficiente para quedarse aquí, ni siquiera yo. No podía ignorarlo. ¿Era esa la ira que se escondía tras sus grandes ojos cerrados? La piel de la mejilla de Gennie estaba caliente y áspera bajo mis dedos.

¿Por qué qué? Sabes perfectamente por qué. Aquellas fueron las últimas palabras que Gennie me dijo.

No te vayas, Gennie, no te vayas. *No debo dejar que se vaya. Dos docenas de cápsulas vacías. La película que nos quedamos a ver una segunda vez. De pie en la esquina esperando el autobús. Nunca debí haberla dejado. Pero estaba oscureciendo. Tenía miedo de los latigazos si llegaba tarde a casa. Ven a casa conmigo, Gennie. Ya no me importa lo que mi madre diga, Gennie, enfadada conmigo. Diciéndome que me marchara. Y me marché.* No te vayas, Gennie, no te vayas.

El lunes por la tarde, Genevieve había muerto.

Llamé al hospital desde Hunter. Salí del edificio y me fui a casa, dejando allí mis libros, queriendo estar sola. Mi madre abrió la puerta. Me rodeó con un brazo mientras yo entraba en la cocina.

«Genevieve ha muerto, Madre», dije sentándome pesadamente a la mesa.

«Sí, ya lo sé. Llamé a su padre para preguntar si podíamos hacer algo, y me lo comunicó». Me estaba mirando fijamente a la cara.

«¿Por qué no nos dijiste que se había suicidado?».

Tuve ganas de llorar: hasta esa mínima parte se me esfumaba.

«Es su propio padre el que lo ha dicho. ¿Sabes algo de ello? Puedes decírmelo; al fin y al cabo, soy tu madre. Por esta vez no diremos nada más de que hayas mentido. ¿Te había hablado Gennie de ello?».

Apoyé la cabeza sobre la mesa. Desde allí podía ver a través de la ventana de la cocina, ligeramente entreabierta. La mujer al otro lado del patio preparaba la comida.

«No».

«Te haré un poco de té. No te disgustes demasiado por todo esto, corazón mío». Mi madre se dio la vuelta mientras secaba el borde del colador de té, una y otra vez. «Mira, querida niña, sé que ella era tu amiga y que te sientes fatal, pero de eso es de lo que te quise advertir. Ten cuidado con las personas a las que frecuentas. Vosotras, criaturas, hacéis las cosas de otra manera y os pensáis que nosotras somos idiotas. Pero esta vieja cabeza mía..., sé lo que sé. Había algo que no iba bien desde el principio, haz caso de lo que te digo. Ese hombre que dice ser su padre estaba utilizando a esa chica para no sé qué».

El carácter despiadado de los planteamientos que dejaba caer mi madre transformaba su intento de reconfortarme en un nuevo ataque. Como si su dureza pudiera hacerme invulnerable. Como si en las llamas de la verdad tal como ella la veía me pudiera forjar, convirtiéndome en una especie de réplica de sí misma, resistente al dolor.

Pero todo aquello era sumamente absurdo. Al otro lado del patio interior, donde estaba oscureciendo, la señora Washer corrió las cortinas. *Gennie estaba muerta. Muerta muerta muerta, y el viento llama a la puerta...*

Cuando mi padre llegó a casa, él también lo sabía. «La próxima vez, no nos mientas. ¿Tenía tu amiga problemas?».

Al cabo de unos cuantos días, me hallaba sentada en la banqueta baja al lado de la ventana de casa de Louisa, que acababa de volver a abrir después de haberle quitado las cintas que la aislaban durante el invierno. Era una tarde de principios de primavera. La estación se había presentado inusualmente calurosa. Afuera, la calle estaba reluciente de una lluvia reciente y en los adoquines todavía mojados se reflejaban arcoíris de grasa.

Louisa estaba apoyada en el alféizar de la ventana, con una cadera contra el marco de madera, una pierna, enfundada en una media, moviéndose suavemente hacia atrás y hacia delante; la otra, colgando a un lado de la banqueta en la que yo estaba sentada.

«Tú y Gene erais tan buenas amigas». Louisa hablaba con voz entrecortada y nostálgica. «De hecho, te veía más a ti que a...». Estaba jugueteando con la espiral del cuaderno de Gennie que yo le acababa de entregar, aunque me había quedado su diario. Los ojos de Louisa estaban secos y anhelaban desesperadamente la conversación. De repente me acordé de que Gennie me había dicho que su madre había sido profesora en el sur y que estaba muy orgullosa de cómo hablaba. «... Que a cualquier otra persona». Louisa terminó la frase de repente. Saboreé aquella información en silencio. *La mejor amiga de Gennie.* «Os parecíais tanto que parecíais hermanas, decía la gente». *Solo que Gennie tenía la piel más clara y era más delgada y guapísima.*

Algo en los ojos de Louisa me puso sobre alerta y me levanté a toda prisa. «Me tengo que ir, señora Thompson, mi madre...». Fui a por mi abrigo, que estaba en el sofá. En otros tiempos había sido la cama de Louisa, aquella en la que Gennie y yo nos tumbábamos a reír y a hablar y a fumar. Después de que Gennie se marchara, Louisa había reformado el pequeño apartamento y había recuperado el dormitorio. De repente volví a ver la cara arañada y los ojos cansados de Gennie cuando aquella noche me

había contestado bruscamente: «No puedo volver, allí ya no hay sitio para mí... No puedo hablarle a mi madre de Phillip...».

Me abroché el abrigo a toda prisa. «Me está esperando para ir a la compra, porque mis hermanas tienen ensayo en el instituto». Pero Louisa, que se había movido con agilidad, me agarró, colocando una mano sobre mi brazo, antes de que yo pudiera abrir la puerta.

Louisa se quitó las gafas sin montura y no parecía ser la madre de nadie. Tenía un aspecto demasiado joven y demasiado hermoso y demasiado cansado, y sus ojos enrojecidos estaban llenos de lágrimas y de súplicas. Tenía treinta y cuatro años de edad y mañana íbamos a enterrar a su única hija, una muchacha a punto de cumplir los dieciséis que se había suicidado.

«Tú eras su mejor amiga», insistió, en un tono menos correcto, y sentí cómo sus dedos se me clavaban a través de la manga del abrigo. «¿Sabes tú por qué lo hizo?».

Louisa tenía un lunar en la cara junto a la nariz, casi exactamente en el mismo lugar en que lo tenía Gennie. Las lágrimas que corrían por sus mejillas lo magnificaban. Desvié la mirada, sin quitar la mano del pomo de la puerta. «No, señora». Volví a alzar la mirada. Recordé las palabras de mi madre, y cómo me resistí a ellas: «Ese hombre que dice ser su padre estaba utilizando a esa chica para no sé qué».

«Ahora tengo que irme».

Abrí la puerta, di una zancada por encima del embellecedor de metal atornillado al suelo en el que tantas veces había tropezado anteriormente y cerré la puerta al salir. Oí el sonido metálico del pasador del cerrojo volviendo a su sitio, mezclándose con los sollozos sofocados de Louisa.

A Gennie la enterraron en el cementerio Woodlawn el primer día de abril. La noticia que publicó el *Amsterdam News* decía que Gennie no estaba embarazada y que no se había descubierto el motivo de su suicidio. Nada más.

El sonido de los terrones golpeando el ataúd blanco al caer. El sonido de los pájaros para los que la muerte no es motivo de silencio. Un hombre vestido de negro pronunciando unas palabras en una lengua extranjera. A los suicidas no se les entierra en camposanto. El sonido de unas mujeres llorando. El viento. Los primeros indicios de la primavera. El sonido de la hierba al crecer, de los capullos que empiezan a florecer, de un árbol lejano cuyas ramas crecen. Los terrones golpeando el ataúd blanco al caer.

Nos marchamos de la tumba por una carretera que bajaba serpenteante. Lo último que vi de aquel lugar fueron dos enterradores macizos y sin afeitar que sacaban las correas de la fosa. Tiraron las flores todavía sin marchitar a una caja y rellenaron la fosa de tierra. Dos enterradores dándoles los toques finales a un túmulo recién cavado, recortándose contra el cielo de abril, de repente gris y amenazador.

---

[18] He visto las luces del puerto, solo me han dicho que nos separábamos/ las mismas luces de siempre que un día te trajeron a mí/ He visto las luces del puerto, cómo impedir que las lágrimas brotaran/ brotaran/ brotaran.

15

Dos semanas después de terminar el bachillerato me marché de casa de mis padres. No lo había planificado de aquella manera, pero así fue como salieron las cosas. Me fui a vivir con una amiga de Jean que tenía su propio apartamento en el Lower East Side, en Rivington Street.

Trabajaba en el hospital Beth David como auxiliar de enfermería y tuve una relación con un chico llamado Peter.

Conocí a Peter en una fiesta de la Labor Youth League[19] en febrero y quedamos para salir. Vino a buscarme para llevarme al cine el día siguiente por la tarde. Era el día del cumpleaños de Washington y tanto mi padre como mi madre estaban en casa. Mi padre abrió la puerta y no dejó entrar a Peter porque era blanco. Eso transformó inmediatamente lo que probablemente habría sido un capricho pasajero de adolescente en una *cause célèbre*[20] revolucionaria.

Los factores que precipitaron el hecho de que me marchara de casa fueron algunas observaciones despectivas que mi padre hizo sobre Gennie, que entonces llevaba muerta casi dos años, y una pelea con mi hermana Helen. Mi madre amenazó con llamar a la policía y yo me marché. Me fui a trabajar, volví a casa cuando todos estaban durmiendo e hice las maletas. Lo que no pude llevarme lo envolví en una sábana, lo bajé a rastras a la calle y lo dejé al pie de las escaleras de la comisaría de policía. Me llevé la ropa, algunos libros y la guitarra de Gennie y me fui a casa de Iris. Al día

siguiente interpelé a un hombre en la calle que llevaba una furgoneta y le pagué cinco dólares para que me acompañara a la parte alta de la ciudad a recoger mi cajón de libros de casa de mis padres. No había nadie en casa. Dejé sobre la mesa de la cocina una nota críptica que decía: «Me marcho. Puesto que las causas son obvias, los resultados son de sobra conocidos». Creo que mi intención era decirlo a la inversa, pero estaba muy nerviosa y muy asustada.

Tenía diecisiete años de edad.

Cuando salí de casa de mi madre, temblorosa y decidida, empecé a construir otra relación con este país al que habíamos venido a vivir. Empecé a buscar una recompensa más provechosa que la mera amargura de este lugar del exilio de mi madre, cuyas calles llegué a conocer mejor de lo que mi madre nunca las había conocido. Pero gracias a lo que ella sabía y a lo que pudo enseñarme, sobreviví en ellas mejor de lo que habría podido imaginar. Me comprometí con el entusiasmo y la fuerza de una adolescente a luchar en mis propios términos, de acuerdo con mis propias fuerzas, que al fin y al cabo no eran tan distintas de las de mi madre. Y en ello encontré a otras mujeres que me apoyaron y de las que aprendí otras formas de amar. Como cocinar alimentos que nunca había probado en casa de mi madre. Como conducir un coche con cambio de marchas. Como abandonarme sin perderme.

Sus siluetas se unen a las de Linda, las abuelas Gran´Ma Liz y Gran´Aunt Anni en mi ensoñación, donde bailan blandiendo una espada, y sus pasos lentos y majestuosos recuerdan una época en la que todas fueron guerreras.

Cuando hago mis libaciones, mojo el suelo en homenaje a mis antepasadas.

Pasé el verano sintiéndome libre y enamorada, o eso creía. También estaba profundamente dolida. Nadie había intentado siquiera encontrarme. Me había olvidado de quién era la persona en cuyo regazo había aprendido mi

orgullo. Peter y yo nos veíamos mucho y dormíamos juntos, puesto que era lo que se esperaba que hiciéramos.

El sexo me resultaba algo triste y aterrador e incluso algo degradante, pero Peter dijo que me acostumbraría, e Iris dijo que me acostumbraría y Jean dijo que me acostumbraría, y me solía preguntar por qué no era posible sencillamente amarse y darse cariño y ternura y olvidarse de los resoplidos.

En septiembre me mudé a un lugar propio en Brighton Beach. Las Marcadas y yo habíamos encontrado aquella habitación a principios del verano, pero estaba ocupada. La dueña dijo que nos la podía alquilar para todo el invierno por veinticinco dólares mensuales. Como yo solo ganaba cien dólares más una comida diaria en el hospital, no podía permitirme más.

Mi casera se llamaba Gussie Faber. Su hermano se ofreció a ayudarme a trasladar mis cosas de casa de Iris. Cuando todo estuvo en la nueva habitación y la señora Faber había subido al piso de arriba, el hermano cerró la puerta de mi habitación y dijo que era una chica muy simpática y que no tendría que pagarle por ayudarme con la mudanza si me quedaba callada y quieta solo un minuto.

Yo pensé que todo aquello era una estupidez y él cubrió de esperma toda la parte de atrás de mis pantalones vaqueros.

Era una única habitación de buenas dimensiones con derecho a utilizar un baño común y una cocina que se encontraba al final del pasillo. Compartía ambas cosas con una inquilina permanente, una anciana cuyos hijos pagaban el alquiler para que no tuviera que vivir con ellos. Por las noches hablaba a solas en voz alta y lloraba porque sus hijos la obligaban a vivir con una *schwartze*.[21] Podía oírla a través del tabique común adyacente a nuestra cocina todavía más común. Se pasaba el día sentada a la mesa de la cocina y bebiéndose mi gaseosa mientras yo estaba en el trabajo o estudiando.

Cuando empezó el *college*, Peter y yo rompimos. La verdad es que nunca supe por qué había comenzado aquella relación y tampoco sabía por qué

había acabado. Un día Peter dijo tan solo que probablemente tendríamos que dejar de vernos durante un tiempo, y yo estuve de acuerdo, pensando que eso sería lo que había que hacer.

El resto del otoño fue una agonía de soledad, con largos trayectos en metro y pocas horas de sueño. Trabajaba cuarenta y cuatro horas semanales en el hospital y asistía a otras quince horas de clase. Viajaba tres horas diarias desde y hasta Brighton Beach. Eso me dejaba medio día del sábado y todo el día del domingo para llorar por el silencio de Peter y para preguntarme si mi madre me echaría de menos. No era capaz de estudiar.

Casi a finales de noviembre me quedé, sin más, en la cama durante tres días y, cuando me levanté, me encontré con que me había quedado sin trabajo en el hospital.

Estar sin trabajo me aportó un montón de nuevas experiencias, profundamente instructivas. Significó empeñar mi máquina de escribir, hecho que me provocaba pesadillas, y vender mi sangre, hecho que me daba escalofríos. Saliendo del banco de sangre del cruce de Bowery Street y Houston Street, con los cinco dólares bien sujetos en la mano, me volví a ver ajustándole el tubo de transfusión a un paciente mientras trabajaba en Beth David. ¿Fluiría pronto mi sangre por aquellas venas? ¿Y en qué se convertiría aquella persona con respecto a mí? ¿Qué tipo de relación se establecería entre ambas a través de la venta de la sangre?

Más que nada, estar en el paro significaba beber agua caliente, que era gratuita en la cafetería del *college*, así como soportar la demoledora prueba de ninguneo de las agencias de empleo y de los empleados de departamentos de personal que sonreían ante mi intención de presentarme a trabajos de recepcionista en una consulta médica, y encima a media jornada (cobraba diez dólares semanales por mi beca, que en su mayoría destinaba a pagar el alquiler).

Justo antes de Navidad conseguí un empleo a través del *college*, trabajando para un médico por las tardes. Aquello me proporcionó dinero

suficiente para sacar mi máquina de escribir de la casa de empeño y un poco más de tiempo para sentirme deprimida. Daba largos paseos por la playa invernal, Coney Island se hallaba a poco más de un kilómetro y, ahora que todos los quioscos estaban cerrados, la pasarela de madera era un espacio agradablemente solitario, lo cual se adaptaba perfectamente a lo que yo necesitaba. No podía ir al cine, aunque me encantaban las películas, porque estaba lleno de gente en parejas o en grupos y me recordaban mi solitaria situación, hasta que un día sentí que se me iba a romper el corazón si seguía sola.

Una noche no podía dormir y bajé a la playa. Había luna llena y estaba subiendo la marea. En la cresta de cada olita, en lugar de espuma blanca había una corona fluorescente. La línea en la que el mar y el cielo se encontraban estaba velada; el ángulo de las llamas verdes atravesaba la noche, línea tras línea, y acabó por iluminar toda la oscuridad con brillantes festones de fosforescencia que avanzaban rítmicamente hacia la costa sobre las olas.

Nada de lo que yo hiciera podía detenerlas, ni hacer que volvieran.

Aquellas fueron las primeras Navidades en mi vida que pasé sola. Me quedé en la cama todo el día. Podía oír a la anciana de la habitación de al lado vomitar en su barreño. Yo le había echado *nux vomica* a mi botella de gaseosa con sabor a vainilla.

Aquella noche Peter llamó y volvimos a vernos durante la semana siguiente. Hicimos planes para marcharnos el fin de semana de Fin de Año al campamento del sindicato de los peleteros. Habíamos quedado en encontrarnos en la estación de autobuses de Port Authority cuando saliera del trabajo. Estaba emocionada; nunca había ido de acampada.

Me llevé las botas, los vaqueros y la mochila al trabajo, junto con un saco de dormir que Iris me había prestado. Me cambié en la habitación de servicio del doctor Sutter, y llegué a la estación de autobuses a las siete y

media de la tarde. Peter tenía que llegar a las ocho y nuestro autobús salía a las nueve menos cuarto. Pero Peter nunca apareció.

A las nueve y media comprendí que no iba a aparecer. La estación de autobuses estaba caliente y me quedé allí otra hora más, demasiado estupefacta y cansada para moverme. Al final, recogí mis pertenencias y empecé a caminar con dificultad por la ciudad hasta el metro de la línea BMT. Ya estaba empezando a formarse la aglomeración de los días festivos y había comenzado el ruido de la celebración y de los bocinazos para recibir el año nuevo. Caminé atravesando Times Square con mis vaqueros, mis botas militares y mi cazadora de cuadros, con la mochila y el saco de dormir a la espalda, y las lágrimas me corrían por la cara mientras me abría paso entre la muchedumbre y el barro. No acababa de creerme que todo aquello me estuviera ocurriendo a mí.

Peter me llamó unos días más tarde para darme una explicación, pero le colgué inmediatamente el teléfono, por instinto de protección. Quería hacer como si nunca hubiese existido y como si yo nunca hubiera sido una persona a la que se pudiera tratar así. Nunca más permitiría que nadie me volviera a tratar así.

Dos semanas más tarde descubrí que estaba embarazada.

Traté de recordar los retazos de información que había recogido de amigas que conocían a chicas que habían tenido «problemas». El médico de Pensilvania que realizaba abortos limpios, seguros y muy baratos porque su hija había muerto en una mesa de cocina después de que él se negara a practicarle el aborto. Pero a veces la policía sospechaba, por lo que no siempre estaba trabajando. Una llamada a través del boca a boca me informó de que no lo estaba en aquel momento.

Atrapada. Tenía que hacer algo, cualquier cosa. Nadie más podía ocuparse de aquello. Pero ¿qué podía hacer?

El médico que me dio los resultados positivos de mi prueba del embarazo era un amigo de la tía de Jean que dijo que tal vez podría «ayudar». Esa

ayuda significaba conseguirme una plaza en un hogar para madres solteras fuera de la ciudad que dirigía un amigo suyo. «Cualquier otra cosa», me dijo en tono piadoso, «es ilegal».

Estaba aterrada por las historias que había oído en el instituto y de boca de mis amigas sobre las carnicerías y las fábricas de abortar, que refería el *Daily News*. Abortos baratos sobre mesas de cocina. Francie, la amiga de Jean, había muerto de camino al hospital justo el año anterior después de intentar abortar con el mango de un pincel del número 1.

Aquellos horrores no eran meras historias ni resultaban poco frecuentes. Había visto demasiadas consecuencias de abortos fallidos sobre los bancos ensangrentados colocados a lo largo de los pasillos que conducían a la sala de urgencias.

Además, no tenía verdaderos contactos.

Por las calles oscurecidas por el invierno caminaba hacia el metro desde la consulta del médico, sabiendo que no podía tener una criatura y sabiéndolo con una certidumbre que me galvanizaba mucho más que cualquier otra cosa que se me ocurriera hacer.

La chica de la Labor Youth League que me había presentado a Peter se había sometido a un aborto, pero le había costado trescientos dólares. El tipo lo había pagado. Yo no disponía de trescientos dólares ni tenía forma alguna de conseguirlos, y le hice jurar que mantendría el secreto diciéndole que no era de Peter. Cualquier cosa que se hiciera la tenía que hacer yo. Y pronto.

El aceite de castor y una docena de pastillas de bromuro de quinina no surtieron ningún efecto.

Los baños de mostaza me provocaron una urticaria, pero tampoco tuvieron efecto alguno.

Como tampoco lo tuvo saltar desde una mesa en un aula vacía en Hunter, y casi me rompo las gafas.

Ann era una auxiliar de enfermería diplomada a la que yo conocía porque trabajaba en el turno de noche en el hospital Beth David. Solíamos flirtear en el cuartito de las enfermeras después de medianoche cuando la enfermera jefa estaba echando una cabezadita en alguna habitación privada vacía de la planta. El marido de Ann era soldado en Corea. Ella tenía treinta y un años de edad y, según sus propias palabras, «sabía por dónde se andaba»; era guapa, simpática, menuda, fuerte y muy Negra. Una noche, mientras estábamos calentando el alcohol y el talco para los masajes de espalda vespertinos, sacó su pecho derecho para enseñarme el gran lunar oscuro que tenía justamente en la línea donde su pezón morado oscuro se unía con el color chocolate más claro de su piel, y que, según me dijo con una risita aterciopelada, «volvía locos a todos los médicos».

Ann me había hecho descubrir las muestras de anfetaminas para aquellos largos turnos sin dormir después de los cuales íbamos a desmoronarnos a su apartamento luminoso de cocina americana situado en Cathedral Parkway, bebíamos café negro y charlábamos hasta el amanecer sobre los extraños hábitos de las enfermeras jefas, entre otras cosas.

Llamé a Ann al hospital y quedé con ella una noche después del trabajo. Le dije que estaba embarazada.

«¡Creía que eras gay!».

Percibí un leve tono de decepción y curiosidad en la voz de Ann y de repente recordé nuestra pequeña escena en el cuartito de las enfermeras. Pero mi experiencia con la gente que había intentado encasillarme era que solían hacerlo para rechazarme o utilizarme. Yo todavía no había reconocido siquiera mi propia sexualidad, ni mucho menos optado por algo al respecto. Por lo tanto, pasé por alto el comentario.

Le pedí a Ann que me sacara Ergotrate de la farmacia del hospital; se trataba de un medicamento del que les había oído a las enfermeras decir que se podía utilizar para provocar sangrados.

«¿Estás loca?», me dijo horrorizada. «Chica, no puedes bromear con estas cosas: podría matarte. Eso provoca hemorragias. Déjame ver lo que puedo hacer por ti».

«Todo el mundo conoce a alguien», dijo Ann. En su caso, fue la madre de otra enfermera de cirugía. Seguro y limpio, eficaz al cien por cien y barato, me dijo. Una interrupción inducida mediante un catéter de Foley. Un aborto casero. El estrecho tubo de goma rígida, que se utilizaba en cirugía postoperatoria para mantener abiertos distintos canales del organismo, se ablandaba al esterilizarlo. Introduciéndolo por el cérvix hasta el útero mientras estaba blando, se enrollaba sobre sí mismo y sus cuarenta centímetros se acomodaban tranquilamente en el interior del vientre. Una vez endurecido, sus formas angulares rasgaban la pared del útero y provocaban contracciones uterinas que acabarían por expulsar el feto junto con la membrana. Siempre y cuando el organismo no expulsara el tubo demasiado pronto. Y, también, si no perforaba el útero.

El proceso duraba unas quince horas y costaba cuarenta dólares, lo que representaba el salario de una semana y media de trabajo.

Fui al apartamento de la señora Muñoz a la salida del trabajo aquella tarde en la consulta del doctor Sutter. Había terminado el deshielo de enero y, aunque solo era la una de la tarde, el sol no calentaba. El gris invernal de mediados de febrero y las manchas de los restos más oscuros de nieve del Upper East Side. En medio del viento, apretaba contra mi chaquetón marinero una bolsa que contenía un par de guantes de goma nuevos y el nuevo catéter color rojo vivo que Ann me había conseguido del hospital, así como una compresa. Llevaba la práctica totalidad de mi última paga más cinco dólares que me había prestado Ann.

«Cariño, quítate la falda y las bragas mientras voy hirviendo esto». La señora Muñoz sacó el catéter de la bolsa, lo colocó en una palangana y le echó encima agua hirviendo. Yo estaba sentada hecha un ovillo en el borde de su ancha cama, molesta por estar medio desnuda delante de aquella

extraña. Ella se puso los finos guantes de goma y, colocando la palangana sobre la mesa, echó un vistazo hacia donde yo me hallaba apoyada, en la esquina de aquella miserable aunque ordenada habitación.

«Túmbate, túmbate. Estás asustada, ¿eh?». Me miró desde debajo del impecable pañuelo blanco que le cubría completamente su menuda cabeza. No alcanzaba a verle el pelo, y por su rostro de rasgos marcados y de ojos claros no era capaz de definir su edad, pero parecía tan joven que me sorprendió que pudiera tener una hija que ya fuera enfermera.

«¿Estás asustada? No temas, cielo», dijo, agarrando la cubeta con el borde de una toalla y colocándola al otro lado de la cama.

«Ahora recuéstate y levanta las piernas. No tienes que tener miedo de nada; yo esto se lo haría a mi propia hija. Si estuvieras embarazada de, digamos, tres o cuatro meses, sería más difícil porque requeriría más tiempo, ¿comprendes? Pero tú no estás muy avanzada. No te preocupes. Esta noche o tal vez mañana, sentirás un poco de dolor, como si tuvieras retortijones. ¿Te dan a veces retortijones?».

Asentí con la cabeza sin abrir la boca, apretando los dientes de dolor. Pero ella tenía las manos ocupadas entre mis piernas y estaba muy concentrada en lo que estaba haciendo.

«Te tomas una aspirina, y algo de alcohol, pero no mucho. Cuando esté listo, el tubo vuelve a bajar junto con el sangrado. Y luego, ya no hay bebé. La próxima vez, ten más cuidado, cielo».

Cuando la señora Muñoz terminó de hablar, ya había introducido el largo y delgado catéter en mi útero a través del cérvix. El dolor había sido agudo pero breve. Aquello se encontraba retorcido en mi interior como un cruel benefactor, que no tardaría en desgarrar la delicada membrana y en lavar mis preocupaciones con la sangre.

Pero como cualquier sufrimiento me resultaba insoportable, incluso aquella breve muestra me pareció interminable.

«¿Ves? Ya está. Tampoco ha sido tan terrible, ¿verdad?». Me dio unas palmaditas en el tembloroso muslo para reconfortarme. «Ya pasó todo. Ahora, vístete. Y ponte la compresa», añadió, mientras se quitaba los guantes de goma. «Empezarás a sangrar dentro de un par de horas, y entonces te acuestas. Toma, ¿quieres llevarte los guantes?».

Dije que no con la cabeza y le entregué el dinero. Me dio las gracias. «Te he hecho un precio especial porque eres amiga de Anna», dijo sonriendo mientras me ayudaba a ponerme el abrigo. «Mañana a esta hora todo habrá terminado. Si tienes cualquier problema, me llamas. Pero no te preocupes, solo serán unos retortijones».

Me bajé en la calle 4 Oeste y compré una botella de licor de melocotón por ochenta y nueve centavos. Era la víspera de mi decimoctavo cumpleaños y decidí que iba a celebrar mi alivio. Ahora, lo único que quedaba era pasar el dolor.

En el lento tren local del sábado de regreso a mi habitación amueblada de Brigthon Beach empezaron los retortijones, cada vez más fuertes. «Ahora todo se va a arreglar», me decía una y otra vez a mí misma, ligeramente inclinada en el asiento del metro, «con tal que consiga llegar hasta mañana. Puedo hacerlo. Ella dijo que no había peligro alguno. Lo peor ha pasado. Y si surgen complicaciones, siempre puedo acudir al hospital. Les diré que no sé cómo se llama y que me habían vendado los ojos para que no pudiera reconocer el lugar donde me encontraba».

Me pregunté cómo de agudo llegaría a ser el dolor, y eso me aterrorizaba más que ninguna otra cosa. No pensé que pudiera morir de una hemorragia ni de una perforación del útero. Lo único que me asustaba era el dolor.

El vagón del metro estaba casi vacío.

La primavera anterior, alrededor de la misma época, un sábado por la mañana, me había despertado en casa de mi madre al olor del beicon que estaba friendo en la cocina, para darme cuenta de repente al abrir los ojos de que el sueño que había estado teniendo, que daba a luz a una niñita, de

hecho, no era más que un sueño. Me incorporé de golpe en la cama, frente a la pequeña ventana que daba al patio, y lloré y lloré y lloré de decepción hasta que mi madre entró en la habitación para ver qué me pasaba.

El tren salió del túnel en aquel lúgubre extremo del sur de Brooklyn. La torre de la atracción del salto en paracaídas de Coney Island y un enorme tanque gris de almacenamiento de combustible eran las únicas interrupciones en la línea plomiza del horizonte.

Me desafié a mí misma a no sentir el menor remordimiento.

Aquella tarde, alrededor de las ocho, estaba tumbada hecha un apretado ovillo encima de la cama, tratando de distraerme del desgarrador dolor que sentía en mi bajo vientre planteándome si teñirme el pelo de negro azulado.

No podía ponerme a pensar en los riesgos que estaba corriendo. Pero otra parte de mí se sorprendía de mi propio atrevimiento. Lo había hecho. Incluso más que marcharme de casa, aquella acción que estaba desgarrándome las entrañas y que podría conducirme a la muerte, solo que no lo iba a hacer, aquella acción era una especie de transición de la seguridad a la autoconservación. Era una elección entre dos sufrimientos. En eso era, al fin y al cabo, en lo que consistía vivir. Me agarré a aquella idea y procuré sentirme únicamente orgullosa.

No me había rendido. No me había limitado a quedarme mirando lo que pasaba hasta que fuera demasiado tarde. No habían podido conmigo.

Alguien llamó a la puerta trasera que daba al paseo, y me asomé a la ventana. Mi amiga Blossom, del instituto, había conseguido que una de nuestras antiguas profesoras la llevara en coche a mi casa para comprobar que estaba todo «en orden», y para traerme una botella de licor de melocotón para mi cumpleaños. Era una de las personas a las que había consultado y no había querido tener nada que ver con el aborto; me dijo que debía tener a la criatura. No me tomé la molestia de decirle que la gente no adoptaba bebés Negros. Estos eran absorbidos por las familias, abandonados o «dados», pero no adoptados. No obstante, sabía que estaba

preocupada, puesto que había recorrido todo el camino desde Queens hasta Manhattan y luego hasta Brighton Beach.

Aquello me conmovió.

Solo intercambiamos banalidades. Ni una palabra de lo que sucedía en mi interior. Ahora era mi secreto; la única manera en que podía manejar aquello era a solas. Sentí que ambas estaban agradecidas de que así lo hiciera.

«¿Seguro que estarás bien?», preguntó Bloss. Asentí con la cabeza.

La señorita Burman sugirió que fuéramos a dar un paseo por la pasarela de madera en la fría oscuridad de una noche de febrero. No había luna. Me hizo bien el paseo, y también el licor. Pero una vez de vuelta a mi habitación, no conseguía concentrarme en lo que estaban diciendo. Estaba absorta en el furor que me devoraba las entrañas.

«¿Quieres que nos vayamos?», preguntó Bloss con su habitual franqueza. La señorita Burman, compasiva pero austera, permanecía de pie en silencio junto a la puerta, contemplando mis pósteres. Asentí con la cabeza dirigiéndome a Bloss con agradecimiento. La señorita Burman me prestó cinco dólares antes de marcharse.

El resto de la noche lo pasé en pura agonía yendo y viniendo por el pasillo desde mi habitación al cuarto de baño, doblada en dos por el dolor, observando cómo se desprendían de mi cuerpo los coágulos de sangre que caían al váter y preguntándome si estaría bien; al fin y al cabo, nunca había visto antes unos coágulos rojos de sangre tan grandes salir de mi cuerpo. Tenía miedo de que pudiera llegar a desangrarme hasta morir en aquel cuarto de baño compartido de Brighton Beach en medio de la noche de mi decimoctavo cumpleaños, con aquella anciana loca al final del pasillo que hablaba en sueños sin parar. Pero me repondría. Pronto todo esto pasaría y yo estaría a salvo.

Vi cómo una forma grisácea de textura mucosa desaparecía en el váter y me pregunté si aquello sería el embrión.

Al amanecer, cuando me levanté para tomarme otra aspirina, el catéter había salido de mi cuerpo. Estaba sangrando mucho, muchísimo. Pero mi experiencia en urgencias me decía que no era una hemorragia.

Lavé el largo catéter rígido y lo guardé en un cajón, tras examinarlo atentamente. Aquel instrumento de mi salvación tenía un color rojo agresivo, pero por lo demás parecía bastante inocuo.

Me tomé una anfetamina al pálido sol de la mañana y me pregunté si debía gastarme un cuarto de dólar en un café y un bollo de mantequilla. Recordé que tenía que marcharme a toda prisa al concierto del Hunter College aquella tarde, por el cual me iban a pagar diez dólares, una gran suma para el trabajo de una tarde que me permitiría saldar mis deudas con Ann y con la señorita Burman.

Me preparé un café con leche bien dulce y me di un baño caliente, aunque estaba sangrando. Después de ello, el dolor disminuyó poco a poco, quedándose en algo parecido a un cólico sordo.

De repente animada, me levanté, me vestí y salí a la mañana. Cogí el autobús hacia Coney Island y me detuve en una cafetería de las que abren temprano cerca de Nathan's, y me di un gran desayuno de cumpleaños completo con patatas fritas y un *muffin*. Hacía mucho tiempo que no comía normalmente en un restaurante. Me costó casi la mitad de los cinco dólares de la señorita Burman, porque era *kosher* y caro y delicioso.

Después volví a casa y permanecí tumbada en la cama, con una sensación de bienestar y de alivio del dolor y del terror que casi me causaba euforia. Me sentía realmente muy bien.

A medida que la mañana iba dejando paso a la tarde, me di cuenta de que estaba exhausta. Pero la idea de ganar diez dólares trabajando una tarde me hizo levantarme con esfuerzo y volver al tren local del fin de semana para el largo viaje hasta Hunter College.

A mediados de la tarde mis piernas no me sostenían. Recorría arrastrándome los pasillos laterales del auditorio, sin apenas oír el cuarteto

de cuerda. En la última parte del concierto, fui al aseo a cambiarme el *támpax* y la compresa que llevaba. Allí dentro, me entró de repente una sensación de náusea que me dejó doblada en dos, e inmediatamente y con fuerza devolví los dos dólares con cincuenta, propina incluida, de mi desayuno en Coney Island, que no había podido digerir. Debilitada y temblando, me senté en el váter, apoyando la cabeza en la pared. Un nuevo acceso de retortijones me atravesó con semejante violencia que gemí con un hilo de voz.

La señora Lewis, la encargada Negra de los servicios de señoras que me conocía de los aseos del instituto Hunter, se encontraba al fondo de la sala en su cuchitril y me había visto entrar en aquel lugar vacío.

«¿Eres tú, Autray, la que gime así? ¿Estás bien?». Vi cómo sus zapatos planos se detenían delante de mi puerta.

«Sí, señora», conseguí decir, maldiciendo la suerte que había hecho que entrara precisamente en aquellos aseos en particular. «Es la regla, nada más».

Me recuperé y me atusé un poco la ropa. Cuando por fin salí, valiente y con la cabeza alta, la señora Lewis seguía ahí fuera, con los brazos cruzados.

Siempre había mostrado un interés constante aunque impersonal por las vidas de las pocas chicas Negras del instituto, y era una cara familiar que me había alegrado ver cuando me la encontré en los aseos del *college* en otoño. Le dije que ahora iba al *college* y que me había marchado de casa. La señora Lewis había arqueado una ceja y apretado los labios, agitando su cabeza canosa. «¡Hay que ver cómo sois las chicas jóvenes!», había dicho.

Bajo la violenta luz de los tubos fluorescentes, la señora Lewis me observó atentamente a través de sus serias gafas de montura dorada, que colgaban de su ancha nariz marrón como antenas redondas.

«Chica, ¿seguro que estás bien? No me lo parece en absoluto». Clavó su mirada en mi cara. «Siéntate aquí un momento. ¿Acabas de empezar? Estás

tan blanca que pareces hija de otra gente».

Acepté agradecida el taburete que me ofrecía. «Estoy bien, señora Lewis», insistí. «Solo es que tengo muchos retortijones, eso es todo».

«¿Solo retortijones? ¿Y así de malos? ¿Y entonces para qué has venido hoy aquí? Deberías estar en casa en la cama, lo digo por el aspecto que tiene tu mirada. ¿Quieres un poco de café, cielo?». Me tendió su taza.

«Porque necesito el dinero, señora Lewis. Me pondré bien; de verdad». Sacudí la cabeza ante el café y me levanté. Otro retortijón subió desde mis muslos apretados y vino a martillearme los riñones; pero me limité a apoyar la cabeza contra la pared del aseo. Luego, cogiendo una servilleta de papel del montón que había en la balda de cristal enfrente de mí, la humedecí y me enjugué el sudor frío de la frente. Me limpié toda la cara y me quité con cuidado el resto de carmín. Esbocé una sonrisa a mi reflejo en el espejo y a la señora Lewis, que seguía de pie detrás de mí, a un lado, con los brazos todavía cruzados sobre su ancho y corto pecho. Se succionó los dientes aspirando profundamente y emitiendo un prolongado suspiro.

«Niña, ¿por qué no vuelves a casa con tu madre, que es donde tendrías que estar?"».

Casi me eché a llorar. Tenía ganas de gritar para ahogar su voz dulce y quejumbrosa de anciana que fingía creer que todo era tan sencillo.

«¿No crees que estará preocupada por ti? ¿Sabe que estás pasando por todas estas dificultades?».

«No estoy pasando por dificultades, señora Lewis. Solo es que no me encuentro bien por culpa de la regla». Me di media vuelta, hice una bola con la servilleta de papel y la tiré a la papelera, y luego me volví a sentar, dejándome caer. Mis piernas estaban terriblemente débiles.

«Pues sí, bueno». La señora Lewis se había puesto de nuevo a succionarse los dientes, y se metió la mano en el bolsillo del delantal. «Toma», dijo, sacando cuatro dólares del monedero. «Coge esto y toma un taxi que te lleve a casa». Sabía que yo vivía en Brooklyn.

«Y te vas derechita a casa, ahora. Ya me encargo yo de poner una cruz junto a tu nombre en la lista de abajo. Y puedes devolverme el dinero cuando te paguen».

Cogí los arrugados billetes de sus oscuras manos de trabajadora. «Muchas gracias, señora Lewis», le dije, agradecida. Volví a levantarme, esta vez con un poco más de fuerza. «Pero no se preocupe por mí, esto no durará demasiado». Caminé tambaleándome hacia la puerta.

«Y pon los pies en alto y ponte una compresa fría sobre la tripa, y quédate un par de días en la cama», me dijo gritando mientras yo caminaba hacia los ascensores que conducían a la planta principal.

Le pedí al taxista que me llevara por la puerta de atrás en lugar de dejarme en Brighton Beach Avenue. Temía que las piernas no me llevaran hasta donde quería llegar. Me pregunté si no había estado a punto de desmayarme. Una vez dentro, me tomé tres aspirinas y dormí durante veinticuatro horas.

Cuando me desperté el lunes por la tarde, las sábanas de la cama estaban manchadas, pero sangraba de manera normal y los retortijones habían desaparecido.

Me pregunté si habría tomado algo en mal estado en la cafetería el domingo por la mañana que me sentó mal. Normalmente, nunca tenía problemas de estómago, y me jactaba de tener una digestión a prueba de bomba. Al día siguiente, volví a clase.

El viernes, después de las clases y antes de ir a trabajar, recogí mi paga como acomodadora. Busqué a la señora Lewis en el cuarto de baño del auditorio y le devolví sus cuatro dólares.

«Ay, gracias, Autrey», dijo, quedándose un poco sorprendida. Dobló los billetes con cuidado y los volvió a meter en el monedero de petaca verde que llevaba en el bolsillo del delantal de su uniforme. «¿Cómo te encuentras?».

«Bien, señora Lewis», contesté con desenvoltura. «Ya le dije que todo iría bien».

«¡Eso no es verdad! Me dijiste que *estabas* bien y yo sabía que no era cierto, así que no me vengas con más historias de esas que no quiero oír», me contestó mirándome por el rabillo del ojo. «¿Y todavía no te has vuelto a casa de tu madre?».

---

[19] Liga Obrera Juvenil, organización sindical y política de juventudes obreras y comunistas de Estados Unidos, fundada en 1949.

[20] «Causa célebre», en francés en el original *(N. de la T.)*.

[21] «Negra» en yidis y en alemán *(N. de la T.)*.

16

Mi apartamento de Spring Street no era exactamente un palacio encantado, pero fue mi primer apartamento de verdad y era todo para mí. El apartamento de Iris en Rivington Street fue una breve escala después del trauma de mi declaración de independencia. Lo de Brighton Beach había sido, al fin y al cabo, una habitación amueblada espaciosa con derecho a cocina. Pero lo de Spring Street era verdaderamente mi casa, aunque me la subarrendara un amigo de Jean que se había ido a París por un año. Había dejado una instalación de alta fidelidad muy complicada, un caballito de madera de balancín y una suciedad inconcebible incrustada en todos los rincones de la cocina. Por lo demás, no había muchas más cosas excepto un linóleo sucio en todas las habitaciones y cenizas en una chimenea que era la única fuente de calor para aquel pequeño apartamento de tres habitaciones. Pero el alquiler solo era de diez dólares mensuales.

Me trasladé allí dos semanas después del aborto. Como yo estaba fuerte físicamente y llena de salud, no se me ocurrió que no estaba totalmente exenta de cualquier secuela de aquel siniestro asunto. Pero se han desdibujado en mi memoria los meses que transcurrieron entre aquel fin de semana de mi cumpleaños en febrero y los primeros aromas estimulantes de la primavera en el aire, mientras iba en un tren a Bennington a pasar el fin de semana. Iba a visitar a Jill, una de las Marcadas.

A veces, cuando volvía a casa de clase o del trabajo, solía sentarme al borde de mi cama de base tapizada sin siquiera quitarme el abrigo y de repente me daba cuenta de que era la mañana siguiente y que todavía tenía el abrigo puesto, que ni siquiera había guardado la leche que había comprado para el gato que me acompañaba en mi miseria.

La casa era la única cosa que tenía que me perteneciera, junto con el gato que me habían dado en la tienda de ultramarinos del barrio y dos periquitos javaneses en su jaulita que Martha y Judy me habían traído de regalo de bienvenida a mi nueva casa. Ellas todavía estaban en su último año de instituto y habían aparecido un domingo por la mañana con los pájaros y una botella de licor de albaricoque y cuatro brazos jóvenes y voluntariosos. Después de colgar unas cuantas cortinas de las estrechas ventanas de la habitación principal, que daban a la fachada posterior del edificio de enfrente, las tres nos sentamos en mi sofá delante de la chimenea, comentando si merecería la pena rascar el enlucido de escayola resquebrajado, dejando a la vista los bonitos ladrillos rojos antiguos de la pared. Estuvimos sentadas, escuchando el graznar indignado de los periquitos y a Rajmáninov en el tocadiscos, y bebiendo licor de albaricoque en aquel cuarto helado. Más tarde, por la noche, encendimos el fuego en la chimenea y volqué la botella de licor, o lo hizo Martha, porque siempre le pasaban cosas de esas y luego pedía insistentemente disculpas. Así que decidimos reírnos del asunto y nos imaginamos levantando las tablas del parqué para ver si podíamos encontrar algún resto de madera limpia por debajo para fabricar palillos con aroma de licor de albaricoque.

Pero ese es el único día del que me acuerdo entre la mudanza y principios del verano. Sin embargo, iba a clase y aprobé todas las asignaturas de aquel trimestre. También iba al centro todos los jueves por la noche a las reuniones del gremio de escritores de Harlem.

El apartamento era muy pequeño y resulta sorprendente pensar que pudiera vivir allí más de una persona, pero, por supuesto, en algún

momento toda una familia había ocupado aquellos tres cuartitos. El edificio se hallaba frente a un estrecho patio que separaba estas tres plantas del edificio principal, que tenía seis pisos.

En la primera habitación se hallaba la chimenea y la puerta principal del apartamento. La habitación del medio era todavía más pequeña, no tenía ventana y cabía justo una cama de matrimonio, una pequeña cómoda y la puerta que daba a la cocina, que tenía un fregadero, un fogón, una nevera y la bañera. Había otra puerta que conducía al descansillo, pero estaba condenada. Este tipo de apartamento se denominaba de planta entera. El edificio, que tenía seis apartamentos, dos por planta, carecía de agua caliente. El aseo estaba en el descansillo, uno por planta, compartido por dos apartamentos. Ralph, mi vecino de enfrente, y yo pusimos un cerrojo en el nuestro para evitar que los mendigos del barrio subieran a utilizarlo.

Fregué el apartamento lo mejor que pude, sin dar crédito a la suciedad que el inquilino anterior había llegado a acumular. Me deshice de toda la que pude y decidí ignorar la que no salía. Lo peor era la cocina, así que me concentré en poner mi sello en las otras dos habitaciones.

Me traje mi estantería, mis libros y mis discos, mi guitarra y mi máquina de escribir portátil, y tenía la sensación de que estaba comprando un tremendo montón de cosas, entre ellas, un pequeño calefactor eléctrico.

Otras dos compras importantes fueron un somier y un colchón de saldo, con dos lujosas almohadas de pluma. Tenía sábanas y fundas de almohada traídas de Brighton Beach. También compré otra manta de lana en Orchard Street. Era una manta de vivos tonos rojos y blancos con dibujo indio, calentita y esponjosa, que daba la sensación de calentar el frío y oscuro dormitorio.

Raras veces llegaba a utilizar la cocina, excepto para hervir agua. Era principalmente el lugar en el que estaba la nevera y en el que guardaba cualquier alimento que no trajera a casa ya preparado. Recuerdo que cociné

un estofado de muslos de pollo para Jean y Alf un sábado por la noche. Me quedé muy delgada para lo que yo era.

Cuando llegó el verano, las Marcadas bajaron a Spring Street un fin de semana y frotaron y limpiaron. Después de aquello, cocinaba con más frecuencia.

Quité la escayola que rodeaba la pared de la chimenea y froté con arena los viejos ladrillos hasta que quedaron relucientes, suaves y lisos. Colgué la guitarra de Gennie encima de la chimenea, ligeramente a un lado.

El verano se presentó en el minúsculo patio del edificio como una venganza y las dos ventanas del apartamento no ayudaban demasiado. Empecé a aprender cómo tumbarme de espaldas y disfrutar del calor, cómo no luchar contra él, cómo abrir mis poros y dejar que entrara el calor y saliera el sudor.

A las tres de la madrugada solía encontrarme en bragas y enagua ante la mesa de juego del cuarto de estar, escribiendo a máquina, con el sudor corriéndome por el cuerpo y entre los pechos. Los periquitos habían muerto y el gato se había escapado después de matarlos. Escribir era la única cosa que hacía que me sintiese viva.

Nunca releía lo que escribía. Eran extraños poemas de muerte, destrucción y profunda desesperación. Cuando iba a las reuniones de la revista *Harlem's Writers Quarterly*, solo leía poemas de mi época del instituto, es decir, de hacía más de un año.

Vine del valle
riéndome de mi negritud
entre la boca de las montañas me alcé
llorando, helada
entorpecida por las almas de hombres
muertos que se agarraban a mí
agitada
por la reverberación de los minutos perdidos
de los años por venir
[…]

Yo era la historia de un pueblo fantasma
era la esperanza de vidas jamás vividas
era un producto imaginario del vacío del espacio
y el espacio en las cestas de pan vacías
era la mano tendida hacia el sol
la costra quemada que buscaba alivio
[…]

Y en el árbol del duelo me colgaron
la emoción perdida de un pueblo iracundo
me ahorcó, sin acordarse de lo mucho
que tardaba en morir
de lo inmortal que yo era
olvidando con qué facilidad
podría volver
a levantarme.

20 de abril de 1952

17

Cuando me enteré de que había suspendido alemán y trigonometría del trimestre de verano nunca se me ocurrió atribuir aquel hecho a que me hubiera pasado el verano haciendo de niñera de las Marcadas en mi pequeño apartamento.

Nunca se me ocurrió pensar que era porque todas las noches, cuando volvía a casa del trabajo, en lugar de hacer las tareas de clase para el día siguiente, me dedicaba a preparar café y cubitos de hielo con canela y leche en polvo, acompañados de comprimidos de Dexedrina para diluir todo aquello. Todas éramos pobres y estábamos hambrientas. Nos sentábamos en círculo en el suelo del minúsculo cuarto de estar, frente a la chimenea apagada y con las dos ventanas abiertas, tratando de respirar un poco de aire fresco cuando nos tumbábamos en el colchón que sacábamos del dormitorio. Por toda ropa llevábamos nuestras enaguas de nailon subidas hasta el pecho, que a veces nos atábamos con un cordón.

Me decía a mí misma que había cateado los exámenes porque sencillamente no podía aprender alemán. Decidí que algunas personas eran capaces y otras no. Y yo no lo era.

Además, estaba muy aburrida y decepcionada con el Hunter College, que me parecía más la extensión de una escuela católica para niñas que una continuación del instituto Hunter, que tan lleno había estado de nuestras vidas emocionantes y emocionalmente complicadas. Para la mayoría de las

mujeres que conocí en mis clases de primer curso en el Hunter College, una complicación emocional significaba hacer novillos para jugar al bridge en la cafetería del *college*.

También tenía una tremenda frustración sexual, dada la presencia de todas aquellas hermosas mujeres jóvenes a las que cobijaba como una *banshee*[22] herida. El aborto me había dejado un cupo adicional de tristeza de la que no podía hablar, y desde luego no a aquellas chicas que consideraban mi casa y mi independencia como un refugio y al parecer pensaban que era una persona asentada, fuerte y fiable, lo cual era, por supuesto, exactamente lo que yo quería que pensaran.

No tenía ni idea de si dormían o no juntas en mi colchón y somier Bloom & Krup mientras yo estaba en clase o trabajando. Solíamos bromear bastante al respecto, pero si lo hacían, no me lo decían, y yo nunca mencionaba lo atractivos y aterradores que me resultaban aquellos extraños secretos rubios y pelirrojos y castaños que asomaban por debajo de sus enaguas levantadas, en el tórrido calor del pequeño apartamento interior.

Aquel verano decidí que, de todas todas, iba a tener una aventura con una mujer, en esos mismos términos. No tenía ni idea de cómo lo iba a hacer, y ni siquiera lo que significaba una aventura. Pero sabía que me refería a algo más que hacerse arrumacos debajo de las mantas y a besarse en la cama de Marie.

Marie, como yo, había formado parte del círculo ampliado de las Marcadas en el instituto. Era pequeña y redonda y tenía unos enormes ojos mediterráneos que alumbraban una cara en forma de corazón. Compartíamos una apasionada afición a aprendernos de memoria las mismas baladas románticas y a recitar a Millay. Marie no quería ir al *college* y se puso a trabajar después del instituto, lo que le dio cierta independencia teórica, aunque seguía viviendo con su muy estricta familia italiana.

Fui a cenar varias veces a su casa, en el otoño posterior a marcharme de casa. La comida era abundante y alimentaba, y la servía en silencio la generosa madre de Marie, a la que yo no le gustaba nada, principalmente porque era Negra, pero también porque ahora vivía sola. Ninguna muchacha formal abandonaba la casa de su madre antes de casarse, a menos que se hubiera convertido en una puta, que a ojos de la señora Madrona era en cualquier caso sinónimo de ser Negra.

A veces me quedaba a dormir y compartía el sofá cama de Marie, de la marca Castro, que se encontraba en el cuarto de estar, porque su hermano ocupaba el segundo dormitorio. Permanecíamos despiertas hasta muy tarde, haciéndonos arrumacos debajo de las mantas a la luz de la lamparilla del altarcito de la Virgen que había en un rincón, y nos besábamos y abrazábamos y nos reíamos tontamente en voz baja para que su madre no nos oyera. Cuando las otras componentes de las Marcadas regresaron a finales de la primavera de los distintos *colleges* de la Ivy league[23] en los que se habían matriculado, celebramos una reunión/fiesta de limpieza en mi apartamento.

Todas, excepto Marie. Se había fugado de casa y se había instalado en el YWCA,[24] y luego se había casado con alguien que se había sentado a su mesa en la cafetería del Waldorf. Aquella misma noche. Se fueron en coche a Maryland y encontraron a un juez de paz.

Abrí la puerta de mi casa a las Marcadas y para ellas se convirtió en su segundo hogar. Como era verano, a ninguna nos importaba demasiado que no hubiera calefacción ni agua caliente en el apartamento, aunque no tener una ducha sí que era un problema.

A veces, mi vecino de la puerta de al lado y yo nos íbamos al apartamento de un amigo suyo que estaba a la vuelta de la esquina y nos dábamos una ducha caliente.

En mi apartamento había un flujo constante de mujeres jóvenes que iban y venían, la mayoría de ellas en distintas fases y condiciones de

desesperación. Recuerdo en particular a Bobbi, que vivía a la vuelta de la esquina y estaba un curso por debajo en el instituto. Ahora estaba en su último curso y su madre no hacía más que pegarle. Bobbi decidió huir a California aunque todavía no había acabado los estudios. En aquellos días, aquello era un acto extraordinariamente inusual y valiente, y se escondió en mi apartamento hasta la salida de su avión. Todas pensamos que era muy atrevida, aunque también era muy joven y alocada. Afortunadamente, Bobbi y su novio, igual de alocado que ella, ya se habían marchado cuando el FBI se presentó en mi casa buscándola.

Esto sucedía en 1952, momento álgido de la era McCarthy, y yo sabía de sobra que no debía permitir que pasaran de la puerta. Se quedaron fuera, estúpidos y masculinos y correctos y rubios y apenas un pelín amenazadores con sus camisas abotonadas hasta el cuello y sus corbatas de rayas. Uno llevaba el pelo cortado a cepillo y el otro, con raya en medio, repeinado y brillante.

Todas mis amigas sabían que éramos una amenaza para el *statu quo* y definían nuestras rebeliones en esos términos. Los científicos habían descifrado el código Lineal B, que les permitió leer la escritura minoica antigua. La víspera de la visita a mi casa de los agentes del FBI, que no pasaron de la puerta, Eva Perón había muerto en Argentina. Pero de alguna manera *nosotras* representábamos una amenaza para el mundo civilizado.

Un día Marie se presentó en mi casa con su nuevo marido. No me gustó nada, así que, aunque quería mucho a Marie, me alegré de que se marcharan. El aliento le olía a alcohol y tenía una sonrisa desagradable y unos apetitos sexuales muy extraños de los que Marie me habló en voz baja cuando él salió a comprar más whisky. Me dolía el alma de pensar en ella con él, pero insistió en que lo amaba. Yo no acertaba a entender cómo, pero la creí.

Y afortunadamente, porque dos días más tarde su madre apareció en la puerta de mi casa con un contingente fresco de hombres del FBI,

indistinguibles de los anteriores. La economía seguía en recesión y había poco empleo para los veteranos. Los estudiantes de *college* blancos estaban obsesionados con la seguridad y las pensiones, y en 1952 daba la sensación de que había disponible un interminable suministro de sabuesos con aspecto de estúpidos, ligeramente amenazadores, rubios y de ojos azules.

La madre de Marie estaba histérica y yo sabía que Ralph, mi amigo pacifista, dormía durante el día, así que esta vez los dejé entrar. Mi primo Gerry estaba durmiendo en la alcoba y sus zapatos y calzoncillos estaban a la vista sobre el sofá. He de decir que ni a los hombres del FBI ni a la madre de Marie les causó muy buena impresión. Las chicas jóvenes no viven solas a menos que sean putas, y ahí estaba la prueba, tirada de cualquier manera sobre mi sofá. No le presté atención. Estaba claro que el bulto que había en mi cama era uno solo, y poco me importaba lo que me llamara la madre de Marie.

Marie y Jim, su marido, no estaban en mi casa, y aquello era todo lo que el FBI podía legítimamente averiguar. Suspiré de alivio cuando cerré la puerta al marcharse ellos. Pero antes me dijeron que a Jim lo buscaban por una acusación de trata de blancas en Texas, por transportar a chicas menores de un estado a otro para obligarlas a prostituirse.

Aquella información me perturbó tanto que desperté a Gerry, pero este me convenció de que lo acompañara a un cine donde hubiera aire acondicionado.

Fue una de las Marcadas, Lori, la que me habló de los muchos empleos que había en las fábricas de Stamford, Connecticut. La idea de marcharme de Nueva York durante un tiempo, con sus complicaciones emocionales, me pareció bastante buena, y la idea de que hubiera trabajo en abundancia resultaba particularmente atractiva. Había decidido abandonar el *college,* puesto que no era capaz de aprender alemán.

Puse un candado con combinación en la puerta de mi apartamento, y les di la combinación a las Marcadas, que no tardarían en volver al *college*.

Metí en una maleta las pocas prendas de ropa que tenía, algunos de mis libros y discos, cogí mi máquina de escribir portátil y me trasladé a Stamford.

Llevaba sesenta y tres dólares en el bolsillo.

Llegué a Stamford con el tren local de New Haven un jueves por la tarde. Fui al centro de la comunidad Negra cuyas señas tenía de una visita previa que había hecho la semana anterior. Allí conseguí la dirección de alguien que alquilaba una habitación. Y la alquilé, por el exorbitante precio de ocho dólares a la semana, dejé mis cosas y me despedí de Martha, que había venido a ayudarme a llevar mis posesiones portátiles. A la mañana siguiente conseguí un empleo en la fábrica de cintas en la que Lori había estado trabajando durante el verano. Tenía que empezar el lunes siguiente.

Mi habitación era muy pequeña y compartía el cuarto de baño con otras dos mujeres que también alquilaban habitaciones en aquella casa particular. No teníamos derecho a utilizar la cocina, por lo que metí a escondidas un hornillo eléctrico para calentar las latas de sopa que se convirtieron en mi cena habitual.

Aquel fin de semana estuve paseando por Stamford, tratando de hacerme una idea de aquel lugar. Nunca antes había vivido en una ciudad pequeña, ni en ningún otro lugar que no fuera Nueva York. En el *drugstore* Liggett's situado en Atlantic Avenue, la calle principal, no sabían lo que era la «crema de huevo».[25] A la gaseosa la llamaban «pop». Mientras recorría Atlantic Avenue hacia la estación de ferrocarril y vuelta, al otro lado del pequeño puente que cruzaba el río Rippowam que separaba la parte este de la oeste de Main Street y a la comunidad Negra de la blanca, me llamó la atención el ritmo tan diferente al que, al parecer, la vida se desarrollaba allí.

Para ser sábado por la tarde, las calles parecían extrañamente vacías y tranquilas. Me asomé a los pequeños puestos alineados a lo largo del final de Atlantic Avenue, cerca de la estación, y me pregunté por qué, si había tanto trabajo en la ciudad, daban aquella sensación tan pobre y triste. Tardé

unas semanas en comprender por qué el sábado no era allí el día de las compras como lo era en Nueva York.

Aquel fin de semana decidí que trabajaría en Stamford, ahorraría dinero y me iría a México.

Pensé que lo podía hacer ahorrando en la comida, lo cual no sería muy difícil puesto que en cualquier caso no podía cocinar en mi habitación. Encontré un supermercado y me compré cinco latas de sardinas de la marca Mooseabec, un pan de molde y cinco latas de sopa de carne picante de la marca Campbell, mi predilecta. Pensé que con eso tendría para toda la semana, con un bocadillo a la hora de la comida y una lata de sopa para la cena. Decidí que me permitiría algún extra el fin de semana, que consistiría en salchichas o estofado de muslos de pollo.

El lunes empecé a trabajar a las ocho de la mañana. Podía ir andando al trabajo, pues estaba a media hora de mi casa. Me senté en una larga mesa con otras mujeres, a operar una máquina de manivela que transformaba metros de cinta en pequeños lazos de alegres formas y los fijaba con una minúscula abrazadera metálica. El trabajo era increíblemente aburrido, pero los colores de las cintas eran vivos y alegres y la mesa a la hora de la comida parecía un árbol de Navidad. Estábamos en septiembre, pero la fábrica estaba preparando los pedidos de Navidades. Tardé un poco en cogerle el tranquillo a la máquina y en fabricar unos lazos bien hechos que el supervisor no me devolviera con desprecio. La mujer que estaba trabajando junto a mí me consoló.

«No te preocupes, cielo. Dentro de tres semanas te habrá dejado en paz».

Stamford era una ciudad sindical y había que apuntarse al sindicato al cabo de tres semanas de haber empezado a trabajar. Al principio me pagaban noventa centavos la hora, que aumentarían a un dólar con quince centavos, el salario mínimo estándar, una vez que me asociara al sindicato. Mi compañera sabía algo que yo desconocía. Era un procedimiento habitual en la mayoría de las fábricas de manufactura contratar a trabajadoras

Negras durante tres semanas y luego echarlas antes de que pudieran apuntarse al sindicato para coger a otras nuevas. El trabajo no resultaba difícil de aprender. Así que, al cabo de tres semanas, me encontré con mi primera paga, pero sin trabajo.

En el otoño volví a empezar a escribir poemas, después de varios meses de silencio. El sonoro traqueteo de la máquina de escribir portátil volvió a llenar mis noches de fin de semana. La mujer que vivía en la habitación de al lado me comentó amablemente, cuando nos cruzamos en las escaleras, que la norma habitual de la casa para las radios y las máquinas de escribir era que había que guardar silencio a partir de medianoche. Doblé la manta y la coloqué debajo de la máquina de escribir para amortiguar el sonido, y seguí tecleando a toda marcha, inclinada sobre mi destartalada mesa, que estaba calzada entre el hornillo de contrabando y los dos montones bien ordenados de latas de sardinas Mooseabec y de sopa Campbell.

En las suaves noches de septiembre de aquel nuevo lugar, era como si Gennie hubiese vuelto a la vida. Los sábados por la noche me encontré caminando por calles desconocidas, explicándole a Gennie en voz baja qué calle era cada una, cómo era la fábrica y cuáles eran los extraños hábitos de aquellos no neoyorquinos.

> Y no regresaste en abril
> aunque la primavera es un poderoso señuelo
> sino que esperaste tu momento en silencio
> sabiendo que los muertos tienen que aguantar.
>
> Y no regresaste tampoco en verano
> ni cuando los robles verdes estaban
> dejando huellas de sangre en el otoño
> y había horas y horas para llorar la muerte.

Gennie fue la única compañía con la que compartí aquellas primeras semanas en Stamford, y a veces, durante varios días seguidos, era la única persona con la que hablaba.

[22] En la mitología irlandesa, espíritu femenino cuyo llanto es presagio de una muerte *(N. de la T.)*.

[23] Conjunto de instituciones universitarias del noreste de Estados Unidos, de gran prestigio académico y social *(N. de la T.)*.

[24] Siglas de la Young Women's Christian Association (Asociación Cristiana de Mujeres Jóvenes), fundada originalmente con el propósito de ayudar a niñas y mujeres jóvenes ofreciéndoles un alojamiento seguro y recursos educativos, para lo que disponía de residencias propias. Uno de los principales objetivos de la asociación fue, y sigue siendo en la actualidad, la lucha contra el racismo *(N. de la T.)*.

[25] En inglés, *egg cream*, bebida típica de Nueva York, incluso de Brooklyn, de donde es su inventor, Louis Auster, a base de leche, sirope de chocolate y gaseosa. No contiene ni huevo ni crema, a pesar de su nombre.

18

Eran las diez de la mañana de una fresca jornada de lunes, y el centro comunitario de la parte oeste de Main Street estaba casi vacío. Yo estaba sentada, con la mirada clavada al frente, a la espera de que la señora Kelly terminara. Esta, almidonada y de color marrón cacao, con cada rizo color gris metálico perfectamente colocado en su sitio, estudiaba mi solicitud a través de sus gafas de montura dorada. Al otro lado de la sala, un cartel blanco colgado delante de la placa conmemorativa de bronce de la pared decía: CRISPUS ATTUCKS CENTER. Algún dignatario local, sin duda.

Me volví cuando la señora Kelly suspiró y levantó la mirada. «¿Y qué podemos hacer por usted hoy, jovencita?». Me sonrió, con una voz amable y suave como la de una madre, pero por sus ojos me di cuenta de que se acordaba de la extraña chica que acababa de llegar de Nueva York en busca de un sitio donde alojarse.

Yo me estaba arreglando los pliegues del vestido camisero que me había puesto para causar buena impresión. Era el único que tenía, y encorvaba ligeramente los hombros hacia delante con la esperanza de que la señora Kelly no se hubiera dado cuenta de que la parte de arriba, como en todos los vestidos baratos, me estaba un poco ajustada y me apretaba los pechos.

«Estoy buscando trabajo, señora Kelly».

«¿Y qué tipo de trabajo estás buscando?».

Me incliné hacia delante y dije: «Bueno, en realidad me gustaría trabajar como recepcionista en una consulta médica».

«¿Como qué has dicho?».

«Como recepcionista en una consulta, señora. He trabajado anteriormente para dos médicos en Nueva York».

La señora Kelly arqueó las cejas y sus ojos que miraban para otro lado me hicieron sentir como si hubiera eructado con la boca abierta.

«Bueno, había una oferta como limpiadora en el hospital público de Newton la semana pasada, pero creo que ya está cubierta. Y en general prefieren mujeres mayores». Recorrió con aire ausente un archivador que tenía encima de la mesa y luego se volvió hacia mí, con los labios de su refinada y maternal boca ligeramente apretados. «¿Sabes, hija?, por aquí no hay muchas ofertas de empleo para gente de Color, y menos aún para muchachas Negras. Claro, si supieras escribir a máquina...».

«No, señora, no sé», dije a toda prisa. Cerró su archivador de un golpe.

«Hijita, te diré una cosa. La mayoría de nuestra gente sin cualificación encuentra algún tipo de empleo en las fábricas de bienes de equipo al otro lado de la ciudad. ¿Por qué no intentas en alguno de esos lugares? No figuran aquí, en el Centro, pero puedes ir directamente y preguntarles si necesitan mano de obra. Siento no poder ayudarte». La señora Kelly corrió hacia atrás la silla, se levantó y se alisó ligeramente el traje de chaqueta beis grisáceo. «En cuanto aprendas a escribir a máquina, vuelve a vernos, ¿me oyes?».

Le di las gracias y me marché.

La semana siguiente conseguí un trabajo como operadora de una máquina industrial de rayos X.

Keystone Electronics era una fábrica relativamente pequeña para lo que eran las fábricas de Stamford. Tenía un contrato público para procesar y entregar cristales de cuarzo que se utilizaban en las máquinas de radio y en los radares. Aquellos pequeños cristales procedían de Brasil, se cortaban en

la planta y luego se pulían, refinaban y clasificaban según la carga eléctrica que llevaran.

Era un trabajo sucio. En las dos plantas de la fábrica resonaba el chirrido de las enormes máquinas de cortar y refinar. El barro que utilizaba el equipo de corte lo cubría absolutamente todo, amalgamado por el espeso aceite en el que estaban montadas las láminas de diamante. Siempre había treinta y dos sierras de barro funcionando al mismo tiempo. El aire era pesado y ácido debido a los vapores tóxicos del tetracloruro de carbono que se utilizaba para limpiar los cristales. Cuando entrabas en la fábrica a las ocho de la mañana, tenías la sensación de entrar en el infierno de Dante. Era un medio agresivo para todos los sentidos, demasiado frío, demasiado caliente, lleno de polvo, ruidoso, feo, pegajoso, maloliente y peligroso.

Los que operaban las máquinas de corte eran hombres. Casi nadie de la gente local estaba dispuesta a trabajar en aquellas condiciones, por lo que el equipo de corte estaba compuesto por puertorriqueños reclutados en Nueva York y que se trasladaban a diario entre esta ciudad y Stamford, pagándoles el billete la empresa. Las mujeres leían las cargas eléctricas con una serie de máquinas de rayos X, o lavaban los miles y miles de cristales procesados diariamente en enormes cubetas con tetracloruro de carbono.

Toda la mano de obra en planta, a excepción de los y las capataces, eran personas Negras o puertorriqueñas, y todas las mujeres eran locales, del área de Stamford.

Nadie decía que el tetracloruro de carbono destrozaba el hígado y causaba cáncer de riñón. Nadie mencionaba que las máquinas de rayos X, cuando se utilizaban sin protección, emitían dosis constantes de radiaciones de baja intensidad, muy superiores a lo que se consideraba seguro incluso en aquellos días. Keystone Electrics empleaba a mujeres Negras y no las echaba al cabo de tres semanas. Incluso teníamos que afiliarnos al sindicato.

Me contrataron para operar una de las dos máquinas de rayos X que leían los primeros cortes de cuarzo bruto. Esto les permitía a los cortadores

alinear sus máquinas con el fin de maximizar la carga de cada roca. Por ello, había dos máquinas situadas directamente a la salida de la sala de corte, expuestas al ruido y al barro y al polvo que salía de las máquinas de corte. Aquellas eran las tareas que menos deseaban hacer las mujeres debido a las condiciones de trabajo y porque no se podían hacer horas extras ni cobrar primas de producción. La otra máquina la operaba una joven llamada Virginia, a la que todo el mundo llamaba Ginger. La conocí la primera mañana en el pequeño café que había cruzando la calle frente a la fábrica, donde me detuve a comprar un café y un bollo para celebrar mi primer día en el nuevo trabajo.

Trabajábamos de ocho de la mañana a cuatro y media de la tarde con diez minutos de pausa para tomar un café a las diez de la mañana y a las dos y media de la tarde, y media hora de descanso para comer.

Los «chicos» cortadores les daban a los cristales un primer corte pasándolos por la densa grasa y el barro de las máquinas, y luego nos traían unos bloques en bruto de cinco centímetros de espesor para que Ginger o yo leyéramos su carga eléctrica antes de que fijaran el eje de sus máquinas. La lectura se hacía mediante un pequeño rayo X que se hacía ir a través del cristal. Había que bajar una tapita para protegerte los dedos y evitar que te alcanzara la radiación, pero el segundo de más que tardabas en bajarla solía marcar la diferencia entre que te pegaran un grito por ser demasiado lenta y unas relaciones de trabajo fluidas con los cortadores.

Luego la roca se cortaba en láminas a lo largo del eje que había quedado marcado con un lápiz graso. Volvíamos a leerlas y se cortaban en placas. Ginger y yo leíamos esas placas y las echábamos, cubiertas de grasa y barro, a unas cubetas colocadas cerca de nuestras máquinas. Aquellas placas se las llevaban, se lavaban en enormes bandejas de tetracloruro de carbono y se cortaban en cuadrados para la «sala de lectura» de rayos X. Aquel era un lugar de trabajo más limpio y tranquilo, donde los cristales se leían por última vez y se ordenaban en función de su carga eléctrica.

Las mujeres de la sala de lectura conseguían primas a partir de una determinada producción esperada, calculada sobre una base muy amplia, y aquellos trabajos se consideraban más apetecibles. Arañando a cada paso, ahorrando tiempo y no bajando la tapita de las máquinas, era posible conseguir una pequeña prima semanal.

Después de la primera semana me pregunté si sería capaz de resistir. Pensé que, si tenía que trabajar en aquellas condiciones el resto de mi vida, me cortaría el gaznate. Algunas mañanas me preguntaba cómo iba a resistir ocho horas de hedor, suciedad, ruido ensordecedor y aburrimiento. A las ocho de la mañana me mentalizaba para las dos horas siguientes, diciéndome que podía aguantar dos horas, y que luego habría una pausa para el café. Leía durante diez minutos y luego me mentalizaba para otras dos horas, pensando: «Bueno, puedes aguantar otras dos horas hasta la comida». Después de la comida, cuando las máquinas que tenía detrás volvían a arrancar, me sentía algo más reconfortada después de mi bocadillo de sardinas, aunque aquellas dos horas eran las más duras de la jornada. El tiempo se hacía larguísimo hasta la pausa de las dos y media. Pero al final, conseguía decirme: «Ahora puedes aguantar otras dos horas y luego ya estarás libre».

A veces, en la penumbra de la primera hora de la mañana, estaba de pie esperando el montacargas con el resto de trabajadoras, deseando con todas mis fuerzas que no se detuviera y que la aguja del reloj nunca se pusiera en rojo. Intentaba propulsarme fuera del pasillo de entrada para volver a casa, sabiendo perfectamente que no podría soportar otra jornada igual que la anterior. Pero el montacargas llegaba y yo entraba con las demás.

Había mujeres que habían trabajado en la fábrica durante los diez años que esta llevaba en funcionamiento.

No me iban a pagar hasta pasadas tres semanas y mi escasa reserva de dinero estaba llegando a un nivel peligrosamente bajo (en las fábricas de Stamford era costumbre retener, hasta que dejabas el trabajo, la paga de la

primera semana, a modo de fianza, por así decirlo, sobre el espacio que ocupabas). No cubría tampoco las pausas para el café. A veces me quedaba delante de las máquinas a leerme el libro que había traído. Ginger se iba a hablar con las otras mujeres al entorno relativamente limpio de la sala de lectura de rayos X. Un día me dio una pista.

«Más vale que muevas el culo de esa silla en las pausas, chica, antes de que te quedes pegada a ella. Como sigas así, te vas a volver majara».

Así era exactamente como yo me sentía.

Con una motivación distinta en mente, mi capataz, Rose, también me hizo observaciones sobre mis hábitos en las pausas. Un día, a la hora del almuerzo, me cogió aparte y, con una sonrisa maliciosamente significativa, me dijo que pensaba que era una chica lista y que podía llegar lejos, pero que iba demasiado al servicio.

Los cortadores conseguían primas a la producción con su trabajo, pero Ginger y yo no. Un día los hombres habían estado atosigándome durante toda la mañana, diciéndome que no les estaba dando las lecturas a suficiente velocidad y que les estaba retrasando en sus cortes. A las diez de la mañana bajaron todos en pandilla a tomar un café y dejaron sus máquinas funcionando. Al amparo del ruido, apoyé la cabeza contra la parte posterior de la máquina de rayos X y me eché a llorar. En aquel momento apareció Ginger, que se había olvidado el monedero debajo de la cesta de su máquina. Me dio un golpecito amable en el brazo.

«¡No ves! ¿Qué te dije? Puedes llegar a volverte loca con todas esas lecturas. ¿Cómo tomas el café? Te invito a uno».

«No, gracias». Me enjugué las lágrimas, molesta por que me hubiese pillado llorando.

«No, gracias», se burló Ginger, imitando mi tono. «Suenas exactamente como una dama. Vamos, chica, por favor, tómate un café. No puedo lidiar con esos cabrones yo sola el resto del día y hoy está la cosa caliente. Date prisa, ¿cómo lo quieres tomar?».

«Muy ligero, con azúcar», contesté sonriendo y agradecida.

«Así me gusta», dijo, con su habitual risa jocosa, y bajó corriendo por el estrecho pasillo que separaba nuestras máquinas del estruendo de la sala de corte.

Así fue como Ginger y yo nos hicimos amigas. El jueves siguiente me propuso que nos fuéramos a la ciudad en coche, con su madre, para cobrar nuestros cheques. Era mi primer salario en Keystone.

Como el jueves era día de paga, las tiendas de Atlantic Avenue estaban muy animadas y permanecían abiertas hasta tarde. Todo el mundo iba a la compra, de tiendas, a cobrar sus cheques y a hacer un poco de vida social a la ciudad. La gente aparcaba en las calles principales y hablaba con los transeúntes, aunque al día siguiente, siendo viernes, había que trabajar.

Ginger me dijo que me había visto en la ciudad el primer jueves que llegué, incluso antes de que empezara a trabajar en Keystone.

«Es cierto. Vaqueros y zapatillas de deporte en Atlantic Avenue un jueves por la noche. Me pregunté quién sería esa gatita de ciudad tan avispada».

Me reí ante la idea de que alguien me considerara «avispada», pero guardé silencio.

Aquel jueves por la noche, Ginger me invitó a su casa a cenar y me di cuenta, cuando me serví por tercera vez puré de patatas, de que casi se me había olvidado a qué sabía la comida casera. Me daba cuenta de que la pelirroja Cora, la madre todavía joven e impetuosa de Ginger, me miraba medio divertida, medio fastidiada. Ginger tenía cuatro hermanos pequeños en casa, y Cora, un montón de bocas hambrientas que alimentar.

De vez en cuando Ginger me traía un bocadillo de casa por las mañanas; a veces venía a mi casa de Mill River Road por la noche después del trabajo y me invitaba a tomarnos una hamburguesa en el White Castle, cerca del puente, el único lugar de la ciudad que estaba abierto después de las seis de la tarde, excepto los jueves.

Ginger tenía una radio portátil de pilas que le había regalado su marido, de quien ahora estaba divorciada y, cuando aún no hacía tanto frío, solíamos salir en las hermosas noches de otoño y nos sentábamos cerca de la orilla del río Rippowam que estaba enfrente de mi casa y escuchábamos a Fats Domino en la emisora WJRZ. Su tema *Blueberry Hill* estuvo en los primeros puestos de las listas de éxitos durante todo aquel otoño, y Ginger, en cualquier caso, sentía una debilidad particular por él porque se parecían muchísimo. Incluso caminaba como Fats, con un ligero balanceo en el paso.

Ginger hablaba y escuchaba. Pronto descubrí que, si mantienes la boca cerrada, la gente tiende a creer que lo sabes todo y se empieza a sentir cada vez más libre para contarte cualquier cosa, ansiosa por mostrar que ella también sabe algo.

El viejo Ford rodó con elegancia a lo largo del bordillo en la esquina de Atlantic Avenue con Main Street, justo al otro lado de las vías del tren.

«Final del trayecto, chicas». CeCe, el hermano de Ginger, soltó la cuerda que mantenía cerrada la puerta del copiloto. Ginger y yo saltamos del asiento bajo aquel sol de una tarde de otoño, fresca, pero todavía no fría. Por toda Atlantic Avenue, unos escolares pintaban grandes frescos chillones con brillante pintura al temple sobre los escaparates y las puertas de las tiendas que habían aceptado participar en la fiesta y en el desfile de Halloween. Mañana era el día de la fiesta. El desfile pasaría por la mayoría de las calles del centro, explicó Ginger, y en él participarían casi todos los niños y niñas de la ciudad.

«Eso les encanta. Las tiendas se creen que así les harán menos gamberradas. Hacen lo mismo cada año y con ello se ahorran que les rayen o les pinten los escaparates. La pintura al agua es más fácil de eliminar que la que se usa para pintar las casas. ¿No lo hacen así en la ciudad?». Entramos en los grandes almacenes Gerber en busca de unas medias para Ginger, porque Cora había insistido en que Ginger se pusiera medias de nailon para ir a misa el domingo.

«Nunca había visto que se celebrara Halloween de esta manera».

«Bueno», dijo lentamente Ginger al tiempo que palpaba las medias que estaban expuestas, «son cosas de las pequeñas ciudades. Hay muchas cosas que no has visto y que son distintas aquí de como son en la gran ciudad. Como, por ejemplo, estas medias, que son una mierda. Ven, vamos a ver lo que hay en Grants'». Cruzamos la calle y volvimos caminando hacia atrás al otro lado de Main Street. De la tienda de discos salían retazos de la voz de Rosemary Clooney cantando *Come on a my house, my house a come on,* mezclados con el rumor del tráfico de un sábado por la tarde.

Un chico rubio en bicicleta nos adelantó, chupando un gran pepinillo verde. El penetrante olor del eneldo y del ajo cortados fueron como un cordón que abrió una ventana en mi cabeza y me arrastró hasta el medio de Rivington Street, entre Orchard y Delancey.

Una luminosa mañana del domingo en el Lower East Side de Manhattan; los fisgones de Nueva York, ávidos y determinados, revuelven en los cubos de basura de las aceras en busca de gangas y de buenos amigos. En la esquina de Orchard Street, el Hombre Pepinillo, encaramado en unas cubas de madera de distintos tamaños y tonos de verde llenas de suculentos submarinos, cada una de las tonalidades indicando una diferente fase o sabor del encurtido. Medio sumergido entre los trocitos de ajo y de granos de pimienta y de ramitas de eneldo que flotan, los bancos de pepinillos amontonados como pescado sazonado esperando panza arriba a que les den un bocado. Cerca de ahí, unas mesas sobre caballetes puestos en la acera bajo un toldo de rayas, sobre las que han colocado botes de orejones de albaricoque, de un naranja oscuro y misteriosamente traslúcido. A su lado, en las mesas, largas cajas de madera rectangulares a medio abrir, con el papel de estraza ligeramente recogido hacia atrás sobre los largos bloques de halva, ese dulce a base de pasta de sésamo. Había cajas con sabor a vainilla, a untuoso chocolate y a la mezcla de ambos, mi halva preferida.

A nuestro alrededor, en el aire cada vez más fresco del otoño, los aromas del restaurante de productos lácteos Ratner, dándole la vuelta a la esquina y por encima de los tejados, los rollitos de blinis de queso y los rollitos de cebolla recién horneados. Se mezclaban con los olores más penetrantes de las delicatessen *del local de al lado, donde todas las salchichas de carne, exclusivamente de vaca con ajo, y los* derma *rellenos se acurrucaban junto a los* knishes *de trigo sarraceno en la vitrina caliente. Para las narices que recorrían la animada calle, las separaciones dietéticas y religiosas no tenían importancia, y comprar en Rivington Street un domingo por la mañana era una sinfonía de deleites olfativos.*

Me preguntaba de dónde se habría sacado aquel muchacho un pepinillo sazonado con eneldo en Stamford, Connecticut.

«Ginger, ¿venden pepinillos en Grant's?».

«¡Qué buena idea!», exclamó Ginger sonriendo y cogiéndome del brazo. «¿A ti también te gustan los pepinillos? Los grandes, agrios y jugosos, y los pequeños. ¡Eh, cuidado!». Ginger me tiró del brazo con un gesto brusco cuando me bajé de la acera después de haber echado un vistazo distraído a la avenida. «Speedy Gonzales, aquí te ponen una multa cuando cruzas por cualquier lado, y la mayoría se las ponen a la gente de Nueva York. ¿No tienes nada mejor que hacer con tu dinero?». Volvió a sonreír cuando cambió el semáforo. «¿Cómo te enteraste del trabajo en Keystone, por cierto?».

«En el centro comunitario de la parte oeste de Main Street».

«El bueno de Crispus Attucks».

«¿Y eso qué es?». Habíamos girado para tomar Main Street y nos dirigíamos hacia Grants'.

«El centro, idiota. Le acaban de cambiar el nombre en honor a un Negro, así que no nos debería importar que no quieran que utilicemos el centro que hay en el centro de la ciudad».

«¿De quién lleva el nombre?».

«¡No me digas que no sabes quién es!». Puso una cara rara, de total incredulidad. Ladeó la cabeza y frunció el entrecejo al tiempo que me miraba.

«La verdad es que no llevo aquí tanto tiempo, ¿sabes?», respondí defendiéndome.

«No me lo puedo creer. ¡Una gatita de ciudad tan avispada! ¿Pero a qué clase de escuela has ido tú?». Sus ojos redondos e incrédulos casi desaparecían entre los pliegues de su arrugado rostro. «Pensé que todo el mundo sabía quién era él. El primer tipo que murió en la guerra de la Independencia, en Concord, Massachusetts. Era un hombre Negro, llamado Crispus Attucks. El disparo que dio la vuelta al mundo. Todo el mundo lo sabe. Rebautizaron nuestro centro en su honor». Ginger volvió a apretarme el brazo cuando entramos en la tienda. «Y te consiguieron el trabajo en Keystone. Me alegro de que hicieran algo útil, a fin de cuentas».

En Grants' no vendían pepinillos excepto con los bocadillos. Pero, en cambio, las medias estaban rebajadas, tres pares por 1,25 dólares o 50 centavos el par. La guerra de Corea ya estaba haciendo que volvieran a subir los precios, y aquella era una buena oferta. Ginger trató de decidir si quería gastarse tanto dinero.

«Venga, chica, cómprate un par conmigo», dijo en tono insistente. «Son verdaderamente baratas y tus piernas van a pasar frío, incluso con pantalones».

«Odio las medias de nailon. No soporto el contacto del nailon con la piel de mis piernas». Lo que no le dije es que no podía soportar el color desteñido que el llamado tono natural de las medias baratas de nailon le daba a mis piernas. Ginger me miró con cara de súplica. Y yo cedí. No era culpa suya que de repente me sintiera tan fuera del tiesto, tan deshilvanada. *Crispus Attucks*. Algo se me había descolocado.

«Bueno, cómpralas», dije. «Las quieres y siempre las podrás usar. Además, tu madre nunca permitirá que se te estropeen». Pasé mis dedos por

la fina malla de las medias que colgaban de un expositor sobre el mostrador. El tacto seco y deslizante del nailon y de la seda despertaron mi desconfianza y mi sospecha. La facilidad con que aquellos materiales se deslizaban entre mis dedos me resultaba incómoda. Eran engañosos, me confundían, no podía fiarme de ellos. La textura de la lana y del algodón, con su resistencia y sus irregularidades, permitía de alguna manera una mayor honestidad, un contacto más directo a través del tacto.

Crispus Attucks.

Odiaba sobre todo el perfume penetrante, sin vida e inexorable del nailon, su rechazo formal a adquirir un olor humano o evocador. Su dureza nunca se templaba con los efluvios de quien lo llevaba. Independientemente del tiempo que la prenda se llevara, o del tiempo que hiciera, una persona vestida de nailon siempre se acercaba a mi nariz como un guerrero se acerca a un torneo, cubierto de una cota de mallas.

Estaba tocando el nailon, pero mi cabeza le estaba dando vueltas a otra cosa. *Crispus Attucks. ¡¿Boston?! Ginger lo sabía.* Yo estaba muy orgullosa de mi colección de retazos de información aleatoria, más o menos útil, que había ido reuniendo a base de mi insaciable curiosidad y mis interminables lecturas. Almacenaba los chismes que cosechaba en el almacén trasero de mi conciencia para sacarlos en cualquier ocasión adecuada. Estaba acostumbrada a ser la que conocía algún hecho del que las demás personas presentes en la conversación todavía no sabían nada. No es que pensara que lo sabía TODO, solo que sabía más que la mayoría de la gente que me rodeaba.

Ginger le dio tres pares de medias envueltas en papel de seda a la mujer que estaba detrás del mostrador y esperó que esta le devolviera el cambio. Me preguntaba de dónde vendría aquel pepinillo en vinagre con eneldo.

Crispus Attucks. ¿Cómo era posible? Me había pasado cuatro años en el instituto Hunter, supuestamente el mejor centro de enseñanza pública de la ciudad de Nueva York, que ofrecía la educación académicamente más

avanzada e intelectualmente más precisa que podía recibirse, para «preparar a las jóvenes para el *college* y para una carrera». Entre mis profesores habían figurado los historiadores más reconocidos del país. Sin embargo, ni una sola vez oí el nombre del primer hombre que cayó en la guerra de la Independencia de Estados Unidos, ni me dijeron nunca que fuera un Negro. ¿Qué significaba aquello con respecto a la historia que yo había aprendido?

La voz de Ginger me pareció un murmullo alegre y tranquilizador para mis pensamientos cuando fue hablando mientras subíamos por la colina de vuelta a mi habitación de Mill River Road.

«¿Qué es lo que te pasa hoy? ¿Te ha comido la lengua el gato?».

En poco tiempo me hice totalmente dependiente de Ginger para cualquier forma de contacto humano en Stamford, y sus invitaciones a cenar los domingos representaban la única comida de verdad que hacía. Elaboró una increíble mitología sobre mí y sobre lo que había sido mi vida en Nueva York, y yo no hice nada para disuadirla. Le dije que me había marchado de casa a los diecisiete y que me había buscado un apartamento propio, y a ella le parecía que aquello era muy atrevido. Ella se había casado a los veinte para poder salir de casa de su madre. Ahora había vuelto, divorciada, pero gozaba de cierta autonomía, que compraba mediante sus contribuciones semanales a los ingresos familiares. Su madre trabajaba como operadora de una prensa en American Cyanamid y su padre era diabético y ciego. El amante de su madre vivía con ellos, junto con sus cuatro hermanos pequeños.

Llevaba un tiempo dándome cuenta de que Ginger estaba flirteando conmigo, pero lo había ignorado porque no tenía ni idea de cómo manejar la situación. Para mí, era una chica dulce, atractiva, cariñosa y adorable, y heterosexual de la cabeza a los pies.

Por otra parte, Ginger pensaba que yo lo tenía todo bajo control. Me consideraba como la típica marimacho jovencita y urbana —inteligente, entendida y lo suficientemente segura para saber escuchar a los demás y

para dar el primer paso—. Estaba convencida de que era una maestra en el arte de seducir a jóvenes divorciadas. Pero sus miradas incitantes y sus risitas guturales nunca eran suficientes para tentarme, como tampoco lo eran las exquisiteces que conseguía sustraer de la cocina de Cora y me traía envueltas en pañuelos, convenciendo a su tío Charlie para que la llevara en el camión a Mill River Road de camino a su trabajo nocturno. Yo permanecí deliberadamente insensible a todo aquello durante el mayor tiempo posible.

Ginger, perfumada y encantadora, encaramada a la silla de mi minúscula habitación del segundo piso, contemplando incrédula cómo devoro, sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, las delicias que ha preparado su madre.

«No me creo que solo tengas dieciocho años. Venga, ¿cuántos años tienes de verdad?».

«Ya te lo he dicho». El pollo estaba crujiente y delicioso y a él le dedicaba toda mi atención.

«¿Cuándo naciste?».

«En el treinta y cuatro». Ginger estuvo calculando durante un minuto.

«Nunca he conocido a ninguna chica de dieciocho años como tú». Ginger hablaba desde la autoridad de sus veinticinco años de edad.

Un fin de semana, Ginger robó una pinza de langosta para mí. Era un regalo de reconciliación que Charlie le había comprado a Cora para la cena, y cuando esta se dio cuenta, amenazó con echar a Ginger de casa. Esta decidió que todo aquello empezaba a costarle demasiado caro. Los largos besos de buenas noches en el porche de atrás definitivamente no bastaban. Así que decidió dar ella el paso.

A principios de noviembre el otoño estaba llegando a su fin. Los árboles seguían mostrando sus colores incandescentes, pero el principio del invierno ya estaba en el aire. Los días se estaban haciendo cada vez más cortos, y eso me hacía sentirme triste. Quedaba muy poco tiempo de luz después del trabajo. Si me iba a la biblioteca, volvía andando a Mill River

Road en plena oscuridad. Keystone era un martirio diario que no daba la sensación de ir ni a mejor ni a más llevadero, a pesar de los entusiastas intentos de Ginger por animarme durante nuestros terribles días.

Un jueves después del trabajo Ginger tomó prestado el destartalado Ford de su hermano y fuimos al centro a cobrar nuestros cheques solas, sin Cora ni Charlie ni ninguno de los chicos. Todavía era de día cuando llegamos y me pareció que Ginger tenía algo en mente. Estuvimos dando vueltas por la ciudad durante un rato.

«¿Qué sucede?», pregunté.

«Vamos», dijo Ginger. «Vayamos a lo alto de la colina». No es que a Ginger le gustara la naturaleza, pero me había llevado a ver su lugar preferido, una colina boscosa en el límite occidental de la ciudad donde, ocultas por la abundante vegetación y los árboles, podíamos pasar el rato sentadas sobre dos viejos tocones de árboles cortados hacía mucho tiempo, fumando y escuchando a Fats Domino mientras contemplábamos la puesta de sol.

I found ma´thrill-l-l-l-lll
On Blueberreeeeee Hill-llllll.[26]

Dejamos el coche y subimos hasta lo alto de la colina. El aire estaba helado y nos sentamos en los tocones para recobrar el aliento.

«¿Frío?».

«No», contesté, arrebujándome en la desgastada cazadora de ante que había heredado de CeCe.

«Deberías hacerte con un abrigo caliente o algo; los inviernos aquí no son como los de Nueva York».

«Tengo un abrigo, solo que no me gusta llevarlo, y ya está».

Ginger me miró de soslayo. «Sí, me suena. ¿A quién te crees que estás engañando? Si es por dinero, te puedo prestar un poco hasta Navidad». Sabía de los doscientos dólares de la cuenta de teléfono que las Marcadas

habían dejado aquel verano en Spring Street, y que ahora estaba acabando de pagar.

«Vale, gracias, pero no necesito un abrigo».

Ginger paseaba de un lado para otro, dando nerviosas caladas a su Lucky Strike. Yo estaba sentada y la miraba. ¿Qué estaba pasando y qué era lo que Ginger quería decirme? No quería un abrigo porque no me importaba el frío.

«¿De verdad te crees muy avispada, eh?», dijo Ginger, volviéndose hacia mí y mirándome con una leve sonrisa y los ojos entornados, con la cabeza ligeramente ladeada como la de una paloma. Su voz aguda denotaba nerviosismo.

«Siempre dices eso, Ginger, y yo no hago más que repetirte que no es verdad. ¿A qué te refieres?».

«La gatita de ciudad avispada. Pues bien, chica, no tienes que mantener la boca cerrada conmigo, porque lo sé todo de ti y de tus amigas».

¿Qué era lo que Ginger había descubierto o imaginado sobre mí que ahora yo tendría que fingir que era cierto? Como cuando me metí dos vodkas de un trago para satisfacer la imagen que tenía de mí como bebedora empedernida del Village neoyorquino.

«¿De mí y de mis amigas?». Estaba empezando a pillar el hilo de su conversación y, de hecho, me estaba empezando a sentir profundamente incómoda. Ginger aplastó su cigarrillo, respiró profundamente y dio unos pasos hacia mí.

«Verás, no es gran cosa». Volvió a respirar profundamente. «¿Eres gay o no lo eres?». Volvió a respirar profundamente.

Levanté la cabeza y le sonreí, sin decir nada. Desde luego, no podía decir: «No lo sé». Pero, de hecho, no tenía ni idea de qué decir. No podía negar lo que, precisamente el verano anterior, había decidido abrazar; además, decir que no sería admitir que era una de las heterosexuales. Por otra parte, decir que sí me comprometería a demostrarlo, como con el

vodka. Y Ginger era una mujer con experiencia, no una de mis amigas de instituto, a las que les bastaban los besos, los arrumacos y las fantasías. Y nunca le había hecho el amor a una mujer. Ginger, por supuesto, se había hecho a la idea de que yo era una mujer con experiencia y que lo sabía «todo» y que había hecho el amor con todas las mujeres de las que hablaba con tanta intensidad.

Me levanté, sintiendo que necesitaba que tuviéramos los ojos a la misma altura.

«Vamos, oye, no puede ser que no digas nada. ¿Lo eres o no?». La voz de Ginger traducía tanto la súplica como la impaciencia. Tenía razón. No podía no contestar. Abrí la boca, sin saber lo que iba a decir.

«Sí», dije. Y tal vez con eso la cosa se quedaría ahí.

La cara morena de Ginger se iluminó con su amplio y maravilloso gesto, mitad sonrisa, mitad mueca. Instintivamente, le devolví la sonrisa. Y uniendo nuestras manos allí en lo alto de la colina, con el sonido de la radio del coche que subía desde la puerta abierta de este, nos quedamos ahí sonriéndonos mientras se ponía el sol.

Ginger.

Unos ojitos oscuros y vivos, la piel del color del caramelo con mucha mantequilla, un cuerpo como el de la Venus de Willendorf. Ginger era maravillosamente gorda, y tenía un conocimiento manifiesto de los movimientos de su cuerpo, que eran delicados y precisos, tenía unos pechos altos y generosos. Tenía almohadillas de grasa en los muslos y alrededor de sus rodillas con hoyuelos. Sus manos rápidas y ahusadas y sus piececitos también tenían hoyuelos. Sus mejillas de pómulos prominentes y su gran sonrisa pícara estaban enmarcadas por un ancho flequillo y una melena cortada a lo paje que a veces alisaba y a veces dejaba que se le ondulara por encima de sus orejas. Siempre que Ginger iba al salón de belleza, volvía con la melena ondulada y adorable, pero mucho menos real. Poco

después de conocernos en la fábrica, empezó a resistir al acoso de Cora y dejó de ir a la peluquería.

«¿Qué ocurre? ¿Te ha comido la lengua el gato?». Ginger se volvió hacia mí. Nuestras manos, que seguían agarradas, se separaron.

«Se está haciendo tarde», contesté. Tenía hambre.

Ginger frunció el entrecejo y se succionó los dientes en la penumbra. «¿Hablas en serio? ¿Qué quieres decir con que se está haciendo tarde? ¿Es eso lo único que se te ocurre?».

Ay, obviamente no era eso lo que debí decir. Y ahora ¿qué se supone que debo hacer?

La cara redonda de Ginger estaba a un palmo de la mía. Hablaba con suavidad, con su habitual petulancia. Su voz cercana y el olor de los polvos de su cara me hicieron sentir a la vez incómoda y excitada.

«¿Por qué no me besas? No muerdo».

Sus palabras eran atrevidas, pero por debajo de estas podía sentir un temor que contradecía aquella seguridad.

«Rayos», pensé. «¿Y, además, qué estoy haciendo aquí? Debí imaginarme que esto no iba a quedarse así —lo sabía, lo sabía y supongo que quiere que la lleve a...—. ¡Mierda! ¿Qué voy a hacer ahora?».

Temerosa de perder una dignidad que nunca tuve, obedientemente, me incliné un poco hacia delante. Empecé a besar la boca en forma de arco de Cupido de Ginger y sus suaves labios se abrieron. Mi corazón se puso como una locomotora. Al pie de la colina, la radio del coche estaba justamente acabando de dar las noticias. Sentí la rápida respiración de Ginger contra mi cara, expectante y con un ligero olor a caramelos para la tos, cigarrillos y café. Era cálida y excitante en el aire frío de la noche y la volví a besar, pensando que aquello no era una mala idea en absoluto...

Cuando Ginger y yo volvimos a su casa. Charlie se había ido con su camión de abastecimiento de la Railroad Express. Cora y los chicos ya habían cenado y los dos más pequeños estaban listos para la cama. Cuando

llegamos a la puerta de entrada, Cora estaba justamente bajando las escaleras con la bandeja de la cena de su marido. Ginger me había explicado que su padre nunca salía de la habitación salvo para ir al cuarto de baño.

Cora y CeCe acababan de volver de la compra y Cora estaba cansada. Llevaba la melena rizada y teñida con *henna* recogida detrás de las orejas con una cinta color azul cielo y su flequillo desordenado casi le cubría unos ojos muy maquillados.

«Esta noche hemos cenado chino para tomarme un respiro. Y no os hemos dejado nada, chicas, porque no sabía si ibais a venir a casa. Ginger, no te olvides de dejar el dinero de la semana encima de la mesa».

En la voz de Cora había un levísimo tono de reproche triunfal. La comida china era un lujo poco habitual.

Los jueves de paga solía quedarme a dormir en casa de Ginger. Mientras esta recogía los platos que sus hermanos habían fregado y preparaba el almuerzo de los chicos para la escuela, yo subí a darme un rápido baño. La mañana empezaba muy temprano, a las cinco, cuando Cora se levantaba para ocuparse de su marido antes de ir a trabajar.

«¡Y no dejes correr el agua de la bañera a tu antojo tampoco!», me gritó Cora desde el cuarto que Charlie y ella compartían cuando pasé por delante. «Ahora no estás en Nueva York y el agua cuesta dinero».

La habitación de Ginger estaba en la planta de abajo y tenía una entrada independiente. Estaba bastante aislada del resto de la casa, una vez que todo el mundo se había retirado.

Cuando Ginger terminó de ducharse, yo ya estaba en la cama. Estaba tumbada con los ojos cerrados, preguntándome si podría simular estar dormida, y si no, qué sería lo sofisticado y típico de una tortillera que me tocaba hacer.

Ginger tardó mucho más que de costumbre en prepararse para la cama. Se sentó delante de su pequeño tocador, se untó las piernas con loción

Jergen's y se trenzó el pelo, tarareando pasajes de canciones en voz baja mientras se limaba las uñas.

If I came home tonight, would you still be my...
Come on a my house, my house a come on, come on...
I saw the harbor lights, they only told me we were...[27]

Entre medias de la ansiedad que me producía no saber cómo actuar, me volvía la sensación de creciente excitación que había tenido en la colina, que sirvió para aflojar un poco el nudo de terror que sentía al pensar en las desconocidas expectativas de Ginger, en la confrontación sexual, en que me pusiera a prueba y descubriera que no estaba a la altura. Olía los leves efluvios de los polvos Cashmere Bouquet y del jabón Camay cada vez que Ginger movía el brazo, en su afán por limarse las uñas. ¿Por qué estaba tardando tanto?

No se me ocurrió pensar que Ginger, a pesar de hacer gala de sangre fría y de sus bravuconadas, estaba igual de nerviosa que yo. Al fin y al cabo, esto no era tontear con alguna chica local que trabajaba en la fábrica. Esto era en realidad irse a la cama con una auténtica Lesbiana de carne y hueso del Greenwich Village de la ciudad de Nueva York.

«¿No vienes a la cama?», pregunté finalmente, ligeramente sorprendida por el tono de urgencia de mi voz. «Por fin, pensé que nunca me lo ibas a pedir». Con una risita de alivio, Ginger se quitó la bata, apagó la lámpara del tocador y saltó a la cama, a mi lado.

Hasta el momento mismo en que nuestros cuerpos desnudos se tocaron en aquella vieja cama de latón que crujía en el porche cerrado de Walker Road, no tenía ni idea de lo que estaba haciendo allí ni de lo que quería hacer allí. No tenía ni idea de lo que significaba hacerle el amor a otra mujer. Solo sabía, vagamente, que era algo que quería que ocurriera, y algo que era distinto de cualquier otra cosa que hubiera hecho antes.

Estiré un brazo y lo pasé alrededor de Ginger, y a través de los efluvios de polvos y jabón y crema de manos pude oler el aroma que subía de su especiado ardor. La cogí entre mis brazos y la sentí como algo infinitamente precioso. La besé en la boca, esta vez sin pensar en nada. Mi boca se movió hacia el pequeño hueco debajo de su oreja.

El aliento de Ginger calentó mi cuello y empezó a acelerarse. Mis manos se movieron hacia abajo por su cuerpo orondo, sedoso y fragante, expectante. La incertidumbre y la duda rodaron lejos de la boca de mi deseo como una gran piedra, y mi falta de seguridad se disipó en el calor que me orientaba de mi propio deseo confeso y finalmente manifiesto.

Nuestros cuerpos hallaron los movimientos que necesitábamos para encajar la una con la otra. La carne de Ginger era dulce y húmeda y firme como una pera de invierno. La sentí y la probé profundamente, mis manos, mi boca y todo mi cuerpo se movieron contra el suyo. Su carne se abrió a mí como una peonía y las profundidades que iban desvelándose de su placer me devolvieron a su cuerpo una y otra vez a lo largo de la noche. El tierno rincón entre sus piernas, húmedo y velado por un pelo oscuro y crespo y espeso.

Me sumí en su humedad, su fragancia, la sedosa insistencia de los ritmos de su cuerpo que iluminaban mis propios apetitos. Nos satisficimos la una a la otra nuestras respectivas necesidades. Su cuerpo respondía a la búsqueda de mis dedos, mi lengua y mi deseo de conocer a una mujer, una y otra vez, hasta que se arqueaba como un arcoíris y yo, estremeciéndome, volvía a deslizarme por nuestro fuego y acababa descansando sobre sus muslos. Volvía a la superficie mareada y con la bendición de su rico sabor a mirra en la boca, en la garganta, untado en mi rostro, y las manos con las que me agarraba el pelo se soltaban poco a poco y los sonidos inarticulados de su gozo me arrullaban como una nana.

En un momento dado había agarrado mi cabeza para colocarla entre sus pechos y Ginger susurró: «Estaba segura de que sabías hacerlo», y el placer

y la satisfacción de su voz desencadenaron de nuevo el flujo de mi deseo y volví a deslizarme una vez más pegada a ella, con mi cuerpo sobre el suyo, resonando como una campana.

Nunca me pregunté de dónde vino mi conocimiento de su cuerpo y de su anhelo. Amar a Ginger aquella noche fue como adquirir conciencia de una alegría para la que yo estaba hecha, y solo me preguntaba sorprendida, en silencio, cómo no había sabido siempre que sería así.

Ginger se movía en el amor del mismo modo que reía, abiertamente y con facilidad, y yo me movía con ella, contra ella, dentro de ella, un océano de calor marrón. Sus gemidos de gozo y los profundos estremecimientos de alivio que recorrían su cuerpo tras la estela de mis dedos que la acariciaban me llenaban de deleite y renovaban mi deseo de su cuerpo. La dulzura de este encontraba y llenaba mi boca y mis manos dondequiera que lo rozara, y me daba una sensación de bienestar y de plenitud como si hubiera nacido para hacer el amor a aquella mujer y estuviera recordando su cuerpo en lugar de conocerlo profundamente por primera vez.

Maravillada, pero sin sorpresa, finalmente me quedé tranquilamente tendida, abrazada a Ginger. Conque aquello era lo que tanto había temido no ser capaz de hacer bien. Qué ridículos y lejanos parecían ahora esos miedos, como si amar fuera alguna tarea ajena a mí y no sencillamente extender la mano y dejar que mi propio deseo mediara. Era todo tan sencillo. Me sentía tan bien que sonreí en la oscuridad. Ginger se arrebujó contra mí.

«Más vale que durmamos un poco», susurró. «Mañana, Keystone». Y se quedó profundamente dormida.

Faltaba más o menos una hora para que sonara el despertador y yo permanecí tumbada y despierta, tratando de encajarlo todo, tratando de convencerme de que todo estaba bajo control y de que no debía tener miedo. Me pregunté cuál sería ahora mi relación con aquella deliciosa mujer que yacía dormida sobre mi brazo. La Ginger de noche me resultaba

ahora muy distinta de la Ginger que había conocido de día. ¿Acaso alguna criatura hermosa y mítica creada por mi propia necesidad había ocupado de repente el lugar de mi jovial y práctica compañera?

Un poco antes, durante la noche, Ginger había estirado el brazo para tocar el húmedo calor de mi propio cuerpo y yo había apartado su mano sin pensar, sin saber por qué. Sin embargo, sabía que seguía sedienta de sus gritos de alegría y del milagro de su cuerpo moviéndose debajo del mío, guiado por un poder que fluía a través de mí desde ese núcleo cargado, apretado contra ella.

Ginger era mi amiga, la única amiga que tenía en aquella ciudad en la que yo era forastera, y la amaba, pero con cautela. Habíamos dormido juntas. ¿Significaba aquello que éramos amantes?

Unos pocos meses después de la muerte de Gennie, bajaba yo caminando hacia Broadway un sábado, ya avanzada la tarde. Acababa de volver a discutir con mi madre e iba al supermercado AP&P a por leche. Me entretuve en la avenida mirando escaparates, sin ganas de volver a las tensiones e incomprensiones que me esperaban en casa.

Me detuve ante la joyería Stolz, admirando su nueva presentación. Observé en particular un par de pendientes largos con ópalos negros engastados en una montura de plata labrada. «A Gennie le encantarán», pensé, «debo acordarme de decírselo...». Y luego, de repente, me volví a dar cuenta de que Gennie estaba muerta y de que eso significaba que nunca jamás volvería a estar aquí. Significaba que nunca más podría decirle nada. Significaba que tanto si la amaba como si estaba enfadada con ella o quería que viera un nuevo par de pendientes, nada de aquello le importaba ni volvería a importarle nunca más. Ya no podía compartir nada en absoluto con ella porque se había ido.

E incluso después de todas las semanas anteriores de duelo secreto, la muerte de Gennie se convirtió en una realidad para mí de una manera diferente.

Me alejé del escaparate de la joyería. Y justo entonces y allí, en medio del cruce de Broadway con la calle 151 un sábado por la tarde a principios del verano de mi décimo sexto año de vida, decidí que nunca jamás volvería a amar a nadie durante el resto de mi vida. Gennie había sido la primera persona de mi vida a la que había amado conscientemente. Y había muerto. Amar dolía demasiado. Mi madre se había convertido en un demonio empeñado en destruirme. Amabas a la gente y acababas dependiendo de su presencia en la tierra. Pero la gente moría o cambiaba o se marchaba y aquello dolía demasiado. La única manera de evitar aquel dolor era no querer a nadie y no permitir que nadie se hiciera demasiado íntimo o demasiado importante en tu vida. El secreto para no volver a sentir aquel dolor, decidí, era no depender nunca de nadie, no necesitar nunca a nadie, no amar nunca a nadie.

Es el sueño último de la infancia, permanecer indemne para siempre.

Oí la caldera de gasóleo del sótano de Walker Road dispararse a las cuatro y media de la madrugada y Ginger se movió y suspiró suavemente mientras seguía durmiendo. Empecé a besarla hasta que se despertó y me detuve cuando los efluvios de nuestro amor y la humedad de su frente dormida me sumieron de repente en una ola de ternura tan fuerte que tuve que parar.

«Más vale que tengas cuidado», me dije para mis adentros en la oscuridad. Sonó el despertador y Ginger y yo, galvanizadas por la agitada rutina matutina de la casa, nos pusimos las batas y subimos a toda prisa al cuarto de baño.

Un minuto más y habríamos tenido que esperar a la cola con los chicos. Justo el tiempo necesario para un rápido abrazo y un beso por encima del lavabo, mientras Ginger se desenredaba la melena, que se le había despeinado durante la noche.

Charlie nos dejó al otro lado de las vías del tren, a una manzana de la fábrica. Ginger hizo un alto y compró bollos de mantequilla y café para las dos en la pequeña cafetería que había enfrente de Keystone.

«Vamos a necesitar algo que nos mantenga despiertas hoy, después de lo de anoche», refunfuñó, y luego sonrió empujándome disimuladamente con el codo para que adelantara a la muchedumbre que se agolpaba delante del edificio de la fábrica. Nos hicimos un guiño mientras esperábamos entre la gente el montacargas que nos subiría al infierno.

Durante todo el día estuve observando de cerca a Ginger, en busca de un indicio que me orientara acerca de cómo íbamos a manejar los extraordinarios acontecimientos de la noche anterior. Una parte de mí deseaba responder a la imagen de la joven y alegre mujer gallarda, la experimentada y consumada amante de la gran ciudad.

(Más tarde, Ginger me dijo que era el hecho de que yo cuestionara que ella tuviera que preparar el almuerzo para los chicos todas las mañanas antes de ir a trabajar lo que le hizo a Cora concluir un día: «¡Debe de ser tortillera!»).

Me encantaba hacerle la corte a Ginger y que ella, en privado, me tratara como a un pretendiente. Y me daba una sensación de poder y de privilegio que me embriagaba, aunque fuera ilusoria, porque sabía que, a otro nivel, todo aquello no era más que una farsa. Por una parte, era actuar para Ginger, también, porque ella no se permitiría considerar una relación entre dos mujeres como otra cosa que no fuera tontear. No podía considerarlo importante, aunque lo buscara y lo apreciara.

Al mismo tiempo, en un nivel más real y más profundo, Ginger y yo nos habíamos conocido como dos mujeres jóvenes y Negras que necesitábamos el calor y la tranquilidad que nos dábamos mutuamente, capaces de compartir las pasiones que habitaban en nuestros cuerpos, y ningún intento por simular que estábamos simulando podía cambiar aquello. Sin embargo, las dos nos empeñamos mucho en negar lo importante que era la otra para ella. Por distintas razones, las dos necesitábamos simular que no nos importaba.

Cada una de nosotras se esforzaba por parecer impasible, ignorando o llamando con otro nombre la apasionada intensidad con la que nos encontrábamos siempre que podíamos, generalmente en aquella vieja cama de latón en el porche cerrado, aquel puerto lleno de corrientes de aire en Walker Road cuyo clima convertimos en tropical al calor de la pasión de nuestros jóvenes cuerpos.

Mientras consiguiera convencerme de que en realidad no estaba vinculada emocionalmente a Ginger, podía disfrutar de aquella nueva experiencia. Su expresión preferida era: «Tranquila, chica», y yo me felicitaba a mí misma por lo tranquila que *estaba*. Hacía como que no me importaba que Ginger saliera con chicos con los que Cora le arreglaba citas.

Con su aplomo característico, Cora recibió mi presencia cada vez mayor por la casa con la ruda familiaridad y el humor intimidante con que habría tratado a una hija más. Si reconocía los sonidos que emanaban del porche en las noches en que me quedaba a dormir, o las ojeras que teníamos a la mañana siguiente, hacía como si nada. Pero dejaba muy claro que esperaba que Ginger se volviera a casar.

«Las amistades están muy bien, pero el matrimonio es el matrimonio», me dijo una noche mientras me ayudaba a coserme una falda en su máquina, y me preguntaba por qué Ginger me había pedido que viniera y luego se había ido al cine con un amigo de Cora de American Cyanamid. «Y cuando Ginger vuelva, tampoco os paséis la noche haciendo chirriar esa cama, porque ya es tarde y mañana tenéis que ir a trabajar».

Pero ahora, en el trabajo, no hacía más que pensar en los placeres nocturnos que me daba el cuerpo de Ginger y en cómo podría arreglármelas para que viniera a Mill River Road durante una hora o así después del trabajo. Aquello era un poco más privado que Walker Road, salvo que mi vieja cama crujía tanto que siempre teníamos que echar el colchón al suelo.

---

[26] Me puse a mil/ en Blueberry Hill.

[27] Si viniera a casa esta noche, seguirías siendo mi.../ Ven a mi casa, a mi casa ven, ven.../ He visto las luces del puerto…

19

La semana anterior a Navidades me caí de la silla en el trabajo, dándome con la cabeza contra el murete de ladrillo que nos separaba de los cortadores, y tuve una conmoción cerebral leve. Estaba en el hospital cuando Ginger me trajo un telegrama de mi hermana que me decía que a mi padre le había dado otro infarto grave. Era Nochebuena. Firmé la baja del hospital y cogí el tren a Nueva York.

No había visto a nadie de mi familia desde hacía año y medio.

Pasé las siguientes semanas en una bruma de migrañas y sumida en el torbellino de las emociones ajenas. Volví al trabajo después de Navidad, yendo y viniendo entre la fábrica y Nueva York para visitar a mi padre en el hospital. A veces Ginger se venía conmigo después del trabajo.

Una niebla densa y fría cubría las calles de Stamford la noche en que murió mi padre. Los coches no se movían. Recorrí andando los tres kilómetros que había hasta la estación y tomé el tren de las nueve y media a Nueva York. Ginger me acompañó hasta Crispus Attucks. Estaba aterrorizada de tropezar con el bordillo de la acera, de lo densa que era la niebla. Las farolas lucían tenuemente como lunas lejanas. Las calles estaban vacías y de una tranquilidad inquietante, como si todo el mundo hubiera muerto, y no solo mi padre en aquella habitación oscura conectada al oxígeno del ala de pacientes terminales del Medical Center de Nueva York.

Durante la semana posterior a la muerte de mi padre me quedé en casa de mi madre. Ella estuvo sedada la mayor parte del tiempo para atenuar su frenético y terrible dolor, y Helen y yo nos ocupábamos del flujo de visitas que pasaban por casa. Phyllis se había casado y faltaban dos semanas para el nacimiento de su segunda hija, por lo que solo pudo acudir al funeral. Me prestó un abrigo gris oscuro para ir a la iglesia.

Durante la semana tuve que esforzarme mucho por no olvidar que ahora era una extraña en aquella casa. Pero aquello me dio una nueva perspectiva de mi madre. Solo había existido un ser humano en la tierra a quien ella había considerado de igual a igual, y ese era mi padre; pero ahora estaba muerto. Me di cuenta de la desesperada soledad en la que aquella exclusividad la había sumido y contra la que solo de vez en cuando cerraba sus ojos color gris de mirada de águila. Pero a mis hermanas y a mí nos miraba como si fuéramos transparentes.

Me di cuenta del dolor de mi madre, de su ceguera y de su fuerza, y por primera vez empecé a verla como un ser separado de mí, y empecé a sentirme liberada de ella.

Mi hermana Helen se había refugiado en su cascarón de displicencia para protegerse y ponía incesantemente en el fonógrafo del salón un disco que acababa de comprar. Noche y día, una y otra vez, durante siete días:

I get the blues when we dance
I get the blues in advance
For l know you'll be gone
and l'll be here alone
So I get the blues in advance.

Some get the blues from a song
Some when love has come and gone
You don´t know how I cry
When you tell me goodbye...[28]

Cuando volví a Stamford después del funeral, me di cuenta de que necesitaba irme todavía más lejos de Nueva York. Decidí ahorrar todo el

dinero que pudiera y marcharme a México lo antes posible.

Para ello, y porque Cora me lo propuso, dejé mi habitación de Mill River Road con su cama que crujía y trasladé mis pertenencias al porche de Walker Road. Los diez dólares semanales con pensión eran menos de lo que gastaba para ambas cosas anteriormente. Cora dijo que ese dinero extra le ayudaría en su ya ajustadísimo presupuesto y, además, yo ya la tenía prácticamente arruinada a fuerza de comer y dormir en su casa.

Ginger me dijo que habían contratado a una chica nueva, Ada, para operar mi máquina en la fábrica. Cuando regresé, como estaba afiliada al sindicato, me dieron otro trabajo. Me pasaron a una máquina de rayos X en la sala de lectura, donde los cristales electrónicos terminados se volvían a leer con precisión y se clasificaban en función de la intensidad de la carga para luego ser embalados.

Aunque en aquel trabajo se cobraba el mismo dólar con diez centavos la hora, cualquier trabajo en la SL era preferible y estaba más demandado. La sala estaba en mitad de la planta, rodeada de paneles de cristal, y los violentos asaltos sensoriales que padecía el resto de la planta quedaban en cierto modo amortiguados.

Estábamos sentadas alrededor de nuestras máquinas en círculo, mirando hacia fuera y dándonos la espalda para que nos fuera más difícil conversar. Había seis máquinas industriales de rayos X y una mesa en el centro para Rose, nuestra capataz. Nunca nos perdía de vista durante demasiado tiempo.

Pero trabajar en la SL significaba la oportunidad de cobrar una prima a la producción.

Cada lectora iba a buscar cristales a la zona de lavado, por cajas de doscientos. Volvíamos con ellos a nuestras máquinas, insertábamos los pequeños cuadraditos de dos centímetros de roca delgada como una oblea uno por uno en la boca de la máquina de rayos X y girábamos el dial hasta que la aguja se situaba en su punto más alto, alimentada por el pequeño haz de rayos X que atravesaba el cristal; luego sacábamos el cristal del soporte,

lo ordenábamos en el compartimento correspondiente y metíamos otro cristal en la máquina. Con concentración y habilidad, la cantidad media de cristales que una podía leer en un día era de unos mil.

Si no nos tomábamos el tiempo de cerrar la tapita protectora que evitaba que los rayos X pudieran alcanzarte los dedos, podíamos incrementar ese número hasta alcanzar aproximadamente los mil cien cristales. Todos los cristales por encima de los mil doscientos leídos en un día se pagaban aparte, a razón de dos dólares y medio por centenar. Algunas de las mujeres que llevaban años en Keystone habían perfeccionado los movimientos y los realizaban a tal velocidad que eran capaces de sacarse entre cinco y diez dólares extra cada semana. La mayoría de ellas tenía la punta de los dedos permanentemente oscurecida de tenerlos expuestos a los rayos X. Cuando al final me marché de Keystone Electronics, yo también tenía marcas oscuras en los dedos, que tardaron mucho en desaparecer.

Después de que cada cristal hubiera sido leído, se sacaba de la máquina y se guardaba rápidamente en uno de los cinco compartimentos de un cajón que teníamos al lado de nuestras máquinas. Periódicamente, una persona del departamento de embalaje venía a recoger los cristales de aquellos cajones, eligiendo los de la categoría que hacía falta embalar. Puesto que no era posible mantener el registro de los cristales una vez que estaban leídos, punteábamos en la jaula de lavado el número de cajas que cada lectora se llevaba diariamente. Nuestras primas se basaban en ese registro.

A lo largo del día, Rose pasaba regularmente por delante de cada máquina y comprobaba los cristales de los cajones para verificar que nadie estuviera pasando cristales sin leer, o los pasara demasiado aprisa, haciendo lecturas incorrectas con el fin de producir más piezas y conseguir mayor prima.

Las dos primeras semanas en que estuve trabajando en la SL no hablé con nadie, incrementando el número de mis lecturas día a día: nunca bajaba

la tapa y conseguí tres dólares de prima. Decidí que tendría que reconsiderar la situación. Ginger y yo hablamos de ello una noche.

«Sería mejor que bajaras un poco el ritmo en el trabajo. Corre la voz de que pretendes hacer méritos y que le estás haciendo la pelota a Rose».

Me sentí ofendida. «Yo no le estoy haciendo la pelota a nadie, estoy tratando de ganar un poco más de dinero. No creo que haya nada malo en ello, ¿no?».

«¿Acaso no sabes que los niveles están así de altos para que nadie pueda superarlos? Si te matas para poder leer tantos cristales, estás dejando en evidencia a las otras chicas, y antes de que te des cuenta habrán vuelto a subir el nivel diario, pensando que, si tú puedes hacerlo, las demás también. Y eso hace sencillamente que todo el mundo quede mal. Nunca te van a dejar ganar mucho dinero en ese puesto. ¿Con todos los libros que lees y todavía no lo sabes?». Ginger se dio media vuelta y cerró de un golpe el libro que yo estaba leyendo y que tenía colocado sobre la almohada.

Pero estaba decidida. Sabía que no podría soportar Keystone Electronics por mucho más tiempo y sabía que necesitaba ahorrar un poco de dinero antes de marcharme. ¿A dónde me iría cuando volviera a Nueva York? ¿Dónde viviría hasta que encontrara trabajo? ¿Y cuánto tiempo me llevaría encontrar un trabajo? Y en el horizonte, como una estrella lejana, estaba mi esperanza de ir a México, tenía que ganar dinero.

Ginger y Ada, su nueva compañera de trabajo, iban cada vez más al cine desde que yo vivía en casa de los Thurman y yo había decidido que aquello no me iba a importar. Pero mi sexto sentido me decía que tenía que marcharme, y pronto.

Mi número diario de cristales leídos empezó a aumentar progresivamente. Rose venía con cada vez más frecuencia a mi máquina, pero no conseguía detectar ningún error en mis cristales ni en su clasificación. Incluso llegó a pedirme una noche que le diera la vuelta a los bolsillos de mis vaqueros. Me sentí ultrajada, pero acaté sus órdenes. El

siguiente día de paga había hecho un extra de treinta dólares en dos semanas. Aquello era casi tanto como mi salario semanal. Se convirtió en la comidilla de las mujeres de la SL.

«¿Cómo consigue hacer tantos?».

«Espera y verás. No tardará mucho en quemarse los dedos». Las mujeres bajaban la voz cuando yo volvía de la jaula de lavado con una nueva caja de cristales. Pero a Ada, que se había parado a conversar un poco con ellas, no le importó que oyera sus últimas palabras.

«¡No sé lo que está haciendo con los cristales, pero apuesto lo que queráis a que no los está leyendo!».

Tenía razón. Ni siquiera podía decirle a Ginger cómo conseguía sacarme aquellas primas, aunque me lo preguntaba a menudo. La verdad era que me metía cristales en los calcetines cada vez que iba al cuarto de baño. Una vez que estaba en el aseo, los mascaba con mis potentes dientes y tiraba los pequeños fragmentos de roca por el váter. De aquella manera conseguía deshacerme de entre cincuenta y cien cristales al día, sacando un puñado de ellos de cada caja que me apuntaba.

Sabía que Ginger estaba dolida por mi silencio y por lo que consideraba una deslealtad con el resto de mujeres de la SL. A mí me ponía furiosa la sensación de culpabilidad permanente que sus palabras me generaban, pero no podía decir nada. Tampoco podía decir nada del tiempo cada vez mayor que ella y Ada pasaban juntas.

Soñaba con tener la ocasión de estar sola, de gozar de la intimidad que se me hizo imposible una vez que me fui a compartir el porche de Walker Road. Odiaba la cantidad de tiempo que pasaba pensando en Ginger y Ada. Empecé a sentirme cada vez más ansiosa de marcharme de Stamford, y mis primas siguieron creciendo.

Un día, a principios de marzo, vi a Rose hablando con Bernie, el experto en rendimiento de la planta, y mirándome con aire especulativo cuando

salía del baño. Sabía que mis días en Keystone estaban contados. Aquella semana conseguí cuarenta dólares extra.

El viernes, Rose me dijo que la fábrica estaba reduciendo el número de lectoras y que se veían obligados a prescindir de mí. Como estaba afiliada al sindicato, me dieron dos semanas de indemnización para que me marchara inmediatamente y no causara problemas. A pesar de que aquello era lo que deseaba que sucediera, lloré un poco de camino a casa. «A nadie le gusta que la echen», dijo Ginger sujetándome la mano.

Cora sintió tener que perder ese ingreso extra. Ginger dijo que me echaría de menos, pero me dio la sensación de que también se sintió secretamente aliviada, como me confesó unos meses más tarde. Hice planes para regresar a Nueva York.

---

[28] *Me pongo triste cuando bailamos/ Me pongo triste de antemano/ Porque sé que te irás/ Y yo me quedaré aquí sola y por eso/ Me pongo triste de antemano/ Hay quien se pone triste con una canción/ Y quien se pone triste con las idas y venidas del amor/ No sabes cómo lloro/ Cuando me dices adiós…*

20

No sé de dónde me vino ese deseo de ir a México. Desde tiempos inmemoriales México había sido la tierra accesible del color, la fantasía y el gozo, llena de sol, de música y de canciones. Y de las clases de educación cívica y de geografía de primaria sabía que estaba pegado al país en el que yo vivía, y eso me intrigaba. Porque aquello significaba que, en caso necesario, siempre podría ir a pie.

Me alegró enterarme de que Alf, el novio de Jean, que estaba en México pintando, no tardaría en volver a casa. Cuando regresé a Nueva York después de la muerte de mi padre, marcharme a México se convirtió en mi principal objetivo. Veía muy poco a mi madre. Donde esperaba que hubiera dolor por la muerte de mi padre encontré solo una especie de silencio sordo. Me alojaba con Jean y sus amigas en un apartamento del West Side mientras buscaba trabajo. Al final me coloqué como auxiliar administrativa en un centro de salud, y me trasladé para compartir un piso con Rhea Held, una mujer blanca y progresista que era amiga de Jean y Alf.

Independientemente de los líos sentimentales en los que me metí aquel verano, la idea de México brillaba como un faro con el que podía contar y que me ayudaba a mantener el rumbo. El dinero que ahorraba de mi salario, junto con la pequeña cantidad que había cobrado de la póliza de seguro de mi padre, lo haría posible. Estaba decidida a irme y aquella determinación

se acentuaba con el ambiente político cada vez más sombrío y la histeria anticomunista.

Colaboré a fondo con el comité para la liberación de los Rosenberg: aun así, los meses que pasé en Nueva York entre mi regreso de Stamford y mi marcha a México fueron para mí algo transitorio.

Rhea Held y yo teníamos una convivencia bastante buena en el luminoso y soleado apartamento sin ascensor del séptimo piso de la calle 7 del Lower East Side, que entonces estaba empezando a conocerse como East Village. A veces resultaba difícil y nuevo: aprender a vivir con Rhea, aprender a compartir el espacio con cualquier persona, y con una mujer blanca también, en particular porque no tenía unos vínculos emocionales profundos con ella, solo hablábamos cariñosamente de cosas superficiales.

El trabajo en el centro de salud era lo suficientemente médico para resultar interesante y las horas no se me hacían aburridas. Me sentía marginada del resto de mujeres con las que trabajaba debido a que durante el almuerzo hablaban principalmente de sus citas de fin de semana (mientras que mis fantasías del mediodía seguían ocupadas con la memoria de las alegrías de la cama de Ginger).

La primavera dejó paso al verano. Nos manifestamos, formamos piquetes, llenamos sobres, llamamos a las puertas y fuimos a Washington para defender la causa de los Rosenberg.

La segunda vez que fui a Washington viajé en autobús. El viaje duró seis horas y tomamos el autobús en Union Square a las seis de la mañana de un domingo. Esta vez no era un viaje de placer. Estábamos reclamando la vida para los padres de dos niñitos que viajaban en el mismo autobús en el que iba yo. Los Rosenberg estaban a punto de ser ejecutados y aquella era una visita a la desesperada a la Casa Blanca para pedir que se aplazara la ejecución.

Una mañana de domingo lluviosa y fría para ser principios de junio. Caminaba en manifestación arriba y abajo con Jean y Rhea y otras mujeres

con las que había venido, con la esperanza de que tuviera algún impacto y sin llegar realmente a creerme que ningún país con el que yo tuviera algo que ver pudiera asesinar a los padres de aquellas criaturas y llamarlo un acto legal. Y también había gente blanca, lo que hacía que me resultara todavía más difícil de creer.

Aquella vez no se planteó la cuestión de si podía o no comer helado de vainilla en una heladería. No tenía ni dinero ni tiempo para averiguarlo. Nos manifestamos delante de la Casa Blanca, cantamos nuestras cancioncitas valientes, entregamos nuestras peticiones de clemencia y luego nos volvimos a subir a los autobuses para un largo y lluvioso viaje de vuelta a casa.

Una semana más tarde, el presidente Eisenhower firmó la promulgación de un decreto según el cual yo podía comer cualquier cosa que quisiera en cualquier lugar de Washington DC, helado de vainilla incluido. Pero para entonces aquello ya no significaba gran cosa para mí.

Por las tardes, después del trabajo, quedaba con Jean y Alf, que se habían casado, o iba a reuniones con Rhea. Reuniones en las que unas personas asustadas trataban de mantener viva la llama de alguna esperanza, a pesar de no estar de acuerdo en el terreno político, mientras que a nuestro alrededor crecía la eventual amenaza de morir como los Rosenberg, o al menos la amenaza de perder el trabajo y de quedar estigmatizados de por vida. En las reuniones políticas en el centro, o en la parte alta de la ciudad, en las del gremio de escritores de Harlem, la gente, ya fueran amistades, conocidos o personas de cualquier tipo, vivía atemorizada ante la perspectiva de tener que contestar a la pregunta: «¿Es usted o ha sido usted en algún momento miembro del Partido Comunista?».

La batalla de los Rosenberg se convirtió en sinónimo para mí de la posibilidad de vivir en este país, de la posibilidad de sobrevivir en un entorno hostil. Pero mis sentimientos de conexión con la mayoría de la gente a la que conocía en los círculos progresistas eran tan tenues como los

que tenía con mis compañeras del centro de salud. Me resultaba fácil imaginar a aquellos camaradas, Negros y blancos, entre los cuales el color y las diferencias raciales podían analizarse y comentarse abiertamente, preguntarme, sin embargo, en tono acusador algún día: «¿Es usted o ha sido usted en algún momento miembro de una relación homosexual?». Para ellos, ser gay era algo «burgués y reaccionario», motivo de sospecha y de rechazo. Además, te hacía «más susceptible de control por parte del FBI».

Los Rosenberg fueron electrocutados el 19 de junio de 1953 —dos semanas después de que nos manifestáramos ante la Casa Blanca—. Después de participar en un acto en su memoria convocado en Union Square Park, me fui caminando en la cálida noche del Village, derramando lágrimas por ellos, por sus hijos, por todos nuestros esfuerzos inútiles, por mí misma, preguntándome si habría algún lugar en el mundo que fuera distinto de este, cualquier lugar que pudiera resultar seguro y libre, sin siquiera estar segura de lo que significaría estar segura y ser libre. Pero desde luego no significaba estar sola, desilusionada y desengañada. Me sentía como si tuviera treinta años.

Me topé con Bea, que salía de una tienda de música contigua a la cafetería Rienzi. Sentí gratitud por su rostro, familiar aunque diferente de aquellos con los que había compartido el dolor y la intensidad de las últimas semanas. La invité a otro café en mi casa, en la calle 7. Rhea se había marchado para el fin de semana, en busca de su propio consuelo por el fracaso y el dolor que ambas compartíamos.

Bea y yo nos habíamos conocido en el Bennington College en la primavera del año anterior, cuando había ido a visitar a Jill. Bea también estaba allí visitando a una amiga. Nuestros ojos se habían cruzado varias veces durante aquel fin de semana loco de borracheras, y en una ocasión, a las dos de la madrugada, en la cafetería, Bea y yo nos habíamos puesto a hablar mientras las demás dormían, y decidimos que las dos nos sentíamos distintas de las demás chicas porque las dos les llevábamos unos meses y

vivíamos solas: es decir, que éramos responsables de nosotras mismas. Tuvimos alguna conversación intelectual breve y circunspecta sobre el placer que compartíamos de ver a tantas chicas guapas en un dormitorio. Desde entonces, Bea había roto con una amante y estaba viviendo en Filadelfia con un grupo de mujeres que habían alquilado una casa juntas. Entre tanto, yo había estado en Stamford y había conocido a Ginger.

Caminamos hacia el este cruzando la ciudad de la mano, con mis lágrimas y su comprensivo silencio dedicados a la memoria de Ethel y Julius Rosenberg. Empecé a sentirme mejor. Era obvio para las dos que durante el año anterior ambas habíamos ido más allá de las conversaciones intelectuales sobre amar a las mujeres. Lo sentía por la franqueza con la que nos cogimos de la mano cuando echamos a andar.

Aquella noche invité a Bea a que se quedara en casa. El resto resultó sorprendentemente fácil. Le hice el amor a una mujer por primera vez en mi propia cama. Aquello era ser consciente, sentir cómo las tensiones físicas de los últimos meses de esperanza y desesperación se relajaban en mi interior, como si hubiese roto un largo ayuno. La sensación de alivio solo se vio atenuada por la indiferencia de Bea. La tranquila quietud de su cuerpo escultural resultaba decepcionante comparada con la pasión que recordaba de Ginger.

A partir de entonces, durante unos cuantos meses, aparte del trabajo, concentré mis energías en los preparativos para irme a México y en ser amante a distancia de Bea. Nos veíamos por término medio cada dos fines de semana, alternando entre el YWCA de Filadelfia y el de Nueva York. Bea tenía compañeras de apartamento y yo tenía a Rhea, que no quería saber nada de mi vida sexual. Casi siempre iba yo a Filadelfia porque el hostal de allí era más barato y tenía mejores camas.

Conocer a otras lesbianas resultaba muy difícil, excepto en los bares a los que no iba, porque yo no bebía. Una leía *The Ladder* y el boletín de las Daughters of Bilitis[29] y se preguntaba dónde estaban todas las otras chicas

gais. Con frecuencia, enterarse de que otra mujer era gay era razón suficiente para tratar de tener una relación, para intentar algún tipo de conexión en nombre del amor sin que lo más importante fuera lo mal que encajabas con aquella persona. Aquello era consecuencia de la soledad y sin duda fue lo que ocurrió entre Bea y yo. Para empezar, nuestros orígenes y nuestros puntos de vista sobre cuestiones importantes no podían ser más distintos. Ella procedía de una antigua familia burguesa, blanca y acaudalada. Psicológicamente, se había desconectado prácticamente de ellos. Pero lo más importante era que nuestras actitudes con respecto al sexo eran totalmente distintas.

Con Bea, la sexualidad era en gran medida una satisfacción teórica, un pasatiempo muy agradable y con el que estaba intelectualmente muy comprometida, pero que en apariencia suscitaba en ella una escasa respuesta visceral. Sus esfuerzos por tranquilizarme y convencerme de que todo aquello no tenía nada que ver conmigo me resultaban difíciles de creer. Si lo que la bloqueaba de aquella manera era el temor a las represalias por parte de su familia de clase alta, esta se había salido con la suya. A pesar de las horas que pasamos haciendo el amor, nuestras pasiones mejor compartidas eran nuestro amor a la guitarra y a las viejas canciones.

Yo solía tomar el tren nocturno a Filadelfia y luego el autobús hasta el YWCA de Arch Street, donde Bea había alquilado una habitación para pasar el fin de semana. Las habitaciones eran pequeñas y sencillas y todas iguales, con camas individuales.

Bea tenía una cara cuadrada con las mejillas rosadas y una boquita de piñón cuyas comisuras siempre apuntaban hacia abajo, tenía unos grandes ojos azul claro y unos dientes fuertes y hermosos. Su cuerpo de rubia era suave y perfecto —con unos pechos pequeños, un talle largo, unas caderas amplias y unas piernas largas y tersas—. Era un cuerpo que guardaba semejanza con las estatuas de marfil que yo solía comprar en las tiendas

orientales de productos de importación cuando estaba en el instituto con el dinero que le robaba a mi padre del bolsillo del pantalón.

Al principio, esperaba impaciente nuestros fines de semana. Siempre tenía la esperanza de que aquella vez las cosas fueran a ser distintas. La homosexualidad reconocida de Bea era una forma de conexión, una especie de realidad viviente, dentro del desierto emocional alrededor del cual yo existía. Y siempre era bastante honesta con respecto a lo que no sentía.

Conque un fin de semana tras otro, en una cama tras otra del YWCA, recorría con mi boca caliente y aventurera su cuerpo como si fuera un montículo tallado de suave roca, hasta que, con los labios escocidos y exhausta de frustración, me tumbaba para recobrar el aliento.

«Eso ha estado muy bien», me decía. «Creo que casi he sentido algo».

El guion era casi siempre el mismo e igual de deprimente. Éramos dos mujeres jóvenes y fuertes que gozábamos de buena salud y teníamos un montón de energía. A partir del viernes por la noche le hacía el amor casi sin parar a Bea durante dos días en nuestra cama individual mientras ella suspiraba con tristeza. El domingo a mediodía, consternada y hambrienta, sentía que necesitaba tomar el aire porque me veía como una obsesa, una maníaca sexual, una desvirgadora. Nos vestíamos al son de la música —Bea tenía un tono de voz perfecto— y luego nos lanzábamos a la luz de la calle, parpadeando deslumbradas. Acompañándonos la una a la otra en nuestras frustraciones, cogidas de la mano, nos íbamos al museo Rodin y luego comíamos algo en una cafetería antes de que yo cogiera el tren de vuelta a Nueva York. Aprendí a apreciar su franqueza y su inteligencia. Y, en cierto modo, incluso llegamos a enamorarnos.

A veces, todavía hoy, cuando pienso en Filadelfia, cosa que trato de hacer lo menos posible, la recuerdo como un aburrido telón de fondo de piedra gris de un triángulo muy gastado, que contenía el YWCA de Arch Street, el museo Rodin y la estación de la calle 30.

Sentada a la mesa enfrente de mí, Bea mascaba cualquier bocado treinta y dos veces y me hablaba de las ganas que tenía de que volviéramos a estar juntas. Aquello me sacaba de mis casillas. Yo me subía al tren jurándome a mí misma que no volvería a verla nunca más. Aquello me duraba aproximadamente una semana. Luego ella me llamaba a mí o yo a ella, y una de las dos se subía al tren del viernes procedente de Filadelfia o con rumbo a esa ciudad. La perspectiva de romper aquella inquebrantable calma encendía invariablemente mi deseo.

A finales de noviembre estábamos planeando ir a México juntas. Yo sabía que aquello era un error, pero no tenía fuerza suficiente para decir que no. Finalmente, dos semanas antes de la fecha en que habíamos previsto marcharnos, de camino a la estación un domingo por la noche, le dije a Bea que teníamos que dejar de vernos. Que me iba a México sola. Sin explicaciones, sin preliminares. Yo actuaba por instinto de conservación y estaba horrorizada de mi propia crueldad. Pero no conocía otra manera de hacerlo. Bea se quedó plantada a la puerta de la estación de la calle 30 y se echó a llorar mientras yo corría para coger el tren.

Cuando llegué a casa, le mandé un telegrama que decía: «LO SIENTO».

Había creído que, si conseguía decírselo, por muy duro que resultara, la historia acabaría ahí y yo podría marcharme y sentirme culpable a solas, porque ya había hecho los arreglos de última hora del viaje. Pero no contaba con el empeño y la determinación de Bea.

Todo aquel desastroso asunto acabó con que Bea vino a Nueva York al día siguiente y se instaló en el descansillo del séptimo piso a la puerta del apartamento, con la idea de interceptarme. Yo me escondí en casa de Jean y Alf después de que una incrédula Rhea me hubiera advertido de que una chica que no paraba de llorar me andaba buscando. Rhea hizo de intermediaria y se disculpaba ante Bea cada vez que salía del apartamento para ir trabajar y cuando volvía a casa. Afortunadamente, yo ya había

dejado mi trabajo del centro de salud, porque fue el primer sitio al que Bea acudió a buscarme.

Bea se quedó en el descansillo durante dos días, con breves incursiones a la tienda de ultramarinos de la esquina a por Coca-Cola y algunas visitas al cuarto de baño. Finalmente, se rindió y volvió a Filadelfia.

Me dejó una nota diciéndome que lo que de verdad quería saber era por qué, por qué las cosas se habían desarrollado de aquella manera. Yo no le podía decir; no lo sabía yo misma. Pero me sentía como un monstruo. Había hecho un intento desesperado por protegerme a mí misma —o por lo que creía que era protegerme a mí misma— de la única manera que sabía hacerlo. No había querido herir a nadie. Pero lo había hecho. Me prometí que nunca volvería a involucrarme de aquella manera.

El sentimiento de culpabilidad puede resultar muy útil.

Durante los tres días de aquel circo en el descansillo, Rhea se mostró tan genuinamente irónica y tolerante como siempre era. Le tuve que contar el asunto, amparándome en el hecho de que aquello había terminado. Nunca me detuve demasiado tiempo a preguntar lo que pensaba de Bea, pero lo que me dijo sobre aquello me pareció sensato.

«El hecho de que seas fuerte no significa que puedas dejar que otras personas dependan demasiado de ti. No es justo para ellas porque, cuando ya no puedes seguir siendo lo que ellas quieren, se sienten decepcionadas, y eso te hace sentirte mal». Rhea era a veces muy sabia, y no solo para sí misma.

Nunca olvidé aquella conversación y nunca volvimos a hablar de Bea. Al cabo de una semana me marché a México.

Hacía once meses que había regresado de Stamford y quedaban dos semanas para mi décimo noveno cumpleaños.

Me recosté en el asiento del avión, vestida con la primera falda que me compraba en dos años. El vuelo nocturno de Air France a la Ciudad de México iba medio vacío. Rhea había organizado una fiesta sorpresa de

despedida la noche anterior, pero, aun así, tuve pesadillas en las que me veía llegando al aeropuerto desnuda o habiendo olvidado las maletas, o el pasaporte, o habiendo olvidado comprar el billete. Hasta que no miré hacia abajo y vi las luces de la ciudad extendidas como un encaje eléctrico en medio de la noche, no me creí que hubiera salido de Nueva York entera y por mis propios medios. Con vida.

En algún lugar de mi cabeza oía los desconsolados sollozos de Bea en la escalera. Me sentía como si estuviera huyendo de Nueva York con las hordas del infierno pisándome los talones.

La azafata fue muy solícita conmigo. Comentó que lo era porque era mi primer vuelo y yo era muy joven para viajar tan lejos sola.

---

[29] *The Ladder*, primera revista lesbiana de distribución nacional en Estados Unidos, que se publicó mensualmente entre 1956 y 1970. Constituía el principal medio de comunicación para las Daughters of Bilitis, o Hijas de Bilitis, primera organización lesbiana de Estados Unidos, conocida por sus siglas, DOB, y fundada en San Francisco en 1955.

21

Desde el Palacio de Bellas Artes hasta el Ángel de la Reforma, a lo largo de la ancha avenida Insurgentes, se halla el meollo del Distrito Federal de la Ciudad de México. Cada día me sumía con deleite en aquel océano de extraños sonidos y olores y experiencias. Tardé dos días en adaptarme a la elevada altitud de la ciudad y en darme cuenta de que estaba en un país extranjero, sola, sin conocer apenas más que algunos rudimentos de la lengua.

El primer día hice algunos tímidos intentos de explorar la ciudad. El segundo día, animada ya por el bullicio y el agradable calor de las calles, me sentí llena de la excitación que produce la curiosidad y cada vez más a gusto. Recorrí kilómetros de la ciudad, con sus tiendas modernas y sus viejos museos, y sus familias comiendo frijoles y tortillas alrededor de un hornillo entre dos edificios.

Recorrer una tras otra las calles llenas de gente de rostro moreno me causaba un efecto profundo y estimulante, distinto de cualquier otra experiencia.

Amables desconocidos, sonrisas al pasar, miradas de admiración y de curiosidad, la sensación de estar en un lugar en el que quería estar y que había elegido. El hecho de que la gente se fijara en mí y me aceptara sin conocerme me daba una condición social y una seguridad mientras visitaba la ciudad que me hacían sentir atrevida, aventurera y especial. Disfrutaba de

las atenciones que me prodigaban los tenderos alrededor del hotel, a los que les compraba mis modestas provisiones.

«¡Ay, la señorita morena! ¡Buenos días!». La mujer a la que le compraba el periódico en la esquina de la calle Reforma extendió la mano y me dio unas palmaditas en el pelo que llevaba corto. «¡Ay, qué bonita! ¿Es cubana?».

Le devolví la sonrisa. Debido al color de piel y a mi corte de pelo, me solían preguntar si era cubana. «Gracias, señora», contesté, arreglándome sobre los hombros el rebozo de vivos colores que me había comprado la víspera. «No, yo estoy *(sic)* de Nueva York».[30]

Sus brillantes ojos negros se abrieron en ademán de sorpresa y me acarició el dorso de la mano con sus secos y arrugados dedos, que todavía sujetaban la moneda que acababa de darle. «Ay, con Dios, niña», me dijo cuando me alejaba calle arriba.

A mediodía me llamaba la atención que las calles de una ciudad pudieran estar tan llenas de gente y resultar al mismo tiempo tan agradables. A pesar de todos los edificios nuevos que estaban construyendo, aquello daba una sensación de color y de luz cuyo aspecto festivo acentuaban los abigarrados murales que decoraban las paredes laterales de edificios más altos, ya fueran públicos o privados. Incluso los edificios de la universidad estaban cubiertos de murales hechos de mosaico de deslumbrantes colores.

En cada esquina y deambulando por el parque de Chapultepec había vendedores de lotería que llevaban tiras de billetes de vivos colores prendidas con imperdibles a sus camisas. Se veían criaturas vestidas de uniforme volviendo a casa en grupo desde el colegio, y otras criaturas, con los mismos ojos brillantes, demasiado pobres para ir a la escuela, sentadas con las piernas cruzadas en una manta a la sombra de un edificio, junto a sus padres, que recortaban en viejos neumáticos de caucho de ruedas desechadas suelas para confeccionar sandalias baratas.

Ante el monte de piedad nacional, situado frente al edificio del Seguro Social, el viernes a mediodía largas colas de jóvenes funcionarios que acudían a desempeñar sus guitarras y sus zapatos de baile para el fin de semana. Unos niñitos de ojos grandes que apenas sabían caminar me cogían de la mano y me llevaban al puesto de sus madres, unas mesas protegidas del sol con mantas. Gente en la calle que me sonreía sin conocerme, sencillamente porque eso es lo que se hacía con los forasteros.

Había un parque precioso llamado la Alameda que se extendía por varias manzanas en el corazón del Distrito Federal, desde Netzahuacoytl hasta por detrás del Palacio de Bellas Artes. Algunas mañanas salía del hotel en cuanto amanecía y cogía un autobús al centro de la ciudad para caminar por la Alameda. Me habría encantado pasar por allí bajo la sorprendente luz de la luna, pero había oído que, si eras mujer e ibas sola, no debías salir a la calle después de que hubiera anochecido en la Ciudad de México, así que me pasé las noches de aquellos primeros días en México leyendo *Guerra y paz*, libro en el que nunca había conseguido meterme hasta entonces.

Me bajé del autobús frente al Museo de Bellas Artes, aspirando el agradable olor de los arbustos húmedos, de las flores de la mañana y de los suntuosos y delicados árboles. Antes de entrar en el parque, le compré un pan dulce a un vendedor que pasaba por allí en bicicleta con su enorme sombrero de ala vuelta cuidadosamente colocado en equilibrio sobre su cabeza y en el que iban apilados aquellos pequeños y sabrosos bollos, que todavía estaban calientes, recién salidos del horno de su madre.

Unas estatuas de mármol se distribuían por los paseos del parque donde, más tarde, algunos obreros que trabajaban en los edificios en obras al otro lado de la calle venían a dar un paseo a mediodía. Mi estatua preferida representaba a una joven desnuda tallada en una piedra amarilla, de rodillas, con el cuerpo íntimamente replegado sobre sí mismo y la cabeza inclinada, saludando al alba. Mientras caminaba por la Alameda en la fragante paz de la mañana, con el ruido cercano del tráfico cada vez más intenso y al mismo

tiempo atenuado, me sentía como si me estuviera abriendo cual enorme flor, como si la estatua de la muchacha arrodillada hubiese cobrado vida, alzando la cabeza para mirar de frente al sol. Cuando salía al flujo de la avenida a primera hora de la mañana, sentía la luz y la belleza del parque manando de mí, y la mujer que encendía su brasero de carbón en la esquina me devolvía la sonrisa mirándome a la cara.

Fue en la Ciudad de México aquellas primeras semanas donde empecé a romper mi eterno hábito de llevar la mirada clavada en el suelo mientras caminaba por la calle. Siempre había tanto que ver y tantos rostros interesantes y abiertos que leer que practiqué lo de llevar la cabeza levantada mientras caminaba, y el sol que bañaba mi rostro me hacía sentir calor y bienestar. Fuera adonde fuera, siempre había rostros de todas las gradaciones de moreno cruzándose con el mío, y ver mi propio color reflejado en las calles con tanta abundancia era para mí una afirmación totalmente nueva y muy emocionante. Nunca antes me había sentido visible; ni siquiera me había dado cuenta de que aquello me faltara.

No había hecho ninguna amistad en la Ciudad de México, aunque estaba la mar de satisfecha con las conversaciones que mantenía, medio en inglés medio en castellano, con la camarera del hotel sobre el tiempo, mi ropa y el bidé; con la señora a la que le compraba todos los días la cena, consistente en dos tamales calientes envueltos en sendas hojas de maíz y una botella de leche de etiqueta azul, y con el recepcionista del pequeño hotel de segunda clase en el que se hallaba mi minúscula habitación.

Al final de la primera semana me fui a la ciudad universitaria con sus nuevos y enormes frescos murales y me matriculé en dos asignaturas, Historia y etnología de México y Folclore. Empecé a moverme un poco en busca de un lugar más económico y permanente donde vivir. A pesar de que compraba alimentos baratos a los vendedores de la calle, el no tener medios para cocinar estaba mermando mi escaso presupuesto. También limité en gran medida mi dieta porque solo comía aquellos alimentos de los que

podía estar segura de que no me darían diarrea, la plaga de todos los visitantes de la Ciudad de México.

Un día, cuando ya llevaba unas dos semanas en el Distrito Federal y sus alrededores, me fui en autobús al sur, a Cuernavaca, a ver a Frieda Matthews y a su joven hija Tammy. Una amiga de Rhea que había sido enfermera junto con Frieda en la Brigada Lincoln durante la Guerra Civil española me había facilitado los datos de contacto de esta. Visité los museos y las pirámides, recorrí las calles de la ciudad y satisfice, en general, mi apetito y curiosidad por el ambiente de aquel nuevo lugar. Aunque me encontraba cada vez más a gusto, empecé a sentir la necesidad de hablar en inglés con alguien. Las clases de la universidad comenzaban la semana siguiente.

Cuernavaca era un frondoso jardín al sur del DF, situada en el valle de Morelos, a unos setenta kilómetros de la Ciudad de México, y estaba a menor altitud.

Cuando llamé por teléfono, Frieda me recibió en tono acogedor y me invitó inmediatamente a que fuera a Cuernavaca a pasar el día. Ella y Tammy me fueron a buscar a la estación de autobuses. El tiempo era más caluroso y soleado que en el DF, y alrededor de la plaza central de la ciudad el ambiente era mucho más distendido.

En cuanto el autobús entró en la plaza, reconocí a aquella mujer estadounidense alta y rubia y a la sonriente y bronceada niña que estaba a su lado. Frieda tenía el aspecto que cabía esperar por su voz al teléfono, una mujer tranquila, inteligente y directa que tendría alrededor de cuarenta años de edad. Frieda y Tammy llevaban nueve años viviendo en Cuernavaca y Frieda siempre estaba deseando recibir noticias de Nueva York, su ciudad natal. «¿Sigue abierto el mercado de Essex Street? ¿Y qué están haciendo los escritores?».

Nos pasamos la mañana hablando de las personas que las dos conocíamos y luego estuvimos deambulando por los mercados de Guerrero,

comprando comida para la cena, que Tammy llevó a la empleada que tenían en casa para que la cocinara. Más tarde nos sentamos a tomarnos un espumoso café con leche a la mesa de una terraza al aire libre que ocupaba toda la esquina de la plaza principal. Unos músicos ambulantes afinaban sus guitarras al sol de la tarde y los chamaquitos, golfillos de las calles, se nos acercaban a pedir unas monedas y luego salían corriendo entre risas cuando Tammy se dirigía a ellos en su fluido castellano. Uno tras otro, otros estadounidenses, todos ellos blancos y en su mayoría mujeres, se acercaban a nuestra mesa a ver quién era esa nueva cara en la ciudad. Frieda me presentó a una asamblea de cordiales anfitriones.

Después del día pasado en el ambiente de tranquila belleza y relajación de Cuernavaca en compañía de Frieda y sus amistades, esta no tuvo que insistir demasiado para convencerme de que me planteara trasladarme a Cuernavaca. Todavía seguía preocupada por encontrar un alojamiento más barato que el hotel Fortín. Podría ir y venir al DF para mis clases, me aseguró. Mucha gente en Cuernavaca trabajaba en la Ciudad de México y existía un transporte muy barato en autobús o en taxi compartido.

«Creo que estarás más feliz viviendo aquí que en la Ciudad de México», propuso Frieda. «Es mucho más tranquilo. Probablemente puedas conseguir una de las pequeñas casas de la urbanización Humboldt número veinticuatro, un bonito lugar para vivir».

A Tammy, que tenía doce años, le encantó la idea de que a la ciudad viniera a instalarse alguien de edad más próxima a la suya que Frieda y sus amigas.

«Y Jesús podrá ayudarte a traer tus cosas del DF», añadió Frieda. Con el dinero que le había correspondido tras el divorcio, Frieda había comprado una pequeña alquería en Tepoztlán, un pueblito más arriba en la montaña. Jesús, según explicó, se encargaba de la explotación. En algún momento habían sido amantes. «Pero ahora las cosas han cambiado mucho», me dijo

bruscamente Frieda, al oír que Tammy nos llamaba desde el patio para que fuéramos a ver su pato-ganso, un pato tan grande que parecía una oca.

Fui a ver la casita de la urbanización aquella misma tarde.

Estaba dispuesta a aceptar cualquier propuesta. Cuernavaca se me antojó como un regalo. La casa tenía una amplia habitación con enormes ventanas dando a las montañas, un cuarto de baño, cocina y una minúscula alcoba-comedor: era una casita mía propia, con árboles y flores y arbustos alrededor de un camino que conducía a mi propia puerta, donde no entraría nadie a quien yo no hubiera invitado. La hora y media de viaje cruzando las montañas para llegar a mi clase de las ocho de la mañana se me antojó un inconveniente de escasa importancia. En el autobús de vuelta a la Ciudad de México, tomé la decisión de trasladarme.

Jesús vino a recogerme, a mí y a mis bolsas y a mi máquina de escribir, una tarde después de las clases. Estaba cayendo la tarde cuando subimos dando vueltas a la montaña por la nueva «autopista» entre el DF y Cuernavaca. Había plegado la capota de su viejo Chrysler descapotable. De la radio a todo volumen salía el sonido enlatado de una música de mariachis mientras girábamos curva tras curva, cada una de ellas revelando un nuevo panorama, un nuevo paisaje. (¡Y pensar que había llegado a considerar que Stamford, Connecticut, era «el campo»!). Cuando llegamos a lo alto del monte Morelos, las nubes de tormenta del horizonte tenían un brillo de contornos violetas y brillantes a la luz del sol poniente, y me sentí más feliz de lo que recordaba haberlo estado en muchísimo tiempo. Y lo que era mejor, era plenamente consciente de que lo era.

Me recosté contra la desgastada tapicería del amplio asiento. Mientras bajábamos por el valle hacia Cuernavaca en aquel atardecer de marzo, con la radio emitiendo a todo volumen unas mañanitas, el asiento trasero cargado con mis bolsas y mi máquina de escribir, el rechinar de los neumáticos del coche de Jesús al tomar las curvas y su pronta risotada

tranquilizadora, me di cuenta de que me sentía feliz de estar exactamente en aquel lugar.

... La luna se ocultó.
Levántate, amiga mía,
mira que ya amaneció.

La Señora. La Periodista. La Morenita. La Alta Rubia. La Chica. La gente que trabajaba en la urbanización Humboldt, 24, tenía nombres para la mayoría de las «norteamericanas» que vivíamos allí o que venían de visita. Nombres que eran en parte apodos, en parte designación y en parte palabra cariñosa. Nadie que no les gustara tenía nombre. Nunca expresaban enfado ni descontento.

En 1954 Cuernavaca ya se había hecho un nombre como lugar seguro para refugiados políticos y espirituales del norte, un lugar donde los estadounidenses inconformistas de clase media podían vivir de una manera más sencilla, más barata y más tranquila que en Acapulco o Taxco, adonde acudían todas las estrellas de cine. Una pequeña y hermosa ciudad, que vivía en gran parte de lo que aportaban los expatriados de los muchos países distintos que allí vivían.

A lo largo de las somnolientas calles de Cuernavaca había rejas de hierro forjado y altas paredes de adobe que relucían al sol, sobre las que las brillantes jacarandas asomaban sus flores desde los patios interiores.

Pegados a los muros, había muchachos sentados echando la siesta junto a sus burros, descansando a mitad de la cuesta de aquellas calles empinadas de tierra batida. Detrás de las rejas de hierro, los estadounidenses afincados en Cuernavaca vivían vidas complejas y sofisticadas.

Un porcentaje elevado de mujeres solas con recursos moderados, procedentes en su mayor parte de California y Nueva York, tenían participación en los negocios de las pequeñas tiendas para turistas que había alrededor de la plaza; otras complementaban los ingresos que tuvieran trabajando en aquellas tiendas o enseñando o cuidando a criaturas unos

cuantos días a la semana en la Ciudad de México. Algunas de aquellas mujeres estaban divorciadas y vivían de su pensión; otras eran enfermeras, como era el caso de Frieda, que había prestado sus servicios en la Brigada Lincoln y que por culpa de ello tuvo problemas con el Gobierno de Estados Unidos. México había concedido la ciudadanía a algunos miembros de la brigada. Había miembros del grupo de los Diez de Hollywood, acusados de comunistas, y sus familias, a los que habían tachado de las listas de la industria cinematográfica, y que se ganaban la vida en aquel país menos caro haciendo trabajos de edición o escribiendo para otros. Había víctimas de otras purgas macarthistas, que todavía estaban en pleno furor. Teníamos en común muchas de las amistades de Rhea y mucha de la gente a la que había conocido mientras trabajaba en el Comité de los Rosenberg en años anteriores.

Para la colonia estadounidense de Cuernavaca, el ambiente político era de prudente alerta. No había el mismo e infame tufo a terror y represión política tan presente en Nueva York; estábamos a cinco mil kilómetros de distancia. Pero la idea de que las fronteras pudieran aportar algún tipo de inmunidad frente a la represión de McCarthy había desaparecido dos años antes en las mentes de cualquiera que hubiese sido aun mínimamente activo en política. Los agentes del FBI habían bajado hasta México y habían detenido a Morton Sobell, presunto conspirador junto a Ethel y Julius Rosenberg, sacándolo de México y llevándolo de vuelta al otro lado de la frontera para que fuera juzgado por traición.

La prudencia y el miedo que inspiraban los recién llegados estaban omnipresentes y se mezclaba con la emoción de la bienvenida a cualquier rostro nuevo. La expectación ante algún nuevo desastre político procedente del norte, de un tipo todavía indefinido, también estaba presente por doquier. Como las exuberantes buganvillas con sus voluptuosas flores de un rojo fuego y los delicados y perfumados racimos de capullos de jacarandá,

con sus pequeños pétalos blancos, rosas y violetas, detrás de los cuales florecían todas aquellas angustias.

Fue allí, en los sobrecogedores amaneceres y en las abruptas puestas de sol tras las montañas de Cuernavaca, donde aprendí que realmente es más fácil guardar silencio en el bosque. Una mañana, al amanecer, bajé por la colina hacia la plaza a coger el autobús que me llevaba al DF. De repente los pájaros se pusieron a cantar a mi alrededor en el aire cálido e increíblemente suave. Nunca había oído nada tan maravilloso ni inesperado. Aquellos trinos me hicieron estremecer. Por primera vez en mi vida tuve la intuición de lo que podía ser la poesía. Podía utilizar palabras para recrear aquella sensación, en lugar de crear un sueño, que era lo que mi escritura anterior había sido en gran medida.

Jeromeo, el niñito ciego de los pájaros, dormía sobre un banco de piedra cerca del templete de la música en el centro de la plaza, junto a sus jaulas de pájaros de vivos colores que vendía. En la penumbra previa al amanecer, los pájaros posados sobre las copas de los árboles percibían la salida del sol y, cuando en el aire húmedo y perfumado resonaba la orquesta de trinos de los pájaros de los árboles que rodeaban la plaza, los pájaros enjaulados llenaban aquel espacio con los trinos con los que les respondían.

Y Jeromeo seguía durmiendo.

Por las tardes, cuando volvía a casa del DF, iba a pasear por el valle de Morelos o a sentarme con Frieda y sus amigas a la plaza, donde me tomaba un café. A veces iba a nadar con ellas a la piscina de Ellen Perl.

Las mujeres que conocí a través de Frieda eran mayores y tenían mucha más experiencia que yo. Más tarde me enteré de que en privado se dedicaban a especular sobre si yo era o no lesbiana, y sobre si yo lo sabía o no. Nunca se me ocurrió pensar que ellas lo fueran, o cuando menos bisexuales. Nunca lo sospeché, porque dedicaban gran parte de su

existencia a ocultar aquel hecho. Aquellas mujeres fingían ser heterosexuales como nunca habrían fingido ser conservadoras. Su valentía política era mucho mayor que su apertura sexual. A mis inocentes ojos de provinciana neoyorquina, las «chicas gais» no eran más que eso —jóvenes, obvias y definitivamente bohemias—. Desde luego, no progresistas, cómodamente instaladas, con aspecto de matronas, mayores de cuarenta años, con piscinas, el pelo teñido y jóvenes segundos esposos. Por lo que yo sabía, todas las mujeres estadounidenses de aquella plaza eran heterosexuales, solo que estaban emancipadas.

Al cabo de unas semanas le comenté esto a Eudora cuando íbamos a visitar las pirámides de Teotihuacán, y casi volcamos a la cuneta de la carretera del ataque de risa que le dio.

---

[30] La traductora se ha permitido corregir los errores lingüísticos de estas frases que aparecen en castellano en el texto original, aunque deja esta respuesta de la autora, que ya ha dicho que tenía escasos conocimientos de esta lengua *(N. de la T.)*.

22

Eudora. México. Color y luz y Cuernavaca y Eudora.

En la urbanización, el sábado de Pascua, ella acababa de salir de una semana de borrachera, semana que en Estados Unidos había empezado con el despido del científico nuclear Robert Oppenheimer. Yo estaba muy impresionada por la celebración de Viernes Santo en la Ciudad de México, a la que había acudido la víspera con Frieda y Tammy. Ellas se habían marchado a Tepoztlán y yo estaba tomando el sol en el césped delante de mi casa.

«¡Eh, tú, la de ahí abajo! ¿No te estarás pasando un poco?». Alcé la mirada hacia la mujer que había visto que me observaba desde una ventana situada en la planta de arriba de una vivienda de dos pisos al final de la urbanización. Era la única mujer a la que había visto llevando pantalones en México, excepto en la piscina.

Me alegré de que se hubiera dirigido a mí. Las dos mujeres que vivían por separado en la casa doble al final de la urbanización nunca acudían a sentarse a las mesas de la plaza. Nunca hablaban cuando pasaban por delante de mi casa de camino a los coches o a la piscina. Sabía que una de ellas tenía una tienda en la ciudad llamada La Señora, que tenía la ropa más interesante de la plaza.

«¿Es que no lo sabes? Solo los perros locos y los ingleses se ponen al sol a mediodía». Me coloqué la mano de visera para poder verla mejor. Sentía

mayor curiosidad de la que pensaba.

«No me quemo tan fácilmente al sol», le contesté. Estaba enmarcada por el ventanal y en su rostro medio en sombra se dibujó una sonrisa ligeramente ladeada. Su voz era fuerte y agradable, pero tenía un tono algo ronco que delataba un enfriamiento o un exceso de cigarrillos.

«Me disponía a hacerme un café. ¿Te apetece uno?».

Me levanté, recogí la manta en la que me había tumbado y acepté su invitación.

Estaba esperándome a la puerta de su casa. Me di cuenta de que era la mujer alta de pelo canoso a la que llamaban la Periodista.

«Me llamo Eudora», dijo, tendiéndome la mano y sujetando la mía con firmeza durante un momento. «Y a ti te llaman la Chica, has venido de Nueva York y vas a la universidad».

«¿Y cómo sabes todo eso?», le pregunté, sorprendida. Entramos en la casa.

«Mi trabajo consiste en averiguar lo que está pasando», contestó riéndose relajadamente. «Eso es lo que hacen los reporteros. Cotilleo legítimo».

La espaciosa habitación llena de luz de Eudora tenía un aspecto confortable y desordenado. Había una amplia y cómoda butaca enfrente de la cama, en la que ella se sentó con las piernas cruzadas, con sus pantalones cortos y un polo, fumando y rodeada de libros y de periódicos.

Tal vez fueran sus modales directos. Tal vez fuera la franqueza con la que me había examinado con la mirada al indicarme que me sentara en la butaca. Tal vez fueran los pantalones o la libertad y la autoridad implícitas en sus movimientos. Pero desde el momento en que entré en su casa, supe que Eudora era gay, y aquello constituyó una inesperada aunque agradable sorpresa. Me hizo sentir mucho más a gusto y relajada, aunque todavía estaba afligida y me sentía culpable por mi fiasco con Bea, pero resultaba reconfortante saber que no estaba sola.

«Llevo una de semana bebiendo», me dijo, «y todavía tengo un poco de resaca, así que tendrás que disculpar todo este desorden».

No supe qué decir.

Eudora quería saber lo que estaba haciendo en México, tan joven, Negra y con un ojo puesto en las damas, como dijo ella. Aquella fue mi segunda sorpresa. Nos reímos juntas de buena gana a propósito de las fugaces claves que tienen las lesbianas para reconocerse mutuamente. Eudora era la primera mujer que conocí que dijera de sí misma que era lesbiana y no «gay», palabra que odiaba. Eudora decía que aquel era un término estadounidense de la costa este que para ella no significaba nada, y que además la mayoría de las lesbianas a las que había conocido eran todo menos alegres.[31]

Cuando fui al mercado aquella tarde, traje leche, huevos y fruta para ella. La invité a cenar, pero no tenía muchas ganas de comer, según me dijo, así que me preparé la cena y la llevé a su casa para comérmela allí. Eudora padecía insomnio y estuvimos hablando hasta bien avanzada la noche.

Era la mujer más fascinante que jamás había conocido.

Nacida en Texas hacía cuarenta y ocho años. Eudora era la hija menor de un obrero de la industria del petróleo.

Tenía siete hermanos mayores. De niña, la polio la había tenido postrada en la cama durante tres años, «así que tenía mucho tiempo que recuperar, por lo que nunca he sabido pararme».

En 1925 se convirtió en la primera mujer matriculada en la Universidad de Texas, y consiguió estudiar allí porque estuvo acampando en los terrenos de la universidad durante cuatro años con su tienda, su rifle y su perro. Sus hermanos habían estudiado allí y ella estaba decidida a hacer lo mismo. «Me dijeron que no había residencia femenina», me contó Eudora, «y yo no tenía dinero para alquilar nada en la ciudad».

Había trabajado en el periodismo durante toda su vida, tanto en la prensa escrita como en la radio, y había seguido a su amante, Franz, a Chicago,

donde ambas trabajaban para el mismo periódico. «Las dos formábamos un equipo fantástico, desde luego. Pasamos muy buenos ratos juntas, hicimos un montón de barbaridades y creíamos en un montón de cosas».

«Luego Franz se casó con un corresponsal extranjero en Estambul», prosiguió Eudora en tono seco, «y perdí mi trabajo por culpa de un artículo sobre el asunto Scottsboro».[32] Trabajó durante un tiempo en Texas para un periódico mexicano que luego la trasladó a la Ciudad de México.

Cuando ella y Karen, propietaria de La Señora, eran amantes, habían abierto una librería juntas en Cuernavaca en la década más liberal de 1940. Durante un tiempo fue un lugar de encuentro para estadounidenses rebeldes. Allí fue donde conoció a Frieda.

«La gente iba allí a enterarse de lo que estaba pasando de verdad en Estados Unidos. Todo el mundo pasaba por allí». Hizo una pausa. «Pero el lugar se había vuelto un poco demasiado radical para los gustos de Karen», dijo Eudora con prudencia. «La tienda de ropa le va mejor. Pero ese es otro lío, y todavía me debe dinero».

«¿Qué ocurrió con la librería?», le pregunté, sin querer ser indiscreta, aunque fascinada por su relato.

«¡Uy! Un montón de cosas, en muy poco tiempo. Yo siempre he bebido mucho, y a ella aquello no le gustaba. Luego, cuando tuve que expresar mi opinión en la columna sobre todo el asunto Sobell[33] y el periódico empezó a poner pegas, Karen pensó que iba a perder aquel empleo. No fue así, pero se modificó mi condición de inmigrante, lo cual significaba que podía seguir trabajando en México, pero que, después de todos aquellos años, ya no podía tener propiedades. Es una manera definitiva de conseguir que los estadounidenses demasiado arrogantes mantengan la boca cerrada. No hagas que se tambalee el barco del gran hermano y te dejaremos estar aquí. Eso le iba muy bien a Karen. Me compró mi parte de la librería y abrió la tienda de ropa».

«¿Fue por eso por lo que rompisteis?».

Eudora se echó a reír. «Eso me suena a comentario neoyorquino». Permaneció en silencio durante un minuto, concentrada en el cenicero que rebosaba colillas. «En realidad, no», dijo al final. «Tuve que someterme a una operación, y fue bastante duro para las dos. Una operación de cirugía radical, un cáncer, y perdí un pecho». Eudora tenía la cabeza inclinada sobre el cenicero, con el pelo caído hacia delante, y yo no podía ver su rostro. Extendí la mano y toqué la suya.

«Lo siento mucho», dije.

«Sí, yo también», contestó, sin darle mayor importancia, volviendo a colocar con cuidado el lustroso cenicero en la mesilla que estaba junto a la cama. Alzó la mirada, sonrió y se retiró el pelo de la cara con las palmas de las manos. «De todos modos, nunca hay bastante tiempo, y todavía hay muchísimas cosas que quiero hacer».

«¿Y cómo te encuentras ahora, Eudora?». Recordé mis noches en la planta de cirugía femenina en Beth David. «¿Te radiaron?».

«Sí. Hace casi dos años desde la última sesión, y ahora estoy bien. Pero las cicatrices son difíciles de asumir. No son nada seductoras ni románticas. A mí no me gusta mucho mirármelas». Se levantó, descolgó la guitarra de la pared y empezó a afinarla. «¿Qué canciones populares te están enseñando en esa bonita universidad nueva al otro lado de la montaña?».

Eudora había traducido una serie de textos sobre la historia y la etnología de México, uno de los cuales era un libro de texto de mi clase de historia. Era ingeniosa y divertida y aguda y perspicaz, y sabía un montón de un ingente número de cosas. Había escrito poesía cuando era más joven, y Walt Whitman era su poeta predilecto. Me enseñó algunos recortes de artículos que había escrito para un documental en memoria del poeta. Una frase en particular me llamó la atención:

> *Conocí a un hombre que se pasó la vida pensando y era capaz de comprenderme dijera lo que dijera. Y lo seguí hasta Harleigh en la nieve.*

La semana siguiente eran las vacaciones de Semana Santa y pasé una parte de todas las tardes o de las noches en casa de Eudora, leyendo poesía, aprendiendo a tocar la guitarra, hablando. Le hablé de Ginger y de Bea, y ella me habló de ella y de su vida con Franz. Incluso jugamos al Scrabble con palabrotas y, aunque le advertí que yo era una consumada campeona, Eudora ganó, lo que enriqueció increíblemente mi vocabulario. Me enseñó el artículo que estaba terminando sobre las cabezas olmecas de piedra tallada y hablamos de la investigación que tenía pensado hacer sobre las influencias africana y asiática en el arte mexicano. Sus ojos brillaban y sus largas y elegantes manos se agitaban mientras hablaba, y a mediados de la semana, cuando no estábamos juntas, yo sentía las curvas de sus pómulos bajo mis labios cuando le daba un rápido beso de despedida. Tuve fantasías en las que le hacía el amor, y en aquel despiste estropeé todo un bote de curri. Aquello no era para lo que había venido a México.

Había algo a la vez delicado y robusto, frágil y duro en Eudora cuando se movía, como el dragón que parecía cuando se levantaba, echaba la cabeza atrás y se peinaba la melena con las palmas de las manos. Me sentí perdidamente enamorada.

Eudora solía burlarse de lo que llamaba mi recato, ella, que no tenía reparo en abordar ningún tema. Pero había en ella una especie de reserva con respecto a su propia persona, un campo magnético a su alrededor que yo no sabía cómo atravesar, una tristeza que la rodeaba y que yo no era capaz de romper. Y además, una mujer de su edad y su experiencia: ¡qué presuntuoso por mi parte!

Cada vez nos quedábamos hasta más tarde charlando sentadas en su casa, ante interminables tazas de café, y mi mente estaba a medias en nuestra conversación y a medias espiando algún tipo de apertura, alguna manera elegante y segura de acercarme más a aquella mujer cuyo aroma hacía que los lóbulos de mis orejas ardieran. Que, a pesar de ser tan abierta con todo lo demás, se escondía de mí cuando se cambiaba la camisa.

El jueves por la noche volvimos a colgar algunos de sus cuadros sobre corteza de árbol de Tehuantepec. El ventilador de techo ronroneaba suavemente; en el hueco de una de sus clavículas relucía un pequeño depósito de sudor. Estuve a punto de acercarme a besarlo.

«¡Maldita sea!». Eudora había estado a punto de machacarse el dedo con el martillo.

«Eres muy hermosa», dije de repente, confusa ante mi propio atrevimiento. Hubo un momento de silencio mientras Eudora dejaba el martillo.

«Y tú también, Chica», dijo tranquilamente, «más hermosa de lo que crees». Sus ojos se clavaron en los míos durante un momento sin que yo pudiera desviar la mirada.

Nadie me había dicho eso antes.

Eran más de las dos de la madrugada cuando me fui de casa de Eudora, cruzando el césped hasta la mía bajo la clara luz de la luna. Cuando llegué a casa, no me podía dormir. Traté de leer. La imagen de la sonrisa traviesa de Eudora, que tanto me gustaba, seguía interponiéndose entre mí y la página del libro. Tenía ganas de estar con ella, de estar a su lado, riéndonos.

Me senté en el borde de la cama, deseando abrazar a Eudora, permitir que la ternura y el amor que sentía quemaran ese halo de tristeza que la rodeaba y dirigirme a su necesidad a través del tacto de mis manos, de mi boca y de mi cuerpo, que definían la mía propia.

«Se está haciendo tarde», había dicho. «Pareces cansada. ¿Quieres tumbarte un poco?». Señaló la cama a su lado. Me levanté de la silla como un muelle.

«No, no, estoy bien», balbuceé. Lo único en lo que era capaz de pensar era que no me había lavado desde la mañana. «De... de todos modos, tengo que darme una ducha». Ya había cogido el libro. «Buenas noches, Chica», me dijo, sin siquiera alzar la mirada.

Me levanté de un salto del borde de la cama y encendí el calentador del agua. Me disponía a volver.

«¿Qué pasa, Chica? Pensé que te ibas a la cama». Eudora estaba tumbada exactamente como la había dejado una hora antes, recostada contra una almohada que estaba apoyada en la pared, con el cenicero medio lleno junto a su mano y los libros tapizando el resto de la cama de cuerpo y medio de su estudio. Tenía una toalla de colores vivos alrededor del cuello, sobre el amplio camisón beis de manga corta.

Yo todavía tenía el pelo húmedo de la ducha y, como había venido descalza, me picaban los pies del césped húmedo que había atravesado para venir desde mi casa a la suya. De repente me di cuenta de que eran las tres y media de la madrugada.

«¿Te apetece un poco más de café?», le pregunté.

Me observó durante un rato, sin sonreír, casi como cansada.

«¿Es para eso para lo que has vuelto, para un café?».

Durante todo el tiempo que estuve esperando a que el agua se calentara, mientras me duchaba y me lavaba el pelo y me cepillaba los dientes, hasta aquel mismo instante, lo único que había ocupado mi mente era mi deseo de abrazar a Eudora, hasta tal punto que ni siquiera me di cuenta de que también estaba aterrorizada. De algún modo, si conseguía regresar a aquellas escaleras bajo la luz de la luna y si Eudora no estaba ya dormida, habría hecho todo lo posible. Esa sería mi parte del trato, y luego lo que yo quería de alguna manera llegaría a mi regazo como por arte de magia.

Eudora apoyó su cabeza canosa en la pared cubierta con una jarapa de vivos colores y siguió mirándome. Yo todavía estaba frente a ella. Parpadeó y, lentamente, esbozó su sonrisa asimétrica y yo sentí que el cálido aire de la noche que nos separaba se disolvía como para acercarnos.

Entonces supe que ella había deseado que yo volviera. Por prudencia o por temor. Eudora esperaba que yo hablara.

Noche tras noche, habíamos conversado hasta el amanecer en aquella habitación sobre el lenguaje y la poesía y el amor y cómo vivir bien la vida. Y, sin embargo, éramos unas desconocidas. Allí de pie mirando a Eudora lo imposible se hizo más fácil, casi sencillo. El deseo me dio valor, donde en otro momento me había dejado muda. Casi sin darme cuenta, me oí a mí misma decir:

«Quiero dormir contigo».

Eudora se enderezó lentamente, apartó los libros de la cama con un ademán del brazo y me tendió la mano.

«Ven».

Me senté en el borde de la cama, frente a ella, con nuestros muslos tocándose. Teníamos los ojos a la misma altura y nos mirábamos profundamente. Sentí que el corazón se me salía del pecho y oía el potente chirrido de los grillos.

«Pero ¿tú sabes lo que estás diciendo?», preguntó suavemente Eudora, escrutando mi rostro. Sentí su aroma, parecido al penetrante perfume de las flores silvestres.

«Sí», contesté, sin comprender lo que me preguntaba. ¿Acaso se creía que yo era una niña?

«No sé si puedo», dijo, también en voz baja, tocando el lugar hundido en su camisón donde debería haber estado su pecho izquierdo. «¿Y esto no te importa?».

Muchas veces me había preguntado qué tacto tendría bajo mi mano y mis labios esa parte distinta de ella. ¿Que si no me importaba? Sentí mi amor desparramarse como una lluvia de luz que nos rodeara a mí y a la mujer que tenía delante. Extendí la mano y toqué el rostro de Eudora.

«¿Estás segura?». Sus ojos seguían clavados en mi rostro.

«Sí, Eudora». Se me quebró la voz al quedarme sin aliento, como si hubiera estado corriendo. «Estoy muy segura». Si no ponía mi boca sobre la

suya e inhalaba el especiado aroma de su aliento, mis pulmones iban a reventar.

Según pronunciaba aquellas palabras, tuve la impresión de que daban vida a una nueva realidad interior, una especie de madurez de mi ser que yo no conocía del todo y que avanzaba a su encuentro.

Me puse de pie y con dos rápidos movimientos me quité el vestido y la ropa interior. Le tendí la mano a Eudora. Gozo. Expectativa. Una lenta sonrisa que reflejaba la mía suavizó la expresión de su rostro. Eudora extendió el brazo y me acarició el muslo con el dorso de la mano. A su paso, se me iba poniendo la piel de gallina.

«¡Qué hermosa eres! ¡Qué color más oscuro de piel!».

Se levantó lentamente. Desabroché su camisón y ella se sacudió los hombros, dejándolo caer a sus pies. En el círculo que hacía la luz de la lámpara, recorrí con la mirada desde su seno redondo y firme con su pezón rosado hasta el lugar de su pecho donde estaba la cicatriz. Los pálidos queloides consecuencia de las quemaduras de la radiación iban desde el hueco de la axila hasta las costillas. Alcé la mirada, que volvió a encontrarse con la suya expresando una ternura para la que mi boca todavía no tenía palabras. Me cogió la mano y la colocó en aquel lugar, con ademán firme y delicado, sobre su pecho. Nuestras manos cayeron. Me incliné y besé suavemente la cicatriz sobre la que nuestras manos se habían posado. Sentí el latido fuerte y rápido de su corazón contra mis labios. Caímos juntas sobre su cama. Mis pulmones se abrieron y mi respiración se hizo más profunda al contacto con su piel caliente y seca. Mi boca al fin sobre la suya, la respiración agitada, fragante, buscando, su mano enredada en mis cabellos. Mi cuerpo se electrizaba al contacto con su carne. Desplazándose ligeramente, Eudora extendió el brazo por encima de mi cabeza para alcanzar la lámpara colocada detrás de nosotras. Le agarré la muñeca. Sus huesos eran como terciopelo y mercurio entre mis dedos nerviosos.

«No», le susurré al oído. «A plena luz».

El sol penetraba por la ventana de Eudora atravesando las jacarandás. Oí el chirrido atenuado y rítmico de la hoz de Tomás que estaba podando los bananeros silvestres del camino, cerca de la piscina.

Me desperté de repente al ver algo imposible. El abejorro al que había espachurrado con un periódico al atardecer, hacía tanto tiempo, daba la sensación de estar avanzando lentamente por la pared pintada de blanco. Subía unos cuantos centímetros, se caía y volvía a subir. Busqué mis gafas en el suelo, donde las había dejado la víspera. Con ellas puestas, me di cuenta de que había una fila de hormigas, del espesor de una pluma, que bajaba por la pared desde el techo de adobe hasta el suelo donde se hallaba el abejorro. Las hormigas estaban tratando de subir todas juntas a cuestas la carcasa de este por la pared vertical, hasta el hormiguero que habían hecho en el techo. Miré fascinada a las minúsculas hormigas levantando aquella masa enorme, moviéndola, dejándola caer y volviéndola a levantar.

Me giré y extendí la mano para rozar a Eudora, que estaba recostada contra mi espalda, con un brazo doblado sobre nuestra almohada común. El placer de la noche de repente me invadió como el sol bañaba las paredes de la habitación iluminada y llena de color. Sus ojos castaño claro se abrieron, estudiándome mientras poco a poco Eudora salía del sueño; sus labios esculpidos sonrieron, ligeramente abiertos, dejando entrever el espacio entre sus dientes de delante. Dibujé su boca con el dedo. Durante un momento, me sentí expuesta, insegura, necesitada de repente de algo que me asegurara que había estado a la altura. El aire de la mañana todavía estaba húmedo de rocío y el olor de nuestra noche de amor todavía nos envolvía.

Como si leyera mis pensamientos, Eudora me pasó el brazo por los hombros y me atrajo hacia ella con firmeza; permanecimos así abrazadas a la luz del sol de la mañana mexicana que entraba a raudales por el ventanal sin cortinas. Tomás, el encargado, cantaba suavemente en castellano al ritmo de su hoz, y los sonidos llegaban hasta nosotras desde abajo.

«¡Vaya horas!», dijo Eudora, riéndose al tiempo que me besaba la cabeza, y saltó por encima de mí dando una amplia zancada. «¿No tienes hambre?». Con la toalla alrededor del cuello, Eudora preparó unos huevos revueltos al estilo mexicano y café con leche de verdad para desayunar. Comimos sentadas a la mesa pintada de alegre color naranja entre la pequeña cocina y su dormitorio, sonriendo y hablando y dándonos de comer la una a la otra del plato común.

Delante del fregadero cuadrado y poco profundo de la cocina solo había sitio para una de las dos. Mientras yo lavaba los platos para asegurarnos una tarde libre de hormigas, Eudora estaba apoyada en el quicio de la puerta, fumando perezosamente. Los huesos de sus caderas se abrían como alas sobre sus largas piernas. Sentí su agitada respiración a un lado de mi cuello mientras me observaba. Secó los platos y colgó el trapo sobre una máscara de hojalata colocada sobre el armario de la cocina.

«Volvamos a la cama», susurró, agarrándome a través de la camisa mexicana que había cogido prestada para ponerme encima. «Hay más».

Esta vez, el sol ya estaba al otro lado de la casa. La habitación estaba llena de una luz indirecta y del calor del techo de adobe que la remataba, pero el ventanal y el perezoso ventilador de techo mantenían el cálido aire en movimiento.

Nos sentamos en la cama, bebiendo café helado a pequeños sorbos en una taza de peltre.

Cuando le dije a Eudora que no me gustaba que me hicieran el amor, levantó las cejas y preguntó: «¿Y cómo lo sabes?», al tiempo que sonreía y posaba la taza de café. «Probablemente sea porque nadie te haya hecho el amor de verdad hasta ahora», dijo en voz baja; sus ojos, que se arrugaron en las esquinas, tenían una mirada intensa, llena de deseo.

Eudora sabía muchas cosas acerca de amar a las mujeres que yo todavía no había aprendido. Desde el alba hasta el crepúsculo. Una ducha rápida. La frescura. El bienestar y el placer de su cuerpo contra el mío. Mi cuerpo

cobrando vida en la curva de sus brazos, su boca tierna, su cuerpo seguro, dulce, persistente, completo.

Subimos corriendo por las empinadas escaleras exteriores que conducían a su azotea, y la luna casi llena vacila en la oscura profundidad de sus pupilas. Arrodillándome, recorro su cuerpo con las manos, el lugar ahora familiar por debajo de su hombro izquierdo, a lo largo de sus costillas. Una parte de ella. La marca de la amazona. Aunque es una mujer aparentemente menuda, casi flaca, cuando está vestida, tiene el cuerpo firme y suave al tacto. Cuerpo amado. Cálido para mi frialdad, fresco para mi calor. Me inclino, recorro con los labios su suave vientre plano hasta el monte firme que se alza un poco más abajo.

El lunes volví a clase. Durante el mes siguiente, Eudora y yo pasamos muchas tardes juntas, pero su vida tenía muchos recovecos de los que apenas hablaba.

Eudora había recorrido todo México. Me obsequió con el relato de sus aventuras. Siempre daba la sensación de haber vivido la vida como si fuera una historia, un poco más solemne de lo común. Su amor por México, su tierra de adopción, era profundo y estimulante, como una respuesta a mis fantasías de escuela primaria. Sabía mucho de las tradiciones y creencias populares de los distintos pueblos que habían recorrido el país por oleadas hacía mucho tiempo, dejando a su paso sus lenguas y un pequeño grupo de descendientes para perpetuar sus costumbres.

Hicimos largas excursiones por las montañas en su Hudson descapotable. Fuimos a ver las brincas, bailes moriscos tradicionales de Tepoztlán. Me habló de las cabezas de piedra olmecas que representaban a africanos y que estaban apareciendo en Tabasco, y de las antiguas relaciones entre México, África y Asia que ahora se estaban descubriendo. Hablamos de la leyenda de China Poblana, la santa patrona de rasgos asiáticos de Puebla. Eudora era capaz de apreciar los aspectos de la cultura de influencia zapoteca,

tolteca, mixteca o azteca, y sabía lo mucho que los europeos habían destruido tan lamentablemente.

«Ese genocidio equivale al holocausto de la Segunda Guerra Mundial», afirmó.

Me habló de los indios lacandones nómadas, que poco a poco estaban desapareciendo del territorio próximo a Comitán, en Chiapas, porque la selva estaba retrocediendo. Me dijo que las mujeres de San Cristóbal de las Casas ponían nombres de santas católicas a sus diosas para que ellas y sus hijas pudieran rezarles y hacerles ofrendas en paz en los santuarios de los bosques sin ofender a la Iglesia católica.

Me ayudó a planificar mi viaje al sur, a Oaxaca y más allá, pasando por San Cristóbal para llegar a Guatemala, y me dio nombres de personas que podrían darme alojamiento hasta llegar a la frontera. Me propuse marcharme en cuanto acabaran las clases y, en secreto, esperaba cada vez con mayor intensidad que me acompañara.

A pesar de todos mis paseos, de todos los museos y ruinas que había visitado y de todos los libros que había leído, fue Eudora la que me abrió las puertas para llegar al corazón de aquel país y de sus gentes. Fue Eudora la que me enseñó el camino hacia el México que había venido a buscar, aquella tierra rica de luz y color donde, curiosamente, me sentía como en casa.

«Me gustaría volver aquí y trabajar durante una temporada», le dije, mientras Eudora y yo observábamos a unas mujeres que teñían lana en grandes tinas alrededor de la plaza del mercado. «Si es que puedo conseguir un visado».

«Chica, no puedes refugiarte en este país, pues de lo contrario nunca te dejará marchar. Es demasiado hermoso. Eso es lo que el grupito del café con leche nunca consigue admitir. Yo misma pensé que aquí sería más fácil vivir como quiero, decir lo que quiero decir, pero no es así. Lo más fácil es renunciar a ello, eso es todo. A veces pienso que debí quedarme en Chicago

y luchar allí. Pero los inviernos eran demasiado fríos. Y la ginebra era demasiado cara». Se rio y se echó el pelo hacia atrás.

Mientras volvíamos en coche a casa, Eudora estaba inusualmente callada. Al fin, cuando pasamos el puerto de Morelos, me dijo, como si todavía estuviéramos en nuestra conversación anterior: «Pero estaría bien que volvieras aquí a trabajar. Aunque no hagas planes de quedarte demasiado tiempo».

Eudora y yo solo fuimos una vez a la plaza juntas. Aunque ella conocía a casi todas las personas que solían estar por allí, la mayoría de ellas no le agradaban. Lo achacaba al hecho de que se hubieran puesto de parte de Karen. «Frieda me cae bien», me dijo, «pero el resto no merecen ni los buenos días».

Nos sentamos en una mesita para dos, y Jeromeo apareció con sus jaulas de pájaros para enseñar sus artículos a las recién llegadas. Los inevitables chamaquitos acudieron a pedirnos unos centavos y mandados que hacer. Incluso los mariachis ambulantes se acercaron a ver si había alguna oportunidad de que les pidiéramos que cantaran. Pero solo Tammy, impulsiva y preadolescente, se acercó a nuestra mesa y se apoyó en ella con aire posesivo, deseosa de entablar conversación.

«¿Te vienes de compras conmigo mañana?», me preguntó. Íbamos a comprar una tortuga para que le hiciera compañía a su pato.

Le dije que sí, la abracé y luego le di una palmadita en el trasero al tiempo que la despedía con un «Hasta mañana».

«Ahora las lenguas van a poder volver a desatarse», me dijo Eudora con amargura. La miré interrogativamente.

«Nadie sabe nada de nosotras», dije despreocupadamente. «Y además, aquí nadie se ocupa más que de sus propios asuntos».

Eudora me lanzó una mirada durante un momento como si se preguntara de dónde había salido yo.

El sol se puso y Jeromeo tapó a sus pájaros. Las luces del quiosco se encendieron y María pasó entre las mesas encendiendo las velas. Eudora y yo pagamos nuestra cuenta y nos marchamos, caminando alrededor del mercado cerrado y bajando por la colina de Guerrero hacia Humboldt, 24. El aire estaba cargado con el perfume de las flores y del fuego de leña, y con el chirrido de los grillos para freír que se ofrecían en las carretas que se alineaban en aquella colina.

La tarde siguiente, cuando Tammy y yo regresamos del mercado, nos unimos a Frieda y sus amigas en su mesa. Allí estaba Ellen con su gato y Agnes con su joven esposo, Sam, que siempre tenía que viajar a la frontera por algún motivo.

«¿Hemos interrumpido?», pregunté, porque dejaron de hablar.

«No, querida, solo viejos chismes», contestó Frieda en tono seco.

«Ya veo que estás conociendo a todo el mundo en la ciudad», comentó Agnes con tono de triunfo precedido de una sonrisa mientras se incorporaba en la silla. Me volví y vi que Frieda le hacía un gesto frunciendo el entrecejo.

«Precisamente estábamos comentando lo mejorada que nos parecía que estaba Eudora estos días», dijo Frieda, dando por concluido el asunto y cambiando de tema: «Chicas, ¿queréis café o helado?».

Me molestaba que unas veces Frieda me tratara de igual a igual y como si fuera su confidente, y otras como si fuera una amiguita de Tammy.

Más tarde, mientras acompañaba a Frieda y a Tammy a casa, y justo antes de que nos separáramos, Frieda me dijo como sin darle importancia: «No permitas que te den la lata con lo que te cuenten de Eudora. Es una buena mujer. Pero también puede traerte problemas».

Medité sus palabras de camino a la urbanización.

Aquella primavera, McCarthy fue sometido a una moción de censura. La decisión del Tribunal Supremo sobre el fin de la segregación racial en las escuelas apareció publicada en el periódico de lengua inglesa y durante

unos días dio la sensación de que todos enloquecimos de esperanza de que pudiese haber otro tipo de América. Algunos de los miembros de la pandilla del café con leche incluso hablaban de volver a casa.

EL TRIBUNAL SUPREMO DE ESTADOS UNIDOS SE PRONUNCIA EN CONTRA DE UNA ENSEÑANZA SEGREGADA PARA LOS NEGROS. Agarré con firmeza el periódico del sábado y volví a leer. Ni siquiera era un titular. Solo un recuadro en la parte inferior de la portada.

Bajé corriendo la cuesta hacia la urbanización. Todo resultaba monumental y confuso. Los Rosenberg habían muerto. Pero este asunto, del que me había enterado por encima leyendo *Crisis,* la revista de la NAACP, podía transformar todo el clima racial en Estados Unidos. El Tribunal Supremo se había pronunciado. A mi favor. Ya lo había hecho el siglo anterior, y en la escuela había aprendido el significado de su decisión de «separados pero iguales». Hoy algo había cambiado, podía realmente cambiar. Ya no se trataba de poder comer un helado en Washington DC, sino de que las niñas y los niños del Sur pudieran ir a la escuela.

¿Acaso era posible, a fin de cuentas, que yo y la malévola potencia situada al norte de este lugar en el que me hallaba tuviéramos una relación fructífera?

La decisión del tribunal que publicaba el periódico que sostenía entre las manos me pareció como una promesa privada, un mensaje de vindicación dirigido a mí en particular. Sin embargo, todo el mundo aquella mañana en la plaza había estado hablando del tema y del cambio que podía significar para la vida en Estados Unidos.

A mí —que volvía apresuradamente a mi casita propia en aquel país multicolor de gentes de piel oscura que decían «negro» y se referían a algo hermoso, que advertían mi presencia cuando pasaba entre ellos— aquella decisión me pareció como una especie de promesa en la que creía a medias, a mi pesar, una posible validación.

Esperanza. No es que esperara que aquello transformara radicalmente la naturaleza de mi existencia, sino que más bien me situó activamente en un contexto que me sonaba a progreso y que aparentemente formaba parte del despertar que denominé México.

Fue en México donde dejé de sentirme invisible. En las calles, en los autobuses, en los mercados, en la plaza, en los ojos de Eudora, que traducían aquella atención particular. A veces, con una media sonrisa, escrutaba mi rostro sin hablar. Me hacía sentir como si fuera la primera persona que me hubiese mirado, que hubiese visto quién era yo. Y no solo me veía, sino que me quería, me consideraba hermosa. Aquello no era mera coincidencia.

En realidad, nunca vi a Eudora bebiendo, y me resultaba fácil olvidar que era alcohólica. La palabra misma significaba muy poco para mí, aparte de los vagabundos neoyorquinos de Bowery. Nunca había conocido a nadie que tuviera problemas con la bebida. Nunca hablamos de ello, y durante semanas enteras seguidas todo iba bien mientras explorábamos el país.

Luego algo, sin que yo supiera nunca el qué, se disparaba en ella. A veces desaparecía durante unos cuantos días, y la plaza de garaje estaba vacía cuando regresaba de clase.

Aquellas tardes me ponía a dar vueltas por la urbanización, esperando ver entrar su coche por la puerta de atrás. En cierta ocasión le pregunté adónde había ido.

«A todas las cantinas de Tepoztlán», me contestó sin darle importancia. «Allí me conocen». Sus ojos se entrecerraron mientras esperaba que yo dijera algo.

No me atreví a hacerle más preguntas.

Pasaba unos cuantos días en silencio y triste. Y luego hacíamos el amor.

Salvaje. Hermoso. Pero aquello solo ocurrió en tres ocasiones.

Las clases de la universidad se acabaron. Hice planes para ir al sur, a Guatemala. No tardé en comprender que Eudora no me iba a acompañar.

Había desarrollado una tendinitis y solía tener muchos dolores. A veces, a primera hora de la mañana, oía un estruendo de voces procedente de las ventanas abiertas de Eudora. La suya y la de la Señora.

Dejé mi casita con su sencilla y alegre habitación de grandes ventanas y guardé mi máquina de escribir y mi segunda maleta en casa de Frieda. Había previsto pasar la última noche con Eudora y al amanecer coger el autobús a Oaxaca, hacia el sur. Era un viaje de quince horas.

El burro de Tomás en la puerta. Dos voces fuertes que cubren el canto de los pájaros en la urbanización. La Señora, que casi me tira al bajar a toda prisa las escaleras de casa de Eudora. Tomás en el descansillo. En la mesa naranja, una botella sin abrir de un licor pálido, sin etiqueta.

«¡Eudora! ¿Qué ha pasado?», grité. Me ignoró y se dirigió a Tomás en castellano. «Y no le vuelvas a dar a la Señora nada mío, ¿entendido? ¡Toma!». Sacó dos pesos de la cartera que tenía encima de la mesa y se los dio.

«Con su permiso», dijo él, aliviado, y se marchó sin demora.

«Eudora, ¿qué pasa?». Me acerqué a ella y me agarró por el brazo.

«Vete a casa, Chica. No te metas en esto».

«¿Que no me meta en qué? ¿Qué es lo que está pasando?». Me liberé de su mano.

«Se cree que puede robarme la librería, arruinarme la vida y tenerme a su lado siempre que me necesite. Pero ya no se va a salir con la suya. ¡Voy a recuperar mi dinero!». Eudora me abrazó con fuerza durante un momento y luego me apartó. Tenía un extraño olor acre.

«Adiós, Chica. Vuelve a casa de Frieda. Esto no es cosa tuya. Y que tengas buen viaje. Cuando vuelvas, la próxima vez, iremos a Jalisco, a Guadalajara o tal vez hasta Yucatán. Están empezando nuevas excavaciones que me gustaría cubrir y...».

«Eudora, no puedo dejarte así. Por favor, ¡déjame quedarme!». Ojalá me hubiese dejado abrazarla. Traté de tocarla, pero Eudora se apartó de un salto

y a punto estuvo de tirar la mesa.

«He dicho que no». Su voz era mezquina, dura, como la gravilla. «¡Fuera de aquí! ¿Qué te hace pensar que puedes entrar en la vida de alguien con un visado y esperar...».

El tono de su voz me hizo estremecerme horrorizada. Luego identifiqué aquel olor, el del tequila, y comprendí que ya había estado bebiendo. Tal vez fue mi mirada la que la indujo a parar. La voz de Eudora cambió. Lentamente, con cuidado, casi con suavidad, dijo: «No hay nada que puedas hacer en esto, Chica. Estaré bien. Pero quiero que te marches, ahora mismo, porque, si no, será peor, y no quiero que estés aquí para verlo. Por favor. Márchate».

Aquellas palabras eran las más claras y directas que Eudora me había dirigido jamás. Por debajo de la superficie de sus palabras había una rabia y una tristeza que todavía no acertaba a comprender. Agarró la botella de la mesa y se dejó caer pesadamente en la butaca, dándome la espalda. Me había despedido.

Tenía ganas de echarme a llorar, pero, en cambio, cogí mi maleta. Me quede allí parada, sintiendo como si me hubieran dado una patada en el estómago, sintiéndome asustada, inútil.

Casi como si hubiese hablado, la voz de Eudora llegó hasta mí sofocada por el respaldo de la butaca.

«Te he dicho que estaré bien. Y ahora vete».

Avancé y le besé la cabeza toda despeinada, y sentí la mezcla de su olor a flores y especias con el olor acre del tequila.

«De acuerdo, Eudora, me marcho. Adiós. Pero volveré. Estaré de regreso dentro de tres semanas».

Aquello no era solo un grito de dolor, sino una determinación nueva de terminar algo que había empezado, de agarrarme: ¿a qué? ¿Un compromiso de mi cuerpo? ¿O a la ternura que me invadió al ver la silueta de su cabeza por encima del respaldo de la butaca?

Agarrarme a algo que había sucedido entre nosotras, y no perderme. Y no perderme.

Eudora no me había ignorado. Eudora no me había hecho sentir invisible. Eudora se había comportado conmigo de una forma directa.

Me había echado.

Me sentía herida, pero no perdida. Y en aquel momento, como la primera noche en que la tuve entre mis brazos, sentí que había salido de la infancia, que era una mujer conectando con otra mujer en una red intrincada, compleja y cada vez mayor de fuerzas que se intercambian.

«Adiós, Eudora».

Cuando llegué de vuelta a Cuernavaca, justo antes de la temporada de lluvias —cansada, sucia y llena de júbilo— fui a casa de Frieda a buscar ropa limpia. Ella y Tammy acababan de volver de la alquería de Tepoztlán.

«¿Cómo está Eudora?», le pregunté a Frieda cuando Tammy se fue a la cocina a buscar unas bebidas bien frías.

«Se ha marchado, se ha trasladado al Distrito. He oído que está trabajando para un nuevo periódico allí».

Marchado. «¿Dónde está viviendo?», pregunté con voz monótona.

«Nadie tiene su dirección», dijo enseguida Frieda. «Por lo que supe, ella y la Señora tuvieron una pelea terrible en la urbanización. Pero, obviamente, debieron arreglar sus asuntos, porque Eudora se marchó enseguida. Todo ocurrió inmediatamente después de marcharte tú». Frieda bebía su «fresca» a traguitos cortos. Me echó una mirada y luego sacó unas monedas de su bolsillo y mandó a Tammy al mercado a por pan.

Me esforcé por mantener una expresión impasible en el rostro mientras jugueteaba con mi zumo de frutas y me desgarraba por dentro. Pero Frieda dejó su vaso, se inclinó hacia mí y me dio unas palmaditas tranquilizadoras en el brazo.

«No te preocupes por ella», me dijo amablemente. «Es lo mejor que Eudora ha podido hacer para ella misma, salir de esta pecera. Si no temiera

perder a Tammy en Estados Unidos porque se la llevaría su padre, creo que me marcharía mañana mismo». Volvió a recostarse en la silla y clavó en mí su mirada tranquila y abierta.

«De todos modos, te marchas la semana que viene, ¿no?».

«Sí», dije, sabiendo a qué se refería y que tenía razón.

«Pero espero volver algún día». Me acordé de las ruinas de Chichén Itzá, de las cabezas olmecas de Tabasco y de los detallados y entusiastas comentarios de Eudora.

«Entonces, estoy segura de que lo harás», dijo Frieda, animándome.

Volví a Nueva York la noche del 4 de julio. El calor húmedo resultaba sofocante después del clima seco de México. Cuando salí del taxi en la calle 7, el sonido de los fuegos artificiales se oía por doquier. Era un sonido más sofocado y más agudo que el de los de México.

---

[31] La palabra *gay* en inglés significa en primera acepción «alegre» *(N. de la T.)*.

[32] El 31 de marzo de 1931 nueve jóvenes afroamericanos fueron declarados culpables en esta ciudad de Alabama (Estados Unidos) de haber violado a dos jóvenes blancas en el vagón de un tren de mercancías. Durante la década de 1930, diversos grupos, entre ellos el Partido Comunista de Estados Unidos y la NAACP (Asociación Nacional para el Avance de la Gente de Color), defendieron la causa de los «muchachos de Scottsboro». Algunos autores consideran que las manifestaciones organizadas a favor de estos son precursoras del movimiento a favor de los derechos civiles en Estados Unidos.

[33] Caso de Morton Sobell (1917-2018), ingeniero estadounidense que fue acusado, junto con los Rosenberg, de espionaje a favor de la Unión Soviética.

23

Recuerdo cómo era sentirse joven y Negra y gay y solitaria. En parte estaba bien, me parecía que tenía en mis manos la verdad, la luz y la clave, pero en parte también era como el puro infierno.

No había madres ni hermanas ni heroínas. Teníamos que hacerlo todo nosotras, como nuestras hermanas las amazonas, las jinetes de los puestos destacados más alejados del reino de Dahomey. Nosotras, jóvenes y Negras y estupendas y gais, tuvimos que pasar nuestras primeras penas sentimentales sin compañeras de clase ni de oficina con las que pudiéramos compartir aquellas confidencias a la hora del almuerzo. Del mismo modo que no había anillos que hicieran tangible la razón de nuestras sonrisas secretas de felicidad, no había nombres ni razones dadas o compartidas para las lágrimas que estropeaban los informes de laboratorio o las fichas de la biblioteca.

Éramos buenas escuchando y nunca arreglábamos citas con dos parejas a la vez, *¿pero acaso no conocíamos las reglas?* Siempre daba la sensación de que pensábamos que las amistades entre mujeres eran lo suficientemente importantes para que *importaran*. Siempre nos movíamos en una inevitable reserva que hacía que la pregunta «¿Qué hiciste este fin de semana?» resultara impertinente. Descubrimos y exploramos nuestro interés por las mujeres a solas, a veces en secreto, a veces desafiantes, a veces en pequeños grupos aislados que casi se tocaban («¿Por qué esas chiquitas

Negras se pasan el tiempo cuchicheando o peleándose?»), pero siempre solas, haciendo frente a una soledad todavía mayor. Era como quitarnos el mono, y aunque las que sobrevivían resultaban ser mujeres bastante duras y con mucha imaginación, demasiadas de nosotras no sobrevivieron en absoluto.

Recuerdo a Muff, quien estuvo sentada en el mismo sitio del mismo rincón oscuro del Pony Stable Bar bebiendo la misma ginebra año tras año. Un día se cayó al suelo y murió de un infarto allí mismo, entre las banquetas. Más tarde nos enteramos de que su verdadero nombre era Josephine.

En la década de 1950, en el Village, yo no conocía bien a las otras pocas mujeres Negras que eran abiertamente gais. Con demasiada frecuencia nos encontrábamos durmiendo con las mismas mujeres blancas. Nos reconocíamos mutuamente como exóticas intrusas hermanadas que tenían poco que ganar con aliarse. Tal vez nuestra fuerza residiera en el hecho de ser tan pocas, tan poco comunes. Así es cómo eran las cosas en el centro de Nueva York. La parte alta, es decir, el territorio de la gente Negra, se nos aparecía como algo muy lejano y hostil.

Diane era gorda y Negra y hermosa y lo sabía mucho antes de que se pusiera de moda pensarlo. Utilizaba su cruel lengua en beneficio propio, escupiendo su ingenio demoledoramente desinhibido a cualquiera que se acercara demasiado; esto es, cuando no estaba ocupada desvirgando a las doncellas que vivían en el vecindario. Un día me di cuenta de su enorme pecho, que estaba a la altura del mío, y me sentí más reconfortada que competitiva. Llevaba una sudadera del CCNY[34] y me di cuenta con profundo desconcierto que alguien más además de yo misma en el ambiente de las chicas gais del Village era estudiante en secreto de uno de los *colleges* de la parte alta (es decir, pasada la calle 14). Antes habríamos muerto que mencionar las clases o los exámenes o cualquier libro que no fuera aquel del que todo el mundo estaba hablando. Estábamos en la década

de 1950 y el abismo entre el mundillo gay del Village y la gente de *college* era mucho mayor y más enconado que cualquier guerra entre la población general y la académica en cualquier ciudad universitaria.

No éramos suficientes en número. Pero, desde luego, lo intentábamos. Recuerdo que durante una época pensaba que era la única lesbiana Negra que vivía en el Village, hasta que conocí a Felicia. Felicia, que tenía cara de monja mimada, flaca y muy oscura de piel, se sentaba en mi sofá de la calle 7 con sus enormes pestañas enrolladas que daban dos vueltas sobre sí mismas. Me traía un par de gatos siameses que habían horrorizado a sus amigos yonquis y heterosexuales que vivían en una casa flotante con los dos gatos hasta que, al salir del hospital, regresaron al barco con su bebé recién nacido, y los dos gatos se volvieron majaras y empezaron a dar botes por todo el barco, saltando por todas partes, incluida la caja en la que el bebé se desgañitaba, porque los gatos siameses son muy celosos. Así que, en lugar de ahogar a los gatos, se los dieron a Felicia, a quien conocí mientras se estaba tomando una cerveza en el Bagatelle aquella noche, y cuando Muriel mencionó que me gustaban los gatos, Flee insistió en llevármelos a casa inmediatamente. Se sentó en mi sofá con la caja en la que llevaba los gatos y sus rizadas pestañas y yo pensé: «Si las pestañas fueran postizas, cabría pensar que se las arreglaría para que no parecieran tan obviamente postizas».

Enseguida decidimos que éramos de verdad hermanas, lo cual era mucho más que amigas o colegas, especialmente cuando descubrimos, mientras recordábamos los malos tiempos, que habíamos ido a la misma escuela católica durante seis meses en primer curso.

Recordé que ella era la niñita dura que, en 1939, había llegado a clase a mediados del invierno, perturbando nuestro ordenado y denso aburrimiento y temor, y trayendo el suyo propio. Sor María del Perpetuo Socorro la sentó a mi lado porque yo tenía un pupitre para mí sola en la primera fila, por mi mal comportamiento y por mi miopía. Recordé aquella niñita flaca que

convirtió mi vida en un infierno. Me pellizcaba todo el día, todo el tiempo, hasta que de repente, tras aquel martirio, desapareció en torno al día de Saint Swithin, hecho que yo interpreté como un regalo divino y por el cual, sin que yo pudiera imaginar por qué, casi volví a dios y a la oración.

Felicia y yo llegamos a querernos muchísimo, a pesar de que nuestra relación física se limitara a los abrazos. Las dos formábamos parte del montón de lesbianas friquis que no jugaban a interpretar otro papel y a quienes las marimachos y las *femmes,*[35] tanto Negras como blancas, despreciaban con el término de *Ky-Ky* o *AC/DC*. Ky-Ky era el mismo término que se utilizaba para las chicas gais que se acostaban con hombres por dinero. Es decir, las prostitutas.

A Flee le encantaba hacerme arrumacos en la cama, pero a veces hería mis sentimientos cuando me decía que tenía las tetas caídas. Y, además, Flee y yo siempre acabábamos en la cama con otras personas, en general mujeres blancas.

Luego llegué a pensar que éramos las únicas mujeres Negras gais del mundo, o al menos del Village, cosa que, en aquella época, era un estado de ánimo que se extendía de un río a otro por debajo de la calle 14, y en sectores en toda el área que todavía se conoce como el Lower East Side.

Había oído a Flee y a otras contar historias sobre las señoras Negras muy recatadas que el viernes por la noche venían al centro de la ciudad después del último espectáculo del Small's Paradise en busca de una chica gay con la que hacerse un *cunnilingus* y luego llevársela a dormir a Convent Avenue mientras sus maridos se habían ido de caza, de pesca, a jugar al golf o de retiro espiritual. Pero yo solo tuve un encuentro con una en cierta ocasión, aunque la permanente de su melena y un marido demasiado interesado que la había acompañado aquella noche concreta al Bagatelle, donde la conocí alrededor de un daiquiri y de un roce de rodillas, me quitaron totalmente las ganas. Y esto no era cosa fácil en aquellos días, porque parecía pasar una eternidad entre una cama caliente y otra, en las frías mañanas del séptimo

piso de la calle 7. Así que le dije que nunca había pasado de la calle 23. Podría haberle dicho la calle 14, pero ya se había enterado de que había ido al *college,* y por eso pensé que citar la 23 era más prudente, porque allí estaba el CCNY del centro. Aquel fue el último bastión permitido de la educación de la clase trabajadora.

En los bares gais del centro de Nueva York yo era una estudiante en el armario y una Negra invisible. En Hunter, en la parte alta de la ciudad, era una tortillera en el armario y una intrusa en general. Las personas que sabían que escribía poesías se contaban con los dedos de una mano, y yo se lo ponía bastante fácil para que se olvidaran de ello.

No es que no tuviera amigas, y buenas. Éramos un grupo disperso de jóvenes lesbianas, blancas excepto Flee y yo, que salíamos juntas, independientemente del rincón del mundo heterosexual en la que cada una ocupáramos nuestro lugar propio. No solo creíamos en la realidad de la sororidad, palabra de la que tanto se abusaría dos décadas más tarde, sino que también tratábamos de practicarla, con resultados diversos. Todas nos ocupábamos y preocupábamos por las demás, a veces con mayor o menor comprensión, independientemente de quién estuviera liada con quién en un momento determinado; y cualquiera que aterrizara en nuestro círculo siempre tenía un lugar en el que dormir, algo que comer y un oído que le prestara atención. Y siempre había alguien llamándote por teléfono para interrumpir las ideas de suicidio. Esta es una definición tan buena de la amistad como otra cualquiera.

Aunque fuera imperfectamente, tratábamos de construir una especie de comunidad donde pudiéramos al menos sobrevivir en un mundo que percibíamos acertadamente como hostil: hablábamos interminablemente acerca de la mejor manera de aportarnos ese apoyo mutuo sobre el que veinte años más tarde se debatía en el movimiento de mujeres como si fuera un concepto totalmente nuevo. Las lesbianas eran probablemente las únicas mujeres Negras y blancas de la ciudad de Nueva York en la década de 1950

que estaban haciendo un intento real por comunicarse unas con otras: aprendimos lecciones unas de otras, cuyos valores no quedaban rebajados por aquello que no éramos capaces de aprender.

Tanto Flee como yo teníamos la impresión de que amar a las mujeres era algo que las otras mujeres Negras, sencillamente, no hacían. Y si lo hacían, era de alguna manera y en algún lugar que nos era totalmente inaccesible porque nunca las encontrábamos. Excepto las noches del sábado en el Bagatelle, donde ni Flee ni yo éramos lo suficientemente estilosas como para que alguien se fijara en nosotras.

(Mis amigas Negras heterosexuales, como Jean y Crystal, o bien ignoraban mi amor a las mujeres o bien lo consideraban interesante y vanguardista o bien lo toleraban como un ejemplo más de mi chifladura. Lo permitían mientras no fuera demasiado obvio y no les salpicara de ninguna manera. Al menos, el hecho de que yo fuera gay evitaba que yo fuera para ellas una rival ante cualquier hombre que apareciera en su horizonte. También me hacía mucho más fiable como confidente. Nunca pedí nada más).

Pero solo de vez en cuando, muy de tarde en tarde, me asaltaba el convencimiento de que yo quería que las cosas fueran distintas. Algunas de nosotras —tal vez Nick y Joan y yo— estábamos en círculo tomándonos una cerveza en el Bagatelle, tratando de decidir si abrirnos paso hasta la diminuta pista de baile para un lento agarrado, hebilla de cinturón de cuero contra pubis y trasero contra trasero (pero ¿realmente teníamos ganas de ponernos calientes tras un largo fin de semana y teniendo que ir a trabajar al día siguiente?), y entonces yo dije que lo sentía, pero que estaba cansada y que me tenía que ir, lo que en realidad significaba que tenía que hacer un trabajo para la asignatura de lengua inglesa para el día siguiente y que tendría que pasarme la noche redactándolo.

Esto no ocurría con demasiada frecuencia porque yo no iba mucho al Bag. Aquel era el bar de chicas más popular del Village, pero yo odiaba la

cerveza y además el portero siempre me estaba pidiendo la documentación para comprobar que tenía veintiún años, aunque fuera mayor que las demás mujeres que iban conmigo. Por supuesto, «con la gente de Color es imposible adivinar la edad». Y antes preferíamos morirnos que tener que admitir que aquello ocurría porque yo era Negra, puesto que, por supuesto, la gente gay no era racista. Al fin y al cabo, ¿acaso no sabían lo que suponía estar oprimida?

A veces nos cruzábamos con otras mujeres Negras en la calle 8 —*las hermanas invisibles pero visibles*— o en el Bag o en Laurel's, y a veces nuestras miradas se cruzaban, pero nunca nos mirábamos a los ojos. Reconocíamos nuestra condición de iguales pasando en silencio, mirando para otro lado. Aun así, Flee y yo siempre andábamos buscando aquella reveladora bajada de pestañas, aquella expresión abierta y certera que por lo demás estaba prohibida, aquella seguridad en la voz que sugería: «Creo que es gay». *¿Al fin y al cabo, acaso no hace falta ser una de ellas para reconocer a otra?*

Yo era gay y Negra. El segundo hecho era irrevocable: armadura, manto y muralla. A menudo, cuando tenía el mal gusto de plantear el tema en una conversación con otras chicas gais que no fueran Negras, me quedaba con la sensación de que de alguna manera había roto algún vínculo sagrado de la homosexualidad, vínculo del que siempre supe que no era suficiente para mí.

Eso no suponía negar la intimidad de nuestro grupo, ni la ayuda mutua que nos prestamos en aquellos años locos, gloriosos y contradictorios. Solo significaba que era claramente consciente —desde el «problema» de la documentación los viernes por la noche en el Bag hasta los días de verano en la playa gay de Head Beach, donde yo era la única a la que no le daba miedo ponerse al sol— de que mi relación como mujer Negra con nuestras vidas compartidas era distinta de la de ellas, y lo sería siempre, ya fuera gay

o heterosexual. La cuestión de la aceptación tenía un calado distinto para mí.

De una manera paradójica, una vez que acepté mi posición como persona diferente del conjunto de la sociedad, así como de una subsociedad en particular —Negra o gay—, sentí que ya no tenía que empeñarme tanto. En que me aceptaran. En resultar femenina. En ser heterosexual. En parecer heterosexual. En ser recatada. En parecer «como dios manda». En gustarle a la gente. En que me amaran. En que me aprobaran. Lo que no comprendí es lo muchísimo más que me costaba el mero hecho de seguir con vida o, más bien, de seguir siendo humana. Lo muchísimo que una persona se fortalecía a través de ese empeño.

Pero en aquella sociedad plástica y antihumana en la que vivíamos nunca hubo mucha gente que apostara por las chicas Negras, nacidas casi ciegas y ambidextras, ya fueran gais o heterosexuales. Y poco agraciadas, además, o eso es lo que tenía la sensación de que me transmitían los anuncios que aparecían en *Ebony* o en *Jet*.[36] Pero las leía de todos modos, en el cuarto de baño, en el quiosco de la prensa, en casa de mi hermana, siempre que tenía ocasión. Era una lectura furtiva, pero era una afirmación de alguna parte de mí, por muy frustrante que resultara.

Si de todos modos nadie se va a esforzar demasiado por comprenderte, en realidad tampoco importa mucho aquello que te atrevas a explorar. Yo ya había empezado a aprender esa lección cuando me marché de casa de mis padres.

Como cuando tus hermanas Negras en el trabajo creen que estás loca y hacen una colecta para comprarte un peine caliente y una plancha de pelo a la hora del almuerzo y te lo meten de manera anónima en tu taquilla del cuarto del personal, para que más tarde, cuando bajes a la hora del descanso y abras la taquilla, aquel aparato se caiga al suelo con gran estruendo y el noventa y cinco por ciento de tus colegas de la biblioteca que son tremendamente blancas se acercan para averiguar qué ha pasado. Como

cuando tu hermano Negro te llama calientapollas y busca un pretexto para que subas con él a su apartamento e intenta metértela arrinconándote contra los muebles de la cocina, solo, como dice él, para bajarte un poco los humos; cuando, para empezar, en todo momento a lo único que habrías subido es a darte un poco el lote (porque todas las chicas que conozco que eran candidatas complicaban demasiado las cosas y yo era sencilla, solo que estaba excitada como una loca). Al final conseguí salir de aquella sin que me violaran, aunque no sin que me maltrataran y dejando tras de mí un anillo y un montón de mentiras, y fue la primera vez en mi vida desde que me había marchado de casa de mis padres en la que me encontré en una situación física que no podía controlar físicamente; en otras palabras, aquel cabrón era más fuerte que yo. Hizo que adquiriera inmediatamente mayor conciencia.

Como decía, cuando tus hermanas consideran que estás loca y que las incomodas; y cuando tus hermanos quieren espatarrarte para ver qué es lo que tienes dentro; y cuando las chicas blancas te miran como si fueras un bocado exótico que acabara de caerles de la pared al plato (y hay que ver lo que les encanta frotarse las faldas tubo con el borde de tu mesa en la oficina de la revista literaria del *college* después de las clases); y cuando los chicos blancos hablan todos de dinero o de revolución, pero nunca se les acaba de poner tiesa, entonces no importa demasiado que tuvieras un peinado afro mucho antes de que el mundo existiera.

Pearl Primus, la bailarina afroamericana, vino un día a mi instituto a hablar de las mujeres africanas después de clase, y de lo hermosos y naturales que eran sus cabellos rizados al sol, y yo ahí sentada (una de las catorce niñas Negras del instituto Hunter) pensé, mientras escuchaba, que aquel debía de ser el aspecto que tenía la madre de dios y quise ser como ella también y que dios me ayudara en ello. En aquellos días yo lo llamaba un peinado «natural» y seguí llamándolo natural cuando todo el mundo lo llamaba una locura. Fue un trabajo estrictamente casero que realizaba una

musulmana sufí de la calle 125, igualado con unas tijeras de oficina y con un aspecto bastante lamentable. Cuando llegué a casa de la escuela aquel día, mi madre me azotó y lloré durante una semana.

Después de aquello, durante años la gente blanca me paraba en la calle, especialmente en Central Park, y me preguntaba si era Odetta, una cantante folk Negra a la que no me parecía en absoluto excepto por el hecho de que las dos éramos hermosas y corpulentas mujeres Negras con peinados naturales.

Después de mi padre, yo soy la más oscura de mi familia y llevo el pelo al natural desde que acabé el instituto.

Después de trasladarme a la calle 7 Este, todas las mañanas en las que tenía quince centavos me paraba en el Griddle de la Segunda Avenida en la esquina de la plaza de Saint Mark de camino hacia el metro y a mis clases y me compraba un muffin *inglés y un café. Cuando no tenía suficiente dinero, me contentaba con el café. Era un establecimiento minúsculo a cargo de un anciano judío llamado Sol que había sido marinero (entre otras cosas) y de Jimmy, que era puertorriqueño y fregaba los platos, y solía recordarle a Sol que me guardara los bollitos duros para el lunes: me los dejaba por diez centavos. Tostados y chorreando mantequilla, aquel desayuno de* muffins *con café era con frecuencia el punto culminante de mi jornada, y desde luego bastaba para sacarme de la cama muchas mañanas y bajar a la calle recorriendo el largo paseo hasta la parada de metro de Astor Place. Algunos días era mi única razón para levantarme y muchas veces no tenía dinero para nada más. Durante más de ocho años dijimos un montón de barbaridades a un lado y a otro de aquella barra e intercambiamos un montón de ideas y de noticias diarias, y la mayoría de mis amigas sabían a qué me refería cuando hablaba de Jimmy y Sol. Ellos dos veían a mis amigas ir y venir y nunca decían nada de mi gente, excepto de vez en cuando para comentar: «Ha pasado tu amiga; me debe diez centavos y dile que no se olvide de que cerramos a las siete en punto».*

Así que el último día antes de marcharme del Lower East Side después de aprobar mi maestría en la escuela de documentalistas, entré a tomarme mi último muffin *inglés con café y a despedirme de Sol y Jimmy de una manera que me resultara escasamente emotiva y aceptable. Les dije a los dos que los echaría de menos a ellos y al viejo vecindario, y me contestaron que lo sentían y me preguntaron que por qué me marchaba. Les dije que me iba a trabajar fuera de la ciudad porque me habían dado una beca para estudiantes Negros. Sol arqueó las cejas absolutamente estupefacto y dijo: «¡Pero bueno, no sabía que fueras chocolate!».*

Me pasé una buena temporada contando aquella anécdota, aunque muchas de mis amigas no comprendían por qué me hacía tanta gracia. Pero trataba de lo difícil que a veces le resulta a la gente ver aquello que están mirando, particularmente cuando no quieren verlo.

O tal vez sea que hace falta ser una de ellas para conocer a otra.

---

[34] City College of New York *(N. de la T.)*.

[35] Término que designa en este contexto a las lesbianas de rasgos, comportamiento, expresión e incluso aspecto físico marcadamente femenino, frente a las *butches*, que aquí traducimos por «marimachos», que son su contrapartida en masculino. A veces se designa con el par *butch-femme* los dos lados de una relación, en cuanto polos opuestos y complementarios *(N. de la T.)*.

[36] Revistas femeninas dirigidas a un público negro *(N. de la T.)*.

24

Parecía que estaba escrito que Muriel y yo tuviésemos que encontrarnos.

En la época en la que Ginger y yo nos fuimos conociendo detrás de nuestras máquinas de rayos X, al calor, el hedor y el ruido de la sala de corte de Keystone Electronics, siempre me estaba hablando de aquella chica un poco alocada llamada Mo que había trabajado en mi máquina hacía aproximadamente un año. (Era su manera de informarme de que sabía que yo era gay y que a ella no le importaba).

«Sí, era totalmente como tú».

«¿Qué quieres decir con eso? ¿Tenía mi aspecto?».

«Muy graciosa» Ginger me miró con sus ojos redondos de muñeca. «Es blanca. Italiana. Pero las dos tenéis ese aire de personas naturales y esa manera dulce de hablar. Solo que tú eres la gatita de ciudad avispada y ella es un producto estrictamente local. Solía decir que su padre nunca le había dejado oler el aire de la noche hasta que no cumplió los dieciocho».

«También escribía poesías. A todas horas, incluso a la hora de la comida».

«¡Ah!». Por algún motivo sabía que había algo más. Lo que Ginger no conseguía decirme es que a Muriel le gustaban las chicas.

Vi a Ginger una vez más antes de marcharme a México. Me dijo que su amiga Mo había vuelto a vivir a Stamford porque le había dado una depresión en Nueva York.

Durante el tiempo que pasé en México, Muriel estuvo debatiéndose por salir poco a poco del agujero en el que la habían metido los tratamientos con electrochoques. Cuando empezó a volver a salir con sus amistades de Stamford, Ginger enseguida le habló de «aquella chica un poco loca de la ciudad de Nueva York que trabajaba en tu vieja máquina hacía un año y que también escribía poesías».

Cuando volví a Nueva York de México, regresé llena de sol y decidida a reorganizar mi vida y a volver algún día a México y, por supuesto, a los brazos de Eudora. Volví a mi viejo apartamento sin ascensor de la calle 7 y me lancé a la agotadora tarea de buscar trabajo.

Un domingo por la noche sonó mi teléfono y Rhea contestó.

«Una de tus chicas de voz neutra», me dijo, acercándome el teléfono con una sonrisa. Era Ginger, cuya voz ronca de tanto fumar me resultaba todo menos neutra.

«¿Cómo estás, chavala?», preguntó. «Tengo alguien aquí que quiere conocerte». Una breve pausa y luego una risita, y a continuación una voz aguda y nerviosa que dijo:

«¿Hola? ¿Audre?».

Acordamos una cita.

Cuando abrí la puerta que daba a la oscuridad fermentada del Page Three, era todavía temprano y Muriel era la única persona que estaba de pie delante de la barra, tenía un aspecto distinto al de cualquier persona que viviera en Stamford mientras yo estuve allí. Tenía unos ojos almendrados de color castaño con unas espesas pestañas que perfilaban de oscuro cada párpado. Miraban desde un rostro de mejillas planas y alargadas cuya palidez resaltaba una melena oscura casi lisa que enmarcaba su cabeza, como si fuera la de un monje, o un tazón boca abajo. Unas gruesas cejas negras se unían en el centro como si frunciera el entrecejo.

Como siempre, yo llegaba un poco tarde y ella estaba esperando. Muriel siempre me parecía un poco más baja por su porte, con los hombros

inclinados hacia delante, encorvada sobre sí misma. Sostenía una botella de cerveza y un cigarrillo en la mano izquierda, cuyo anular lucía una ancha sortija de plata y se apoyaba dibujando un arco sobre el dedo vecino. Llegué a pensar en ese típico ademán suyo como la postura fetal digital de Muriel.

Llevaba un jersey negro de cuello alto que le llegaba bastante abajo, cubriéndole una tripa ligeramente abombada, un pantalón de pinzas con la raya muy marcada, de lana negra con una fina raya blanca. Llevaba una boina negra ligeramente ladeada y, justo por debajo de su densa melena negra y lisa, unos puntitos de oro brillaban en los lóbulos de sus orejas prácticamente invisibles.

En la barra a su espalda había dejado una cazadora desgastada de ante y, sobre esta, un par de guantes de cuero negros forrados de piel. Había algo románticamente arcaico en sus contrastes, y el betún reluciente de sus zapatos negros con cordones le daba un aspecto vulnerable de colegiala.

Me pareció que tenía un aire bastante extraño. Luego, recordando los días en los que Gennie y yo habíamos recorrido las calles juntas en los escenarios de nuestras aventuras, de repente me di cuenta de que Muriel iba vestida de jugadora de casino.

Lo que a primera vista podría parecer un problema de maloclusión no era más que una separación entre los incisivos centrales. Me di cuenta de ello cuando Muriel sonrió lentamente, lo que llenó su rostro de una gran dulzura. El frunce del entrecejo desapareció. La mano que me tendió estaba seca y caliente, y me di cuenta de lo hermosos que eran sus ojos cuando se animaban.

Pedí una cerveza, nos fuimos hacia la parte de delante y nos sentamos en una mesa.

«Parecen pantalones de jugadora de casino», dije.

Sonrió tímidamente, con agrado. «Sí, es verdad, ¿cómo lo sabes? La gente no suele fijarse en ese tipo de cosas».

Le devolví la sonrisa. «Bueno, en tiempos tuve una amiga y nos encantaba disfrazarnos continuamente». Aquello me sorprendió: yo nunca solía mencionar a Gennie.

Me habló un poco de sí misma y de su vida; de cómo había venido a Nueva York hacía dos años después de que su amiga, Naomi, hubiese muerto; de cómo se había enamorado en la ciudad, se había puesto «enferma» y había vuelto a casa. Tenía veintitrés años. Ella y Naomi se habían conocido en el instituto. Yo le dije que tenía treinta y cinco años de edad.

Luego le hablé un poco de Gennie. Y en aquel primer domingo por la noche en el Page Three de la Séptima Avenida, Muriel y yo juntamos nuestras cabezas frente contra frente y lloramos un poco juntas por nuestras chicas muertas.

Intercambiamos tímidamente los delgados fajos de poemas que cada una había traído como regalo de bienvenida. Ya en la calle, al separarnos, nos prometimos escribirnos, y Muriel fue a reunirse con Ginger para coger el tren de vuelta a Stamford.

«Toma, quédate mis guantes», me dijo impulsivamente cuando se disponía a meterse en el metro. «Se te van a quedar frías las manos mientras vuelves a casa». Yo vacilé cuando me colocó los guantes de ante entre las manos con una sonrisa que era casi una súplica. «Guárdamelos hasta la próxima vez». Y se marchó.

Algo de su rostro me recordaba a Gennie cuando me entregó sus cuadernos.

La impresión más fuerte y duradera que me quedó de Muriel después de que se marchara fue una gran dulzura oculta y una vulnerabilidad que superaba incluso la mía. Su voz suave, que contradecía su apariencia austera. Me intrigaba su combinación de opuestos, el hecho de que no intentara ocultar sus debilidades y de que aparentemente no las considerara

ni vergonzosas ni sospechosas. Muriel irradiaba un conocimiento sereno de sí misma que malinterpreté como aceptación de sí misma.

Tenía un sentido del humor repentino y atractivo, con un toque apenas macabro en el fondo, y las frecuentes bromas que hacía en privado eran perspicaces y carecían de malicia.

Desde nuestro primer encuentro y sin explicación, Muriel me hizo sentir que comprendía todo lo que yo decía y, teniendo en cuenta el enorme peso de mi dolor sin articular, gran parte de todo lo que yo todavía no era capaz de trasladar a palabras.

Rhea todavía estaba levantada cuando volví a casa silbando.

«¿Qué es lo que te ha puesto tan contenta de repente?», preguntó en son de burla, y me di cuenta de que, por primera vez desde que había vuelto de México, me sentía de nuevo ilusionada y emocionada.

Dos semanas más tarde, un domingo por la noche, Muriel y yo quedamos a cenar y luego fuimos al Bagatelle. Aquel lugar, animado y lleno de gente, era perfecto para ligar, pero siempre me había parecido un poco demasiado para mí, o que me intimidaba demasiado para enfrentarme a él a solas. El Laurel's, el Sea Colony, el Page Three y el Swing se denominaban bares, pero el Bag siempre era el Club.

El primer ambiente en el que entramos ya estaba lleno de humo, aunque todavía era temprano. Olía a plástico, a cristal azul, a cerveza y a un montón de chicas jóvenes y guapas.

Muriel pidió su inevitable botella de cerveza y yo la imité, pasándome el resto de la velada haciendo como que me la bebía. Ni Muriel ni yo bailábamos, y la diminuta pista de baile al fondo del club ya estaba llena de gente. Permanecimos bajo el arco que separaba la zona de las mesas de la pista, hablando y bebiendo y disfrutando de la sensación de estar rodeadas por otras mujeres, algunas de las cuales, como nosotras, sin duda estaban descubriendo su amor.

No tardé en adaptarme rápidamente a la fascinación que Muriel sentía por los bares de chicas. Siempre que venía a la ciudad, según explicaba, se iba de copas. Nunca se sentía realmente viva excepto en los bares de ambiente, decía, y los necesitaba como un chute en vena.

Lo que ambas necesitábamos era el ambiente compartido con otras lesbianas y, en 1954, los bares de chicas eran los únicos lugares de encuentro que conocíamos.

Cuando Muriel y yo no hablábamos, nos quedábamos allí de pie, sintiéndonos un poco fuera de lugar, tratando de aparentar tranquilidad y cierta distinción. Aparentemente, todas las demás mujeres del Bag estaban allí por derecho propio excepto nosotras: nos sentíamos como farsantes, que fingíamos estar relajadas y a la última, y ser duras como supuestamente tenían que serlo todas las chicas gais. Totalmente inabordables en nuestra timidez, nunca nadie se nos acercaba y, además, en aquellos tiempos, las chicas gais no solían ser demasiado sociables fuera de sus grupitos de pertenencia.

Nunca podías decir quién era quién, y la paranoia defensiva de la era McCarthy seguía presente por doquier fuera de la corriente dominante de la feliz América de los barrios residenciales. Además, siempre había rumores de que entre nosotras se infiltraban mujeres policía de paisano que buscaban a chicas lesbianas que llevaran menos de tres prendas de ropa femenina. Aquello era suficiente para que te detuvieran por travestismo, que era ilegal. O al menos eso decían los rumores. La mayoría de las mujeres que conocíamos siempre tenían cuidado de llevar sujetador, braguitas y alguna que otra prenda femenina. No valía la pena jugar con fuego.

La velada terminó demasiado pronto y Muriel volvió a su trabajo a tiempo parcial en un laboratorio de prótesis dentales en Stamford, prometiéndome que me enviaría más cartas atrevidas y creativas de las suyas.

Yo seguía buscando trabajo, cualquier trabajo, y la escasez de perspectivas resultaba desalentadora. Había sobrevivido a la era McCarthy y a la guerra de Corea, y el Tribunal Supremo había declarado que la segregación racial en las escuelas era ilegal. Pero el racismo y la recesión seguían siendo realidades que se interponían entre mí y un trabajo, cuando me recorría de arriba abajo toda la ciudad día tras día, respondiendo a las ofertas de empleo.

En todos los lugares a los que acudía me decían que o bien estaba demasiado cualificada —¿quién quería emplear a una chica Negra con un curso de *college*?— o que no tenía suficiente experiencia —«¿De verdad no escribes a máquina, querida?»—.

Aquel otoño escaseaba el trabajo para todo el mundo en Nueva York, y todavía más para las mujeres Negras.

Sabía que no me podía permitir el lujo de odiar el hecho de tener que trabajar en otra fábrica o ante una máquina de escribir. Me presenté a un programa práctico de enfermería, pero me dijeron que era demasiado miope. Nunca supe si aquello era una preocupación por mí u otra excusa que encubría una actitud racista.

A través de una agencia de empleo, finalmente, conseguí un trabajo en un hospital, en el departamento de contabilidad, cuando mentí acerca de mis conocimientos contables. Pero aquello no importó demasiado porque ellos habían mentido con respecto a lo que se suponía que tenía que hacer. No iba a trabajar de contable en absoluto, sino de chica de los recados para la directora del departamento de contabilidad.

La señora Goodrich era una mujer autoritaria que daba miedo, la primera mujer en estar al frente del departamento de contabilidad de un gran hospital del Estado. Había tenido que luchar denodadamente para alcanzar aquel puesto y aquella pelea le había dejado unos modales duros y fríos y muy poco tacto. En mi tiempo libre, cuando no estaba entregando sus mensajes o trayéndole un café o afilando sus lápices, estaba sentada en una

mesa aparte situada cerca de la puerta de la sala de las mecanógrafas, y pasaba a máquina cartas dirigidas a las compañías de seguros mientras esperaba a que avisara para hacerle otro recado. Contestaba al teléfono de la señora Goodrich cuando su secretaria estaba almorzando, y ella despotricaba contra mí y me las hizo pasar canutas hasta que aprendí a acordarme de aquellas personas con las que quería hablar y de aquellas con las que no.

La señora Goodrich era una arpía, una mujer que había luchado mucho y durante mucho tiempo para abrirse camino en un mundo de contables que le era hostil por ser mujer. Había vencido utilizando las mismas armas que los hombres contra los que había luchado. Ahora se había acostumbrado a aquellas armas, particularmente en su trato con otras mujeres. Por alguna razón desconocida, inmediatamente nos caímos profundamente mal. Aunque las dos podíamos reconocernos la una a la otra en algunos aspectos, no servía para hacernos aliadas. Sin embargo, nuestras posiciones eran claramente desiguales. Ella era mi jefa y, por lo tanto, ejercía el poder, pero yo no cedía ni un ápice. Era algo mucho más complejo que una sencilla aversión. Yo me sentía ultrajada por su actitud conmigo y, a pesar del hecho de que le resultaba claramente insatisfactoria, la señora Goodrich no me enviaba a trabajar con las administrativas ni me dejaba en paz.

La señora Goodrich me dijo que caminaba como un leñador y que hacía demasiado ruido en los pasillos. Que era demasiado arrogante para mi clase y que nunca llegaría a nada. Que tenía que aprender a ser puntual, aunque mi «gente» nunca lo era. Que, en cualquier caso, mi lugar no estaba en el hospital y que tenía que dejar el trabajo y retomar los estudios. En una de nuestras pocas conversaciones educadas, le dije que no me lo podía permitir.

«Bueno, pues entonces más te vale cambiar de comportamiento aquí, pues de lo contrario no tardarás en verte en la calle».

Yo apretaba los dientes en silencio cuando me señalaba mis errores mecanográficos delante de todo el equipo de mecanógrafas y luego me hacía cruzar toda la sala hasta su despacho para hacerme recoger un lápiz que había tirado al suelo.

Soñaba con pisotearle la cara con un picahielos entre los dedos de los pies. Me sentía atrapada y furiosa. Había empezado a trabajar la semana anterior al día de Acción de Gracias y las últimas semanas del año estaban siendo para mí una agonía. La señora Goodrich se convirtió en el símbolo de un empleo que yo odiaba (en realidad, nunca había aprendido a escribir a máquina) y llegué a odiarla a ella con la misma pasión.

En aquella época estaba ansiosa de sol. Caminaba hacia el oeste atravesando Union Square y cruzaba Stuyvesant Park para ir a trabajar. Algunas mañanas, al cruzar la calle 14, conseguía ver un rayito de sol allá arriba, cerca del río, pero en realidad el sol nunca estaba por encima de los edificios cuando yo me metía en aquel hospital de piedra gris. Y ya se había puesto cuando salía del trabajo. Nos daban tiempo libre para comer en la cafetería del hospital, por lo que tampoco podía salir a mediodía. Me sentía triste un día tras otro cuando volvía a casa en las noches de invierno, con las luces de atrás de los coches parpadeando por la Segunda Avenida como si fueran las de un árbol de Navidad. Pensé que si tenía que pasarme el resto de mi vida en lugares de trabajo como Keystone Electronics y el hospital de Manhattan, seguramente me volvería loca. No era capaz de imaginar cómo, pero sabía que tenía que haber otra vía.

En el trabajo, mi única arma era batirme en retirada, y solía utilizarla con la misma falta de criterio que cualquier rebelde adolescente. Me quedaba dormida en la mesa siempre que tenía ocasión y a la menor provocación, normalmente cuando estaba mecanografiando las cartas de la señora Goodrich. Durante aquellas breves siestas, escribía a máquina fragmentos de poemas o de frases sin sentido en medio de otras frases normales y oficiales. Nunca me preocupaba de releer las cartas, y solo las consideraba

como si fueran obras de arte, limitándome a recorrerlas con la mirada para verificar el ancho de los márgenes y ver que no hubiera tachones. Las cartas acababan en la mesa del despacho de la señora Goodrich para que las firmara, mecanografiadas con toda pulcritud y corrección, pero con frases desconcertantes entre líneas.

Muy señor mío:

Los formularios de reclamación se encuentran a disposición del público extraños dioses adoran las horas de la noche dirigiéndose a los servicios centrales en...

Tenía pesadillas con el timbre de la señora Goodrich, al que seguían sus alaridos al otro lado de la sala cuando me llamaba a su despacho.

Entre tanto, Muriel y yo continuábamos escribiéndonos. Para ser más precisa, Muriel escribía largas y hermosas cartas y yo las leía y las atesoraba en silencio.

Las líricas y reveladoras cartas de Muriel contenían un anhelo y un aislamiento parejos a los míos, así como una imagen de su visión llena de humor y de horizonte. Llegué a maravillarme y a deleitarme con la nueva visión de las cosas sencillas que ella ponía ante mis ojos. Volver a ver el mundo a través de su exploración única era como volver a ver el mundo cuando me pusieron mi primer par de gafas, de niña. Interminables y maravillados redescubrimientos de lo ordinario.

Muriel sentía un sufrimiento por conseguir ser ella misma que me llegaba a lo más hondo del corazón. Yo sabía lo que era que te habitara el fantasma de la persona que deseabas ser, pero que solo conseguías percibir a medias. A veces sus palabras me encantaban y al mismo tiempo me hacían llorar.

A la velocidad de un caracol recorro este día cuesta arriba, pero llega la noche; sueño contigo. Esta pastora es una leprosa que aprende a hacer cosas encantadoras mientras espera que pase la hora de la desesperación. Ahora siento un nuevo tipo de malestar, y sé que es la fiebre del deseo de sentirme plena.

Mis manos se estremecieron ligeramente cuando dejé la carta encima de la mesa para servirme otra taza de café. Cada día después del trabajo corría a

mi buzón en busca de uno de sus gruesos sobres azules.

De manera lenta pero segura, Muriel se convirtió cada vez más en una parte vulnerable de mí misma. Podía cuidar y proteger aquella parte porque estaba fuera de mí. Porque cubría mis apuestas emocionales, haciéndome sentir interiormente segura y serena. Con cada carta de Muriel florecía en mi interior la necesidad de hacer por ella lo que nunca llegué a creer que pudiera hacer por mí misma, aun cuando estuviera en el proceso de hacerlo.

Podía cuidar de Muriel. Podía hacer que el mundo funcionara para ella, si es que no podía hacerlo para mí misma.

Sin quererlo ni mucho menos comprenderlo, convertí a aquella muchacha de viento y cuervos en símbolo de la supervivencia por vía de otra persona y caí en el amor como una piedra que se desprende de un acantilado.

Yo le enviaba a Muriel pequeños trozos de papel con fragmentos de poemas escritos. Algunos se referían a ella, otros no. Nadie habría podido decir en qué se distinguían. Muriel me dijo más tarde que estaba convencida de que yo también estaba bastante loca. Contaba los días que transcurrían entre sus cartas, que me traían fragmentos de ella como regalos especiales y anticipados. El 21 de diciembre, a modo de respuesta a sus súplicas y con ocasión del solsticio, le mandé una tarjeta de felicitación en la que aparecía una urna griega llena de piedras y en la que ponía: «Debo de tener piedras en la cabeza». Aquello significaba que la amaba.

Más de veinte años más tarde, me encuentro con Muriel en una sesión de lectura de poesía en un café de mujeres de Nueva York. Su voz sigue siendo suave, pero sus grandes ojos castaños ya no lo son. Le digo: «Estoy escribiendo la reveladora historia de mi vida y de mis amores».

«Asegúrate de que dices la verdad sobre mí», me contesta.

Era Nochevieja, el último día de 1954. Rhea estaba nuevamente enamorada y había salido a pasar la tarde y, según supuse yo, el resto de la noche. Me había sentado a leer, a escribir y a escuchar música cuando sonó el teléfono.

«¡Feliz Año Nuevo!». Era Muriel. «¿Vas a estar en casa esta noche?».

Mi voz temblaba de emoción y de sorpresa. «Sí, más tarde vendrán algunas amigas. ¿Puedes venir tú también? ¿Dónde estás?».

«En casa, pero voy a coger el siguiente tren». Oí su cálida y discreta risa y casi pude ver el humo de su cigarrillo y el frunce de su entrecejo. «Hay algo que te quiero preguntar».

«¿Y qué es?», le pregunté, intrigada.

«No, no; debo hacerlo en persona. Ahora me tengo que ir corriendo».

Dos horas más tarde entró en casa, con la boina puesta y fumando. El apartamento vibraba con las risas de las chicas y la voz de Rosemary Clooney:

Hey there,
you with the stars
in your eyes
love never made
a fool of you.[37]

Corrí a cogerle la chaqueta. «Me alegro de verte», le dije. «¿Ah, sí? Pues eso es lo que he venido a averiguar, porque no he sido capaz de entender esa tarjeta. ¿Qué significaba?».

Bea, Lynn y Gloria se habían presentado en casa con vino y hachís, y yo les presenté a Muriel al tiempo que le servía un vaso de Chianti. Bea y Lynn estaban bailando cinturón contra cinturón en la habitación del medio; Muriel, Gloria y yo masticábamos la deliciosa comida china que habían traído, comiendo directamente de los recipientes de cartón.

Cuando solo faltaban unos minutos para la medianoche, apagamos el minúsculo tocadiscos portátil y encendimos la radio para oír la celebración de Times Square dándole la bienvenida a 1955, aunque al mismo tiempo comentábamos lo convencional que aquello resultaba. Muriel me regaló un ejemplar de *El Señor de los Anillos* de Tolkien, un superventas *underground*

que, según me dijo, había robado en una librería de Stamford. Todas nos besamos y tomamos más vino.

Volvimos a poner la música y la gente contó historias locas de otras Nocheviejas. Tuve que reconocer que aquella era mi primera fiesta de fin de año, pero conseguí decirlo de una manera que hizo que nadie me creyera.

A las tres de la madrugada todo el mundo había decidido quedarse a pasar la noche. Saqué la cama matrimonial de Rhea a la habitación principal y abrí el sofá cama en la habitación del medio. Había sitio para todas. Al final tuve que pasarle a Lynn un somnífero de mi reserva de muestras médicas porque seguía insistiendo en que no tenía sueño y yo estaba decidida a ser la última que se fuera a dormir. Había sido una tarde muy cansada para mí y, a pesar de las anfetaminas, me había entrado un sueño horrible.

Muriel se había acostado en la habitación del medio, completamente vestida, porque aquella era una casa extraña llena de gente extraña, dijo con gracia, y ella era muy tímida. Las otras tres se acomodaron en el cuarto principal. Yo había dado por supuesto que Rhea se quedaría en casa de su novio. Lamentablemente, Rhea y Art tuvieron una gran bronca aquella noche.

A las cuatro de la madrugada, precisamente cuando todo el mundo había acabado por acostarse y yo me había tumbado en mi sofá verde individual junto a Muriel, precisamente en ese momento oí la llave de Rhea en la puerta. Me levanté de un salto, completamente despabilada. ¡Oh, no! Me puse la camisa y caminé de puntillas hasta la cocina, donde encontré a mi compañera de piso de pie y desesperada, con su hermoso vestido de fiesta arrugado y triste. Rhea era una adicta a las relaciones con hombres a los que solo les interesaba machacarla, en todos los sentidos. Lloraba a moco tendido. Art le había dicho, cuando estaban en la cama, que se iba a casar con la hija, de diecinueve años de edad, de uno de sus compañeros progresistas. Como Rhea tenía treinta y uno, estaba convencida de que era

por culpa de su edad. Por otra parte, yo estaba convencida de que era porque estaba sacando de Rhea lo que no conseguía sacar de su adolescente. Pero eso no se lo podía decir a Rhea en el estado en el que se encontraba.

Además, tenía la mitad de mi atención puesta en toda aquella gente que estaba en la casa y en cómo se lo iba a explicar a Rhea. La verdad es que tampoco es que tuviera que explicarle nada, pero al fin y al cabo era su cama la que Bea, Lynn y Gloria estaban compartiendo.

«Es horrible, Rhea», le dije quitándole el abrigo. «Te prepararé un poco de café».

«Ya se me pasará», dijo Rhea, absorta, enjugándose las lágrimas y consiguiendo esbozar una leve sonrisa. Sus largos cabellos negros y voluptuosos estaban totalmente despeinados. «Ahora solo quiero irme a la cama».

«Pues...», empecé a decir vacilando solo un instante, «hay alguna gente en tu cama, cielo: vinieron unas amigas y como dijiste que no pensabas estar en casa...».

De los ojos de Rhea volvieron a brotar las lágrimas mientras buscaba distraídamente su bolso y los zapatos que tan elegantemente había teñido tan solo unas horas antes para que fueran a juego con su vestido, de tafetán azul eléctrico.

«Pero ahora mismo las despierto», dije enseguida, al ver que se encaminaba hacia la habitación principal. Su prima vivía dos pisos más abajo, pero nunca podía soportar ver a Rhea llorando. «Ahora mismo las despierto».

Y eso fue exactamente lo que hice, a toda prisa.

Las tres chicas, medio dormidas, empezaron a moverse, y todas nos volvimos a acostar en la habitación del medio, como sardinas en lata, junto a Muriel. Rhea se fue a dormir con su pesar a su propia cama. Para entonces casi había amanecido y era demasiado tarde para que yo pudiera conciliar el sueño. En cualquier caso, me había vuelto a despabilar. Y me encantaba ser

la primera que se levantaba por la mañana. Me tomé un Obetrol[38] y me senté en el cuarto de baño a leer hasta el alba.

Pasé de puntillas por delante de aquellas mujeres que dormían, me asomé a la ventana delantera del séptimo piso y miré hacia el este a través de las calles tranquilas avistando el cielo que se iluminaba. El aire era suave para ser enero y me llegó una ligera bocanada de malta de la fábrica de alpiste Harz Mountain situada al otro lado del East River. El deshielo de enero. Me recordó de repente que solo faltaban tres meses para la primavera. Sin embargo, aquello parecía una eternidad. Estaba cansada del invierno.

Puse la radio muy bajita; en aquella mañana de día festivo había principalmente noticias rancias, a excepción de dos accidentes de tráfico y de los resultados de la reciente moción de censura a McCarthy por parte del Congreso. Mientras escuchaba la información del tiempo, inusualmente cálido, me limpiaba las zapatillas deportivas con un poco de detergente en polvo que frotaba con un viejo cepillo de dientes. Limpiar los zapatos era un ritual del día de Año Nuevo que me había llevado de casa de mis padres sin siquiera cuestionarlo ni planteármelo.

A las ocho y media de la mañana desperté a todo el mundo excepto a Rhea. Estaba ansiosa por empezar el día. «¿Quién necesita cepillo de dientes?», pregunté, buscando en la pequeña reserva que tenía de ellos para estas ocasiones. Me causaba secretamente gran placer que Muriel pudiera ver cómo me hacía cargo de todas las situaciones. Y también de cómo estaba siempre lista. Como el lema de los *marines*.[39]

Todo el mundo sabía que una mujer de treinta y cinco años podía gestionar cualquier situación y yo tenía la sensación de estar permanentemente ensayando.

Preparé café de la manera en que solía hacerlo en México, poniendo muy poco café en la manga de tela que me había traído de allí y vertiendo agua hirviendo encima. Apagué la radio y puse en el fonógrafo la canción *Cry me a River* de Roberta Sherwood, muy bajita, para no molestar a Rhea, que

dormía agitadamente. Las demás estábamos sentadas alrededor de la mesa en la cocina, cerca de la ventana de guillotina, bebiendo café. Los robustos pies de Muriel asomaban por debajo de las vueltas de sus pantalones vaqueros y sus anchos dedos se movían hacia arriba y hacia abajo al ritmo de la música mientras su suave y musical sonrisa atravesaba el humo de su eterno cigarrillo; Bea y Lynn, en sus vaqueros y camisas de franela, y Gloria, con sus espléndidos huaraches españoles que llevaba con unas medias de lana y sus amplios pantalones campesinos hechos de algodón magenta tejido a mano. El tintineo de los collares y las pulseras de Gloria, hechos con semillas, marcaban el contrapunto de las conversaciones matutinas sobre política, sobre cotilleos de chicas gais y sobre la aparición y utilización de nuevos tranquilizantes en los hospitales psiquiátricos.

La casa se calentó todavía más al empezar a salir el vapor y me levanté para prepararnos un magnífico desayuno de Año Nuevo. Mezclé los dos huevos que nos quedaban, bien batidos, con la comida china que había sobrado, añadí un poco de salsa *foo yong* y un poco de leche en polvo y lo mezclé todo junto con una generosa cantidad de cebolla picada rehogada en margarina, un montón de pimentón y un poco de eneldo para darle color. Era un plato que me recordaba la preparación de los domingos por la mañana de huevos, cebollas e higaditos de pollo picados que mi padre denominaba «entrante» y solía cocinarnos el fin de semana mientras mi madre y nosotras tres estábamos en misa.

Después del desayuno nos dijimos adiós una y otra vez y nos deseamos feliz Año Nuevo y las otras tres se marcharon. Muriel y yo nos quedamos hablando en la cocina y bebiendo café solo porque ya no quedaba leche en polvo.

Rhea se despertó alrededor del mediodía y le presenté a Muriel. Le preparamos café y ella y Muriel estuvieron discutiendo sobre las ventajas e inconvenientes del marxismo (aunque Muriel insistía en que era apolítica, cosa que yo traducía por inocente) durante una hora mientras yo me daba un

baño. Rhea se vistió y se fue a comer a casa de sus padres, con los ojos ligeramente abotargados.

Apagué el tocadiscos y cerré la puerta dándole dos vueltas a la llave. Entonces Muriel y yo, sin más preludios, nos acostamos juntas en la lechosa luz del Año Nuevo, en la cama doble de Rhea de la habitación principal. Siguió una tarde en la que floreció el amor del que Muriel se alzó ante mis ojos como una llama.

Yo no había estado junto a una mujer desde aquellas noches pasadas con Eudora en Cuernavaca hacía más de seis meses.

Luego nos quedamos entrelazadas y exhaustas, y reímos y hablamos muy animadas. La camaradería y el cariño que había entre nosotras abrieron puertas dentro de mí que habían sido cerradas y selladas de forma permanente, al menos eso pensé, desde la muerte de Genevieve.

Cuando Muriel y yo hablábamos, como lo hacíamos, de Naomi y de Genevieve, las dos muertas a los quince años de edad, parecía como si el espíritu de aquellas dos muchachas difuntas se levantara de la tierra, nos bendijera y luego se marchara. Era como si de repente por fin se desvaneciera una especial y terrible soledad.

Hicimos el amor una y otra y otra vez, interrumpiéndonos únicamente para encender las luces cuando la oscuridad empezaba a invadir la habitación y para dar de comer al gato. El sol se puso y subió el vapor, y toda la habitación dio la sensación de vibrar con la fragancia de nuestros cuerpos.

Por cada herida secreta de Muriel, yo tenía una que le correspondía, y la semejanza de nuestras soledades, así como de nuestros sueños, nos convenció de que estábamos hechas la una para la otra.

2 de enero de 1955

Me giré de costado y me apoyé en un codo al tiempo que me incorporaba, contemplando la mejilla henchida de sueño y los cabellos enredados de la mujer que dormía hecha un ovillo a mi lado, con un brazo

debajo de la cabeza. Me incliné para besar el rizo que cubría su oreja y pasé mi lengua lentamente por el nacimiento de sus cabellos color castaño hasta donde las mantas cubrían sus hombros.

Con un suspiro y una sonrisa lenta, Muriel abrió un ojo mientras yo seguía avanzando hacia su oreja, susurrando. «En las Antillas, a esto lo llaman hacer que levantes tu *zandalee»*.

Más tarde, llamé a la señora Goodrich desde la cama, con Muriel dormitando a mi lado. Le expliqué que estaba enferma y que no podía ir a trabajar. La señora Goodrich había advertido a todo el departamento la víspera de las vacaciones de que este tipo de «enfermedad» no debía producirse bajo ninguna circunstancia.

La señora Goodrich me despidió al instante.

---

[37] *Eh, tú/ tú que tienes estrellas/ en los ojos/ el amor/ nunca se ha burlado de ti.*

[38] Nombre comercial de una anfetamina *(N. de la T.)*.

[39] El lema de los marines es *Semper Fidelis*, «Siempre fiel» *(N. de la T.)*.

25

Rhea disponía de todas las claves que necesitaba acerca de mis relaciones con las mujeres. Había presenciado el melodrama con Bea. Pero, oficialmente, Rhea no sabía que yo era gay, y yo no se lo dije. La homosexualidad no formaba parte de la agenda del partido en aquellos tiempos; por ello, Rhea lo definía como algo «malo», y su aprobación era importante para mí. Sin palabras, las dos acordamos más o menos que no aludiríamos a lo que obviamente era la pasión que guiaba mi vida, mi implicación con aquellas amigas femeninas a las que Rhea siempre se refería como «tus jóvenes amigas de voz neutra».

Rhea y yo nos queríamos, pero ella se habría horrorizado si hubiese tenido que imaginar una extensión de nuestro amor al terreno físico.

Afortunadamente, o tal vez debido a esa actitud suya, Rhea nunca me atrajo físicamente. Era una mujer hermosa, fuerte y llena de vida, pero las mujeres heterosexuales nunca me habían parecido atractivas físicamente. Este mecanismo, claramente de autoprotección, también me ha servido de sexto sentido. En aquellos días, siempre que se juntaban dos o más lesbianas, el tema más frecuente de conversación era «¿Crees que es gay?». Era una pregunta constante que nos hacíamos acerca de cualquier mujer por la que nos sintiéramos interesadas. En nueve de cada diez casos, si sentía una atracción física fuerte por una mujer, cualquiera que fuera la coloración protectora de esta, normalmente era gay o estaba tan interesada por las

mujeres que llegar a serlo no era más que una cuestión de tiempo o de ocasión.

Hasta entonces, las pocas lesbianas que había conocido eran mujeres que procedían de otros contextos de mi vida. Compartíamos alguna parcela de un mundo que era común a ambas —la escuela o el trabajo o la poesía o algún otro interés aparte de nuestra identidad sexual—. Nuestro amor por las mujeres era un hecho que dábamos a conocer solo después de que ya hubiésemos profundizado y hubiésemos creado un vínculo por alguna otra razón.

En los bares conocimos a mujeres con las que no habríamos tenido mayor contacto de no haber sido todas gais. Allí, Muriel y yo estábamos claramente fuera del tiesto con respecto a cualquier cosa que se considerara importante. Es decir, beber, el *softball*, el glamur lésbico, bailar y saber quién se estaba acostando con quién y a costa de quién. Todas las demás cuestiones de supervivencia se consideraban un asunto totalmente privado.

Cuando Muriel venía a la ciudad los fines de semana aquella primavera, se alojaba en el YWCA de Hudson Street en el West Village, que ahora es una residencia para personas mayores. Pasábamos el fin de semana en su minúscula habitación haciendo el amor, y aprovechando entre medias para hacer alguna incursión en los bares y para ir a la calle 7 a comer. A veces no teníamos dinero para alquilar la habitación del Y porque yo estaba otra vez sin empleo y ella solo tenía un trabajo a media jornada en Stamford. En aquellas ocasiones, afrontábamos las miradas desconcertadas e interrogadoras de Rhea y nos quedábamos en el apartamento. Un domingo, cuando Muriel se marchó, Rhea y yo hablamos.

«Muriel anda mucho por aquí últimamente, ¿no?». Me di cuenta de que Rhea se acordaba de Bea llorando en el descansillo.

«Quiero a Muriel muchísimo, Rhea».

«De eso ya me doy cuenta», contestó ella riendo. «Pero ¿*cómo* la quieres?».

«¡De todas las maneras que sé!». Y Rhea volvió a entretenerse con los platos, agitando la cabeza y tratando de encontrar alguna correlación entre mi amor por Muriel y sus propias y dolorosas aventuras amorosas. No se atrevía a ver las semejanzas y por ello tampoco pudo ver las diferencias. Y las palabras nunca se pronunciaban. Yo era demasiado gallina para decirle claramente: «Mira, Rhea, Muriel y yo somos amantes».

Rhea no pudo soportar el dolor que le causó su asunto con Art y empezó a hacer planes para trasladarse a Chicago a finales de la primavera. La idea de que pronto tendría el apartamento para mí sola me entusiasmaba. Decidí que nunca más volvería a compartir el piso con nadie, a menos que fuera mi amante.

Muriel y yo estábamos empezando a plantearnos el mundo juntas. Yo no sabía cómo me las iba a arreglar para hacer que mi visión personal encajara con la política, pero sabía que aquello tenía que ser posible porque sentía las dos con demasiada fuerza y sabía lo mucho que necesitaba ambas visiones para sobrevivir. No estaba de acuerdo con Rhea ni con sus amigos progresistas cuando decían que la revolución no iba de esto. Cualquier mundo en el que no hubiese lugar para mi amor por las mujeres no era un mundo en el que yo quisiera vivir, ni uno por el que yo quisiera luchar.

Un viernes por la noche, Muriel y yo estuvimos haciendo el amor en mi sofá individual en la habitación del medio del apartamento. El crepúsculo se desvaneció de la ventana y se hizo de noche. Estábamos tomándonos un breve receso cuando oímos la llave de Rhea en la puerta principal de la cocina. Muriel y yo permanecimos acurrucadas y abrazadas en el sofá individual que ahora conocíamos tan bien. Sin movernos demasiado, sencillamente nos tapamos con las mantas, cerramos los ojos e hicimos como si estuviéramos dormidas.

Oímos a Rhea entrar en la cocina y encender la luz. Percibí el resplandor de la habitación de al lado, de repente iluminada, que se colaba por el quicio de la puerta en forma de arco y por el suelo de mi habitación, en

paralelo al sofá en el que las dos estábamos acostadas. Rhea entró y atravesó mi habitación hasta la suya, que se encontraba en la parte delantera de la casa. Se detuvo junto a la cama en la que nos encontrábamos Muriel y yo con los ojos apretados como si fuéramos niñas. Estuvo allí un rato mirando nuestras formas supuestamente dormidas bajo las mantas, entrelazadas en el estrecho espacio del colchón y alumbradas por la tenue luz reflejada procedente de la cocina.

Y entonces, sin previo aviso, Rhea prorrumpió en sollozos. Estuvo delante de nosotras llorando amargamente como si el corazón se le estuviera partiendo por lo que estaba viendo. Estuvo llorando delante de nosotras durante al menos dos minutos mientras nosotras permanecíamos allí tumbadas y abrazadas y con los ojos firmemente cerrados. No podíamos hacer nada más; sentí que sería demasiado embarazoso para Rhea y para mí que me levantara y le dijera: «¡Eh! ¿Qué pasa?». Además, pensé que ya lo sabía.

La obvia felicidad que nos proporcionaba nuestro amor «incorrecto» era tan grande comparada con la obvia infelicidad que le reportaban los suyos «correctos» que la única respuesta para aquella ingente injusticia eran las lágrimas.

Por fin Rhea dio media vuelta y corrió a su habitación, cerrando la puerta. Pudimos oírla llorar a través de la puerta cerrada hasta que las dos nos quedamos dormidas.

Nunca comenté lo de aquella noche con Rhea, ni si aquellas lágrimas furiosas se habían debido a su propia soledad o a la alegría que Muriel y yo encontrábamos la una en la otra. Tal vez, si lo hubiera hecho, nuestras vidas habrían sido diferentes. Rhea se marchó de Nueva York al cabo de una semana y no volví a verla hasta un montón de años después.

Mucho más tarde descubrí la verdadera razón por la que Rhea se había marchado de Nueva York aquella primavera para aceptar un trabajo en Chicago, en lo que para entonces parecía un plazo muy breve. Una persona

muy bien situada en los círculos progresistas había venido a casa una noche estando yo allí. Más tarde volvió a los cuarteles generales de Nueva Jersey con la escandalosa noticia de que Rhea compartía la casa con una homosexual, y además Negra. En otras palabras, a Rhea la habían denunciado por su relación conmigo. Una progresista que se preciara no podía permitirse tener una compañía tan sospechosa en 1955. Me había convertido en una persona molesta en su vida.

Yo vivía totalmente ajena a aquello, pues estaba plenamente inmersa en la realidad de mi relación con Muriel. Solo sabía que Rhea estaba cada vez más confusa, lo cual culminó con la escena junto a mi sofá. Pero tenía unas instrucciones muy claras: deshacerse de mí o renunciar a su trabajo. Rhea me quería y valoraba nuestra amistad, pero su trabajo era más importante y tenía que protegerse a sí misma. Su última relación amorosa era una excusa perfecta. En lugar de pedirme que me marchara o contarme lo que estaba pasando, Rhea decidió dejarme el apartamento y marcharse a Chicago.

La última de mis pesadillas de infancia

En casa de mi madre.
5 de julio de 1954

Unos demonios de piel lisa con largos cabellos blancos y unos hermosos ojos diabólicos extienden los brazos largos como un día sin pan hasta la puerta de una habitación por la que salgo corriendo, gritando en busca de una vía que me conduzca fuera. Pero no puedo dejar de correr. Si choco con esos largos brazos que me cierran el camino, moriré electrocutada. Voy corriendo y gritando desesperada: «Padre Nuestro que estás en los cielos...», y los brazos empiezan a disolverse y chorrean por las paredes y el aire entre la puerta y yo.

Luego paso a otra habitación de casa de mis padres —su dormitorio, aquella en la que ahora estoy dormida—. La habitación está oscura y en

silencio. Hay una sandía en forma de huevo sobre el escritorio. Levanto la fruta y se cae al suelo cubierto de linóleo. La sandía se abre en dos y en su centro se encuentra una brillante piedra de turquesa que reluce. La veo como una promesa de ayuda que va a llegar.

Rhea está dormida, tranquila, en la ancha cama de mis padres. Corre un gran peligro. Debo salvarla del inmenso mal sin nombre que se ha adueñado de la casa, que han dejado los demonios de cara lisa. Cojo su mano. Es blanca y lechosa en la penumbra.

Y luego, de repente, me doy cuenta de que en aquella casa de mi infancia ya no soy bienvenida. Todo me es hostil. Las puertas se niegan a abrirse. El cristal se resquebraja cuando lo toco. Incluso los cajones del escritorio crujen y se quedan enganchados cuando trato de cerrarlos. Las bombillas se funden cuando enciendo la luz. El abrelatas no gira: la batidora de huevos se atasca misteriosamente.

Este ya no es mi hogar; solo es el de un tiempo remoto.

Una vez que me doy cuenta de ello, de repente me siento libre de marcharme y de llevarme a Rhea conmigo.

26

En marzo conseguí un empleo como ayudante de biblioteca en la sección de literatura infantil de la Biblioteca Pública de Nueva York, cosa que me satisfizo enormemente. No solo me sentía aliviada porque volvía a tener ingresos, sino que, además, me encantaban las bibliotecas y los libros y me sentía realmente feliz de poder trabajar en algo que me gustaba. Por aquel entonces Muriel y yo nos veíamos siempre que podíamos y empezamos a plantearnos que ella volviera a vivir a Nueva York.

Cuando estaba animada, Muriel, con sus cabellos oscuros y su cabeza redonda de monje, me recordaba una flor de crisantemo, siempre ligeramente replegada sobre sí misma. Hablaba constantemente de su «enfermedad» de los años anteriores y de lo que significaba ser esquizofrénica. Yo la escuchaba, pero no sabía lo suficiente como para darme cuenta de que también me estaba advirtiendo, por amor.

En las escasas ocasiones en las que fumábamos porros juntas, ella desplegaba toda su elocuencia y yo me mostraba más receptiva.

«Los tratamientos con electrochoque son como pequeñas muertes», me dijo un día Muriel, extendiendo el brazo para alcanzar el cenicero. «Irrumpían en mi cabeza como ladrones que tuvieran consentimiento oficial y que me robaban algo precioso que me parece que he perdido para siempre».

Unas veces lo decía enfadada y otras veces resultaba extrañamente inexpresiva, pero, cualquiera que fuera el tono de su voz, me acababan doliendo los brazos a fuerza de estrecharla. Según me dijo, también había perdido fragmentos de su memoria, y eso convertía a Suzy, su antigua amante en Nueva York, en la depositaria de aquella parte de su pasado.

Estábamos en el equinoccio y fumábamos tumbadas en la cama, en aquella apacible primavera que ya anunciaba el verano.

«¿Y te sirvió de algo?», le pregunté.

«Bueno, antes de los electrochoques solía sumirme en una profunda depresión que me cubría como un enorme cesto, pero en alguna parte en el corazón de aquello brillaba una débil lucecita; yo sabía que esa luz existía y me ayudaba a alumbrar el caos». Se estremeció y permaneció tumbada en silencio durante un momento, con sus pálidos labios apretados contra los dientes.

«Pero nunca podré perdonar a los médicos porque, después del electrochoque, el cesto solo se levantaba un poquito; ¿sabes a qué me refiero? Sin embargo, aquella lucecita había desaparecido y, sencillamente, no había merecido la pena. Nunca quise cambiar mi propia llamita, por muy excéntrica que fuera, por ninguna de sus triviales luces de fuera».

Todo aquello me puso muy triste. La única respuesta que tenía era abrazarla con fuerza. Me juré que nunca permitiría que aquello le volviera a ocurrir. Haría lo que fuera en el mundo para proteger a Muriel.

Aquella noche, tumbadas en la habitación principal en la cama de Rhea, Muriel me advirtió: «Si dejo mi empleo en Stamford para bajar aquí, no sé cómo podré encontrar otro trabajo. No soy capaz de ir a pedirle a nadie que me emplee si corro el riesgo de que me diga que no. No sé por qué, pero no soy capaz de asumirlo. Es algo que me mata».

Como yo había pasado recientemente por el horror de buscar trabajo, pensé que sabía a qué se refería. Pero no lo sabía porque las profundidades de su vacilante realidad me eran ajenas, aunque nunca tuve en cuenta

aquella posibilidad. Confiaba en que, al final, en nombre de nuestro amor, Muriel acabaría encontrando la fuerza necesaria para hacer frente también a aquel obstáculo. Así que no interpreté sus palabras como una advertencia, la única que ella era capaz de hacerme.

Rhea se marchó y, a principios de abril, Muriel regresó a la ciudad de Nueva York para instalarse. Antes de que se viniera, pinté la cocina y el cuarto de baño y puse baldas nuevas.

Una vez que Muriel hubo abandonado su trabajo en Stamford, la transición física a Nueva York se hizo por etapas. Durante meses, cada vez que regresaba de visita a su casa, Muriel volvía a aparecer el domingo por la tarde con una silla o una caja de herramientas o alguna pieza de madera o una bolsa de la compra llena de libros. A veces su amigo Rupert la traía en su Volkswagen escarabajo con un cargamento de libros y de papeles.

Aunque el cambio de «pasar la noche» a «vivir juntas» fue gradual, yo sabía que había tomado una decisión fundamental. Y sabía que aquella decisión afectaría al resto de mi vida, aunque por aquel entonces todavía no sabía exactamente de qué manera. Cuando me había instalado en aquel apartamento con Rhea, lo único que había hecho era garabatear mi nombre junto al suyo en la etiqueta de papel que estaba pegada en nuestro buzón en el portal.

Pero un ventoso día de la primera semana de abril, a la hora del almuerzo, me fui a la ferretería Hite en East Broadway y encargué una chapa de metal como dios manda en la que figuraban el nombre de Muriel y el mío. Me quedé observando mientras la máquina grababa los dos nombres en el brillante rectángulo de latón, sintiéndome orgullosa, emocionada y un poco asustada. Aquello fue como una unión ritual, un matrimonio simbólico.

A continuación compré una crema de huevo en Chatham Square para celebrarlo y me quedé mirando aquella chapita reluciente con nuestros dos nombres uno junto al otro, separados únicamente por un pequeño guion.

Aquello sería mi sorpresa para Muriel cuando bajara a Nueva York el día de su cumpleaños, a la semana siguiente.

Se había acabado lo de disimular.

Para mí, aquello era una gran decisión, un paso del que no había vuelta atrás. Ya no estaba mariposeando en mi calidad de chica gay, estaba viviendo con una mujer y éramos amantes. Había hecho, en silencio y fácilmente, lo que tanto había anhelado y temido hacer, había adquirido un compromiso que era irrevocable. Sin llegar a entender conscientemente por qué, sabía que para mí *juntas* significaba *para siempre*, aun cuando no hubiéramos prestado juramento ni hubiésemos celebrado una ceremonia de bodas ni hubiésemos firmado ningún papel. Muriel y yo estábamos unidas por nuestro amor y nuestra voluntad, para lo bueno y para lo malo.

A lo largo de la primavera había tenido mucho tiempo para pensar bien si me sentía capaz de vivir tan cerca de alguien, y para el resto de mi vida, como intuía que esto lo iba a ser, sin plantearme nada más allá. Una vez que decidí que podía asumir ese compromiso, nunca dudé ni por un instante de que Muriel fuera la persona con la que quería hacerlo.

Intercambiamos nuestras propias promesas de amor eterno. Al hacerse más cálidas las tardes de primavera, Muriel venía a buscarme a la biblioteca de Chatham Square. A veces deambulábamos por las calles de Chinatown y comprábamos suculentas verduras y fragantes piezas de carne seca con las que experimentar, junto con las arrugadas setas que se vendían por piezas. Cada una de nosotras conocía un Nueva York distinto y lo explorábamos juntas, mostrándonos la una a la otra nuestros lugares secretos predilectos durante los paseos al sur de Canal Street.

A veces quedábamos a la hora de comer y picábamos muesli con manzana apoyadas contra las viviendas de Catherine Slip[40] bajo los rayos cada vez más fuertes del sol, atentas a las chispas que salían despedidas mientras los obreros proseguían su compleja labor de desmantelar la última gran parte de la línea de tren elevado E1 de la Tercera Avenida, la estación

de Chatham Square. A veces volvíamos caminando a casa juntas, las noches en que me quedaba a trabajar hasta tarde.

Hablamos de marcharnos de Nueva York, de asentarnos en alguna parte en el oeste, donde una mujer Negra y una mujer blanca pudieran vivir juntas en paz. El sueño de Muriel era tener una granja y a mí aquello me parecía una buena opción de vida. Saqué folletos de la biblioteca y escribimos a todas las oficinas correspondientes de la Administración para averiguar si había alguna finca exenta de impuestos en la que instalarnos en el territorio continental de Estados Unidos.

Lamentablemente para nosotras, las respuestas que nos llegaron fueron todas negativas, excepto con respecto a algunas de las zonas más desoladas del norte de Alaska, que entonces todavía no era un estado.[41] Ni Muriel ni yo podíamos soportar la idea de vivir en un clima frío, tan lejos del sol. Además, puesto que allí no podíamos ganarnos la vida explotando una granja, Alaska quedaba definitivamente descartada.

Cuando llegaba a casa de vuelta del trabajo con los brazos cargados con los últimos libros y la boca llena de anécdotas, unas veces había comida preparada y otras veces no. Unas veces había un poema, y otras veces no; y los fines de semana siempre había bares.

Los sábados y los domingos por la mañana temprano Muriel y yo recorríamos las calles del Lower East Side o el más opulento West Village, rebuscando entre los montones de basura tesoros en forma de viejos muebles, maravillas que habían desechado quienes carecían de imaginación. Evaluábamos sus posibilidades futuras y arrastrábamos lo que habíamos encontrado por los seis tramos de escaleras arriba para añadirlo a la creciente pila de objetos que esperaban en la cocina a que algún día los restauráramos. Había muebles de radio de madera vacíos a los que se les podían adaptar baldas para convertirlos en buenas estanterías para discos. Había cajones de cómoda viejos cuya robusta madera servía perfectamente para hacer baldas para libros, sostenidas con ladrillos rescatados de entre

los escombros. Había lámparas de latón y enseres rococó que necesitaban cables nuevos y un magnífico sillón de dentista antiguo al que solo le faltaba el soporte de un brazo. A veces también encontrábamos alguna cosa que no necesitaba reparación (mi lamparilla de noche todavía está apoyada en una mesilla victoriana que sacamos de un montón de basura en Chelsea cuando regresábamos a casa desde el Grapevine un domingo por la mañana).

A la vez que arreglábamos y volvíamos a arreglar nuestro mundo, Muriel y yo nos quedábamos hasta la madrugada leyendo libros que yo sacaba a escondidas de los cajones de material pendiente de catalogar de la biblioteca y, cuando éramos pobres, comíamos pasta con margarina y orégano. En otras ocasiones nos dábamos fantásticos banquetes, fruto de nuestras arriesgadas compras en Chinatown, junto con algún trocito de carne o unas cuantas patas de pollo o un trozo de pescado o cualquier cosa que nos pudiéramos permitir o que se nos antojara comprar en el mercado público de la Primera Avenida. A la vuelta de la esquina de casa hacíamos casi toda nuestra compra en los múltiples puestos de los vendedores ambulantes.

Conocí a las pocas amistades de Muriel que esta era capaz de recordar de sus viejos tiempos, y ella conoció a las mías. Estaban Mick y Cordelia, de mi época del instituto, Nicky y Joan, amigas de Suzy, la antigua amante de Muriel. Éramos pobres, siempre estábamos hambrientas y siempre nos invitaban a cenar. Ir a casa de Suzy a cenar era invariablemente una aventura arriesgada. Suzy había oído en cierta ocasión que la grasa de cerdo era muy nutritiva, así que siempre tenía un cuenco con pringue en la parte trasera del hornillo y todo lo cocinaba con aquella grasa.

Estaban Dottie y Pauli, dos artistas rubias y flacas de nuestro vecindario que habíamos conocido en el Laurel's; estaban Bea y su nueva novia, Lynn; Phyllis, que quería ser arquitecta pero que solo lo mencionaba cuando estaba borracha; y, por supuesto, estaba Felicia, mi hermanita adoptiva,

como yo la llamaba, y la única otra mujer Negra de nuestro grupo. Juntas formábamos una red escasamente trabada, interdependiente emocional y socialmente, en la que compartíamos muchos intereses distintos, algunos de los cuales se solapaban. En su periferia se hallaba otro grupo más amplio de chicas gais del centro de la ciudad, compuesto por conocidas afables y compañeras de copas y amantes pasadas de otras personas, a quienes conocíamos de vista y que eran bastante simpáticas, pero a quienes no recurríamos salvo en caso de emergencia, cuando de todos modos todo el mundo estaba al tanto de los asuntos de las demás.

Pero el hecho de nuestra Negritud era un tema del que Felicia y yo solo hablábamos entre nosotras. Hasta daba la sensación de que Muriel pensaba que, como lesbianas, todas éramos marginales y todas éramos iguales en nuestra marginalidad. «Todas somos unas malditas negras», solía decir, y yo odiaba oírselo decir. Era una declaración de intenciones que tenía escaso fundamento; la medida en la que era verdad languidecía a la sombra de la medida en la que siempre sería falso.

Cuando a Muriel y a mí nos dirigían miradas de soslayo y risitas en las calles del West Village, o en el mercado del Lower East Side, echábamos a cara o cruz si era porque éramos una mujer Negra con una mujer blanca juntas o porque éramos gais. Siempre que esto ocurría, llegaba a estar medio de acuerdo con Muriel. Pero también sabía que Felicia y yo compartíamos una batalla y una fuerza de las que quedaban excluidas el resto de nuestras amigas. Lo reconocíamos en privado, y eso nos diferenciaba, en un mundo que les estaba cerrado a nuestras amigas blancas. Incluso le estaba cerrado a Muriel, por mucho que a mí me habría gustado incluirla. Y porque ese mundo estaba cerrado para ellas, hasta a las amantes les era fácil ignorarlo, desecharlo, hacer como si no existiera o creer en la falacia de que no había ninguna diferencia en absoluto entre nosotras.

Pero aquella diferencia era real e importante, aun cuando nadie más tuviese esa impresión, a veces ni siquiera la propia Flee, de tan cansada

como estaba de explicar por qué no iba a nadar sin gorro de baño o por qué no le gustaba que la pillara la lluvia.

Por consiguiente, entre Muriel y yo existía un aspecto que a mí siempre me separaría de ella, y ese habría de ser mi propio conocimiento secreto, si es que iba a ser mi propio dolor secreto. Yo era Negra y ella no, y esa era una diferencia entre nosotras que no tenía nada que ver con ser mejor o peor, ni con la locura del mundo exterior. Con el tiempo acabé dándome cuenta de que aquello teñía nuestras percepciones y marcaba una diferencia en la manera en que yo veía los fragmentos de los mundos que compartíamos y en que tendría que abordar aquella diferencia fuera de nuestra relación.

Aquello era el primer elemento que nos separaba, el fragmento ajeno a nuestro amor. Pero yo le di la espalda antes de haber captado de verdad su alcance, porque temía examinar las verdades a las que esa diferencia podía conducirme, asustada de que pudiera distanciarnos a Muriel y a mí. Así que procuré no pensar demasiado en nuestras diferencias raciales. A veces fingía estar de acuerdo con Muriel en que, de hecho, la diferencia no existía, que ella y todas las chicas gais estaban tan oprimidas como cualquier persona Negra, y desde luego como cualquier mujer Negra.

Pero cuando pensaba en ello, era algo que me distanciaba, aunque también me protegía. Yo *sabía* que no había nada que pudiera hacer, ni siquiera llevar falda y ser heterosexual, que pudiera hacerme aceptable a los ojos de las ancianitas ucranianas que tomaban el sol en los rellanos de las casas de la calle 7 y nos señalaban con el dedo a Muriel y a mí cuando pasábamos por delante de ellas cogidas del brazo. Una de aquellas ancianas, encargada de la lavandería al otro lado de la calle, trató de darle a Muriel un día una falda de lana usada. «Por nada», insistía, colocándosela a Muriel en las manos. «No dinero, por nada. Tú probarla, es bonita. Tú estar guapa, enseñar un poco las piernas».

Yo había entrado y salido durante años de aquel establecimiento vestida con vaqueros, y aquella ancianita ucraniana nunca había intentado reformarme. Ella sabía la diferencia, aunque Muriel la ignorara.

De alguna manera, yo sabía que aquella diferencia sería un arma en mi arsenal para cuando llegara la «hora». Y la «hora» llegaría sin duda de una manera o de otra. La «hora» en la que tendría que protegerme yo sola, aunque no sabía ni cómo ni cuándo. Para Flee y para mí, las fuerzas del mal social no eran teóricas, no eran lejanas ni eran meramente burocráticas. Convivíamos con ellas todos los días, incluso vestidas con nuestra ropa heterosexual. El dolor siempre estaba a la vuelta de la esquina. La diferencia me lo había enseñado, de boca de mi madre. Y sabiéndolo, me gustaba imaginarme en guardia, segura. Todavía me quedaba por aprender que saber no era suficiente.

Todas y cada una de las mujeres de nuestro grupo daban por hecho, y lo habrían dicho si se lo hubieran preguntado, que todas estábamos del lado justo. Pero nunca se nombraba la naturaleza de esa justicia en cuyo lado todo el mundo se situaba. Era sencillamente otra manera de evitar en silencio el tener que examinar nuestras posiciones vitales en el seno de nuestro pequeño grupo de lesbianas, dependientes como lo éramos del apoyo que nos dábamos unas a otras. Estábamos demasiado asustadas de que aquellas diferencias fueran de hecho irreconciliables porque nunca nos habían enseñado herramientas con las que pudiéramos abordarlas. Cada una de nosotras valoraba altamente su individualidad, pero también valoraba al grupo y a las demás mujeres ajenas a él que habíamos conocido y que compartían los aspectos más sociales de nuestras soledades.

Ser chicas gais sin unos roles establecidos era una diferencia que nos permitíamos ver y que dejábamos que nos uniera unas a otras. Nosotras no pertenecíamos a ese *otro* mundo y queríamos creer que, por lo tanto, por definición, nos librábamos de los problemas de ese *otro* mundo: el capitalismo, la avaricia, el racismo, el clasismo, etcétera. Pero no era así.

Sin embargo, seguimos haciéndonos visitas las unas a las otras y comiendo juntas y, en general, compartiendo nuestras vidas y nuestros recursos como si lo fuera.

Una noche, al llegar a casa del trabajo, me encontré con Nicky y Joan en Houston Street y las invité sobre la marcha a venir a casa a cenar. Solo llevaba un dólar con cincuenta centavos en el bolsillo y no había comida en casa. Paramos en el mercado de la Primera Avenida y compramos medio kilo de espaguetis extrafinos, un poco de perejil fresco, un cuarto de corazones de pollo y un paquete de leche en polvo. Con los setenta y cinco centavos restantes compré un enorme ramo de narcisos y nos dimos un banquete, aunque se me olvidó lo que estábamos celebrando. Porque siempre estábamos celebrando algo, un nuevo empleo, un nuevo poema, un nuevo amor, un nuevo sueño.

De postre teníamos un refresco casero: en vasos de tubo, una mezcla de leche en polvo con cubitos de café helado con mucha canela y extracto de almendra.

Los fines de semana, los bares eran un ritual de unión que solo llegué a entender años más tarde, cuando me había hartado de estar sola. Todos los viernes por la noche hacíamos lo mismo.

«Date prisa, Audi, a ver si conseguimos una mesa esta noche». En el Laurel's, al igual que en la mayoría de los demás bares, para las mesitas colocadas alrededor de la pista de baile se seguía la norma de que se iban asignando por orden de llegada. A veces nos encontrábamos con Vida y Pet, dos de las pocas chicas gais Negras que conocíamos. Ellas preferían la palabra «tortillera», que se adaptaba mucho mejor a su estilo de vida que el de chica gay, pero todavía nos intimidaba un poco la costumbre que tenía la gente de utilizar esa palabra de forma peyorativa. Vida y Pet compartían casa con otra tortillera llamada Gerri, e íbamos a fiestas a su casa, que se hallaba en Queens. Vida y Pet eran mayores que la mayoría de nuestras amigas y estaban más asentadas. Ambas eran muy amables con Muriel y

conmigo, y a veces incluso nos compraban algo de comida cuando no teníamos dinero y nos prodigaban unos cuidados maternales que me irritaban y que al mismo tiempo agradecía, como, por ejemplo, asegurarse después de sus fiestas de que teníamos manera de volver al centro o algún lugar para quedarnos a pasar la noche.

Una cálida tarde de sábado, Muriel y yo estábamos mirando los melones maduros apilados en grandes montones en los puestos de la acera frente a Balducci's. En las aceras de la Greenwich Avenue se extendían cajas y cajones de hermosas y caras frutas y verduras. En aquella calle del Village, en el crepúsculo del incipiente verano, un puñado de impacientes maridos y amantes intercambiaban palabras con las presas, invisibles pero perfectamente audibles, que se encontraban detrás de las rejas de la cárcel de mujeres en el lado oeste de Greenwich Avenue. Había un vaivén de noticias y de palabras cariñosas, sin que a quienes estaban implicados en las conversaciones les afectara que los transeúntes oyeran lo que estaban diciendo acerca de la disponibilidad de abogados, la duración de la estancia, la familia, las condiciones y la calidad inmortal del verdadero amor. La cárcel de mujeres, plantada en medio del Village, siempre nos pareció estar en nuestro campo, cual desafiante bastión de resistencia femenina, siempre presente como recordatorio de lo que era posible y como castigo.

«¿Crees que podríamos pillar un melón?». Se me estaba haciendo la boca agua ante aquella fruta fresca y dulce. Miré hacia Greenwich, que estaba cada vez más llena de transeúntes en aquel atardecer. Tomé una decisión, sintiéndome más audaz que asustada.

«No lo sé, pero vamos a intentarlo. Cogeré uno del lateral y bajaré por la Sexta. Si se pone a correr detrás de mí, grita: "¡Chiiicooo!". Luego nos encontraremos a la vuelta de la esquina en Waverly».

Nos separamos, fingiendo una estudiada indiferencia, y Muriel se acercó a las naranjas, sopesándolas detenidamente. El vendedor se dirigió a ella dispuesto a atenderla. Yo me colé por el otro lado del puesto, a su espalda,

agarré el melón verde dorado y más maduro que vi y eché a correr. Primera norma cuando robas cualquier cosa al aire libre: intenta hacerlo en calles de un solo sentido y corre siempre en dirección contraria al tráfico. Bajé a toda velocidad por la Sexta Avenida, sorteando a los sorprendidos peatones, y giré en Waverly Place a una manzana de distancia, casi sin aliento. Contenta de mi hazaña, me apoyé contra una valla a observar el jugoso botín, a la espera de que llegara Muriel.

De repente una mano me cogió el brazo por detrás. Con el corazón saliéndoseme del pecho, traté de liberarme sin siquiera mirar, agarrada todavía a nuestro melón. ¡Mierda!

«Tranquila, chica. ¡Tienes suerte de que solo sea yo!». Reconocí la voz ronca y cálida de Vida y me sentí profundamente aliviada. Me recosté en la verja, incapaz de hablar. «Ya *me parecía* que eras tú. Voy conduciendo por la Sexta y te veo embalada por ahí, y me digo: "Voy a ver si aparco el coche y averiguo en qué está metida mi colega"».

Muriel venía dando tranquilamente la vuelta a la esquina y se paró en seco, sorprendida al ver a Vida. Las dos intercambiamos rápidas miradas. Aquello no era exactamente lo que nos habría gustado que Vida nos sorprendiera haciendo. No molaba nada, desde luego, que nos hubiera pillado robando fruta un sábado por la tarde. Vida soltó una sonora carcajada.

«Te he dado un susto de muerte, ¿verdad?». Su voz cambió, y dijo en tono sincero: «Bueno, la verdad es que me alegro. Deberíais dejar de hacer chorradas de este tipo, no vaya a ser que la próxima vez no sea yo. Venga, que Pet está en el coche; vamos a dar una vuelta».

Muriel y yo manteníamos interminables conversaciones. Yo sabía con quién iba a pasar el resto de mi vida y, sin embargo, tenía la sensación de que nunca teníamos suficiente tiempo para hablar y compartir y ponernos al día con todas las partes de la otra que habían existido antes de que nos conociéramos. A medida que la novedad que representábamos la una para

la otra se fue desvaneciendo, me maravillaba comprobar el cariño creciente que sentía por el rostro de Muriel. El hecho de estar juntas era una idea maravillosa e inédita sobre la que meditaba incansablemente, analizando y saboreando cada aspecto de lo que significaba estar permanentemente conectada a otro ser humano.

Acostarme y despertarme día tras día junto a una mujer, estar tumbadas en la cama abrazadas, entrando y saliendo del sueño, estar la una con la otra, no como un placer fugaz y robado, no como un lujo insensato, sino como la luz del sol, día tras día, en el curso regular de nuestras vidas.

Yo estaba descubriendo todas las maneras en las que el amor se presenta en la vida cuando dos seres existen en proximidad, cuando dos mujeres se encuentran. Igual que el olor de Muriel en mi jersey y sus cabellos lisos y negros enganchados en mi guante. Una noche me puse a llorar pensando en la suerte que las dos teníamos de habernos encontrado, puesto que estaba claro que éramos las únicas en el mundo que podíamos entender lo que entendíamos de aquella manera tan instantánea en la que lo entendíamos. Ambas coincidíamos en que la nuestra era una unión programada en el cielo, por la que cada una de nosotras ya había pagado con su paso por numerosos infiernos.

Para nuestras amigas más cercanas, éramos Audi y Muriel, sin más definiciones. Para otras amigas, no éramos más que otra pareja enamorada, joven y gay, tal vez algo más peculiar que la mayoría, que andaba siempre dando vueltas por ahí con un cuaderno bajo el brazo, todo el rato. Para las habituales del Colony y del Swing éramos chicas Ky-Ky porque no adoptábamos ningún rol en particular. Y para la pandilla de habituales del Bag, éramos dos bichos raros que hacíamos una pareja perfecta porque Muriel estaba loca y yo era Negra.

Entretanto, Muriel y yo montábamos librerías y celebrábamos sesiones de escritura, y adoptamos dos gatitas Negras famélicas a las que les pusimos los nombres de Crazy Lady y Scarey Lou.[42]

Muriel era la más elegante en lo referente al vestir. Como todas las cosas que se referían a ella, lo que llevaba tenía que ser exactamente como era, según alguna regla secreta que tenía en mente, porque de lo contrario Muriel no salía. Para ella lo importante era que nada contraviniera sus reglas internas; pero las reglas de Muriel eran inflexibles e inamovibles y si en algún momento te enfrentabas a alguna de ellas, no había vuelta de hoja. Descubrir en qué consistían aquellas reglas diversas fue un proceso paulatino.

Cuando yo vivía en Stamford, para ir a trabajar llevaba vaqueros viejos y camisas de hombre. Justo antes del día de Acción de Gracias, compré una tela de pana y la madre de Ginger me ayudó a hacerme una falda para los días de fiesta. Cuando vivía en México, llevaba aquellas faldas amplias y aquellas blusas campesinas que se compraban por todas partes en los mercados de Cuernavaca. Ahora tenía mi ropa heterosexual para trabajar en la biblioteca —dos conjuntos intercambiables de falda, jersey y un par de blusas para el buen tiempo—. Tenía un par de zapatos para ir a trabajar y un traje de lana de corte extravagante que me había hecho con el viejo abrigo que mi hermana me había regalado con ocasión del funeral de nuestro padre. Como nunca llevaba medias, algunos días esperaba el autobús congelada en medio de los vientos helados que bajaban por East Broadway, soñando con la caliente protección de mis vaqueros o de mi pantalón de montar.

Tenía muy poca ropa para mi vida real, pero con el añadido del extravagante armario de Muriel acabamos por disponer de un abanico bastante representativo de los atuendos con los que cabría ver vestida a una joven chica gay. Yo llevaba principalmente vaqueros azules o negros que cada vez más se designaban con el nombre de *jeans*. Me enamoré de un par de pantalones de montar que Muriel me dio, y estos se convirtieron en mi prenda favorita. Pasaron a ser mi uniforme, junto con las camisas de algodón, generalmente de rayas.

Muriel tenía su pantalón de jugadora de casino para el invierno; para cuando hacía mejor tiempo, prefería unos bermudas y calcetines hasta la rodilla, normalmente negros. La elegancia del invierno exigía que nos pusiéramos los jerséis de cuello alto que comprábamos de los excedentes de la marina, e incluso solíamos llevarlos hasta bien entrada la primavera o en cualquier ocasión en la que hubiera aire acondicionado. Me encantaba la profunda y oscura sensación de seguridad de la lana pegada a mi cuerpo y la libertad de la ropa de *sport*. Siempre me imaginaba que me hacía los pechos más pequeños.

Además de en las tiendas del ejército y la marina, por la que ambas sentíamos total pasión, comprábamos la mayor parte del resto de nuestra ropa en la tienda de oportunidades John's. Las dos hallábamos una virtud positiva en el hecho de ser capaces de vivir bien siendo pobres, lo cual requería esfuerzo e imaginación, así como un buen ojo para las auténticas gangas. Cuando John's nos fallaba, siempre estaban los pequeños puestos de Rivington Street y Orchard Street los domingos por la mañana. En aquellas calles adyacentes al mercado público de Essex Street, unos hombres tocados con la kipá[43] pregonaban su mercancía. Unas zapatillas deportivas de saldo por 1,98 dólares o unos jerséis de color uniforme por noventa y nueve centavos eran hallazgos como para sentirse orgullosas.

Estábamos reinventando el mundo juntas. Muriel me abría un mundo de posibilidades que percibía como el legado que me habían dejado los ojos tristes y curiosos y la paciente risa de Eudora. De Eudora había aprendido cómo abordar las cuestiones, cómo estar orgullosa de ser tortillera, cómo amar y cómo vivir para contar la historia, con estilo. Muriel y yo estábamos trasladando a la realidad las lecciones aprendidas.

Cuando recuerdo el tiempo que Muriel y yo pasamos juntas, recuerdo la seguridad que nos dábamos la una a la otra, la sensación de habernos construido un refugio compartido que nos protegía de la tormenta, y el milagro que se producía, basado en la magia y en el trabajo duro. Siempre

recuerdo la sensación de que aquella mañana, aquella vida, podían seguir así para siempre. Recuerdo el dedo arqueado de Muriel, sus ojos profundos y el olor de su piel lechosa. El olor a albahaca. Recuerdo la franqueza de nuestro sentimiento de amor, que era la vara con la que medíamos todo aquello que se denominaba amor y que acabé por identificar como una exigencia legítima entre personas que se aman.

Muriel y yo nos quisimos con ternura y durante mucho tiempo y bien, pero no hubo nadie a nuestro alrededor que sugiriera que tal vez aquella intensidad no siempre estaba bien orientada.

Las dos habíamos anhelado tanto el amor durante tanto tiempo que queríamos creer que el amor, una vez encontrado, era todopoderoso. Queríamos creer que podría expresar mis rabias y mi dolor rudimentarios; que le podría permitir a Muriel enfrentarse al mundo y conseguir un trabajo; que podría liberar nuestra escritura, curar el racismo, acabar con la homofobia y el acné juvenil. Éramos como mujeres hambrientas, que acaban pensando que la comida curará todos sus males presentes y que sanará todas las carencias ligadas a tantos años de privación.

---

[40] Pequeño callejón del sur de Manhattan, situado en Chinatown, entre los puentes de Brooklyn y de Manhattan, cerca de la biblioteca donde trabajaba la autora *(N. de la T.)*.

[41] Alaska adquirió su condición de estado el 3 de enero de 1959 *(N. de la T.)*.

[42] Dama Loca y Lou la Temerosa *(N. de la T.)*.

[43] Gorra que utilizan tradicionalmente los varones judíos *(N. de la T.)*.

27

En aquel verano dorado de 1955, estábamos muy ocupadas y llenas de luz. Durante la semana yo trabajaba en la biblioteca y Muriel montaba camas para Mick y Cordelia al otro lado de la ciudad. El fin de semana lo dedicábamos a escribir, a leer, a estudiar caligrafía china y a recorrer las playas y los bares.

Jonas Salk anunció su nueva vacuna contra la polio en la graduación de mi hermana Helen en el City College y, como muchas de las chicas que conocía del instituto Hunter tenían distintos grados de discapacidad a consecuencia de la polio, aquella noticia tuvo un significado personal para mí.

La vida tenía muchísimos aspectos diferentes. *Jet* era una publicación femenina juvenil que pretendía ser una revista de noticias para gente Negra; yo se la cogía a mi cuñado Henry en mis escasas visitas al Bronx y la leía ávidamente durante el largo viaje al centro en metro, y luego la dejaba disimuladamente en el asiento de al lado cuando salía. Siempre que mencionaba en la biblioteca que escribía poesía, alguien se sentía obligado a citar la obra *Gift from the Sea,* de Anne Morrow Lindbergh, el superventas de aquel año. Guardaba la misma relación con mi trabajo que una vieira con una ballena. Espoleada por Muriel, envié algunos de mis poemas a *The Ladder*, una revista para lesbianas que publicaban las Daughters of Bilitis,

que me dejaron bastante tocada cuando me los devolvieron inmediatamente sin siquiera una nota.

Yo complementaba nuestras lecturas de la biblioteca frecuentando asiduamente las librerías de viejo de la Cuarta Avenida. También Muriel pasaba un montón de tiempo allí, donde los ejemplares de segunda mano de Byron y de Gertrude Stein podían adquirirse en la librería Strand una semana y venderse por algo menos en Pine, situada un poco más abajo en la misma calle, a la semana siguiente. Entonces no había tanto exceso de libros; recuerdo negociar con un ejemplar de Lindbergh que había sido un regalo de cumpleaños a cambio de unos cuantos libros de tapa blanda usados, dos volúmenes de tapa dura de poetas de segunda fila y un primer ejemplar de la revista *MAD* que costaba diez centavos.

En junio Lynn se vino a vivir con nosotras. Aquello no lo habíamos planeado de esa manera, sencillamente salió así. Muriel y yo habíamos vuelto a establecer contacto, con ciertas reservas, con Bea; Lynn había sido su amante; a ella la habíamos conocido aquella escandalosa noche de fin de año.

Se presentó inesperadamente un domingo por la noche a principios de verano procedente de Filadelfia, con sus largos cabellos rubios revoloteando alrededor de su cuello corto y fuerte, con un petate de marinero a reventar colgado de un hombro. Un traje de faena militar todo arrugado cubría sus anchas caderas. Lynn tenía una sonrisa maliciosa y todo el rostro se le arrugaba cuando reía. Era ancha, achaparrada y muy sexi, y estaba en un estado de ánimo espantoso. Tenía la misma edad que yo, veintiún años, pero había llevado una vida muy ajetreada.

El joven esposo de Lynn, estando de permiso del ejército, había muerto abrasado hacía tres meses en un accidente de camión del que había conseguido salvarla a ella. Estaban trasladando las pertenencias de Lynn a casa de su nueva amante en Filadelfia.

Lynn llegó a nuestra puerta sin tener adonde ir. Ella y Bea habían roto por razones que yo conocía de sobra y Lynn había seguido a aquella Lorelei homosexual a Nueva York. Nerviosa por la dexedrina y enloquecida de agotamiento, le daba miedo dormirse por las pesadillas que tenía, de muerte y de agonía y de restos de un siniestro en llamas de los que subían volutas de culpabilidad por la muerte de Ralph.

Nadie que yo conociera había podido permanecer insensible ante la patética historia de aquella valerosa mujercita. Era la ocasión de poner en práctica el tipo de sororidad del que hablábamos y con el que soñábamos para el futuro.

Muriel y yo metimos a Lynn en casa para que viviera con nosotras. Durante un tiempo, aquel verano tuvimos la visión y la práctica de una convivencia colectiva de mujeres que compartían sus vidas, su trabajo y su amor. Casi funcionó. Pero ninguna de nosotras sabía lo suficiente sobre sí misma: no teníamos modelos que pudiéramos seguir, excepto nuestras propias necesidades y nuestros sueños escasamente desarrollados. Aquellos sueños no es que nos orientaran en una dirección equivocada, pero a veces no eran suficientes.

Inclinada sobre el catálogo de la biblioteca, sumida en mis ensoñaciones, me sorprendí pensando en los dientes separados de Lynn y tuve que acabar por reconocerme a mí misma que me sentía físicamente atraída por ella. Estaba asustada y molesta, y también perpleja por aquel extraño e inesperado giro de los acontecimientos. Amaba a Muriel como a mi propia vida; nos habíamos comprometido la una con la otra. ¿Cómo era posible que deseara físicamente a otra mujer? Pero el caso era que la deseaba. Naturalmente, lo que había que hacer era analizar esta nueva situación con todas sus interminables ramificaciones y discutir cada una de ellas en detalle.

Eso fue lo que las tres hicimos, interminablemente, una y otra vez, hasta las tantas de la madrugada. Muriel pensaba que era una idea excitante,

posible en un nuevo mundo de mujeres. Lynn quería acostarse con las dos sin más rodeos. Yo sabía lo que quería, es decir, a las dos mujeres, pero cada una por separado, y puesto que mis deseos eran aparentemente contradictorios, tuve que imaginar alguna manera en la que pudiera tener todo lo que quería sin correr riesgos. Aquello era muy difícil porque estábamos en territorio ignoto.

Lo que estábamos tratando de construir era peligroso y podía tener enormes consecuencias para Muriel y para mí. Pero nuestro amor era lo suficientemente fuerte como para que lo pusiéramos a prueba, lo suficientemente fuerte para proporcionar una base para el amor y para unas relaciones más amplias. Yo siempre decía que creía en la posibilidad de acostarme con mis amigas. Pues bien, ahora tenía una oportunidad de poner en práctica la teoría. Además, cada vez que Lynn soltaba aquella risa suya ligeramente histérica o arrugaba la nariz, las rodillas se me hacían gelatina. Percibía su olor a hojas marchitas de otoño en toda la casa en cuanto abría la puerta del apartamento cuando volvía de trabajar.

Aquellas conversaciones duraban toda la noche. A veces llegaba a la biblioteca sin siquiera haber dormido, con un aspecto completamente demacrado. Contaba que mi novio Oliver padecía una enfermedad incurable, que había estado fatal toda la noche y que su hermana Muriel y yo nos habíamos quedado levantadas para cuidar de él. La señora Johnson, responsable del departamento infantil, me miraba con cara rara, pero nunca decía nada. Creo que ella también era gay.

O sea que, a fin de cuentas, me sentí relativamente aliviada un día cuando, al abrir la puerta de casa regresando del trabajo, me encontré a Muriel y a Lynn recién salidas de la cama donde se habían acostado juntas. Una parte de mí estaba furiosa (¡pero bueno, las manos de otra mujer sobre el cuerpo de Muriel!), y otra estaba asustada (¡caray!, ahora ya no podía seguir haciendo lo del perro del hortelano, que ni come ni deja comer). Pero una parte muy grande de mí estaba sencillamente aliviada de que

hubiésemos ido más allá de las palabras y de que el rumbo que había tomado aquel paso no estuviera en mis manos.

Las tres nos besamos y nos cogimos de la mano y nos comimos la cena que, por primera vez, preparó Lynn. Luego Muriel se fue al Laurel's a tomarse una cerveza y yo descubrí que Lynn era en todo tan deliciosa como yo la había imaginado.

Nuestro nuevo modo de vida exigía una celebración, así que me tomé los dos días siguientes libres. Llamé a la biblioteca y le dije a la señora Johnson que Muriel y yo íbamos a llevar a Oliver a una residencia en Connecticut porque ya no podíamos seguir cuidando de él.

Muriel y yo decidimos que nada podría romper los vínculos que nos unían y, desde luego, no el hecho de compartir nuestros cuerpos y nuestras alegrías con otra mujer a la que también habíamos aprendido a amar. El acostarnos con Lynn se convirtió no en un mero hecho que había que integrar en nuestra convivencia, sino en una prueba, para cada una de nosotras, de nuestro amor y de nuestra amplitud de miras.

Era una visión hermosa, pero un experimento difícil. Al principio, daba la sensación de que Lynn se llevaba la mejor parte. Nosotras dos estábamos totalmente centradas en ella y en sus problemas, así como en su pequeño cuerpo de amazona y en su malicioso erotismo.

Ayudé a Lynn a conseguir un empleo en la biblioteca, en otro departamento. Alquiló un entresuelo en West Bleecker Street para almacenar sus muebles, pero vivía principalmente en la calle 7.

Desde luego, fuimos las primeras que tratamos de practicar aquella forma única de vida para las mujeres, una sexualidad colectiva sin rencor. Al fin y al cabo, nadie más hablaba de ello. Ninguno de los libros de chicas gais que tan ávidamente leíamos había sugerido jamás que nuestra visión, o la alegría que nos procurábamos unas a otras, no fuera algo nuevo. Desde luego Beebo Brinker[44] no vivía aquello. Ni Olga, la de *The Scorpion*. Los ejemplares tan sobados de *Women in the Shadows* y de *Odd Girl Out,* de

Ann Bannon, ni siquiera llegaban a sugerir que los peligros y las tragedias relacionadas con el amor a las mujeres pudieran implicar a más de dos de ellas a la vez. Y, por supuesto, ninguno de aquellos libros mencionaba siquiera las alegrías. Por eso sabíamos que había un mundo de nuestra experiencia como chicas gais que aquellos libros no abordaban, pero eso significaba que tendríamos que escribirlo nosotras, que tendríamos que conocerlo practicando.

Tratamos de hacer que algo de aquello funcionara, con elegancia y con cierta delicadeza.

Muriel, Lynn y yo establecimos normas, unas explícitas y otras tácitas, de cortesía para nosotras mismas que esperábamos que nos permitirían aliviar nuestros sentimientos heridos: «Pensé que dormirías conmigo esta noche». Las presiones de la proximidad: «Shhh, todavía no se ha dormido». Y, por supuesto, una galantería que suscitaba sentimientos de culpabilidad: «Yo me iré primero y luego ya venís vosotras; pero no tardéis demasiado, ¿vale?».

Unas veces funcionaba, y otras no. Muriel y yo tratamos de analizar por qué, interminablemente. Gracias a su frialdad manipuladora, Lynn raramente estaba sin alguna de nosotras durante demasiado tiempo. Cada vez más, se fue convenciendo de que, por mucho que intentáramos hacerlo de otra manera, aquel espacio de la calle 7 era de Muriel y mío, y ella, Lynn, era una invitada deseada y buscada, pero inevitablemente una eterna invitada.

Yo había querido que las cosas fueran distintas. Muriel había querido que las cosas fueran distintas. Lynn había querido que las cosas fueran distintas. Al menos en todos los ámbitos que abordábamos conscientemente. De alguna manera nunca lo fueron, pero ni Muriel ni yo quisimos darnos cuenta, ni de lo injusta que aquella baraja trucada resultaba. Ella y yo nos teníamos la una a la otra; Lynn solo tenía una parte de nosotras, y solo estaba en casa porque lo tolerábamos.

Nunca nos dimos cuenta de ello ni lo articulamos hasta mucho más tarde, a pesar de que lo analizáramos interminablemente y escribiéramos sobre la vida colectiva. Pero para entonces ya era demasiado tarde, al menos en lo que a aquel experimento se refería, para poner en práctica nuestras visiones.

Muriel y yo hablábamos del amor como de un compromiso voluntario, mientras cada una se debatía con los pasos de un viejo baile que no había aprendido de modo consciente, pero que seguía desesperadamente. Lo habíamos aprendido perfectamente en las cocinas de nuestras madres, ambas mujeres poderosas que no cedían fácilmente. En aquellos cálidos lugares de la supervivencia, el amor era un nombre distinto para el control, por muy abiertamente que se procurara.

Un domingo por la noche a principios de agosto, Muriel y yo volvíamos del Laurel's y, al llegar a casa, nos encontramos con que Lynn se había ido. Su petate y las cajas en las que guardaba sus colecciones de recuerdos de sus diferentes vidas habían desaparecido. En el centro de la mesa de la cocina se hallaba el diccionario Cassell de alemán de Muriel, libro en el que guardábamos nuestros ahorros, noventa dólares en aquel momento. Estaba abierto, y las páginas estaban vacías.

Aquellos noventa dólares eran todo el dinero que teníamos, y aquello representó una gran pérdida para nosotras. Nuestra compañera de piso se había ido. Las llaves de la casa habían desaparecido, así como nuestros ahorros. Pero el sueño perdido era todavía mayor.

Ni siquiera muchos años después Lynn fue capaz de explicarnos por qué lo hizo.

---

[44] Nombre de la protagonista de la novela lésbica homónima *Beebo Brinker* (1962), obra de Ann Bannon (seudónimo de Ann Weldy, n. 1932), de la que la autora cita a continuación otros dos títulos (*Women in the Shadows* y *Odd Girl Out*), pertenecientes igualmente a la serie popular de las «Crónicas de Beebo Brinker». *The Scorpion* (1919-1931) es una novela lésbica alemana de Anna Weirauch (1887-1970).

28

Aquel otoño, Muriel y yo nos apuntamos a un curso de poesía norteamericana contemporánea en la New School y yo hice terapia. Había cosas que no entendía y cosas que sentía que no quería sentir, particularmente, aquellas migrañas cegadoras que a veces venían por oleadas.

Y raras veces hablaba. Escribía y soñaba, pero casi nunca hablaba, excepto como contestación directa a una pregunta o para dar algún tipo de instrucción. A medida que Muriel y yo fuimos conviviendo, me hice cada vez más consciente de este hecho.

Con Rhea, como con la mayoría de las personas a las que trataba, mi función fundamental en las conversaciones era la de escuchar. La mayoría de la gente nunca tiene ocasión de hablar todo lo que quiere, y yo sabía escuchar activamente, estando realmente interesada, por lo que motivaba a los demás. (Tal vez luego pudiera llevármelo a mi madriguera y examinar sus vidas en privado y encontrar en ellas algo sobre mí misma).

Muriel y yo nos comunicábamos mucho a través de la intuición y mediante frases sin terminar. Se supone que las bibliotecas son lugares silenciosos, así que en el trabajo no tenía que hablar, excepto para señalar dónde se encontraban los libros y para contar cuentos a las criaturas. En eso era muy buena y me encantaba hacerlo. Era como recitar los interminables poemas que de niña me aprendía de memoria y que me repetía a mí misma

y a cualquiera que quisiera oírlos. Era mi manera de hablar. Para expresar algún sentimiento recitaba un poema. Cuando los poemas que había memorizado empezaron a quedarse cortos, me puse a escribir los míos propios.

También quise volver al *college*. El curso que estábamos haciendo en la New School no tenía demasiado sentido para mí y la idea de estudiar no era algo a lo que me hubiera acostumbrado. Había pasado por el instituto sin hincar los codos y nadie se había tomado la molestia de darse cuenta. Llegué al *college* pensando que una aprendía por ósmosis y concentrándose intensamente en lo que todo el mundo decía. Aquello era una manera de sobrevivir en casa de mis padres.

Cuando dejé el *college,* me dije a mí misma en aquel momento que un año de estudios era más de lo que la mayoría de las mujeres Negras tenían y que, por lo tanto, yo ya les había sacado ventaja. Pero cuando Muriel vino a Nueva York, comprendí que no iba a volver a México a corto plazo y quise sacarme un título. Sabía perfectamente lo que significaba buscar empleo para una mujer Negra sin titulación. Aunque tenía un trabajo que me gustaba, quería algún día dejar de estar a las órdenes de todo el mundo. Y, sobre todo, quería sentirme lo suficientemente libre como para saber qué era lo que quería hacer y hacerlo. No quería ponerme a temblar cada vez que me enfadaba o a llorar cuando estaba furiosa. Y los *colleges* públicos seguían siendo gratuitos.

Empecé la terapia el aniversario del día en que Muriel y yo nos habíamos encontrado, hacía un año.

El día de Acción de Gracias organizamos una gran fiesta para celebrarlo e invitamos a Suzy y a Sis a cenar. Puesto que, incluso con una tarifa de estudiante, la terapia era un lujo, y que solo contábamos con un sueldo para las dos, teníamos el dinero todavía más justo. La víspera del día de Acción de Gracias cogí mi bolsa de cartero y Muriel se puso su chaqueta más suelta y cruzamos la ciudad para ir al supermercado A&P que había cerca de Jim

Atkins, el restaurante del Village que abría toda la noche. Volvimos con un pequeño capón, un kilo de champiñones, una caja de arroz y espárragos. Los espárragos fueron lo más difícil de conseguir y algunas puntas se les rompieron al meterlos tan rápidamente bajo la cinturilla del pantalón de Muriel. Pero conseguimos salir sin problemas y sin que nos descubrieran, y volvimos a casa silbando y satisfechas.

En lo referente a robar comida en los supermercados, yo pensaba que, si la necesitábamos de verdad, no nos pillarían. Y lo cierto es que dejé de hacerlo cuando ya no lo necesité, y nunca me cogieron.

De camino a casa, nos dimos el lujo de comprarnos medio litro de helado de cereza y vainilla para el postre, y Suzy y Sis trajeron el vino. Muriel hizo una tarta italiana con pimienta y huevos y nos dimos un fantástico banquete. Yo saqué todos mis tapetes y rebozos mexicanos y decoré las paredes, las sillas y el sillón de vivos colores. La casa tenía un aspecto y un aroma de fiesta y alegría.

Aquella noche anuncié que había decidido matricularme en las clases nocturnas del *college* para el trimestre de primavera.

Muriel y yo celebramos la Nochebuena, si es que se puede llamar celebrar. Nos intercambiamos nuestros regalos, rezongamos un montón y nos preparamos para ir a casa de nuestras respectivas familias al día siguiente. Envolvimos sus regalos y nos preocupamos por ver lo que podíamos ponernos que no resultara demasiado incómodo y que al mismo tiempo fuera lo suficientemente presentable para evitar preguntas y comentarios.

El día de Navidad, tras muchos besos y largos abrazos, Muriel se fue a Stamford y yo al Bronx, a casa de mi hermana Phyllis, a comer con ella, Henry y las niñas, junto con mi madre y Helen. Phyllis tenía una familia y una casa de verdad, no un apartamento, por lo que teníamos acordado tácitamente que las Navidades se celebraran en su casa. Aquello me evitaba tener que enfrentarme otra vez de manera directa con la casa de mi madre y

me daba una oportunidad de disfrutar de mis dos sobrinas, a las que quería mucho, pero a las que no veía con demasiada frecuencia. Hice muchos planes para que más adelante vinieran a la calle 7, pero nunca llegaron a venir.

Las Navidades se las dedicábamos a nuestras familias; Fin de Año era para nosotras. Se trataba de dos mundos separados. Mi familia sabía que tenía una compañera de piso que se llamaba Muriel, y eso era prácticamente todo. Mi madre había conocido a Muriel y, como de costumbre desde que me había marchado de su casa, sabía que era más prudente no hacer ningún comentario sobre mi vida personal. Pero mi madre era capaz de «no hacer comentarios» de una manera más elocuente y hostil que cualquier otra persona de las que yo conocía. Muriel y yo habíamos ido a cenar a casa de Phyllis en cierta ocasión y, fuera lo que fuera lo que Phyllis y Henry pensaran de nuestra relación, no habían dicho nada. En general, mi familia solo se permitía enterarse de aquello que le interesaba y yo no les empujaba más allá mientras me dejaran en paz.

En Nochevieja, Muriel y yo fuimos a una fiesta a casa de Nicky y Joan. Vivían en una casa de fachada de piedra arenisca a la altura de la calle ochenta y tantos, cerca de Broadway. Nicky era escritora y había trabajado para una revista de moda y Joan era secretaria en la compañía de seguros Metropolitan Life. Nicky era menuda y enjuta y Joan era delgada y hermosa, con unos oscuros ojos de spaniel. A diferencia de Muriel y de mí, iban muy decentes y elegantes con su ropa convencional, y por ello y porque vivían tan arriba en la parte alta de la ciudad, era como si vivieran una vida mucho más convencional que la nuestra. En cierto modo era así, particularmente en el caso de Nicky. Joan hablaba de dejar su trabajo y de dedicarse a holgazanear una temporada. Yo envidiaba su libertad de elección, que le permitía plantearse semejante opción, sabiendo que conseguiría otro trabajo siempre que quisiera. Aquello era lo que significaba ser blanca y saber escribir a máquina.

Estaba previsto que aquello fuera una gran celebración de Fin de Año y no un sencillo «venid-con-lo-puesto». Nunca me gustaron demasiado las fiestas y Muriel y yo no las dábamos, aunque había empezado a disfrutar de verdad de las fiestas en Queens a las que íbamos con Vida, Pet y Gerri. En aquellas fiestas que daban mujeres Negras siempre había un montón de comida y de baile y de porros y de risas y de buen rollo. Vida, con su voz dramática y su sentido del absurdo, y Pet, con sus pies nerviosos que nunca estaban quietos, te hacían más fácil olvidar la timidez y moverte al ritmo de la música y la risa. Fue en aquellas fiestas donde por fin aprendí a bailar.

Las fiestas de Joan y Nicky eran distintas. No solía haber demasiada música y, cuando la había, no era de baile. Siempre había un montón de vino, tanto tinto como blanco, porque Nicky y Joan eran más del estilo bermudas que de vaqueros. Una de las diferencias claras entre los dos estilos era si se bebía vino o alcohol más fuerte. A mí beber más de un vaso de vino de cualquier tipo me daba ardor de estómago y, además, el vino era demasiado seco para mi gusto. No era sofisticado que te gustara el vino dulce y este se convirtió en otro de mis vicios secretos, junto con los helados cremosos, a los que solo me entregaba en compañía de amigas leales y verdaderas.

Y nunca había bastante comida. Aquella noche, para las celebraciones, una mesa magníficamente arreglada adornaba todo un rincón de su hermoso salón de techos altos. Sobre un viejo mantel de lino que había pertenecido a la madre de Nicky, y sobre unos tapetes de fieltro color escarlata, había platitos de patatas fritas, de *pretzels*, de galletitas saladas y de diferentes quesos, un cuenco con una salsa de nata agria y cebolla hecha con un sobre de sopa de cebolla Lipton y unos platitos de caviar rojo rodeados de servilletitas verde claro. Había aceitunas, apio y pepinillos en las esquinas de la mesa y, en distintos rincones de la habitación, cestitas de avellanas, almendras y cacahuetes. Yo seguía pensando en las salchichas de carne de cerdo envueltas en beicon, las alitas de pollo fritas, la ensalada de patatas y

el pan de maíz caliente de casa de Gerri y en su última gran fiesta, sabiendo que no era una cuestión de dinero, porque el caviar rojo costaba mucho más que las alitas de pollo.

En aquel salón reinaba un ambiente contenido. Las mujeres estaban reunidas principalmente en grupitos y hablaban en voz baja, el sonido de la moderación —denso y pesado como el humo en el aire—. Observé la ausencia de risas solo porque siempre he pensado que las fiestas tenían que ser supuestamente divertidas, aunque a mí no me lo parecieran especialmente y nunca supiera qué decir. Me entretuve contemplando las estanterías de libros que forraban las paredes de la habitación.

Muriel circulaba a sus anchas. Daba la sensación de estar en su salsa, con su voz suave y su risita en cascada, yendo de grupo en grupo con la botella de cerveza y el cigarrillo en la mano. Yo, incómoda, contemplaba los libros perfectamente consciente de estar sola. Pat, una amiga de Nicky de la revista, se acercó a mí y empezamos a hablar. Yo la escuché agradecida y aliviada.

Muriel y yo nos marchamos de la fiesta poco después de medianoche y caminamos hasta la boca del metro situada en Central Park West cogidas del brazo. Daba gusto estar fuera y al aire frío y seco, incluso sentirnos ligeramente cansadas. Jugueteamos un poco por las calles desiertas, hablando y riéndonos de cosas absurdas y bromeando acerca de nuestras amigas de la parte alta de la ciudad, a las que les gustaba el vino seco. De vez en cuando, el sonido repentino de un matasuegras salía de alguna ventana alegremente iluminada, abierta para la fiesta.

En el frío que daba como bocados de la última noche del año, a solas ahora con Muriel, algo poderoso y prometedor se estiraba dentro de mí, y me sentía excitada y alegre. Pensé en otras noches de Fin de Año que había pasado, sola o deambulando por Times Square. Me sentí muy afortunada, muy bienaventurada.

Apreté la mano de Muriel y noté que me devolvía el apretón. Estaba enamorada, empezaba un nuevo año y la forma del futuro era una estrella que se dilataba. Hacía un año que Muriel y yo habíamos cerrado la puerta de la calle 7 al marcharse Rhea, habíamos apagado el fuego de la cafetera en el hornillo y nos habíamos acostado juntas, corazón contra corazón. Aquel era nuestro primer aniversario.

Nos fuimos a casa e inauguramos el año como se debía, hasta que el alba cantó al ritmo de nuestros cuerpos, de nuestro ardor.

Más tarde, nos levantamos y Muriel preparó una enorme cacerola de judías pintas con arroz, plato que le había enseñado a cocinar Lion, la amiga de Suzy de Filadelfia, y del que se sentía muy orgullosa. Me hacía mucha gracia verla afanándose en la cocina, con las mejillas coloradas y blandiendo la cuchara de madera con ademán de triunfo cuando el plato alcanzó la consistencia precisa sin llegar a pasarse.

Cayó la noche y, cuando empezaron a aparecer nuestras amigas por casa, intercambiamos nuestros buenos deseos y comimos y comimos. Algunas de aquellas mujeres tenían resaca, otras estaban deprimidas y otras, sencillamente, muertas de sueño por haber estado de juerga toda la noche y por pensar que al día siguiente había que ir a trabajar. Pero todas coincidimos en que el plato de Muriel era el mejor arroz con judías pintas que habíamos comido jamás y que aquel año iba ser estupendo para todas.

Nicky y Joan fueron las últimas en marcharse. Cuando lo hicieron, Muriel y yo pusimos los platos y los cacharros a remojo en la parte tapada del fregadero y volvimos a meternos en la cama con nuestros cuadernos y escribimos sobre el Año Nuevo. Muriel eligió un tema: «Un hombre del país donde no vive nadie». Cuando acabamos, nos intercambiamos los cuadernos y leímos lo que la otra había escrito antes de pasar al tema siguiente.

Muriel había escrito:

Año 1955

Audi	*Yo*
tiene un trabajo nuevo	
ha empezado la terapia	
ha enviado unos poemas	¡NADA!
va a volver a estudiar	

Me quedé mirando fijamente y en silencio aquella página de cuaderno, sintiendo como si me hubieran echado un jarro de agua fría. Extendí el brazo y le cogí la mano. Estaba fría y quieta entre mis dedos, sin movimiento. No sabía qué decirle a Muriel. La idea de que alguien pudiera compararse conmigo y sentirse menos que yo me resultaba verdaderamente desconcertante. El hecho de que fuera mi amada Muriel la que lo estuviera haciendo era sencillamente aterrador.

Yo me imaginaba nuestra vida como una exploración mutua, una progresión en la fuerza de nuestro amor. Pero mientras leía y releía aquellas tristes líneas en su cuaderno, me di cuenta de que Muriel solo veía nuestro devenir común desde la perspectiva de mis logros, que, en cierta medida, definían sus incompetencias. No eran triunfos mutuos, decía el cuaderno en términos irrefutables, y no había nada que ni yo ni nuestro amor pudiéramos hacer para protegerla de las implicaciones de aquella verdad, tal como ella la veía.

29

Bajé los tres escaloncitos que conducían al Bagatelle una noche de fin de semana de 1956. Había una puerta interior que guardaba el portero del local, aparentemente para desanimar a los intrusos masculinos y heterosexuales que venían a cotillear entre las «bolleras», pero en realidad también para no dejar entrar a aquellas mujeres consideradas «indeseables». Y con demasiada frecuencia «indeseable» significaba «Negra».

Tres filas de mujeres rodeaban la barra y las mesas, hasta el arco que llevaba a la minúscula pista de baile. A las nueve de la noche la pista ya estaba repleta de cuerpos de mujeres que ondulaban lentamente al ritmo de la gramola que tocaba música de Ruth Brown:

When your friends have left you all alone
and you have no one to call your own.[45]

O de Frank Sinatra:

Set'em up, Joe
I got a little story...[46]

Mientras me abría camino entre las mujeres que ligaban a la entrada o que bailaban una canción lenta en la pista, en la parte de atrás, con aquel olor a humo de cigarrillo, a música y a gomina que revoloteaban como el incienso en el aire cargado, me costaba pensar que mi marginalidad tuviera que ver con el hecho de que fuera lesbiana.

Pero después de que, una semana tras otra, yo, mujer Negra, no viera reflejo alguno en ninguno de los rostros que allí acudían, supe perfectamente que ser una intrusa en el Bagatelle estaba totalmente relacionado con el hecho de ser Negra.

La pequeña sociedad que evolucionaba dentro de los confines del Bagatelle reflejaba todas las ondas y corrientes de la sociedad en general que había engendrado aquel local y que permitió que sobreviviera tanto tiempo como lo hizo, vendiendo copas aguadas a precios inflados a tortilleras solitarias que no tenían otro lugar donde encontrarse ni otra manera de conocer gente.

Más que la idílica imagen creada por una falsa nostalgia, la década de 1950 fue realmente un periodo de reflexión de la América blanca y heterosexual, con su «finjamos que somos felices y que este es el mejor de todos los mundos posibles, y si esos asquerosos comunistas se atreven a decir lo contrario, los mandaremos al infierno».

Los Rosenberg habían sido ejecutados, se había inventado la radio de transistores y la lobotomía frontal era la solución al uso para cualquier desviación persistente. Para algunos, Elvis Presley y sus ritmos robados a los Negros se convirtieron en el arquetipo del anticristo.

Los males de crecimiento de la joven América, dentro del Bagatelle, se traducían en los conflictos de atuendo entre los vaqueros y los bermudas. Luego, por supuesto, estábamos las que quedábamos entre medias, debido a nuestro talento, a nuestra locura o a nuestro color.

La distinción entre «mamás» y «papás» era una parte importante de las relaciones entre lesbianas en el Bagatelle. Si le pedías que bailara contigo a la mujer equivocada, podías acabar con una nariz rota del puñetazo que te daría en el callejón que había al final de la calle su marimacho, que te seguiría cuando salieras del Bag precisamente con ese propósito. Era mejor no meterse en líos. Se suponía que nunca tenías que preguntar qué era quién, y por eso se le daba tanta importancia a llevar el atuendo correcto. Se

suponía que cualquier chica gay adecuadamente vestida te daba suficientes claves para que lo supieras.

Sin embargo, para alguna de nosotras asumir un rol reflejaba todas las actitudes de desvalorización de las mujeres que odiábamos en la sociedad heterosexual. Era el rechazo de aquellos roles lo que nos había inducido a «la vida» inicialmente. Instintivamente, sin tener una teoría ni una posición política ni una dialéctica particular, identificábamos cualquier opresión como tal opresión, independientemente de su origen.

Pero aquellas lesbianas que se habían abierto un nicho en el supuesto mundo de la dominación/subordinación rechazaban lo que denominaban nuestro «confuso» estilo de vida, y constituían la mayoría.

Felicia se retrasó tanto el domingo por la tarde para nuestra clase de fotografía que Muriel y yo nos marchamos al Laurel's sin ella porque los domingos había que llegar pronto para conseguir algo de comer. El Swing Rendezvous había cerrado su servicio de restaurante, pero en el Laurel's los domingos por la tarde había un *brunch* gratis con cualquier consumición, lo cual significaba que podías comer hasta hartarte. Muchos de los bares gais utilizaban aquel reclamo para captar clientes los domingos por la tarde, generalmente un momento de escasa actividad, pero el Laurel's era el que mejor comida ofrecía. Tenían un cocinero chino de innegable talento que no paraba de sacar platos. Una vez que se corrió la voz, todos los domingos a las cuatro de la tarde había una cola de chicas gais enfrente del Laurel's, fumando y hablando y tratando de fingir que todas habían llegado allí a aquella hora de pura casualidad.

Cuando el establecimiento abría sus puertas, se producía una discreta aunque decidida estampida, primero hacia el bar y luego hacia la mesa de la comida, colocada al fondo del salón. Tratábamos de mantener nuestra frialdad, fingiendo que las costillas a la barbacoa con salsa agridulce de melocotón y albaricoque, o las suculentas gambas rosas bañadas en una espesa salsa de langosta dorada, adornadas con trocitos de chalote verde y

de tiritas de huevo revuelto amarillo brillante, con los pedacitos de cerdo y de cebolla que flotaban en su superficie, no nos importaban nada. Había rollitos de primavera crujientes y tostados llenos de taquitos de jamón, pollo y apio, todo ello frito con un poquito de pasta de sésamo. Había bocaditos de pollo frito y, de vez en cuando, algún manjar especial, como langosta o cangrejo fresco. Solo las primeras afortunadas conseguían probar aquellos platos especiales, por lo que valía la pena estar a la cabeza de la fila y renunciar a la imagen de serena indiferencia.

Éramos hembras jóvenes y sanas, afortunadamente, con más viveza que la mayoría de nuestras pares, mujeres robustas y activas, con la sangre siempre hirviendo y los bolsillos siempre vacíos; y una comida gratis en un entorno cordial —es decir, con otras lesbianas— era un gran lujo para muchas de nosotras, aun cuando lo consiguiéramos a cambio de una botella de cerveza que costaba cincuenta céntimos, hecho que suscitaba muchas quejas.

En el Laurel's no estaba permitido bailar, por lo que nunca llegó a ser tan popular como el Bag, excepto los domingos por la tarde. Muriel lo prefería porque siempre estaba más tranquilo. Trix gestionaba el negocio y siempre trataba bien a «sus chicas». Pequeña y dura, con un moreno de Florida permanente y un acento del Bronx, se encariñó con Muriel y conmigo y de vez en cuando nos invitaba a una cerveza y se sentaba y hablaba con nosotras si no había demasiada gente.

Todas sabíamos cuál era la situación de los bares de chicas, cómo entraban y salían de nuestra existencia con implacable regularidad y quién se beneficiaba realmente de ellos. Pero Trix era guapa y lista y dura y amable al mismo tiempo, y su permanente bronceado la hacía particularmente atractiva a mis ojos. Se parecía a uno de esos demonios de piel lisa que solían poblar mis pesadillas en aquel periodo.

En realidad, la vida útil de la mayoría de los bares gais era inferior a un año, con la notable excepción de algunos pocos, como el Bag. El Laurel's

siguió la senda de todos los demás bares gais —la misma que el Swing, el Snooky's y el Grapevine, el Sea Colony y el Pony Stable Inn—. Todos ellos cerraron aproximadamente al cabo de un año, mientras que otros abrían y se ponían de moda en cualquier otra parte de la ciudad. Pero durante aquel año el Laurel's fue un lugar importante para aquellas de nosotras que nos encontrábamos allí y nos hacíamos en él un breve espacio propio. Aquello era un poco como una familia.

En las tardes estivales de domingo, Muriel y yo nos marchábamos temprano de la playa gay de Coney Island o de Riis Park, volvíamos a casa en metro a tiempo de arreglarnos y vestirnos y llegar tranquilamente al Laurel's para comer a las cuatro de la tarde. Yo tuve mi primer enfrentamiento abierto acerca del color de mi piel con una chica gay un domingo por la tarde en el Laurel's.

Muriel y yo habíamos vuelto aquel día de Riis Park, llenas de sol y de arena. Hicimos el amor con la piel todavía llena de sal: luego nos dimos un baño, nos lavamos el pelo y nos preparamos para salir. Me puse mis descoloridos pantalones de montar de pana con la entrepierna de ante y un jersey azul pálido de manga corta que había comprado al principio de aquella semana en el John's de la Avenida C por sesenta y nueve centavos. Tenía la piel bronceada por el sol y reluciente y rojiza por el calor y por haber hecho mucho el amor. Tenía el pelo recién cortado y lavado, con aquella particular textura crujiente que siempre adquiría al calor permanente del verano. Estaba caliente e inquieta.

Salimos al calor del sol de una tarde de agosto y nos metimos en el repentino frescor y la penumbra de las escaleras por las que se bajaba al Laurel's. Allí estaba Muriel con sus bermudas negros y su camisa, pálida como un fantasma, con su eterno cigarrillo en la mano. Y yo iba a su lado, satisfecha de mí misma y consciente de que era gorda y Negra y estupenda. No teníamos equivalente ni categoría, y aquel día fui consciente de que eso

me hacía sentirme muy orgullosa, y peor para quienes nos miraran por encima del hombro.

Después de que Muriel y yo nos hubiéramos servido la comida y la cerveza y hubiéramos ocupado una de las mesas, Dottie y Pauli se sentaron con nosotras. Las veíamos con mucha frecuencia en el Bag y en el supermercado de la Avenida D, pero nunca habíamos estado en su casa ni ellas en la nuestra, excepto a comer el día de Año Nuevo, cuando venía todo el mundo.

«¿Dónde os habéis metido, chicas?». Pauli sonrió ingenuamente, con su cabello rubio y sus ojos azules incandescentes, a juego con la camisa color turquesa de cuello mao que llevaba puesta.

«Riis. La playa gay». El dedo de Muriel se arqueó sobre la botella y le dio un trago. Ninguna de nosotras utilizaba vaso, cosa que nos parecía propia de mariquitas, aunque yo a veces echaba de menos usar uno porque el frío de la cerveza me hacía daño en los dientes.

Pauli se dirigió a mí. «Oye, menudo moreno tan estupendo tienes. No sabía que los Negros se pusieran morenos». Su gran sonrisa pretendía subrayar que aquella observación era una broma.

Mi forma de defenderme en aquel tipo de situaciones solía consistir en ignorar los comentarios, en dejarlos pasar. Dottie Daws, probablemente por su propio nerviosismo, suscitado por la referencia de Pauli a lo innombrable, no lo dejó pasar. E insistió una y otra vez en mi estupendo bronceado. Comparó su brazo con el mío. Se sacudió la melena rubia, diciendo a quienquiera que quisiera escuchar que ojalá tuviera un moreno como el mío en lugar de quemarse la piel y que yo no sabía la suerte que tenía de poder ponerme así de morena. Me empecé a cansar y luego me puse a temblar de rabia, saturada de aquello, fuera cual fuera su intención.

«¿Y cómo es que nunca hablas tanto de mi bronceado natural la mayor parte de los días, Dotttie Daws? ¿Cómo es eso?».

Hubo un momento de silencio en la mesa, marcado únicamente por la risita oscuramente apreciativa de Muriel, y afortunadamente pasamos a otro tema. Yo seguía temblando por dentro. Aquello nunca se me ha olvidado.

En los bares de ambiente echaba de menos que hubiera más mujeres Negras, sin que nunca llegara a expresar aquella necesidad. Durante cuatrocientos años en este país, las mujeres Negras habíamos aprendido a considerarnos unas a otras con desconfianza. En el mundo gay las cosas no eran distintas.

La mayoría de las lesbianas Negras estaban en el armario, acertadamente conscientes de la falta de interés de la comunidad Negra por nuestra posición, así como de las amenazas mucho más numerosas e inmediatas contra nuestra supervivencia como personas Negras en una sociedad racista. Ya era bastante difícil ser una persona Negra, ser Negra y mujer, ser Negra y mujer y gay. Ser Negra y mujer y gay y estar fuera del armario en un entorno de gente blanca, incluso a los efectos de bailar en el Bagatelle, era visto por parte de muchas lesbianas Negras como un simple suicidio. Y si estabas lo suficientemente loca como para hacerlo, pronto te volverías tan dura que nadie se acercaría a ti. Yo a menudo me sentía desanimada por su sofisticación, su ropa, sus modales, sus coches y sus *femmes*.

Las mujeres Negras que solía ver por el Bag desempeñaban los roles duros, y aquello me asustaba. Esto se debía en parte al temor a mi propia Negritud reflejada como en un espejo y en parte a la realidad de aquella mascarada. Su necesidad de poder y de control se me antojaba una parte demasiado visible de mí misma, disfrazada con la ropa del enemigo. Eran duras de una manera que me parecía que yo nunca podría llegar a serlo. Y aun cuando no lo fueran, su instinto de autoprotección les aconsejaba que fingieran serlo. Por las distorsiones de la belleza que había impuesto el racismo estadounidense blanco, las mujeres Negras que hacían de *femme* tenían muy pocas posibilidades en el Bag. Había una competencia constante entre las marimachos, pues todas querían tener a la «*femme* más

despampanante» colgada del brazo. Y «despampanante» se definía según las pautas del mundo blanco y masculino.

Para mí, ir al Bag sola era como entrar en una anómala tierra de nadie femenina. Yo no era lo suficientemente mona ni pasiva para ser una *femme*, ni era lo suficientemente malvada y dura para ser una marimacho. Las demás me evitaban. Las personas que no son convencionales pueden resultar peligrosas, incluso en la comunidad gay.

A excepción de Felicia y de mí misma, las demás mujeres Negras del Bag venían protegidas por un despliegue de todos los símbolos de poder que tuvieran a su alcance. Independientemente de lo que hicieran durante la semana, los viernes por la noche, cuando aparecían Lion o Trip, a veces con mujeres del brazo lujosamente vestidas, y otras veces solas, llamaban la atención e inspiraban respeto. Eran unas arrogantes con gran dominio de sí mismas que llevaban tacones muy altos, iban espléndidamente vestidas, conducían coches descapotables, pagaban rondas de bebida a sus amigas y solían controlar la situación.

Pero a veces ni siquiera *ellas* conseguían entrar, a menos que el portero las reconociera.

Mis amigas y yo éramos las *hippies* del circuito de chicas gais antes de que se acuñara la palabra. Muchas de nosotras acabamos palmándola o volviéndonos locas, y muchas de nosotras nos agotamos por tener que luchar en tantos frentes. Pero las que logramos sobrevivir nos hicimos fuertes. Las mujeres Negras con las que me crucé en el Village en aquellos años tuvieron algo, mucho o poco, que ver en mi supervivencia, aunque solo fuera como una cabeza más que contar en el Bag un viernes por la noche.

Las lesbianas Negras del Bagatelle se enfrentaban a un mundo apenas menos hostil que el mundo exterior con el que teníamos que bregar todos los días afuera —ese mundo que nos definía como doblemente nada porque

éramos Negras y porque éramos Mujeres—, ese mundo que hacía que nos subiera la tensión y que alimentaba nuestras rabias y nuestras pesadillas.

La integración temporal en la industria facilitada por el esfuerzo bélico y el mito igualitario de Rosie la Remachadora[47] había terminado abruptamente con el fin de la Segunda Guerra Mundial y con el regreso masivo de las mujeres estadounidenses a su rol de amita de su casa. Por lo que yo veía, las chicas gais eran las únicas mujeres, Negras o blancas, que, en la década de 1950, incluso hablaban unas con otras, fuera de la retórica huera del patriotismo y los movimientos políticos.

Negras o blancas, Ky-Ky, marimachos o *femmes*, lo único que con frecuencia compartíamos, aunque en proporciones variables, era que nos atrevíamos a establecer contacto en nombre de las mujeres y que aquello lo considerábamos como nuestro poder y no como nuestro problema.

Todas aquellas que sobrevivimos a esos años comunes teníamos que ser un poco raras. Le dedicábamos muchísimo tiempo a nuestra joven feminidad y tratábamos de definirnos a nosotras mismas como mujeres que nos identificábamos como tales incluso antes de saber que aquellas palabras existían y, mucho menos, que hubiera oídos interesados en escucharlas más allá de nuestras fronteras inmediatas. Todas aquellas que sobrevivimos a ese periodo común debemos sentirnos un poco orgullosas. Muy orgullosas. Permanecer enteras y seguir nuestro camino, por mucho que nos tambaleáramos, era como tratar de interpretar el canto de guerra de Dinuzulu o una sonata de Beethoven con un pequeño silbato para perros.

El mensaje importante era, al parecer, que tenías que tener un lugar propio. Se correspondiera o no con lo que sentías que eras, tenía que existir un lugar en el que pudieras reabastecerte de combustible y hacerte una revisión de chapa.

En tiempos de necesidad y de gran inestabilidad, aquel lugar se convirtió más en una definición que en la esencia de la razón por la que, en primer lugar, lo habías necesitado. A veces el retiro se convertía en la realidad. Los

escritores que adoptaban una pose en los cafés hablando de su obra hasta el agotamiento, sin llegar a escribir dos palabras seguidas; las lesbianas, viriles como hombres, que odiaban con rabia a las mujeres y su propia feminidad. Los bares y los cafés y las calles del Village en la década de 1950 estaban llenos de inconformistas mortalmente aterrorizadas de enfrentarse a ese grupo en el que tanto les había costado integrarse, por lo que al final estaban desgarradas entre el grupo y sus necesidades individuales.

Para algunas de nosotras no existía un lugar particular y específico, sino que cogíamos lo que podíamos donde lo encontráramos: espacio, tranquilidad, silencio, una sonrisa, una ausencia de juicio.

Ser mujeres juntas no era suficiente. Éramos diferentes. Ser chicas gais juntas no era suficiente. Éramos diferentes. Ser Negras juntas no era suficiente. Éramos diferentes. Ser mujeres Negras juntas no era suficiente. Éramos diferentes. Ser tortilleras Negras juntas no era suficiente. Éramos diferentes.

Cada una de nosotras tenía sus propias necesidades y afanes, y muchas alianzas distintas. La autoconservación nos advertía a muchas de nosotras de que no podíamos permitirnos acomodarnos a una definición fácil, a una representación limitada de nuestra individualidad. En el Bag, en el Hunter College, en Harlem, en la biblioteca, había una parte de mi yo real vinculada a cada lugar, y que crecía.

Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que nuestro lugar era el hogar mismo de la diferencia más que la seguridad de cualquier diferencia en particular. (Y con frecuencia éramos cobardes en nuestro aprendizaje). Tardamos años en aprender a utilizar la fuerza que esa supervivencia diaria puede conferirte, años en aprender que el miedo no tiene por qué inhabilitar y que podíamos apreciarnos unas a otras en términos que no necesariamente tenían que ser los nuestros.

Las chicas gais Negras que frecuentábamos los bares para chicas del Village en la década de 1950 conocíamos nuestros respectivos nombres, pero no solíamos mirarnos a nuestros ojos de Negras por miedo a ver nuestra propia soledad y nuestro propio poder debilitado en aquella búsqueda de oscuridad. Algunas de nosotras morimos en los espacios interiores entre los espejos y aquellas miradas desviadas.

Hermanas intrusas. Didi y Tommy y Muff e Iris y Lion y Trip y Audre y Diane y Felicia y Bernie y Addie.

Addie tenía la belleza de una Mari Evans,[48] un alma hermana perdida. Arrastrada, como lo fuimos todas, encontró salidas que a algunas de entre nosotras todavía nos eran ajenas —más duras, menos ocultas—.

Aquel domingo por la tarde, mientras Muriel y yo esperábamos a que llegara Flee para que nos diera la clase de fotografía, Addie estaba introduciendo a Flee en la heroína en un apartamento prestado al otro lado de la Segunda Avenida.

---

[45] Cuando tus amigos te han dejado solo/ y no tienes a nadie a quien recurrir.

[46] Ocúpate de esos, Joe/ Tengo una pequeña historia…

[47] En inglés, Rosie the Riveter, icono cultural de Estados Unidos que representa a la mujer estadounidense empleada en la industria bélica durante la Segunda Guerra Mundial *(N. de la T.)*.

[48] Mari Evans (n. 1923), poeta afroamericana estadounidense *(N. de la T.)*.

30

La primavera de 1956 se presentó con una plétora de ambiguos presagios. Había interrumpido la terapia porque andábamos muy escasas de dinero. Lo que había parecido justo lo suficiente para sobrevivir el año anterior se había reducido debido a la inflación o a la recesión o a como fuera que llamaran a aquel fenómeno en *The New York Times*. Andar hurgando en mis estructuras personales se había convertido en un lujo que ya no me podía permitir. La psicoterapia era el último gasto prescindible. Ni Muriel ni yo abordamos el tema de la incapacidad de esta para buscar trabajo. Ella no abordaba el desprecio que sentía por sí misma y yo no abordaba mi resentimiento. Mi profe de fisiología en el instituto Hunter, queriéndome ayudar económicamente, me ofreció un empleo como criada interna en su casa de Park Avenue.

La noche anterior a mi última sesión de terapia, soñé que Muriel y yo estábamos de pie esperando el tren en una estación de metro color azul oscuro. Hay grupos de gente, pero nos dan la espalda y no consigo ver sus rostros. Cuando el tren entra en la estación, Muriel cae del andén a la vía bajo las ruedas del tren. Yo permanezco en el andén, incapaz de hacer nada, mientras el tren la arrolla, y mi corazón se rompe bajo esas ruedas. Me despierto llorando y con una sensación inexpresable de duelo que no se desvanece.

Muriel estaba teniendo problemas para dormir. Noche tras noche se iba a sentar al sofá de la habitación del medio, donde leía, fumaba y escribía en su diario y yo a veces me despertaba y la oía hablando sola. Tardé en descubrir la desesperación de aquellas alucinaciones que me ocultaba tras la ira o el humor.

Otras noches se quedaba bebiendo por los bares y volvía cuando yo ya me había dormido. Me despertaba y miraba a través de la puerta de nuestro dormitorio y la veía, noche tras noche, apoyada en los cojines del sofá apilados contra la pared. Su querida cabeza oscura se recortaba en el círculo de la luz, con Crazy Lady y Scarey Lou arrebujadas contra el calor de sus muslos. A veces sentía que nos habíamos perdido tanto la una a la otra que me parecía que una de las dos se había muerto.

Por la mañana, cuando me levantaba para arreglarme e irme al trabajo, la encontraba dormida en el sofá, con aspecto agotado y vulnerable, su pálida mano todavía agarrada al libro que se le había caído sobre el pecho y con las dos gatitas enrolladas y dormidas sobre su tripa. Se estaba quedando cada vez más delgada porque comía cada vez menos, y siempre decía que no tenía hambre, aunque a mí me parecía muy peligroso que se sustentara exclusivamente de cerveza y cigarrillos. Yo apagaba la lámpara que estaba por encima de su cabeza, la arropaba con las mantas y me iba a trabajar.

Qué será, será
Whatever will be, will be…

La primavera llegó con extraordinario fervor y los sonidos de la interpretación a voz en cuello de Doris Day del *Qué será, será* salían de todas las gramolas y aparatos de radio de los bares y cafeterías.

Una fresca noche de domingo de principios de abril, Muriel y yo nos encontramos con Jill, mi antigua compañera de clase, que cruzaba East Houston Street, envuelta en un chaquetón marinero desgastado al que le sobraban dos tallas. Hacía casi dos años que no la veía, desde que ella y las

Marcadas habían utilizado mi apartamento de Spring Street cuando me había marchado a Stamford a trabajar. Las dos éramos jóvenes poetas renegadas y muy decididas, por lo que las dos teníamos muchas cosas en común más allá de nuestras diferencias. También había un montón de cuestiones pendientes que nos separaban. Por eso permanecíamos a la defensiva, al tiempo que apreciábamos los planteamientos de la otra.

Jill iba de camino al despacho de abogados de su padre, situado en el centro de la ciudad, para utilizar sus máquinas de escribir eléctricas fuera de las horas de oficina. Muriel y yo la acompañamos y, después de aquello, durante varios domingos, escribimos nuestros poemas y temas en elegantes máquinas IBM. Entre Jill y yo había una especie de tregua circunspecta, como si hubiésemos decidido olvidar lo ocurrido sin hablar de ello, como si las conexiones y las historias que compartíamos fueran suficientes para colmar nuestras diferencias. Al menos Jill era también una luchadora, otra intrusa confirmada. De niñas, habíamos crecido acunadas por los ecos subliminales de las charlas al amor de la lumbre de Franklin Delano Roosevelt y su inquebrantable optimismo. Las dos habíamos absorbido parte de sus recetas para progresar: en tiempos difíciles, haz algo. Si funciona, sigue haciéndolo. Si no funciona, haz otra cosa, pero sigue haciendo algo.

Una noche de la semana siguiente, cuando salía de mi clase de alemán, oí a alguien que me llamaba por mi nombre. Me di la vuelta sorprendida y vi a Toni, la antigua campeona deportiva del instituto Hunter. En otros tiempos apenas nos habíamos tratado, pero aquí, en los descampados inhóspitos del Hunter College, nos saludamos cariñosamente, aliviadas de encontrar una cara conocida.

«¿Quedamos para tomar un café la semana que viene?», propuse; entonces sonó la campana avisándonos de que empezaba la siguiente clase y corrimos hacia el ascensor. Toni soltó una carcajada y meneó su cabeza rubia de melena corta.

«¿Por qué un café? ¡Tomemos una copa! Hay un bar estupendo en el centro, en el West Side, que se llama Sea Colony. Podemos ir allí en coche después de clase: no está demasiado lejos de tu casa, ¿verdad?».

Así que Toni era gay. Otra sorpresa a medias, y bienvenida. Además, tenía coche propio, lo cual no era moco de pavo tres años después de haber acabado el instituto.

Toni era entonces una enfermera diplomada que daba clases en el programa de enfermería de Hunter una vez a la semana. Me quedé estupefacta. Era como si se hubiera ocupado de construir su vida mientras nosotras todavía estábamos intentando reconstruir el mundo. Toni parecía mucho más adulta, capaz, asentada y próspera que Muriel y que yo. A pesar de ser un año más joven que yo, ya tenía su propio coche, alquilaba una casa de veraneo en Huntington Station y nunca tenía que preocuparse por lo que gastaba en comida. Aunque estaba completamente metida en el armario en el trabajo y en Hunter, Toni tenía fama de tener amigas «poco convencionales».

Frecuentábamos mucho a Toni; Muriel la veía más que yo porque yo estaba en clase hasta las diez de la noche cuatro días a la semana.

Acababa de terminar mis deberes de álgebra avanzada sin llegar a entender del todo la función de los senos. Me estaba metiendo en la cama cuando oí la llave de Muriel en la cerradura. Sentí la bocanada de aire húmedo a su alrededor, debida a la tormenta de primavera que había en el exterior, antes de ver su cara, que para entonces ya estaba muy demacrada, reluciente de humedad tras su larga caminata por la ciudad.

«¿Todavía estás despierta?». Colocó su jersey marinero en el sofá y vino a sentarse en el borde de nuestra cama. Contenta al ver que había vuelto a casa antes de que yo me durmiera y que estaba de buen humor, me incorporé y me puse las gafas. Me había dejado una nota en la que me decía que iba a salir con Toni a tomar una cerveza.

«¿Dónde está Toni? ¿Por qué no te ha traído a casa en coche?». Le di un beso. Olía a cerveza y a humo y a la lluvia de abril.

«Se le pinchó una rueda hoy cerca del hospital, así que no llevaba el coche». Ninguna de las dos estaba acostumbrada a que unas ruedas formaran parte de su vida.

«Me han puesto un ocho en el examen de ecuaciones esta noche». La trigonometría había sido un gran obstáculo en la asignatura de matemáticas aquel trimestre. «¿A dónde fuisteis?».

«Fuimos al Swing, pero estaba cerrado, no sé si solo esta noche o definitivamente. Así que nos marchamos a un sitio nuevo en Bleecker Street llamado The Mermaid, pero exigían un mínimo de un dólar, una barbaridad en día de semana, así que acabamos en el Riv». El Riviera no era especialmente un bar gay, pero su suelo cubierto de virutas de madera y su cerveza barata lo convertían en un lugar de paso adecuado para todo el mundo, en Sheridan Square.

«¿Cómo está Toni?».

Muriel soltó su risita. «Cada vez más relajada. Esta noche ni siquiera se había traído el gorro de enfermera». Muriel tendió la mano y le dio una calada a mi pitillo. «¿Qué te parecería si Toni y yo nos acostáramos juntas?».

La miré fijamente a los ojos, marrones y profundos, brillantes y abiertos por primera vez en mucho tiempo. Conque era eso. Su expectante media sonrisa ayudó a mitigar mi sorpresa ante la facilidad con que todo este asunto se había vuelto a plantear.

«¿Por qué, ya os habéis acostado?».

«Todavía no, por supuesto. Sabes que te lo diría antes». Hablaba con semejante animación y alegría que no tuve más remedio que sonreír a pesar de mí misma. La vieja Muriel había vuelto a las andadas. Apagué el cigarrillo y me recosté en la cama. «Pues me alegro de que me lo hayas

preguntado. Ven a la cama». Muriel se estaba desatando las zapatillas deportivas.

Mis ataques de celos los templaba un sentimiento de culpabilidad que cada vez era más atenuado; y no sabía a qué atribuirlo. Estaba tumbada al lado de Muriel, escuchando sus suaves ronquidos, sin estar todavía segura en realidad de lo que sentía. Me gustaba Toni y, lo que era todavía más importante, confiaba en ella. Confiaba en que cuidaría de Muriel.

Me encantaba la llama que había vuelto a brillar en los ojos de Muriel. Recordé cómo la aparición de Lynn había perturbado nuestras vidas el año anterior. Pero esto parecía algo muy distinto. Yo había aprendido mucho. Y sin duda Muriel necesitaba algo.

Pero otra parte se rebelaba en la oscuridad, sumida en una gran tristeza. De repente pensé en mi último año en casa. Una mañana había entrado en el dormitorio de mis padres a por la plancha antes de que amaneciera y de ir al colegio. Volviéndome en la penumbra de aquella luz de primera hora de la mañana, de repente me estremecí al ver los ojos de mi madre abiertos y observándome en silencio mientras me movía por su habitación. Tuve la sensación de que llevaba mucho tiempo despierta y de que estaba atenta a mis tribulaciones adolescentes en el silencioso apartamento. Nuestros ojos se encontraron por un momento y fue la única vez que sentí todo el peso del dolor de mi madre por las hostilidades que nos separaban para siempre.

Aquel momento fue breve y agudo e increíblemente impactante.

Permanecí allí de pie, con la mano en el pomo de la puerta del dormitorio. No intercambiamos una sola palabra, pero de repente me acordé del día en que tuve la regla por primera vez y sentí de nuevo las mismas ganas de llorar. Me coloqué la plancha bajo el brazo y cerré suavemente la puerta al salir.

Bajo la luz difusa de las farolas de la calle 7, me volví para mirar el rostro dormido de Muriel. ¿En qué pensaría mi madre por las noches, ahora que me había marchado?

Una parte cada vez mayor de mis energías se centraba en otro lado. Consideraba la vida que Muriel y yo compartíamos, desde luego, no como algo idílico, pero sí como algo que era valioso para ambas, que todavía teníamos el compromiso de construir. Y, además, habíamos dicho *para siempre*.

Daba la sensación de que Muriel cobraba nueva vida. Empezó a dormir mejor y pasaba cada vez menos tiempo en el sofá de la habitación del medio.

Enseguida, Toni, aquella chica alta y brusca, pasó a formar parte de nuestras vidas, con sus cazadoras deportivas y su toca de enfermera incongruentemente colocada sobre su agresiva cabeza. Aparecía los domingos por la tarde trayendo *blinis* caseros y diagramas de la escuela, en los que trataba de representar las relaciones personales posibles en nuestro futuro mundo de mujeres.

Los estudios iban mejor de lo que yo nunca habría esperado. Por primera vez en mi vida empecé a saber, a saber de verdad, que era lista —lista en el sentido de ser capaz de hacer tareas propias de los varones blancos, de ser capaz de estudiar—. Por fin estaba aprendiendo alemán y consiguiendo muy buenos resultados. Principalmente, con la ayuda de Muriel y de mi antigua terapeuta, había aprendido a estudiar. Muriel, que había aprendido alemán en la escuela, también me ayudaba con la conversación en este idioma y, durante un tiempo, me expresé mejor en alemán que en inglés.

A veces Toni se quedaba a dormir en la calle 7. En la gélida exultación de aquella mitad de la primavera, las tres nos despertábamos al amanecer, recogíamos a Nicky y a Joan y nos íbamos a pescar a la bahía de Sheepshead los sábados por la mañana. Volvíamos por la tarde, con el barco cargado de platijas y de lubinas.

Los domingos solíamos dedicarlos a Jill y a las máquinas de escribir de su padre.

Muriel, Jill y yo volvíamos andando a la calle 7 atravesando la penumbra creciente de la ciudad en domingo. El inconfundible olor de principios de mayo se sentía en el aire cada vez más cálido. Era tarde cuando llegamos a casa y Jill se quedó a dormir. Al día siguiente era lunes, y había que volver al trabajo. Yo me fui a la cama y las dejé a las dos hablando en la habitación del medio.

En algún momento entre la medianoche y el amanecer me desperté sobresaltada, horrorizada e incrédula. Los sonidos sofocados que procedían de la habitación contigua eran inconfundibles. Muriel. Muriel y Jill estaban haciendo el amor en el sofá de la habitación del medio. Permanecí rígida en la cama, tratando de no oír, tratando de no despertarme o de no estar ahí siquiera, atrapada como un animal salvaje entre tirarme por la ventana desde el séptimo piso y la actividad que estaba teniendo lugar en la habitación de al lado. SIN SALIDA.

Si hubiese sido cualquier otra persona la que hubiese estado en el sofá con Muriel, mi dolor y mi rabia tal vez habrían sido menores. Pero había muchas historias por resolver entre Jill y yo. Era el arma más cruel que ella tenía, o al menos eso me parecía. En nuestra propia casa. Conmigo en la habitación de al lado. Un velo de ira rojo que no había sentido desde aquellos días en casa de mi madre cuando solía ponerme a sangrar por la nariz en lugar de llorar me cubrió la conciencia. Mordí con rabia la manta de lana, con la sensación de que tenía que cometer un asesinato, solo que no había nadie a quien matar. Me volví a quedar dormida inmediatamente, en un acto desesperado de autoprotección.

Cuando me levanté, la casa estaba en silencio y vacía. Ni siquiera pude decir: «¿Cómo pudiste hacerlo, zorra, con ella, de entre todas las personas del mundo?». Ni siquiera podíamos hablar de ello. Muriel no estaba allí.

Recorrí el apartamento de arriba abajo retorciéndome las manos hasta que los dedos se me enrojecieron. ¿Cómo iba a hacer frente a aquel día?

¿Dónde estaba ella? Tenía ganas de retorcerle el pescuezo. Lentamente, me vestí y conseguí salir a la calle.

Veía la calle y el cielo y a la gente con la que me cruzaba a través de un velo de ira pasado por un anillo de hierro que estaba sujeto con un cerrojo de acero que me atravesaba el pecho.

Tenía que ir a mi trabajo, por aquel entonces, una biblioteca en el Bronx. En la estación de metro de Astor Place me apoyé contra la pared del fondo para evitar empujar a alguien o tirarme a la vía cuando llegara el tren.

Fui hasta Morris Avenue con los ojos cubiertos por una película roja y las manos temblorosas. No podía separar el dolor de la traición del dolor de la ira en estado puro. Ira contra Muriel, ira contra Jill, ira contra mí misma por no matarlas a las dos. El tren siguió avanzando a toda prisa, aunque se retrasó en la parada de la calle 34. Si no conseguía expulsar aquel veneno, me moriría. Un cegador dolor de cabeza iba y venía, sin que mi sensación de agonía se agravara ni se mitigara. La nariz me empezó a sangrar cerca de Grand Central Station. Alguien me dio un pañuelo de papel y me cedió el asiento y apoyé la cabeza inclinándola hacia atrás y cerrando los ojos. Las imágenes de apocalipsis que pasaban por delante de la pantalla de mis párpados eran demasiado aterradoras. Mantuve los ojos abiertos durante el resto del trayecto.

Aquella mañana había una reunión de personal en la biblioteca. Por aquel entonces el personal se turnaba para preparar el té, una vieja costumbre de la biblioteca. Aquella semana me tocaba a mí. En la cocina del personal, inmaculada y con escasos muebles, levanté una gran cacerola de agua hirviendo del hornillo para verter el agua en la tetera que estaba en el fregadero.

Por la ventana de la cocina vi los incipientes brotes de la acacia que había en el minúsculo patio que separaba la biblioteca de la fila de inmuebles de la calle contigua. En la humedad de aquella nublada mañana de lunes relucían los vivos tonos verdes. La primavera llegaba inexorablemente y

Muriel se había acostado con Jill en nuestro sofá de la habitación del medio hacía unas horas.

Con la mano izquierda rodeaba la boca abierta de la tetera mientras con la otra mano sujetaba la cacerola humeante de agua hirviendo, apoyada contra el borde del fregadero. El anillo en forma de serpiente que Muriel me había regalado, plata sobre el marrón de mi piel, se enrollaba alrededor de mi índice izquierdo. Me fijé en el dorso de mi mano y en mi muñeca, que desaparecía dentro del puño de la camisa y del jersey. Casi impasible, me di cuenta de lo que iba a ocurrir, como si todo aquello fuera una historia escrita en algún libro que yo hubiera leído atentamente en alguna ocasión anterior.

Sentí la tensión creciente en mi brazo derecho y mi mano derecha se puso a temblar. Contemplé cómo la cacerola se levantaba lentamente del borde del fregadero y cómo el agua hirviendo se vertía desde el reborde de la cacerola con un movimiento lento sobre mi mano izquierda, que descansaba sobre la tetera. El agua se derramó, chocó con el dorso de mi mano y se fue por el desagüe. Observé la piel marrón nublarse bajo el vapor y luego ponerse roja y brillante, y el veneno empezó a salir de mi interior como si fuera agua mientras yo intentaba desmañadamente desabrochar los botones del puño de la camisa y me remangaba la tela húmeda, retirándola de mi muñeca escaldada. De la carne quemada ya habían empezado a salir ampollas.

Entré en la sala de personal contigua, donde el resto de mis colegas estaban comentando los pedidos de libros sentados alrededor de la mesa. «Me acabo de quemar». A continuación, el dolor, saliendo y ocupando el espacio que ha dejado vacío el veneno que ha supurado.

Alguien me llevó en taxi a casa desde la consulta del médico. Fue Muriel quien me abrió la puerta y me ayudó a quitarme la ropa. No preguntó lo que había ocurrido. En comparación con el dolor de mi mano y mi muñeca, todo lo demás daba la sensación de no haber existido nunca. Me quedé

inmediatamente dormida. Al día siguiente fui a la clínica de quemados de Saint Vincent, donde tuvieron que cortarme el anillo de serpiente que rodeaba la carne escaldada y dolorida.

Durante los días siguientes, cuando sentía alguna otra cosa que no fuera dolor, era culpabilidad y malestar, como si hubiera cometido un acto imperdonable que no se podía mencionar. La automutilación. Mostrando una ira que no era ni adecuada ni pertinente. Por lo demás, vivía sin pasión.

Muriel y yo nunca hablamos ni de Jill ni del accidente. Nos mostramos muy cautas y cariñosas la una con la otra, y un poco afligidas, como si las dos estuviéramos reconociendo con nuestro silencio lo que era irrecuperable.

Jill había desaparecido y volvió a aparecer en algún otro momento, cuando menos la esperábamos. Ella en realidad no era importante en este asunto; solo lo era lo que ella representaba. Pero lo fundamental fue que, cuando habríamos necesitado intercambiar palabras, Muriel y yo guardamos silencio. Lo que estaba presente entre nosotras había ido más allá de nuestro antiguo discurso y las dos estábamos demasiado perdidas y demasiado asustadas para probar con un nuevo lenguaje.

Salimos con Joan y Nicky a celebrar el cumpleaños de Nicky. Mis quemaduras se estaban curando. Afortunadamente, no se produjo infección y había vuelto a trabajar, aunque llevaba puesto un guante blanco para ocultar la horrible cicatriz alrededor de mi muñeca y el dorso de la mano, extrañamente combinada con piel nueva color rosa tierno. Mi madre me había dicho que unos guantes de algodón y las aplicaciones diarias de manteca de cacao evitaban que se formaran antiestéticos queloides en la cicatriz, y tenía razón.

Muriel y yo hicimos el amor por última vez el 20 de mayo. Era la noche anterior a mis exámenes finales del *college*.

La casa estaba vacía cuando volví al día siguiente. Había llegado temprano para estudiar. Estaba vacía cuando me fui, avanzado ya el

crepúsculo, a coger el metro hasta Hunter, y estaba vacía cuando regresé aquella noche y al final me acosté. Nadie con quien celebrar, nadie con quien preocuparme. Mi primer trimestre de la carrera. Me sentí muy sola.

Cuando nos enteramos de que Muriel y Joan estaban teniendo una aventura, tanto Nicky como yo vaticinamos que aquello no acabaría bien. Ni Joan ni Muriel tenían trabajo.

El verano se convirtió en una pesadilla de separaciones y de terminaciones. Muriel se marchaba y yo no podía dejarla ir, a pesar de que una parte muy grande de mí quería que lo hiciera. Me cegaba un viejo sueño en el que aparecíamos las dos juntas para siempre en un paisaje.

Por las noches, el suelo que rodeaba mi solitaria cama estaba cubierto de volcanes con sus cráteres abiertos, por los que Muriel deambulaba con bravuconería y sin apenas tomar precauciones. Yo trataba de avisarla, pero mi lengua había enmudecido. Mi cama era un lugar seguro, pero mi vida también dependía de ese lugar por donde ella pisaba. La lava fundida corría por el linóleo. Ojalá hiciera lo que yo deseaba, ojalá me escuchara, caminara por donde yo alcanzaba a ver senderos que brillaban tenuemente entre las llamas, porque así las dos estaríamos a salvo para siempre. ¡Por dios, que me escuche antes de que sea demasiado tarde!

Pero éramos una pareja de desconocidas en un íntimo y complicado minueto. Ninguna de las dos era capaz de encontrar una salida. Ninguna de nosotras disponía de herramientas para identificar o modificar los pasos y el tono de nuestro pequeño y limitado baile. Podíamos destruirnos la una a la otra, pero no podíamos distanciarnos de nuestro dolor. Nuestra vida juntas incluso había dejado de ser un asunto de conveniencia, pero ninguna de las dos decía ni reconocía que necesitara aquel devastador contacto. Si lo hacíamos, tendríamos que preguntarnos: ¿por qué?; evidentemente, el amor había dejado de ser una respuesta.

Muriel pasaba ahora la mayor parte del tiempo en casa de Nicky y Joan, en el nuevo apartamento de planta baja que tenían en el cruce de la calle 6

con la Avenida B. Siempre que estábamos juntas a solas, por mi boca salían, como ranas salvajes, veneno y recriminaciones que llovían sobre su taciturna e irresponsable cabeza.

Antes del solsticio de verano, Muriel estaba otra vez locamente enamorada. Yo solía permanecer despierta en la cama por las noches, preguntándome cómo es que había perdido a mi chica, que se había ido con la esbelta Joan, con su media sonrisa y su aire de poder conseguir todo siempre.

El día que me dieron las notas finales de Hunter se produjeron los levantamientos en Polonia. Vivíamos en un barrio polaco y los rellanos de las casas vecinas rebosaban excitación y temor cuando saqué del buzón las papeletas de mis notas. Me habían puesto un suficiente en matemáticas y un sobresaliente en alemán. Era el primer sobresaliente que sacaba en una asignatura que no fuera la de inglés.

Por supuesto, estaba convencida de que yo no tenía nada que ver con aquella nota. En cuanto había superado el reto, dejaba de ser un reto, se convertía en lo esperado y lo corriente en lugar de ser algo que había conseguido con esfuerzo y de lo que, por consiguiente, podía sentirme justificadamente orgullosa. No podía adueñarme de mis propios triunfos, ni reconocerme el mérito de haberlos alcanzado. Conseguir un sobresaliente se convirtió no en un logro que me había ganado a fuerza de estudiar e hincar los codos, sino tan solo en un hecho —probablemente el alemán se estaba volviendo más fácil de entender que antes—. Y, además, si Muriel me estaba dejando, obviamente yo no podía ser una persona que hiciera nada bien y, desde luego, no podía conseguir un sobresaliente en alemán por mérito propio.

Algunas noches no podía dormir. El alba me sorprendía recorriendo la acera frente al edificio donde vivían Joan y Nicky, con el filo de un manoseado cuchillo de carnicero metido por dentro de la manga. Muriel estaba allí dentro y lo más probable sería que no estuviera dormida. No

tenía ni idea de lo que me proponía hacer. Me sentía como la protagonista de un pésimo melodrama.

Mi corazón sabía lo que mi cabeza se negaba a comprender. Nuestra vida en común se había terminado. Si no hubiese sido Joan, habría sido otra. Otra parte de mí insistía en que no era posible que aquello estuviera ocurriendo, mientras las imágenes de asesinato, muerte y terremoto desgarraban mis sueños. La discordia psíquica me estaba machacando el cerebro. Tenía que haber algo que yo pudiera hacer de otra manera, que lo resolviera todo, que pusiera fin a mi suplicio e hiciera que Muriel recobrara la razón. Si yo era capaz de imaginar cómo convencerla de que todo aquello era ridículo e innecesario, podríamos volver a empezar a partir de allí.

Otras veces, una furia, fría como el hielo seco, martilleaba el interior de mi cabeza. Cuando Muriel se tiraba varios días sin volver a casa, yo deambulaba por el Village, cazada y cazándola a ella y a Joan, a merced de unos ciclones afectivos sobre los que carecía de control. El odio. Yo resoplaba por las calles estivales en las horas previas al alba, cual viento de invierno, envuelta en una nube de sufrimiento y de rabia tan intensa que nadie en su sano juicio se habría atrevido a aventurarse por ella. En aquellos días nadie se acercaba a mí. A veces me sentía desolada por ello: me habría gustado tener una excusa para matar a alguien. Mis desgarradoras jaquecas desaparecieron.

Llamé a mi madre para ver cómo estaba. Sin preámbulos, me preguntó por Muriel. «¿Cómo está tu amiga? ¿Se encuentra bien?». Mi madre debía de ser un poco bruja.

«Oh, sí, está bien», dije apresuradamente. «Todo va muy bien». Procurando desesperadamente que mi madre no se enterara de mi fracaso. Decidida a ocultar aquella vergüenza.

Empezaron los cursos de verano y me matriculé en inglés y en alemán. Me expulsaron al cabo de las dos primeras semanas porque no iba nunca a

clase. Por aquel entonces estaba trabajando a media jornada en la biblioteca, lo que significaba menos dinero, pero más tiempo libre.

El duelo por Muriel lo viví con un sufrimiento terrible con el que nunca había llorado a Gennie. Aquella era la segunda vez en mi vida que algo intolerable estaba sucediendo; no podía hacer nada para cambiarlo, nada para ayudarme a mí misma. No podía hacer nada para asumirlo ni para modificarlo. Estaba demasiado fuera de mí para plantearme que pudiera transformarme a mí misma.

Porque si, a pesar de saber lo que sabíamos y a pesar de compartir todo lo que compartíamos, Muriel y yo no habíamos sido capaces de vivir juntas, ¿qué dos mujeres en el mundo conseguirían hacerlo? Y ya puestas, ¿qué dos personas en el mundo conseguirían hacerlo? El dolor que generaba agarrarse a ello parecía preferible al dolor de tener que volver a probar, de tener que volver a intentar conectar con otro ser humano.

Todos los sufrimientos de mi existencia, que había vivido y que nunca había sentido, revoloteaban alrededor de mi cabeza como murciélagos grises: me picoteaban las orejas y construían nidos en mi garganta y en medio de mi esternón.

Eudora, Eudora, ¿qué era lo que solías decirme?

No malgastes nada, Chica, ni siquiera el dolor. Sobre todo, no el dolor.

Seguí untándome las cicatrices del dorso de la mano y la muñeca con manteca de cacao y poco a poco los queloides se fueron reduciendo. Empecé a llevar las pulseras antillanas que mi madre me había traído de Granada. Cubrían las cicatrices y la piel descolorida y ya no tuve que dar explicaciones de lo que había sucedido.

La mayoría de nuestras amigas habían pasado por el trauma de la ruptura de una relación. Pero esta era distinta, pensaba yo. Muriel y yo habíamos llegado a vivir juntas durante casi dos años, y habíamos dicho que era para siempre.

«Lo superarás», me dijo Toni el día que me enseñó a bucear en Huntington Station. «Abre los ojos, maldita sea, ¡abre los ojos!». Toni me estaba chillando a través del agua helada. «Siempre es más fácil si tienes los ojos abiertos». Volví a zambullirme en el agua. Y volví a salir. «De todos modos, bien sabes que Muriel está loca. No merece todo esto».

Pero para mí sí que lo merecía.

Una noche húmeda de agosto, una voz del pasado sonó por el teléfono. Marie llamaba de repente después de un año de ausencia. Estaba en Detroit. Se había estado escondiendo, escabulléndose de la policía por todo el país con Jim, su marido, el tratante de blancas de Texas. Marie había conseguido por fin huir de él y ahora estaba viviendo con un nombre falso en Detroit. Yo tenía la impresión de que habían pasado siglos desde nuestras confidencias, pronunciadas entre risitas tontas en el cuarto de estar de su madre.

Le pedí dinero prestado a Toni y me fui a Detroit en autobús a pasar una semana.

El viaje supuso un cambio que me sentó muy bien. Los problemas de Marie eran externos y tenían solución, una u otra: escapar de Jim, que la andaba buscando, encontrar un nuevo empleo, eludir las preguntas demasiado inquisitivas de familiares y amistades. Nos lo pasamos muy bien en Detroit.

En Nueva York, mientras tanto, Muriel se había quedado en casa para alimentar a las gatas y para arreglar un poco el desorden de la cocina, que, a lo largo del verano, debido a la falta de interés de ambas, se había convertido en una excavación arqueológica en la que yacían fragmentos de la existencia de otras personas. Había ordenado nuestra colección de herramientas, clavos y viejos muebles y los frutos potencialmente ideales de nuestras exploraciones dominicales por la ciudad, otrora idílicas. También había terminado de montar el mueble de madera que habíamos empezado a construir para almacenar todo aquello.

Para rematarlo todo, y a modo de sorpresa, decidió pintar la cocina entera. Pero a Muriel le costaba terminar cualquier proyecto.

Volví de Detroit al cabo de dos días. Estaba atardeciendo cuando arrastré mi maleta por los familiares peldaños de las escaleras y metí la llave en la cerradura de la puerta. En el calor del verano, botes abiertos de pintura seca y maloliente. La cocina a medio pintar, de un amarillo vivo en un lienzo de pared, color crema pálido en el resto. Y las gatitas, que se habían metido en el bote de trementina en busca de comida. Las pequeñas Crazy Lady y Scarey Lou habían muerto y yacían tiesas en el suelo, bajo la mesa de la cocina.

Metí sus cuerpecitos en una caja de herramientas que forré con una vieja funda de almohada y, bajando por la calle 7, las llevé hasta el East River Park cuando se estaba poniendo el sol. Las deje allí, en un agujero que cavé a modo de fosa, como pude, bajo un arbusto muy próximo a las embarradas aguas del río, apilando piedras y tierra alrededor del montón para que los perros no llegaran hasta ellas. La gente que jugaba a la pelota en el parque me miraba con curiosidad.

En mi camino de vuelta a casa en aquella noche estival, pensé en la rápida transición desde Detroit hasta mi vuelta a Nueva York. Pero algo había cedido en mi interior. No me paré en la calle 6 a preguntarle a Muriel qué había sucedido. No hacía falta. Quería mucho a las gatitas y las había dejado morir. De repente, y curiosamente sin dramatizar, los dos cuerpecitos tiesos en la caja de herramientas bajo el arbusto se convirtieron en la prueba tangible que yo necesitaba, en el último sacrificio.

Cuando dos mujeres construyen una relación en la que se implican juntas, las satisfacciones que prevén son mutuas, cuando no semejantes. A veces la relación se vuelve insatisfactoria o deja de responder a las necesidades individuales de cada una de ellas. Cuando esto sucede, a menos que haya un acuerdo mutuo para disolver la relación, siempre tiene que ser una de las dos personas la que dé el primer paso.

La mujer que lo hace no es necesariamente ni la más perjudicada ni la más culpable.

La primera semana de septiembre. El diario *Journal-American* predecía que Elvis Presley, cuya voz estaba presente en todas las gramolas y emisoras de radio, no sería más que un bombazo efímero. La ropa de Muriel seguía en casa, aunque yo a ella prácticamente no la veía.

Estaba en la esquina de la Segunda Avenida esperando el autobús. Los días se estaban haciendo cada vez más cortos, aunque seguía haciendo bastante calor. El dolor del principio del verano se había mitigado. Nunca antes había deseado que se acabara el verano, pero en aquel momento la desolación del invierno que se aproximaba me pareció un alivio.

La puerta del autobús se abrió y puse mi pie en el escalón. De repente, oí una música resonando en mi cabeza, como si un coro de ángeles se hubiese subido al autobús de la Segunda Avenida justo delante de mí. Estaban cantando el último estribillo de un viejo espiritual sobre la esperanza:

Gonna die this death
On Cal-va-ryyy
BUT AIN´T GONNA
DIE
NO MORE…![49]

Sus voces dulces y potentes, cubriendo el barullo del tráfico de la Segunda Avenida. Me quedé paralizada en el escalón inferior del autobús.

«¡Eh, chica, los cuartos!». Me sacudí y eché las dos monedas en la máquina expendedora. La música seguía siendo tan real en mi cabeza que miré a mi alrededor estupefacta mientras avanzaba tropezando hacia un asiento. No había casi nadie más en aquel autobús de finales de la mañana, y la poca gente que allí había se entretenía con actividades absolutamente normales y guardaba mayormente silencio. De nuevo la orquesta de ángeles se puso a resonar y la agudeza y precisión de las palabras invadieron mi mente; la música era como una oleada de energía. Transmitía una sensación

de esperanza y de promesa de vida y, lo que era más importante, una nueva forma de atravesar o de superar el dolor.

I´ll die this death
on Calvary ain´t
gonna
die
no
more!

La realidad física de aquel mísero autobús se desvaneció. De repente, estaba de pie en una colina en medio de un país desconocido, oyendo cómo en el cielo resonaba una nueva forma de escribir mi nombre.

Muriel se marchó de la calle 7 de la misma manera en que había llegado a ella, por etapas. Empaquetó sus últimos libros justo antes de Navidad. Yo llegué de clase una noche y vi que estaba allí, que había venido a terminar de empaquetar sus cosas. Muriel se había quedado dormida vestida en el sofá. Allí era donde solía sentarse a escribir hasta el amanecer cuando no podía conciliar el sueño, durante el último invierno que pasamos juntas. Tenía el brazo alzado apuntando hacia la luz. En la parte posterior de una de sus manos había garabateado un pequeño dibujo elemental de margaritas, parecido a lo que las criaturas se dibujan en la piel cuando están aburridas o se sienten solas.

La lámpara arrojaba luz sobre su cuerpo en un círculo compacto que la mostraba vulnerable e intacta. Mirando a Muriel dormida bajo aquella luz, incluso después de todo el dolor y la rabia, un amor recordado en lo más profundo de mí vibró en mi corazón. Muriel abrió los ojos y me preguntó qué estaba mirando. «Nada», le dije, y me marché, pues no deseaba tener otro altercado. Muriel no era mi creación. Nunca había sido mi creación. Muriel era ella misma y yo solo había contribuido a su proceso, igual que ella había contribuido al mío. Yo había liberado su rabia de una manera semejante a como ella había liberado mi amor, y por ello las dos éramos

muy valiosas la una para la otra. Solo tenía que renunciar a la Muriel que habitaba mi cabeza o conservarla para siempre; la Muriel que me miraba desde el sofá se pertenecía a sí misma, quienquiera que quisiera ser.

Sola, empecé a frecuentar los bares durante la semana —el Bag, el Page Three, el Pony Stable, el Seven Steps...—. En unas cuantas ocasiones, aquel invierno, después de que Joan la hubiera abandonado, encontré a Muriel sentada en el rincón de algún bar, llorando. Nunca antes la había visto llorar en público. Su voz había perdido su dulzura. A veces gritaba o montaba una escena y la echaban del club. Nunca antes la había visto borracha tampoco. Recordé la noche de Cuernavaca cuando oí a Eudora rugiendo en los jardines de la urbanización, hasta arriba de tequila.

Borracha, con su melena oscura despeinada cayéndole sobre la cara, su meñique retorcido a media asta, Muriel parecía un ángel zalamero caído en desgracia, que hubiese adquirido una apariencia demasiado humana. Nicky me dijo que Muriel por fin se estaba recuperando de los efectos de los electrochoques. Yo a veces la llevaba a su piso y la acostaba; otras veces me la llevaba a mi casa. Una noche, mientras ella dormía en la calle 7, yo permanecí tumbada y despierta en la habitación de al lado, escuchándola llamar lastimeramente a Joan para que fuera a jugar con ella en la nieve. Finalmente, una noche bajaba por las escaleras del Seven Steps cuando vi a Muriel, desplomada sobre el extremo más alejado de la barra del bar, dándome la espalda. Di media vuelta y me marché antes de que ella se volviera y me viera. Estaba cansada de jugar a ser su cuidadora.

Los ritmos robados, violados, aunque familiares, de Presley, adornaban aquel invierno como si fueran guirnaldas.

Now that my baby's left me I've found a new place to dwell
It's down at the end of Lonely Street in Heartbreak Hotel.[50]

Muriel se marchó a Stamford a pasar las Navidades. En realidad, nunca volvió. La primavera siguiente ingresó en una unidad de insulina de un

hospital público, donde Toni trabajaba en un programa experimental para personas esquizofrénicas.

La última cosa que Muriel hizo antes de marcharse de la calle 7 por última vez fue quemar todos sus poemas y diarios en un cubo de hojalata que colocó en el suelo delante del sofá verde de la habitación del medio. El fondo del cubo dejó una quemadura permanente en forma de anillo en el viejo linóleo de flores. Felicia y yo recortamos el cuadrado quemado y lo remendamos con un retal que tenía el mismo dibujo y que encontramos en Delancey Street la primavera siguiente.

---

[49] Moriré de esta vida/ en el Calvario/ ¡Pero después ya no voy a morir más...!

[50] Ahora que mi amor me ha dejado, he encontrado un nuevo lugar donde morar/ Está en el Hotel de los Corazones Partidos, al final de la calle de la Soledad.

31

Gerri era joven y Negra, vivía en Queens y tenía un Ford color azul pastel al que llamaba *Bluefish*.[51] Con su pelo cuidadosamente ondulado, sus blusas impecablemente abrochadas y sus pantalones de pinzas de franela gris, parecía de lo más convencional, sin serlo para nada una vez que la conocías.

Por invitación de Gerri y muchas veces gracias a su coche, Muriel y yo habíamos podido ir los fines de semana a fiestas celebradas en Brooklyn y en Queens en casa de distintas mujeres.

Una de las mujeres que conocí en una de aquellas fiestas fue Kitty.

Cuando una noche volví a ver a Kitty, al cabo de unos años, en el Swing Rendezvous o en el Pony Stable o en el Page Three —la ronda de los eternos bares de ambiente que me había dado por hacer sola aquel triste y solitario verano de 1957—, me resultó fácil evocar el olor del Saint Alban's de las noches de verano de Queens y el de los sofás de escay, del alcohol, de la brillantina y de los cuerpos de mujer en la fiesta en la que nos conocimos.

En aquella casa de fachada de ladrillo visto de Queens, la sala de juegos del bajo, forrada de paneles de pino, estaba llena de vida y de ritmo gracias a la música que sonaba a todo volumen, a la comida y a las hermosas mujeres Negras ataviadas con todo tipo de atuendos.

Se veían trajes de pana de verano con camisas de relucientes cuellos almidonados que se llevaban abiertas a modo de concesión al calor del

pleno verano, pantalones de pinzas de gabardina blanca y prendas ajustadas de elegante estilo universitario para las más delgadas. También había vaqueros Cowden color arena, el furor de aquel verano, con arrugas muy marcadas y, a pesar de la estación, uno o dos pantalones grises con hebilla por detrás combinados con zapatos de ante blanquecino. Había montones de cinturones militares, anchos cinturones de cuero negro con hebillas brillantes procedentes de las tiendas de excedentes del ejército y de la marina y camisas de tergal, aquel nuevo tejido tieso y transparente que no era necesario planchar. Aquellas camisas de manga corta y patrón masculino se llevaban o bien metidas por dentro del pantalón que se ceñía con un cinturón o con falditas rectas. Solo las blusas de punto podían llevarse por fuera, sueltas, y apenas se veían dos o tres de ellas.

Los bermudas, y sus primos más cortos, los jamaicas, ya habían hecho su aparición en el escenario de la moda lésbica chic, cuyas reglas eran tan tiránicas como las de la Séptima Avenida o las de París. Aquellos pantalones cortos los podían llevar tanto las marimachos como las *femmes*, y por ese motivo tardaron en introducirse en muchos de los guardarropas de las chicas gais, porque había que conservar las pistas claras. Con frecuencia la ropa constituía la única manera de indicar el rol sexual que cada cual se otorgaba.

De vez en cuando podía verse en la sala el resplandor de unas abigarradas faldas de mucho vuelo que se llevaban por debajo de la rodilla, con una blusa ceñida y escotada, junto con el de los estrechos vestidos tubo, así como los destellos de los finos y elegantes tacones junto con los zapatos de ante, las zapatillas deportivas y los mocasines.

Las *femmes* llevaban cortes de pelo a lo paje con apretados rizos o esculpidas melenas rizadas muy voluminosas, o con amplios bucles que les enmarcaban el rostro. El aroma dulce y limpio a salón de belleza que flotaba en el ambiente en todas las reuniones de mujeres Negras en la década de 1950 también estaba presente en aquella ocasión, añadiendo su

olor característico a plancha para el pelo y a brillantina al resto de fragancias de la sala.

Las marimachos llevaban el pelo más corto, engominado y peinado hacia atrás, o una melena corta a lo paje, o también una pequeña masa de apretados rizos precursora del estilo afro natural. Pero aquello era una excepción y solo recuerdo a una mujer Negra en aquella fiesta aparte de mí que no llevara el pelo alisado: se trataba de una conocida nuestra del Lower East Side llamada Ida.

En una mesa detrás de la barra había botellas abiertas de ginebra, burbon, whisky escocés, soda y otras bebidas gaseosas. La barra estaba repleta de aperitivos de todo tipo para picar: patatas fritas, salsas para mojar, galletas saladas, tostaditas untadas con la típica ensalada de huevo y pasta de sardina. También había un plato de deliciosas alitas de pollo fritas y una gran ensalada de patatas y huevos con vinagreta. Los cuencos de aceitunas y de pepinillos rodeaban los platos, junto con los de acerolas rojas y cebolletas dulces pinchadas en palillos.

Pero el elemento central de toda la mesa era un inmenso plato de finas lonchas de suculenta carne asada, colocado sobre una fuente de hielo picado. Sobre el plato color beis, cada loncha de carne casi cruda había sido dispuesta amorosamente y enrollada individualmente para dibujar una vulva, con una punta de mayonesa en su vértice. Las lonchas de carne rosa y marrón plegadas en torno a aquel punto amarillo crema formaban esculturas muy sugerentes que tuvieron mucho éxito entre las mujeres presentes y Pet, la anfitriona de la fiesta y creadora de aquellas esculturas de carne, respondía a las múltiples felicitaciones que recibía con una sonrisa y un elegante saludo con su largo cuello de bailarina.

La mezcla particular de olores que emanaban en aquel calor y la música me evocan a la chica de marcados pómulos y piel oscura, de voz aterciopelada y ojos escudriñadores (algo en su boca me recordaba a Ann, la enfermera con la que trabajé cuando me marché de casa por primera vez).

Apoyada en el borde del banco bajo en el que yo estaba sentada, Kitty se quitaba distraídamente pegotes de lápiz de labios de las comisuras con el rápido movimiento descendente de su delicado dedo índice.

«Audre, qué bonito nombre... ¿De qué es abreviación?». El vello de las axilas se me puso de punta al son de la música de Ruth Brown y bajo el efecto del calor. No podía soportar que nadie hiciera comentarios estúpidos acerca de mi nombre, ni siquiera con el tema de los apodos.

«De nada. Es sencillamente Audre. ¿De qué es abreviación Kitty?».

«De Afrekete», dijo, haciendo chasquidos con los dedos al compás de la música y soltando una prolongada carcajada. «Esa soy yo, la gatita negra». Se volvió a reír. «Me encanta tu peinado. ¿Eres cantante?».

«No». Siguió escudriñándome con sus grandes ojos de mirada penetrante.

De repente me sentí molesta porque no se me ocurría nada más que decir para poder mantener su apacible y erótica mirada, así que me puse de pie de un salto y, con mi mejor imitación del tono impecable del Laurel's, dije: «Bailemos».

Su rostro era amplio y suave bajo un maquillaje demasiado claro, pero, al ponernos a bailar un foxtrot, empezó a sudar y su piel adquirió una profunda y brillante riqueza. Kitty solía entrecerrar los ojos cuando bailaba y la funda de oro de uno de sus dientes delanteros relucía en su boca cuando sonreía; de vez en cuando se mordía con aquel diente el labio inferior al son de la música.

Su camisa de popelina amarilla, con corte estilo chaqueta Eisenhower, tenía una cremallera que llevaba medio abierta debido al calor del verano, dejando al descubierto unas clavículas que salían de su largo cuello como alas marrones. Las chicas gais más liberales eran muy aficionadas a la ropa con cremalleras porque, en determinadas ocasiones, podían llevarla tanto marimachos como *femmes* sin provocar comentarios críticos ni problemáticos. La ceñida falda color verde caqui de Kitty se remataba con un cinturón negro que se parecía al mío, aunque el suyo era nuevo, y su

acentuada coquetería me hacía sentir casi como si fuera una pordiosera, con mis desgastados pantalones de montar.

Pensé que era muy guapa y deseé saber bailar con la misma facilidad con que lo hacía ella, con la misma soltura. Se había alisado la melena y la llevaba peinada en vaporosos rizos y, en aquella sala llena de permanentes y de rulos, era el peinado más parecido al mío.

Kitty olía a jabón y a Jean Naté, y seguí pensando que era más alta de lo que lo era en realidad, porque de ella emanaba un aroma muy agradable que siempre asociaba con mujeres grandes. Capté otro perfume especiado a hierbas, que luego identifiqué con un olor a aceite de coco combinado con brillantina con esencia de lavanda de la marca Yardley. tenía unos labios carnosos que se pintaba con un color oscuro y brillante, un nuevo tono de Max Factor que se llamaba Pintura de Guerra.

La siguiente canción invitaba a un baile lento agarrado que me iba muy bien. En el resto de bailes yo nunca sabía si debía llevar o seguir, e incluso el esfuerzo de decidir quién hacía qué me resultaba tan penoso como tener que distinguir todo el rato la izquierda de la derecha. De alguna manera aquella diferencia tan sencilla nunca la había integrado de forma automática, y todo aquel proceso de decisión solía dejarme muy poca energía con la que disfrutar del movimiento y de la música.

Pero el baile agarrado que entonces llamábamos *fishing* como precursor del posterior *one-step*, era en realidad otra cosa. La luz tamizada de la lámpara roja y la pista de baile abarrotada del Saint Alban's nos dejaba justo el espacio suficiente para agarrarnos la una a la otra sin remilgos, con los brazos alrededor del cuello y de la cintura; la música, lenta e íntima, movía mucho más nuestros cuerpos que nuestros pies.

Aquello había sucedido en Saint Alban's, Queens, hacía casi dos años, cuando Muriel era aparentemente una certeza en mi vida. Ahora, en la primavera de aquel nuevo año, yo volvía a tener mi apartamento para mí sola, pero estaba de duelo. Evitaba ir a visitar a parejas de amigas e invitar a

personas en número par a mi casa porque la felicidad de las parejas o el mero hecho de que estuvieran juntas me dolía demasiado, dada su ausencia en mi propia vida, cuyo agujero más vacío se llamaba Muriel. No había vuelto a Queens, ni a ninguna fiesta, desde que Muriel y yo habíamos roto, y a la única gente a la que veía fuera del trabajo y de la escuela eran las amigas que vivían en el Village y que me llamaban o con las que me encontraba en los bares. La mayoría de ellas eran blancas.

«Hola, chavala. Cuánto tiempo sin verte». Fue Kitty la que me vio primero. Nos dimos la mano. No había demasiada gente en la barra, de lo que deduzco que se trataba del Page Three, que no se empezaba a llenar hasta después de medianoche.

«¿Dónde está tu chica?». Le expliqué que Muriel y yo ya no estábamos juntas.

«Ah, ¿no? Pues qué pena. La verdad es que hacíais buena pareja. Pero así son las cosas. ¿Cuánto tiempo llevas en esta "vida"?».

Miré a Kitty sin contestarle, tratando de pensar en cómo explicarle que para mí solo había una vida —la mía—, cualquiera que fuera la manera en que decidiera vivirla. Pero tuve la sensación de que me quitaba las palabras de la boca.

«No es que importe lo más mínimo», dijo pensativa, acabándose la cerveza que se había traído hasta el fondo de la barra donde yo estaba sentada. «De todos modos, solo tenemos una vida. Al menos en esta partida». Y luego, cogiéndome del brazo, añadió: «Venga, vamos a bailar».

Kitty seguía siendo muy elegante e iba muy bien arreglada, pero su sonrisa era mucho más relajada y llevaba mucho menos maquillaje. Sin el camuflaje, su piel color chocolate y su boca profunda y como esculpida me recordaron un bronce de Benin. Seguía llevando el pelo liso aunque más corto, y sus bermudas negros y sus calcetines hasta la rodilla hacían juego con sus mocasines negros, sorprendentemente relucientes. Un jersey de cuello alto negro completaba su sobrio atuendo. Por algún motivo, aquella

vez mis vaqueros no resultaban tan desastrados a su lado, solo una variación de algún modelo parecido. Tal vez fuera porque nuestros cinturones seguían siendo iguales —anchos, negros y con hebilla de latón.

Nos fuimos a la sala del fondo y bailamos el *Goody*, *Goody* de Frankie Lymon, y luego el *Calypso* de Belafonte. Esta vez, al bailar con ella, sentí quién era yo y adónde iba mi cuerpo, y aquella sensación era más importante para mí que cualquier dilema acerca de quién llevaba y quién seguía.

De repente me pareció que hacía mucho calor, aunque solo fuera primavera, y Kitty y yo nos sonreímos cuando acabó la canción. Permanecimos de pie esperando a que cayera el siguiente disco y empezara el siguiente baile. Era una canción lenta de Sinatra. Las hebillas de nuestros cinturones seguían enganchándose cuando nos movíamos, muy cerca, con aquella música melosa, y cuando no miraba nadie, nos giramos los cinturones para que las hebillas quedaran en el costado.

En los pocos meses desde que Muriel se había marchado, me había notado la piel fría y dura y esencial, como si fuera fino cuero congelado que conservara la forma esperada. Aquella noche en la pista de baile del Page Three, cuando nuestros cuerpos se rozaron al son de la música, noté cómo mi caparazón se suavizaba lentamente y acababa por derretirse, hasta que me sentí envuelta en una cálida y casi olvidada emoción de anticipación que iba y venía como una marea cada vez que se tocaban nuestros cuerpos en movimiento.

También pude percibir que algo se transformaba lentamente en ella, como si una tensa cuerda se soltara, y al final acabamos por no volver a la barra entre canción y canción, sino que nos quedamos en la pista esperando al siguiente disco, simplemente bailando la una con la otra. Poco después de la medianoche, tras una decisión mutua y tácita, salimos juntas del Page, caminando a través de las manzanas del West Village hasta Hudson Street,

donde Kitty tenía aparcado el coche. Me había invitado a subir a su casa a tomar una copa.

El aire era tan frío cuando cruzamos Sheridan Square que se nos quedó helado el sudor que se nos había concentrado entre los pechos al bailar. Me paré para saludar con la mano a las asiduas a través del ventanal del Jim Atkin's en la esquina de Christopher Street.

Una vez en el coche, traté de no pensar en lo que estaba haciendo mientras rodábamos casi en silencio. Tenía un punto de dolor en la boca del estómago que se difundía hacia abajo hasta la entrepierna como si fuera mercurio. El aroma de su cálido cuerpo, mezclado con el de la vaporosa colonia y la pomada de lavanda, había invadido el coche. Yo tenía los ojos clavados en sus manos, untadas de una crema que olía a coco y a especias, agarradas al volante, y en la curva de sus pestañas, mientras ella se concentraba en la calzada. Aquello me permitió limitarme sin dificultad a emitir gruñidos amistosos y ocasionales en respuesta a sus esporádicos fragmentos de conversación.

«Llevo un tiempo sin bajar aquí a los bares, ¿sabes? Tiene gracia. No sé por qué no voy más a menudo. Pero de vez en cuando algo me dice que vaya, y voy. Supongo que debe de ser distinto cuando vives por esa zona siempre». Se volvió hacia mí con su sonrisa de destellos dorados.

Al cruzar la calle 59 tuve un instante de pánico agudo. ¿Quién era aquella mujer? ¿Y si en realidad solo pretendía ofrecerme la copa a la que me había invitado cuando habíamos salido del Page? ¿Y si había malinterpretado por completo el alcance de su invitación y no tardaba en encontrarme en la parte alta de la ciudad a las tres de la madrugada en domingo? Ni siquiera sabía si llevaba suficientes monedas en el bolsillo del vaquero para pagar el taxi hasta casa. ¿Vendría mañana por la mañana Flee con la cámara y le daría de comer a los gatos si yo no estaba? Si yo no estaba.

Si yo no estaba. La implicación de aquel pensamiento era tan turbadora que casi me apeé del coche para salir corriendo.

Aquella noche llevaba el dinero justo para una cerveza, así que sabía que no estaba demasiado colocada, y la maría solo la fumaba en ocasiones especiales. Una parte de mí se sentía como una leona feroz, ardiente de deseo. Hasta las palabras que me pasaban por la cabeza parecían robadas de una novela barata. Pero esa parte de mí estaba embriagada por la proximidad de aquella mujer desconocida de piel oscura que con toda serenidad nos conducía por la parte alta de Manhattan, con sus mocasines de charol, su abrigo holgado de piel de camello y su fluida conversación, mientras de vez en cuando su enguantada mano tocaba mi pierna enfundada en el vaquero para recalcar sus palabras.

Otra parte de mí me hacía sentirme aterrada, inepta, como una niña de cuatro años. Era la idiota que jugaba a ser amante, a la que pronto iban a descubrir y de la que se reirían por haber tenido alguna pretensión, a la que iban a rechazar sin miramientos.

¿Sería posible —era posible alguna vez— que dos mujeres compartieran el fuego que sentimos aquella noche sin machacarse ni herirse la una a la otra? Deseaba aquello de la misma manera que deseaba su cuerpo, dudando de ambas cosas, anhelándolas ambas.

¿Y cómo era posible que estuviera soñando con que me penetrara y me envolviera el oleaje de aquella mujer cuando, hacía apenas unas horas y durante tantos meses antes de estas, había estado llorando la pérdida de Muriel, convencida de que sería eternamente un corazón partido? ¿Y qué si me había equivocado?

Si el nudo en mis entrañas se hubiera desatado, habría salido corriendo, me habría tirado del coche al siguiente semáforo. O eso pensaba para mis adentros.

Salimos del paseo de coches de Central Park a la altura del cruce de la Séptima Avenida con la calle 110 y, en cuanto el semáforo se puso rojo en la avenida, entonces desierta, Afrekete volvió su preciosa cara de carnosos labios hacia mí, sin que en su rostro se dibujara ningún atisbo de sonrisa.

Sus grandes ojos luminosos de espesas pestañas se clavaron de manera directa y penetrante en los míos. Era como si de repente se hubiera convertido en otra persona, como si la pared de cristal que formaban mis gafas, y detrás de la que tanto me había acostumbrado a esconderme, de repente se hubiese desintegrado.

Con voz firme, casi formal, perfectamente adecuada al momento y que, por lo tanto, obliteraba cualquiera de mis puntos de interrogación, me preguntó: «¿Puedes quedarte a pasar la noche?».

Y entonces se me ocurrió que tal vez ella se habría estado haciendo las mismas preguntas que me rondaban en la cabeza a mí respecto de ella. Me quedé prácticamente sin aliento por la combinación de su delicadeza y su forma directa de preguntar —combinación que sigue siendo poco frecuente y que valoro enormemente—.

Porque más allá de la seguridad que su pregunta me daba —una declaración de que ese canto de mi carne, esa atracción, no estaba solo en mi imaginación—, más allá de esa seguridad había un conjunto de delicados supuestos integrados en aquella sencilla frase que reverberaba en mi cerebro de poeta. Nos ofrecía a las dos una salida, en caso necesario. Si, por casualidad, la respuesta a la pregunta hubiera sido negativa, su mismísima sintaxis daba margen a la imposibilidad, más que a la elección —«No puedo» en lugar de «No quiero»—. Los imponderables de un compromiso previo, madrugar para ir al trabajo, un gato enfermo, etcétera, podrían haber resultado más soportables que un rechazo liso y llano.

Hasta la expresión «pasar la noche» era menos un eufemismo de hacer el amor que un espacio posible que se abría y en el que cada una podía moverse cómodamente. Si acaso se me ocurría cambiar de opinión antes de que el semáforo se pusiera verde y decidía que no, que al fin y al cabo yo no era gay, dejaba cabida para que aquello no fuera más allá de acompañarla.

Me recompuse lo suficiente para acertar a decir, en mi mejor voz desenfadada del Lower East Side, «Me encantaría», maldiciéndome a mí misma por aquellas palabras tan banales y preguntándome si su olfato percibiría mi nerviosismo y mi deseo desesperado de mostrarme segura y desenfadada, cuando me estaba deshaciendo de deseo.

Aparcamos un poco de cualquier manera en una parada de autobús en el cruce de Manhattan Avenue con la calle 113, en el antiguo barrio de Gennie.

Algo en Kitty me hacía sentir como en una montaña rusa, como si pasara a bordo de un cohete de idiota a diosa. Para cuando hubimos sacado el correo del buzón roto y luego subido seis tramos de escaleras hasta la puerta de su casa, sentí que en la vida no había existido nada que mi cuerpo deseara más que meter mis manos en su abrigo y estrechar a Afrekete entre mis brazos, encajando su cuerpo en las curvas del mío, mientras el abrigo de pelo de camello beis nos envolvía a las dos y la mano enguantada sostenía todavía la llave de la casa.

Bajo la débil luz del recibidor, sus labios se movieron como la espuma sobre el borde del agua.

Era un estudio con alcoba y cocina americana con altas y estrechas ventanas en la angosta habitación principal, de techos muy altos. A ambos lados de las ventanas había estantes de obra a distintas alturas. En aquellos estantes se amontonaban y agolpaban, unos colgando, los otros apoyados o de pie, tiestos y más tiestos de barro con frondosas plantas verdes de hoja pequeña de todas las formas y condiciones.

Más adelante, acabaría encantándome la manera en que las plantas filtraban los rayos de sol que, desde su orientación a mediodía, invadían la habitación. La luz llegaba hasta la pared de enfrente aproximadamente a quince centímetros por encima del acuario de más de cien litros que ronroneaba suavemente, cual joya silenciosa, sobre sus patas de hierro, refulgente y misterioso.

Con agilidad y rapidez, los peces iridiscentes y traslúcidos recorrían de adelante hacia atrás el agua iluminada, escudriñando las paredes del acuario en busca de comida y nadando por el maravilloso mundo creado por la gravilla coloreada y los túneles y puentes de piedra que cubrían el suelo del acuario. A horcajadas sobre uno de los puentes, con la cabeza inclinada observando los pececitos que lo cruzaban de un lado a otro, se hallaba una muñequita marrón, cuyo suave cuerpo desnudo bañaban las burbujas que ascendían desde la bomba de aire situada detrás de ella.

Entre las plantas verdes y el refulgente y mágico acuario se hallaba una alcoba cuyo contenido no consigo ya identificar en mi mente. A excepción de un sofá tapado con una colcha que se convertía en una cama de matrimonio y que hicimos tambalear cuando nos amamos aquella noche hasta que amaneció una clara mañana de domingo, cuya luz natural teñían de verde las plantas de las ventanas altas de Afrekete.

Me desperté en su casa bañada en aquella luz, entreviendo el cielo por las ventanas de aquel apartamento con cocina americana del último piso y con Afrekete, ya conocida, dormida a mi lado.

El vello por debajo de su ombligo se ofrecía a mi lengua según esta avanzaba, como las familiares páginas de un libro muy manoseado.

Cuántas veces volví aquel verano al edificio desde la Octava Avenida, en cuya esquina había un bar que arrojaba su olor a serrín y a alcohol a la acera, en la que un número variable e indeterminado de hombres Negros, jóvenes y viejos, se sentaban a turnos sobre dos cajones para el transporte de la leche puestos del revés, para jugar a las damas... Giraba en la esquina para tomar la calle 113 en dirección al parque, a pasos cada vez más rápidos y con las puntas de los dedos impacientes por jugar en su sembrado.

Y recuerdo a Afrekete, que vino a mí salida de un sueño, siempre tan dura y real como los pelos de fuego a lo largo del borde inferior de mi ombligo. Me trajo cosas vivas del matorral y de su huerto de ocumos y casavas, aquellos frutos mágicos de la tierra que Kitty compraba en los

mercados antillanos situados en Lenox Avenue a la altura del número 140 o en las bodegas portorriqueñas del bullicioso mercado situado entre Park Avenue y la calle 116, por debajo de las estructuras de la Estación Central.

«Esto lo saqué de debajo del puente» era una expresión de tiempos inmemoriales, que ofrecía una explicación adecuada para todo aquello, fuera lo que fuera, que procedía de tan lejos y tan cerca de casa —es decir, que era tan auténtico como posible—.

Comprábamos deliciosas camuesas rojas del tamaño de un marañón. Había plátanos verdes que pelábamos a medias y luego plantábamos, introduciéndonos la una a la otra la fruta en nuestros cuerpos hasta que los pétalos de su piel se extendían como zarcillos de fuego verde sobre la ondulante oscuridad de nuestras entrepiernas. *Había bananitos rojos maduros, regordetes y dulces, con los que entreabría suavemente tus labios para introducir la fruta pelada en tu flor púrpura como la uva.*

Te sostenía, tumbada entre tus piernas marrones, jugando con la lengua a través de tus bosques conocidos, lamiendo y tragando lentamente a medida que las profundas ondulaciones y los movimientos de marea de tu vigoroso cuerpo machacaban lentamente la banana madura hasta convertirla en una crema color beis que se mezclaba con los jugos de tu carne electrizada. Nuestros cuerpos volvían a juntarse, cada superficie en contacto con la llama de la otra, desde las puntas de nuestros dedos de los pies ligeramente levantados hasta nuestras lenguas y, atrapadas en nuestros propios ritmos salvajes, cabalgábamos la una sobre la otra en el espacio atronador, chorreando como gotas de luz desde la punta de nuestras lenguas.

Éramos cada una de nosotras las dos juntas. Luego nos separábamos y el sudor hacía que nuestros cuerpos relucieran, como si fuera aceite dulce.

A veces Afrekete cantaba en un pequeño club situado en una parte todavía más alta de la ciudad, en Sugar Hill. A veces trabajaba en el supermercado Gristede's Market, en el cruce de la calle 97 con Amsterdam

Avenue y otras veces, sin previo aviso, aparecía en el Pony Stable o en el Page Three el sábado por la noche. En cierta ocasión llegué tarde a la casa de la calle 7 y me la encontré sentada en mi escalera a las tres de la madrugada, con una botella de cerveza en la mano y la cabeza envuelta en un pañuelo africano de vivos colores. Nos fuimos a toda prisa a la parte alta de la ciudad, recorriendo sus calles vacías en la madrugada, bajo una tormenta de verano que se desató sobre nuestras cabezas y con las húmedas luces de la ciudad cantando bajo las ruedas de su pequeño Nash Rambler.

Hay algunas verdades que siempre nos acompañan y de las que acabamos dependiendo. Que el sol está más alto en el cielo en verano, que el hielo al fundirse se contrae, que cuanta más curva tiene el plátano, más dulce es. Afrekete me enseñó a reconocer las raíces, nuevas definiciones de los cuerpos de nuestras mujeres —definiciones para las que anteriormente solo me había estado formando para ser capaz de aprenderlas—.

A principios del verano las paredes del apartamento de Afrekete siempre estaban calientes al tacto debido al calor que hacía en el tejado, y las brisas ocasionales que entraban por su ventana agitaban las plantas y rozaban nuestros cuerpos suaves de sudor, cuando descansaban después de hacer el amor.

A veces hablábamos de lo que significaba amar a una mujer y del alivio que suponía cuando estabas en el ojo del huracán, por mucho que tuviéramos que mordernos la lengua y callarnos tantas veces. Afrekete tenía una hija de siete años que había dejado con su madre en Georgia, y compartimos muchos de nuestros sueños.

«Podrá amar a quien quiera amar», decía Afrekete con fiereza al tiempo que encendía un Lucky Strike. «Y también podrá trabajar donde le dé la gana. Su mamá se va a ocupar de todo eso».

Una vez hablamos de cómo las mujeres Negras nos habíamos visto obligadas irremisiblemente a llevar nuestras campañas a los bastiones enemigos, con demasiado empeño y demasiadas veces, y de cómo nuestros

paisajes psíquicos habían quedado arados y surcados por aquellas reiteradas batallas y campañas.

«Acaso no llevo yo las cicatrices que lo demuestran», suspiraba. «Pero, amiga, te vas curtiendo; eso si no pereces en el empeño. Y eso es lo que me gusta de ti; eres como yo. Lo vamos a conseguir porque las dos somos demasiado duras y estamos demasiado locas como para no hacerlo». Y nos abrazábamos y reíamos y llorábamos por lo que nos había costado llegar a ser tan duras y por lo difícil que había sido explicarle a la gente que todavía no lo sabía que esa suavidad y esa dureza habían de ser una y la misma cosa para que pudiera funcionar, como nuestra alegría y las lágrimas que se mezclaban en una sola almohada, debajo de nuestras cabezas.

Y el sol que nos bañaba se filtraba a través de las polvorientas ventanas, a través de la masa de plantas verdes que Afrekete cuidaba religiosamente.

Cogí un aguacate maduro y lo apreté entre mis manos hasta que la piel se convirtió en un contenedor verde de la suave masa machacada de la pulpa, con el duro hueso en su centro. *Me levanté dejando atrás un beso en tu boca para mordisquear la piel y abrir un agujero cerca del orificio donde se une al pedicelo; apreté la fruta para extraer la pasta de un verde amarillento pálido, dibujando finas líneas rituales de arriba abajo y en círculo sobre tu vientre de color marrón como el coco.*

El aceite y el sudor de nuestros cuerpos evitaban que aquella pasta se secara y te la unté por los muslos y entre los pechos hasta que tu piel marrón resplandeció como una luz a través de un velo del verde aguacate más pálido que existe, manto de piel de diosa que lentamente fui lamiendo de tu piel.

Luego teníamos que levantarnos a recoger los huesos y la piel de los aguacates y meterlos en una bolsa que más tarde sacaríamos para que se la llevara el basurero, porque si los dejábamos alrededor de la cama durante algún tiempo, al cabo salían las hordas de cucarachas que siempre esperaban al acecho en las paredes de los pisos de alquiler de Harlem,

particularmente en los más pequeños y viejos, al pie de la colina de Morningside Heights.

Afrekete vivía bastante cerca de la casa de la abuela de Genevieve.

A veces me recordaba a Ella, la madrastra de Gennie, que se paseaba con un delantal empuñando el palo de la escoba por fuera del cuarto donde Gennie y yo estábamos tumbadas en el sofá del estudio. Cantaba su eterna cancioncita monocorde una y otra vez:

Mi mamá me mató,
mi papá me comió,
y mi pobre hermanito
mis huesos chupó...

Y un día Gennie volvió la cabeza, que descansaba sobre mi regazo, y dijo incómoda:

«¿Sabes?, a veces no sé si Ella está loca, si es estúpida o si es divina». Y ahora pienso que la diosa también hablaba por boca de Ella, pero Ella estaba demasiado dominada y anestesiada por la brutalidad de Phillip como para creer en su propia boca, y nosotras, Gennie y yo, éramos demasiado arrogantes e infantiles —no sin derecho o motivo, pues apenas habíamos dejado de ser niñas— como para darnos cuenta de que nuestra supervivencia tal vez dependiera de que escucháramos la llorosa canción monocorde de aquella mujer que barría.

Perdí a mi hermana, Gennie, para silencio mío y dolor y desesperanza suya, para rabia de ambas y por la crueldad del mundo que destruye a sus propias jóvenes de pasada —ni siquiera como un gesto de rebeldía ni de sacrificio ni de esperanza en otra vida del espíritu, sino por no darse cuenta de la destrucción y por no importarle esta—. Nunca he conseguido ser ciega a esa crueldad que, según una definición popular de la salud mental, me hace estar mentalmente enferma.

La casa de Afrekete era la más alta cerca de la esquina, antes de que empezaran los elevados peñascos de Morningside Park, al otro lado de la avenida, y, una noche, en el solsticio de verano, nos subimos con una manta a la azotea. Ella vivía en el último piso y, por un acuerdo tácito, la azotea la utilizaban preferentemente quienes tenían que vivir bajo su calor. La azotea era el principal territorio de recreo de los arrendatarios de pisos y se conocía como Playa de Alquitrán.

Con nuestras zapatillas, bloqueamos la puerta de la azotea y extendimos la manta al socaire de la chimenea, entre su caliente pared de ladrillo y el alto parapeto de la fachada del edificio. Esto sucedía antes de que el resplandor de las lámparas de sulfuro hubiese arrebatado a las calles de Nueva York los árboles y la sombra, y la incandescencia de las lámparas de la calle llegaba muy amortiguada. Desde detrás de la pared del parapeto podíamos ver las oscuras formas de las siluetas de basalto y granito que se recortaban sobre nosotras desde el parque, atravesando la calle, con sus contornos dibujados, curiosamente próximos y sugerentes.

Nos quitamos las camisolas de algodón que llevábamos puestas y juntamos nuestros pechos húmedos bajo la sombra de la chimenea, creando luna, homenaje y amor, mientras la fantasmal y tenue luz que subía de la calle competía con la plateada y dura dulzura del plenilunio, reflejado en los resplandecientes espejos de nuestros oscuros cuerpos escurridizos de sudor, sagrados como el océano con marea alta.

Vuelvo a ver la luna subiendo por el plano inclinado de sus muslos levantados y mi lengua atrapar un hilo de plata que se refleja en la mata rizada de su monte de Venus. *Vuelvo a ver la luna llena, pupila blanca en el centro de tus grandes iris.*

Las lunas desaparecieron y tus ojos se oscurecieron cuando rodaste sobre mí, y sentí la luz plateada de la luna mezclarse con la humedad de tu lengua sobre mis párpados.

Afrekete, Afrekete, cabalga sobre mí hasta la encrucijada en la que dormiremos, envueltas en el poder de las mujeres. El sonido de nuestros cuerpos encontrándose es la plegaria de todas las extranjeras y hermanas para que los males que hemos alejado, abandonado en todas las encrucijadas, no nos sigan en nuestras travesías.

Cuando más tarde bajamos de la azotea, hacía una medianoche sofocante típica del verano en la parte occidental de Harlem; en las calles sonaba la música enlatada y los desagradables llantos de unas criaturas demasiado cansadas y acaloradas. A escasa distancia, sus papás y sus mamás estaban sentados a la entrada de la casa sobre cajones para el transporte de la leche puestos del revés o en sillas plegables de campamento, abanicándose distraídamente y hablando o pensando en el trabajo, en lo que les esperaba al día siguiente y en la falta de sueño.

Aquello no ocurría en las pálidas arenas de Whydah ni en las playas de Winneba o Annamabu, cuyos cocoteros aplaudían suavemente y cuyos grillos cantaban siguiendo la cadencia de las olas de aquel mar repleto de alquitrán, traicionero y magnífico. Fue a la calle 113 adonde bajamos después de nuestro encuentro bajo la luna del solsticio de verano, pero las madres y los padres de familia nos saludaron con una sonrisa al vernos caminar hacia la Octava Avenida, cogidas de la mano.

En el mes de julio, como llevaba varias semanas sin ver a Afrekete y puesto que ella no tenía teléfono, me presenté una noche en su casa. La puerta estaba cerrada y nadie contestó desde la azotea cuando la llamé por el hueco de la escalera.

Una semana más tarde, Midge, la camarera del Pony Stable, me entregó una nota de parte de Afrekete que decía que había encontrado una sala de conciertos para septiembre en Atlanta y que se largaba para ir a pasar unos días con su madre y su hija.

Nos habíamos encontrado como los elementos que estallan en una tormenta eléctrica, intercambian energía, comparten sus cargas fugazmente,

empapados de lluvia. Luego nos separamos, pasamos, recobramos forma, nos volvimos a moldear lo mejor posible para un nuevo intercambio.

Nunca volví a ver a Afrekete, pero su huella ha quedado marcada en mi vida con la resonancia y el poder de un tatuaje emocional.

---

[51] «Pez azulado» *(N. de la T.)*.

Epílogo

Cada mujer a la que he amado en mi vida ha dejado su huella en mí, y en ella he amado alguna parte inestimable, separada de mí —tan separada que tenía que estirarme y crecer para reconocerla—. Y ese crecimiento ha provocado nuestra separación, lugar en el que comienza cualquier trabajo. Otro encuentro.

Un año más tarde terminé los estudios de bibliotecaria. El primer verano de la nueva década tocaba a su fin cuando me marché de la calle 7 por última vez, sin echar la llave a aquella puerta por si alguna persona venía detrás de mí en busca de un lugar donde cobijarse. Quedaban cuatro poemas inacabados garabateados sobre la pared del cuarto de baño, entre la taza del retrete y la bañera, y otros en las jambas de las ventanas y en los tablones del suelo, bajo el linóleo de flores, mezclados con los fantasmas de los ricos aromas culinarios.

El marco de aquel lugar había sido mi hogar durante siete años, el tiempo que el cuerpo humano necesita para renovarse por completo, célula a célula. Y en aquellos años mi vida se había convertido cada vez más en un puente y en el terreno de las mujeres. *Zami*.

Zami, nombre de Carriacou que designa a aquellas mujeres que colaboran como amigas y amantes.

Nuestras tradiciones nos acompañan. Compré cajas de sal de la marca Red Cross y una escoba de paja de guinea para mi nuevo apartamento en

Westchester: trabajo nuevo, casa nueva, vivencia nueva de lo viejo de una manera nueva. Recreando en palabras a las mujeres que me ayudaron a conformar mi esencia.

> *Ma-Liz, DeLois, Louise Briscoe, Aunt Anni, Linda y Genevieve; MawuLisa, truenos, cielo, sol, la gran madre de todas nosotras; y Afrekete, su hija menor, traviesa lingüista, maga, la predilecta, aquella en la que todas debemos convertirnos.*

Sus nombres, sus identidades, sus rostros, me alimentan como el maíz antes del trabajo. Vivo cada una de ellas como un pedazo de mí y elijo estas palabras con la misma gravedad con la que elijo transformar la palabra en poesía, núcleo esencial, visiones de futuro de todas nuestras vidas.

Hubo un tiempo en el que «en casa» era un lugar muy lejano en el que yo nunca había estado, pero que conocía por boca de mi madre. Solo descubrí sus latitudes cuando Carriacou ya no era mi casa.

Allá dicen que el deseo de estar con otras mujeres es un impulso que nace de la sangre materna.

Índice

Portada
Zami. Una nueva forma de escribir mi nombre
Agradecimientos
Dedicatoria
Prólogo
01
02
03
04
05
06
07
08
09
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21

22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
Epílogo
Sobre este libro
Sobre Audre Lorde
Créditos

Zami. Una nueva forma de escribir mi nombre

«Si no me definiera a mí misma por mí misma, me meterían en las fantasías de los demás para mí y me comerían viva»

Una niña negra abre los ojos en el Harlem de los años treinta. A su alrededor, un embriagador remolino de transeúntes, bocinas de coches, lámparas de queroseno, la caída de la bolsa, plátanos fritos, historias de la Granada natal de sus padres. Caminando a la escuela pública por las aceras nevadas, se da cuenta de que tiene la lengua trabada, que es legalmente ciega y que sus hermanas mayores la han dejado atrás. Sigue dando tumbos a través del dolor y la soledad de la adolescencia, pero luego hacia la felicidad en la amistad, el trabajo y el sexo, desde Washington Heights hasta México, siempre cambiando, siempre fuerte.

Esta es la historia de Audre Lorde. Un relato arrebatador que alienta la vida, sobre la independencia, el amor, el trabajo, la fuerza, la sexualidad y el cambio.

Su primera y única novela, clasificada como una «biomitografía», pues combina el mito, la historia y la biografía para detallar sus experiencias navegando por la vida como lesbiana negra en el Estados Unidos de los años cincuenta.

Audre Lorde. Escritora afroamericana, feminista, lesbiana y activista por los derechos civiles. Después de graduarse en Literatura y Filosofía en el Colegio Hunter (1951) asistió a la Universidad Hunter entre 1954-1959. Su obra más conocida es «La hermana, la extranjera». Tras pasar por la experiencia del cáncer de mama y reflexionar sobre las discriminaciones sufridas por las mujeres publicó en 1981 «Los diarios del cáncer». Fue cofundadora de The Kitchen Table-Women of Color Press y codirectora del periódico lésbico Chrysalis. En 1961 recibió su Master en bibliotecología de la Universidad de Columbia. Trabajó durante varios años como bibliotecaria. Se casó con Edward Rollins y tuvo dos hijas. Se divorciaron en 1970. Recibió un subsidio de NEA en 1968 y fue contratada como "poeta residente" por el Tougaloo College donde conoció a quien fue su pareja durante diecinueve años, Frances Louise Clayton. En 1968 publicó su primer libro de poesía, «The First Cities». En 1978 comenzó a trabajar como profesora de inglés. Murió el 17 de noviembre de 1992 en Sain Croix.

Título original: *Afropean: Zami: A New Spelling of My Name A Biomythography* (1982)

© Del libro: Audre Lorde
© De la traducción: Magalí Martínez Solimán
Edición en ebook: abril de 2023

© Capitán Swing Libros, S. L.
c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-12620-07-8

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Rafael Díaz
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.